
SERIE
ROSAS
INGLESAS
La Sonrisa del Canalla
Mile Bluett

La Sonrisa del Canalla

Mile Bluett

SERIE
ROSAS
INGLESAS

La sonrisa del canalla
Mile Bluett

Título: La sonrisa del canalla
Libro 1
Serie: Rosas Inglesas
Autora: Mile Bluett.
©Mile Bluett, Mayo, 2026.
Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

DEDICATORIA

SERIE ROSAS INGLESAS

PREFACIO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

MIS LIBROS DE ROMANCE HISTÓRICO

MILE BLUETT

Sinopsis

¿Y si la única persona capaz de salvarte es la que jamás deberías amar?

Frederick Banes ha pasado años resentido con la nobleza. Después de la muerte de su bisabuelo, el conde de Cumberland, perdió los privilegios de pertenecer a la élite y su familia fue empujada al olvido. Solo heredó un periódico en ruinas. Hoy, *el Látigo* —como lo apodan en los salones de Londres—, convirtió ese periódico en el azote del orgullo de la aristocracia: irreverente, temido, imposible de ignorar.

Lady Charlotte Moray se ha librado del escarnio social guardando en secreto un error cometido durante su estadía en Francia. Un pasado guardado celosamente que espera que no salga a la luz.

Y justo cuando no debería, su corazón le advierte que, entre tantos solteros en el mercado matrimonial, el encanto peligroso de Frederick es el que le resulta más seductor. Mientras la atracción crece, también lo hace el riesgo. Porque si Fred descubre la verdad, la hija del marqués podría terminar como la nota más escandalosa de la temporada.

Un periodista implacable.

Una dama con un pasado oculto.

Una historia de deseo, orgullo y redención en plena era victoriana.

Dedicatoria

Para mis queridas lectoras de romántica, gracias por el cariño y la lealtad.

Deseo que sumergirte en este nuevo universo de mis
ROSAS INGLESAS,
Egresadas de English Roses School
for distinguished young ladies,
les haga soñar y vivir la intensidad de las pasiones de los protagonistas.

Y muy especialmente para mi hijo,
quien día a día llena de dicha mi vida.

Serie Rosas Inglesas

En una sociedad que exige obediencia, ellas eligen desafiar las reglas.

Damas valerosas adelantadas para su tiempo.

En una época de normas estrictas, están dispuestas a escribir su propio destino. Tienen algo en común: fueron educadas en la exclusiva English Roses School para lograr enlaces ventajosos con un par del reino. Pese a ello, jamás aceptarían un matrimonio por conveniencia que corte sus alas. Todo lo contrario, seguirán sus pasiones y se esforzarán por hacer realidad sus sueños.

Pero cuando el amor irrumpa con fuerza, ¿estarán dispuestas a correr el riesgo que implica seguir a sus corazones?

Para lectoras de romance histórico que eligen historias con heroínas decididas, caballeros poderosos, pasiones inquebrantables y finales felices.

Comité *Rosas Inglesas*
English Roses School
for Distinguished Young Ladies

Prefacio



Con el corazón palpitante y lleno de emoción, Charlotte Moray comenzó a explicar la razón por la que estaba ahí, de pie frente al jurado, con fe de convertirse en una de las ganadoras de ese concurso.

—Mi padre, el marqués de Blair, cree que solo traspasó a su hijo su habilidad para los negocios. Pero tanto tiempo observando a mi hermano convertir todo lo que toca en oro, ha despertado en mí, el deseo de probar si yo también heredé tal don. Aunque mis ambiciones son más modestas, estoy convencida de que es un legado que nos pertenece a los dos. Sueño y pretendo hacer mi proyecto fructífero. Hay un periódico que leo asiduamente, porque el ingenio que usa la pluma de su redactor principal me ha inspirado. Él refiere que: *la palabra escrita es más poderosa que la hablada porque queda en un papel hasta que este se desgaste con el tiempo*. Yo voy más allá, considero que la palabra escrita puede tocar el alma. Por lo tanto, he decidido abrir mi propia Casa de Correspondencia, una suerte de papelería de lujo para damas aristócratas, señoras de la burguesía y aquellas que puedan permitírselo. Considero que las cartas significan todo. Con una carta se puede enviar noticias de todo tipo: sellar alianzas, declarar la guerra, negociar un compromiso, invitar a una celebración, consolar a un amigo. Incluso, se puede iniciar un cortejo. ¿Qué hay más

romántico que una carta de amor? —Lo último fue osado; de todos modos, provocó algunas risas entre los presentes.

Con gracia y destreza abrió las cajas y sacó lo que había dentro, colocó cada objeto sobre la mesa de manera ordenada. Había hojas de papel finísimo, artístico y personalizado: tintas artesanales, sobres perfumados con monogramas, papel para carta, invitaciones para casas nobles, tarjetas de presentación y de baile, sellos, cera para lacrar.

—Muy ingenioso, lady Charlotte Moray —dijo Frederick Banes, y se puso de pie para inspeccionar los materiales de cerca.

Los demás jueces, intrigados por tocar la calidad de las texturas, también se acercaron a investigar, con los rostros muy complacidos.

—¿Algo más que desee añadir antes de terminar su presentación? —le preguntó con una amplia sonrisa lady Pembroke, Daisy, a Charlotte, tras oler el aroma a papel nuevo que engatusó sus sentidos.

—Claro que sí —contestó emocionada. Si no ganaba, no importaría, la satisfacción que sintió al poder llegar tan lejos por sí misma no se equiparaba con nada—. En cada noticia que queremos dar dependemos de papel, tinta, sellos de lacres con escudos, sobres, plumas estilográficas… El papel que utilizo proviene de Somerset, fabricado con fibras de algodón, sin ácidos, y con una durabilidad probada. El mismo cuidado he tomado con cada material. A veces la calidad de los elementos que utilizamos en nuestra correspondencia no transmite quiénes somos. Si pudiesen elegir, ¿escogerían los materiales ordinarios que están en el mercado o visitarían mi Casa de Correspondencia para que sus mensajes sean entregados con elegancia y delicadeza?

—Seguramente yo la visitaría, lady Charlotte —contestó Daisy, la condesa de Pembroke.

El público estalló en aplausos mientras en susurros respondían que elegirían sin dudar la opción que Charlotte ofrecía.

1



Londres, enero, 1875

Las cartas significan todo. Con una carta se puede enviar noticias de todo tipo: sellar alianzas, declarar la guerra, negociar un compromiso, invitar a una celebración, consolar a un amigo. Incluso, se puede iniciar un cortejo. ¿Qué hay más romántico que una carta de amor?

Lady Charlotte Moray inspiró hondo para que le llegara el aroma del exquisito papel de carta que tenía en las manos. Había comprado el lote entero para la gran apertura de su Casa de Correspondencia.

Lady Charlotte's Correspondence House descansaba sobre la entrada principal. Una paloma mensajera era su sello, grabado en el mármol junto al nombre y en cada producto que la identificaba.

De un lado una galería de arte. Del otro una prestigiosa tienda de sombreros. Y, enfrente, nada más y nada menos que uno de los periódicos más influyentes de Londres: *The Golden Gazette*, el que se llevaba una cuadra completa desde la esquina, porque su dueño se había expandido hacía poco tiempo, comprando los edificios contiguos.

Bond Street era el emplazamiento perfecto si quería llegar a un público selecto.

Recordó con cariño cómo su hermano Zachary, conde de Moray por título de cortesía, la asesoró y la ayudó a contratar un administrador. Sin embargo, Charlotte quería mantenerse al margen de los negocios familiares. Si pretendía conservar a toda costa la cuota de independencia que ella había conquistado era importante tener límites definidos. Para lo cual, era indispensable no depender de los hombres de la familia.

Faltaban pocos meses para cumplir los veintiún años, y la mayoría de edad le permitiría vivir sin estar a la sombra de su hermano o su padre. Con este último —el marqués de Blair— convaleciente en Escocia y Zachary respaldándola sin reservas, no había objeción para que ella tomara el mando del negocio que recién establecía. Era solo un trámite esperar hasta cumplir la edad adecuada.

Zachary no solo apoyaba a Charlotte, sino que la animaba a atreverse a más. El orgullo con que se expresaba de su hermana menor era solo una muestra de su apoyo incondicional.

Pero Charlotte sabía que, a pesar de ello, no sería fácil. Esa mañana tendría una reunión con dos personas que admiraba y que, como habían prometido, venían a asesorarla antes del arranque. Zachary Moray podría ser el Rey Midas de los negocios, pero ignoraba cómo funcionaba el mundo de letras, papeles e impresiones a diferencia de los que esperaba.

La campanilla de la puerta sonó anunciando una llegada. A punto de correr emocionada al encuentro, ralentizó su paso, como la dama que debía ser y con una pícara sonrisa, caminó hacia la puerta de su establecimiento para darles la bienvenida. El personal aún no había sido contratado, así que lo hizo ella misma, sin sentirse intimidada.

Sin embargo, la entrada estaba vacía. Se quedó mirando al exterior llena de intriga, sin entender quién había llegado a la puerta y se había escabullido sin dejar rastros…

O eso creía. Una carta descansaba sobre la alfombra que decía «Bienvenidos» con letra cursiva. La tomó en sus manos y como acto impulsivo la llevó a la nariz, como si por su aroma pudiese adivinar

el remitente que venía vacío. Tampoco encontró un destinatario, pero las ansias la hicieron abrirla sin siquiera regresar al interior.

Un jadeo como resultado de la impresión que le provocaron las letras se escapó de sus labios entreabiertos.

—No puede ser —murmuró con el corazón agitado y las mejillas encendidas y no por el pudor… La estocada que alguien estaba a punto de darle, la alteró por completo.

Antes de que se recuperara de la noticia, un enorme carruaje negro de líneas elegantes y con el emblema de los condes de Pembroke se detuvo ante sus ojos.

Charlotte guardó con prisas la carta en un bolsillo oculto entre los amplios pliegues de su falda. No quería dar explicaciones o ser cuestionada sobre la misiva.

Un lacayo con librea azul y porte gallardo ayudó a Daisy Montagu, condesa de Pembroke, a bajar y dirigirse hasta Charlotte. La dama fue la primera en llegar.

A pesar de que últimamente se habían cruzado en ciertos eventos sociales, Charlotte seguía poniéndose nerviosa en su presencia, más por el papel en su mano y su peligroso contenido.

Admiraba a lady Pembroke. Escritora de cuentos de hadas que llevaba su carrera de una forma encantadora. Recibirla tras leer esa carta podría ser un desastre. Tenía que calmarse, controlar su respiración y disimular que la sofocación estaba a punto de extinguirle la voz.

—Lady Charlotte, me es grato volver a saludarla —dijo Daisy ajena a la tormenta que Charlotte trataba de aplacar.

La mujer era cuñada de Ettie, una de sus mejores amigas, quien las había presentado tiempo atrás.

—El placer es mío, lady Pembroke.

Serénate, Charlotte, serénate. Jamás has sido una paloma temblorosa. Ya tendrás tiempo de entender qué está sucediendo, se dijo para sus adentros, para no sabotear uno de los momentos más esperados de su vida.

—Es maravilloso poder estar aquí. Todo es tan acogedor.

—Oh, gracias, viniendo de usted es muy valorado. Acompáñeme adentro, en lo que esperamos al caballero.

Caminaron juntas mientras se decían las palabras usuales en esos casos y Charlotte respiraba despacio, tratando de no traslucir sus emociones, para no opacar el momento.

—Oh. ¿Estas son las muestras del papel de carta que surtirás para mí? —Lady Pembroke añadió tras tomar asiento en uno de los amplios sillones de la salita próxima al recibidor. Este último siempre permanecía muy iluminado por las puertas francesas y paredes de cristal.

Entre los cuatro asientos había una pequeña mesa, servida con una tetera de porcelana china con té y pastas dulces, con la que Charlotte pretendía agasajar a los invitados.

—Espero que no eche de menos la leche o el azúcar. Me acostumbré a prescindir de la bebida porque siempre que nos reunimos las damas del Comité Rosas Inglesas, tenemos el detalle con lady Valery Belcher. Dice que la leche aumenta la flema en la garganta, lo que le dificulta la vibración de las cuerdas vocales y, por ende, la pérdida de sus agudos. Y terminamos haciendo el té directamente con limón y miel para la salud.

—Qué buenas amigas son, he aprendido algo que desconocía.

—Lo somos, y ahora tenemos el reto de llevar adelante el comité que hemos conformado juntas.

—Tienen tanto entusiasmo, lo harán muy bien. Ettie parece una mariposa revoloteando de flor en flor con todas las ideas que tiene para el comité. —Se refería a su cuñada, quien conformó ese grupo con sus jóvenes amigas.

—Nos impulsa a todas.

La condesa volvió a admirar el delicado regalo.

—No era necesario un detalle tan exquisito, pero lo agradezco.

El papel de carta membretado con un sello que hacía alusión al libro de cuento de hadas de Daisy, descansaba en la misma mesa. También había otras muestras dedicadas a la persona que ambas esperaban.

—Si será mi mentora en este difícil mundo para una dama de sociedad, quise tener una atención.

—Es más hermoso de lo que pensé recibir. —Inhaló el suave aroma del papel, era mágico, como sus historias. Vio al lado de su

paquete de hojas, otra muestra para papel de carta, con detalles elegantes y masculinos. Lo olió por inercia y suspiró al sentir el atrayente efluvio—. ¿Para Banes? —Charlotte asintió—. Aunque no sé si a un bribón como su otro mentor le agradará que identifiquen su correspondencia por el aroma. —Omitió que era un libertino por excelencia, pero no era una crítica a su estilo de vida. Hablaba con cariño del caballero, como de un viejo amigo.

—No lo pensé. Tal vez sea contraproducente para alguien como él. —Acalló unas carcajadas que quisieron brotar, amainando brevemente el sopor en el que pretendió hundirla el remitente de la carta misteriosa.

—Como me pidió, he entrevistado a la candidata que me solicitó para redactora. Su ortografía es impecable y tiene el don de la creatividad, compone frases muy adecuadas para cada ocasión. Trabaja en *The Golden Gazette* —se refirió al periódico del señor Frederick Banes—, pero quiere una posición menos escandalosa, ahora que es madre de familia.

—Qué increíble elección. Yo no lo habría hecho mejor. No tengo cómo agradecerle.

—Vendrá mañana puntual a entrevistarse con usted. Si no le agrada, quedan dos candidatas para el puesto, pero le aseguro que la sorprenderá. —La condesa se deleitó en un sorbo largo de té con sabor a limón y miel, agradeciendo con el gesto la atención. Era una mañana fría.

—Estoy segura de que estaré muy contenta con la candidata. Jamás tendré cómo agradecerle esta gestión, lady Pembroke, valoro mucho su tiempo, y que haya decidido ayudarme.

—Lo hice con gusto. Me emociona ver a jóvenes desplegar sus alas como valientes mariposas. Quien no está feliz es Frederick. —Hizo una pausa al darse cuenta de que trató con familiaridad a su amigo, quien no lo era para Charlotte—. Quise decir el señor Banes.

—Oh, no. ¿Por qué no está contento? —¿Era la razón por la que aún no aparecía? También estaba invitado.

—Aprecia mucho a la candidata, no la quiere perder. Sería muy inteligente de tu parte ofrecerle un poco más de lo que gana en *The Golden Gazette*.

—No es mi intención robársela…

—Por supuesto. Nadie lo pensaría… La señora Day es libre de contratarse donde le sea más útil. —Daisy la miró reflexiva, como si notara la inquietud que Charlotte se esforzaba por ocultar. Pero estaba lejos de imaginar que no era la posibilidad de dejar al afamado periodista sin una de sus redactoras lo que la inquietaba.

—No quiero empezar con el pie izquierdo con quien ha ofrecido su apoyo a mi negocio. El señor Banes es como un dios en el mundo editorial, y no se diga lo que su pluma o su periódico representan. —Además de su diario, era dueño de una editorial. Se motivó a abrirla tras editar el primer libro de la condesa de Pembroke, a lo que siguieron otros. También publicó el nuevo libro de la duquesa de Hayden.

—Oh, pequeña… —Entendió a lo que se refería al mencionar la importancia del periodista y el peso de su pluma frente a la opinión pública—. Frederick no arruinará su negocio porque lo ha privado de una de sus más eficientes y leales empleadas.

—¿De las más leales y eficientes? Debe apreciarla mucho. Oh, no quiero quedar a tiro ante ese hombre de ojos descarados y expresión altiva, como si nadie escapara de su juicio mordaz y pertinente.

—¿No cree que está exagerando, lady Charlotte?

—Mi padre puede dar fe de que nadie queda ileso si Frederick Banes lo despedaza en sus páginas.

—Pero tiene una excelente relación con su hermano, hasta donde sé Frederick es inversor en su criadero de purasangres.

—Será porque a Zachary no se le ocurrió la terrible idea de robarle a la señora Day. Creo que me gustaría conocer el nombre de la segunda candidata al puesto.

—Martha Day es la única que debería considerar: confiable, ingeniosa, organizada, ágil… Usted podría irse unas vacaciones al continente y regresar con la seguridad de que deja el negocio en buenas manos.

Charlotte había ganado un monto de ocho mil libras tras participar en un concurso donde Daisy y Frederick Banes fueron jueces. Se había granjeado la simpatía de ambos y, por lo anterior,

propusieron asesorarla con el negocio que pretendía establecer. Lo que fue bien recibido.

Sin darse cuenta palmeó el sitio donde descansaba oculta la carta.

¿Utilizaría Frederick Banes una estratagema tan baja para vengarse por privarlo de la señora Day?

¿O la usaría para presionarla con el fin de que Charlotte no contratase a su eficiente empleada? ¿Divagaba? Como fuera, él no había llegado a la cita y su periódico quedaba justo enfrente de la Casa de Correspondencia.

Algo no estaba bien.

2



Tal vez no tenía un escaño en el Parlamento, pero con su ingenio logró que las puertas de los aristócratas más poderosos se abrieran a su paso. Y los que desearon mantenerlas cerradas, no podían ocultar que escuchar su nombre les imponía respeto.

Frederick Banes, sentado en el cómodo asiento de su escritorio de ébano, casi tuvo un ataque de risa tras leer la carta de Zachary Moray, conde de Moray, en cuyo nuevo negocio había invertido una suma considerable. No eran amigos de años, pero entre ambos podría estar construyéndose una sólida amistad. Habían congeniado en una fiesta del té, donde aunaron esfuerzos en una batalla mordaz de palabras contra el primo malvado de Fred, el detestable lord Ashworth, Marcus.

Fred había crecido con un gran resentimiento en su pecho hacia la nobleza y todo lo que representaba, y su primo lejano Marcus, era el epítome de ese rencor.

Tras fallecer el bisabuelo de ambos, poco a poco, el padre de Frederick se fue distanciando de los privilegios de pertenecer a la aristocracia.

A consecuencia de ello, a él no le quedó más que una buena educación, a diferencia del padre de Marcus, quien heredó en línea descendente directa el título de la familia.

Su progenitor, al contrario, tuvo que ganarse la vida como pudo, y lo único que consiguió heredarle fue un periódico muy poco

respetable, con la imprenta casi en ruinas. Pero Frederick lo sacó adelante volviéndolo escandaloso. Las ventas proliferaron y su fama llegó a los oídos de cada miembro de la aristocracia.

De ahí que, una de las familias más castigadas en las páginas de *The Golden Gazette* eran los Cumberland, y la rivalidad entre los primos había crecido hasta límites insostenibles. No se podían ver sin que las pullas salieran disparadas en ambas direcciones.

El conde de Cumberland y su esposa también eran partidarios de ese rencor hacia Frederick: un odio que creció como una hiedra, quedándose en sus corazones.

Por lo que, cuando leyó el encargo de puño y letra de Zachary, no pudo pensar que su solicitud era un tanto disparatada, y otro tanto, desacertada.

—No va a suceder de ninguna manera. ¿Por qué yo?

Y más tomando en cuenta que el mismísimo padre de Zachary, lord Blair, un marqués escocés un tanto insoportable, había protagonizado muchos de sus más mordaces artículos, debido a sus escándalos, sus conquistas y sus secretos. Segunda razón por la que a Zachary le agradó Fred de inmediato, tampoco tenía una buena relación con su progenitor.

Los aristócratas que pululaban en las páginas del periódico apodaban a Frederick Banes: *el Látigo* porque era un ferviente castigador de los excesos de los nobles que resbalaban y alimentaban los cotilleos, los que no hacían más que engrosar sus arcas.

De pronto, su secretario Stevens, quien momentos atrás le había traído la carta de Zachary, volvió a llamar a su puerta.

Esta vez para anunciar a una visitante. Al escuchar de quien se trataba ordenó que la hicieran pasar de inmediato y se puso de pie para recibirla.

—Mi querida Daisy. —Fue la frase que salió de sus labios al verla.

En el pasado se habían enfrentado cuando casi provocó que la dama terminará como nota central de un escándalo en sus páginas. Sin embargo, recapacitó al ser encarado por el ingenio de ella y su

altercado terminó en una sólida amistad que se alargaba en el tiempo.

—Fred… Insensato… —Fue el saludo de ella, el cual iba acompañado de una mirada reprobatoria hacia el «hombre de ojos descarados y expresión altiva, como si nadie escapara de su juicio mordaz y pertinente». Le vinieron a la mente las palabras de lady Charlotte—. Primero ofreces tu ayuda a lady Charlotte Moray, y después te retractas… Espero que no sea porque te sugerí que debías dejar ir a Martha Day para que la buena mujer tuviese un empleo con menos sobresaltos. No debes continuar con tu amante bajo tu techo, ahora que ha decidido abandonarte y casarse para hacer lo correcto con su vida.

—Oh, por Dios, la hora… Y Martha no fue mi amante… Lo que viste hace años entre nosotros solo fue un intercambio…

—Indecente —completó la frase.

—Iba a decir que fue un intercambio fugaz y poco memorable para los dos… producto de unas copas de más. Para Martha no soy un buen partido porque sabe que jamás le propondría matrimonio ni a ella ni a nadie. Es una mujer sensata y se casó con un hombre que la idolatra.

—Muy sensata. —Negó con una ceja alzada.

—Agradezco que como buena amiga te preocupes porque cuando llegue al cielo, se abran las puertas para mí, pero estoy muy cómodo con lo ocurrido. Intercambiamos puntos de vista y después cada uno continuó con sus vidas. Yo sigo soltero y feliz. Ella tiene el matrimonio y el hijo que anhelaba. Está enamorada de su flamante esposo. El pasado fue muy inocente.

—No lo disfraces. Fue un intercambio muy indecente si no ibas a casarte con la buena mujer. Es una bendición que haya recapacitado y se diera cuenta de que contigo jamás iba a llegar al altar. Solo espero que su hijo sea de su padre y no… Por todos los Santos…

—Escritora tenías que ser. Martha y yo solo tuvimos un par de encuentros discretos y amistosos, jamás una relación, menos la consideré mi amante. Nunca le prometí llevarla de blanco al altar. Yo

mismo le di un bono que usó de anticipo para comprar su morada. Ella y su esposo están muy agradecidos.

—Intentaste aliviar tu conciencia, Frederick.

—Solo reconozco el esfuerzo de una empleada ejemplar. Y por supuesto que su hijo es de su esposo, que nadie te escuche decir lo contrario. No la toqué como imaginas.

—No sé si creerte. Eres un canalla en toda regla.

—Amiga querida… Incluso, puedes sacar las cuentas necesarias para comprobarlo si persisten tus dudas. Además, el pobre niño infeliz es un calco de su poco agraciado padre. Eso sí fue desafortunado.

—Sería incapaz de sugerir que su criatura no es de su progenitor, solo lo hablo contigo. Y no te refieras de esa forma al pequeño.

Se miraron los dos por unos segundos, en los que trataban de respirar para aplacar los ánimos. Hacía tiempo que Daisy se había casado y era muy dichosa con su esposo, y se le había ocurrido que todos a su alrededor debían gozar de la misma alegría.

—En cuanto a la cita con lady Charlotte me entretuve y no creí que fuese tan tarde. Stevens me distrajo con una carta.

—Una carta deberías escribirle a lady Charlotte para disculparte por tu desdén. ¿Tan ocupado estás que ignoraste la cita que fijamos hace semanas para apoyar su negocio? Solo tenías que cruzar la calle y poner cuidado en que no te atropellara un carruaje en el intento. —Se veía furiosa, por eso tal vez agregó la última frase. Apretaba su abanico cerrado, como si estuviese reconsiderando arrojárselo por la cabeza.

—Sería más sencillo cruzar y explicar que recibí una carta de su hermano y me distraje por completo. No pienso retractarme, ya le ofrecí apoyo para asesorarla con su negocio. Además, está al frente… Iré en este instante.

—Demasiado tarde. La vi marcharse conduciendo su cabriolé.

—¿Conduce su propio carruaje? ¿Sola?

—¿Oh, te has ofendido? —bromeó irónica—. Vamos, eres más moderno que el resto. Es una joven adelantada para su época.

Únicamente no está a punto de abrir su negocio y conduce sola, sino que también realiza ambas cosas con mucha soltura.

—Confío en tu juicio. Si es tan buena en lo que hace no necesita un mentor.

—Una dama muy peculiar que ahora cree que te has ofendido porque la señora Day va a abandonar tu periódico —continuó espoleándolo, la divertía. Habían logrado un tipo de amistad que pocas veces se daba entre un hombre y una mujer.

Él negó con una cínica sonrisa.

—Daisy, en primer lugar, no deberías ofrecer los servicios de mis empleadas ni robármelas, cuando he invertido tiempo y recursos en preparar a Martha Day para que hoy goce de las habilidades por las que intentas sustraerla.

Ahora era él quien la sermoneaba, pero lejos de mostrar un entrecejo arrugado, la ironía bailaba en la superficie de sus ojos, como si discutir con su amiga fuese muy entretenido. Adoraba fustigarla.

—La señora Day no es un bien, es de carne y hueso, con necesidades.

—Lo sé —reconoció Frederick penitente, en todo caso no creía que tuviese derecho sobre la mujer, era solo que la apreciaba y no quería prescindir de ella.

—Es madre de familia y será más feliz en el negocio de enfrente, y más honorable. Si el marido algún día descubre que en el pasado la cortejaste…

—No fue un cortejo, fue algo más atrevido. Además, lo que no fue en su año, no le hará daño. —Le guiñó un ojo.

Daisy lo amonestó con un mohín, parecía que disfrutaba de irritarla, aunque lo hacía con todo el mundo. Era incorregible. Para él una conversación era un duelo de palabras, cuando su sentido del humor retorcido salía a relucir.

—En fin, insensato libertino, cuando supe que se abriría la posición no pude reservarme el dato. Le interesó. Y ella hará un trabajo excepcional en la Casa de Correspondencia, será un gran apoyo para lady Charlotte.

—No deberías encariñarte con mis empleados y tratar de resolverles sus vidas. En cualquier caso, aunque no me agrada la idea, no es el motivo por el que no acudí a la cita. Como intento explicarte, me entretuve con una carta del hermano de tu protegida…

—Pensé que era nuestra protegida…

—Daisy… —Su reclamo no terminó de emerger.

Ella negó a regañadientes.

—Lo prometimos, es lo más honorable.

—No fue una promesa, solo amabilidad, la que estoy sopesando ahora que Martha dejará su puesto para ir a trabajar en la Casa de Correspondencia. —El sarcasmo en su voz era muy agudo.

—Entonces lady Charlotte tenía razón. No acudiste porque te ha robado a Martha y no lo superas.

—¿Eso cree? —Meditó aquella información unos segundos y prosiguió—: Cumpliré mi palabra, pese a ese molesto detalle. Me considero un caballero. Unos consejos no me arruinarán…

Un suspiro precedió a un puchero de desconfianza en el bonito rostro de la joven condesa.

—¿Solo unos consejos? Pensé que ofreceríamos más. Si te has retractado debes ser honesto conmigo. Incluso, lady Charlotte teme que destruyas su negocio porque te privó de la señora Day. ¿Serías tan cruel? Pensé que eras el único Banes que se salvaba de serlo. —No lo creía de él, de su amigo hilarante y perspicaz, aunque tras analizar rápidamente cómo se ensañaba con los Cumberland o sus enemigos, comprendió que Frederick tenía un lado oscuro y vengativo.

Frederick se pellizcó el puente de la nariz. Lo que le faltaba. No solo lidiar con la petición de Moray, también tener que apadrinar el negocio emergente de lady Charlotte para que Daisy no creyera que, como algunas manzanas podridas de su linaje, también tenía un lado malvado.

Hasta donde sabía la joven no le pidió ayuda. Él había ofrecido cierta guía, muy breve, pero no se echaría ese peso a sus espaldas. Daisy tenía mucho tiempo libre y se tomaba esa responsabilidad muy a pecho.

3



La carta temblaba en sus manos.

2 de enero de 1875

Lady Charlotte Moray:

El pasado no es como la piel de las serpientes que se muda. Algunos creen que se puede dejar atrás con solo cambiar de dirección. Los honorables de verdad, sabemos que no es así. Hay historias que no se desvanecen, simplemente esperan.

No es mi intención señalarla o exponerla si se mantiene donde corresponde. Bastante desconcierto causa que pretenda ocupar espacios que no fueron pensados para una dama.

Que algunas puertas se abran no significa que todas deban hacerlo. Resulta incómodo —para quienes valoramos la decencia— verla pulular a sus anchas por los círculos más selectos de la aristocracia, donde se exige una reputación intachable; mientras se guarda silencio sobre aquello que, de conocerse, provocaría evidente malestar.

Si desea que mis labios sigan cerrados, dé un paso atrás y confórmese con una vida discreta lejos

de Bond Street y, sobre todo, de los grandes salones. Considérelo un consejo o una advertencia, jamás una amenaza. Dependerá de las decisiones que usted tome en el futuro. O, mejor, reconsidere hacer un matrimonio conveniente y refundirse en el campo, obra milagros en estos casos. Sería un destino que le resultaría esperanzador.

La Voz del Decoro

Charlotte tragó en seco y con furia arrugó la hoja de papel entre sus dedos.

Tenía la vida que quería, fruto de sus aspiraciones, en la que puso todo su empeño hasta lograrla. Su Casa de Correspondencia estaba a días de abrir y justo llegaba esa carta para disuadirla de inaugurarla.

¿Por qué, en general? Se preguntaba.

¿Y por qué, de modo particular, alguien sacaría algo de provecho si Lady Charlotte's Correspondence House nunca abría sus puertas?, pensó.

Había tenido el visto bueno del respetado marqués de Bloodworth y de cada uno de los miembros del jurado del concurso al que se presentó.

Incluso, lord Oso, el antes mencionado marqués hizo hincapié en que ese negocio para una dama era aceptado socialmente…

Al parecer, para personas de mente abierta como el brillante caballero.

Su hermano Zachary, el cabeza de familia ahora que su padre convalecía en Escocia, la ayudó a sentar las bases y estaba de acuerdo. Incluso, le dejó a su secretario para supervisar al administrador de Charlotte hasta que el negocio estuviera establecido y dando resultados.

Solo por razones de peso se ausentó para viajar a Normandía, debía atender los hoteles de la familia, que no era una misión sencilla, tomando en cuenta que tenían bastantes, desperdigados por Francia, Inglaterra y otros lugares.

Aunque, había algo más, ella sabía, que Zach y Emily, su esposa, adoraban pasar largas temporadas en Francia, y ahora podían hacerlo sin mayores preocupaciones.

El negocio de los caballos de su hermano era dirigido por su socio en su ausencia, y su administrador se ocupaba de sus otros asuntos.

Así que ese enero lo pasaría sola con su madre. Pero estaban más felices que nunca con todas las novedades en sus vidas.

Por eso aquella carta insidiosa la tomó por sorpresa. ¿A quién le beneficiaría que ella no siguiera adelante con sus planes? O tal vez, ¿la pregunta correcta era quién disfrutaría de verla caer?

Eso ameritaba un encuentro con sus amigas, y aprovechó que el comité que conformaba con ellas se reuniría esa tarde para ponerlas en contexto con lo que estaba ocurriendo en su vida.

Ya sin secretos.

Ya sin reservas.

Sin su hermano y Emily —su querida cuñada— en Londres para librar esa batalla a su lado, solo sus amigas darían el paso al frente para aunar esfuerzos y derrocar a quien sea que trataba de frenarla.

Porque contra viento y marea, Charlotte iba a continuar con su sueño de abrir su Casa de Correspondencia, aunque le costara lo más preciado que tenía una dama: su reputación.

Pidió un mozo de cuadras que le preparara el cabriolé con los dos caballos de tiro que su hermano le había regalado. Unos magníficos frisones de pelaje negro, que brillaba bajo los tenues rayos del sol, y que se robaban las miradas —no siempre con aprobación— de todos los que veían a la hija del marqués conduciendo con tal habilidad por las calles adoquinadas de Londres.

La cita fue en el salón Vivaldi de English Roses School. Era la tercera reunión que tenían para dialogar sobre el futuro de la escuela que pertenecía a Ettie, Henriette Severn, la joven duquesa de Hayden. Pero esa mañana fue diferente.

Charlotte esperó que los puntos de la orden del día fueran cubiertos, o ninguna podría volver a concentrarse. Al finalizar, les

extendió la misiva que llegó a la puerta de su establecimiento.

Tras leer la carta, sus cuatro amigas se miraron entre sí y después fijaron su vista en ella.

Charlotte contó la pesadilla que había vivido en el pasado —aquello a lo que creía que se refería la carta—. Omitió dos detalles, nombre de los implicados y el desenlace, lo más escabroso. Lo hizo a conciencia porque sus repercusiones eran de orden no solo moral —también legal— y quería mantener a sus amigas ajenas a esa responsabilidad.

No era justo compartir ese peso con ellas. Pero lo relatado era suficiente material para que entendieran la magnitud de su vergüenza y su preocupación.

La escucharon sin interrupciones. Esa tarde ya no trataron los asuntos del comité. El problema de Charlotte requería de atención urgente.

Al terminar de relatar aquel episodio de su vida, dos lágrimas gruesas se escurrieron por sus mejillas. Pero se las limpió de inmediato, odiaba parecer débil o incapaz de hacer frente a una situación.

Nadie la juzgó, todas albergaron distintos sentimientos sobre su relato.

—Lamento por lo que has tenido que pasar —dijo compadecida lady Valery Belcher, la hija del duque de Richmond, llevándose una mano al corazón y pensando en todo el sufrimiento que Charlotte había guardado. Su cabello castaño en contraste con su tez muy blanca y sus rasgos dulces le daban un aire angelical.

—¿Lo sabe Emily? —preguntó Ettie, con la esperanza de que Charlotte no hubiese atravesado sola por todo.

—Sí. Jamás he tenido secretos con Emily —contestó la aludida.

—Habrá que escribirle a Florence y a Emily, deben venir para ayudarnos —continuó Ettie que ya se había tomado la batalla como propia.

—No quisiera angustiarlas —negó Charlotte—. Florence está feliz en Escocia disfrutando de su matrimonio. Dijo que no vendría hasta febrero. Y Emily… No quiero comprometerla, ella no podría guardarle el secreto a Zachary…

Valery buscó en su ridículo, y sacó un sobre de tul que tenía dentro ramitas secas de lavanda y se la dio a Charlotte para que la oliera y la ayudara a calmarse. Era un regalo de su amiga Florence.

—¿Acaso tu hermano desconoce lo que sucedió? —intervino Bonnie, quien a su vez era cuñada de Ettie. Tenía el cabello del mismo tono miel que el duque de Hayden, y era hermosa, aunque prefería ocultar sus encantos en un sencillo vestido marrón y sobrios recogidos. Solo su mirada delataba en ella que era la hija de un duque, todo lo demás indicaba austeridad. Como la directora de la escuela para señoritas, no quería que su juventud se confundiera con debilidad.

—Ocurrió cuando él estaba en Normandía, lo sabe todo. Razón por la que no quiero angustiarlo. —Olió el reconfortante aroma de la lavanda y después pasó el saquito de tul a las demás que parecían necesitarlo más que ella misma, salvo Bonnie. Sabía que había tenido un comienzo difícil en la vida y, quizás, su historia no le afectaba tanto.

—Es una información delicada —apuntó Bonnie circunspecta, era muy metódica—. ¿Quién podría estar al corriente de lo sucedido? ¿Alguien cercano a la familia?

—Pensé que solo lo sabíamos mis padres, mi hermano, Emily y los dos médicos que me atendieron.

—Los criados de todo se enteran. —Valery destacó—. Recuerden que cuando Lavinia Warrington dio su traspié con Cornelius, el fallecido sobrino de mis tíos, los Cumberland, fueron los sirvientes quienes iniciaron los rumores.

—Oh, Lavinia Warrington —dijo Ettie con incomodidad.

Las hermanas Warrington vivían refundidas en el campo con su madre, después de que cada una había provocado su propia debacle.

La primera era lady Susette, quien tras sucumbir a los encantos de lord Ashworth, Marcus Banes, y entregarle su virginidad no tuvo otro destino que el ostracismo social. Y, la segunda, siguió los pasos de la mayor con el difunto Cornelius Banes, primo de Marcus.

—Terminaré como ellas, con la reputación destrozada, porque no desistiré a abrir mi Casa de Correspondencia por amenaza

alguna. Nadie me verá arrastrada suplicando clemencia y renunciando a mis sueños para que calle mi secreto más vergonzoso.

—Por supuesto que no, Charlotte. Por supuesto que no —le dijo Valery y corrió a abrazarla.

—¿Estás dispuesta a soportar las consecuencias de que, quien está detrás de la carta, inicie el rumor? —Bonnie era objetiva—. Después nada lo podrá detener… A nadie le importará si el trasfondo de la información es verídica o falsa, estarán muy ocupados haciéndote polvo.

—Debemos empezar por hacer una lista de tus enemigos… Quizás si descubrimos de quien se trata podemos detenerlo antes de que esparza el rumor —apuntó Ettie aguerrida.

—El papel es carísimo —observó Charlotte que había aprendido del tema en los últimos meses.

—La caligrafía es impecable, es alguien con ciertos estudios. ¿*La Voz del Decoro*? ¿Habla en nombre de un grupo? —Bonnie sabía en carne propia que cuando un grupo de damas de elevada moral se unía, las consecuencias podían ser desfavorables. Su madre fue víctima una vez de un complot que les causó mucho daño a las dos.

—Y el sello de lacre sin escudo me hace pensar que es alguien de nuestro círculo, uno que sabía dónde me encontraba en ese preciso momento.

—O algunas… —retomó Bonnie.

—Lady Susette me odia, igual su hermana, pero están demasiado lejos para que la carta haya llegado tan rápido. La fecha es de hoy… Hasta donde sé no están en la ciudad —refirió, mientras analizaba a cada persona que podría desear causarle daño—. Hay alguien más que podría desear frenarme y arrojarme a los brazos de un matrimonio…

—¿Quién? —preguntó Bonnie mientras elegía una hoja y comenzaba a anotar los nombres de los sospechosos y los motivos, en cada caso, para descartarlos o tomarlos en cuenta como los redactores anónimos de la misiva.

—Mi padre… —reveló Charlotte con la voz casi ahogada. Valery se sobrecogió y se llevó las manos al pecho tras la confesión. Era

una treta a la que sus propios padres podrían haber recurrido con tal de estancar sus planes. Por eso entendía a su amiga. Muchas veces el enemigo vivía bajo el mismo techo—. Pero, mi padre también está a demasiados kilómetros como para fechar la carta hoy mismo y que llegue a mis manos. Si estuviese en Londres, sería de la primera persona que sospecharía.

—Por el Altísimo —se le escapó a Valery al escuchar de quien desconfiaba.

—Aunque no he podido hablar con él sobre el concurso, el premio y el negocio, sé que no estaría de acuerdo —continuó Charlotte tras suspirar—. Y como detesta la idea de enfrentarse a mi hermano, quien tiene las riendas de la familia, esa estratagema sería por completo de su estilo. Es como suele actuar cuando pretende salirse con la suya.

Ni siquiera se sonrojó al admitirlo, no sentía vergüenza al hablar de lo que era capaz Timothy Moray, marqués de Blair.

—No lo descartemos. Quizás alguien trabaja para él. Supongo que conoces la letra de tu padre, y esa no creo que sea… Te habrías dado cuenta…

—No es su letra.

—¿Quién más te parece sospechoso? —siguió Bonnie con la pluma lista para escribir.

—Señalaría sin temor a lady Cumberland —dijo Charlotte para referirse a la tía de Valery, una condesa muy poderosa, su voz podía construir o destruir reputaciones. No solo había instaurado el Premio Cumberland, sino que era una de sus principales patrocinadoras.

—La bruja Cumberland podría intentar detener a cada una de las ganadoras del premio. ¿Pero no habrían recibido cartas similares Valery y Florence, quiénes también ganaron? —valoró Ettie, a quien se le había ocurrido premiar en dicho concurso a las jóvenes con ideas más progresistas, contrario a las bases del concurso en sus anteriores certámenes. Una licencia que se había tomado por ser la duquesa de Hayden y dueña del colegio para señoritas, English Roses School, de donde provenían las participantes—. Perdona, Valery, por llamar bruja a tu tía… Es una antigua costumbre…

—Sé que se lo ha ganado a pulso, llámala como consideres. Conmigo no se ha portado mejor —contestó la aludida.

—Hay alguien más… —continuó Charlotte—. Hasta cierto punto lo admiraba, pero dio un paso atrás esta mañana. Frederick Banes…

—¿Frederick Banes? —Ettie se sobresaltó al escuchar el nombre. Era su amigo. Primero lo fue de su cuñada Daisy, después de ella. Cuando Ettie se sintió impulsada a escribir historias románticas, Daisy le presentó a Banes, y este le dio un espacio en su periódico. Ambas damas amaban las letras y tenían una particular amistad, poco vista entre un hombre y dos damas.

—Cuando gané el premio dijo que iba a asesorarme, pero no acudió a la cita —explicó Charlotte—. Tu cuñada consiguió para mí a la señora Day, una eficiente redactora que me ayudaría en la Casa de Correspondencia no solo a redactar textos para tarjetas, sino también con el potencial de convertirse en mi mano derecha.

—La señora Day, la conozco —aclaró Ettie dubitativa—. Es apreciada por Frederick, no solo como redactora, ella puede ocuparse del asunto que dejes en sus manos. Es muy eficiente. Sin embargo, aunque Frederick es tan feroz y astuto contra sus enemigos como un zorro viejo, no lo creo capaz de algo así.

—¿No lo crees capaz de usar su ingenio y la escritura para vencer a quienes se interponen en su camino? Has dicho que aprecia a la señora Day y sé de buena fuente que tuvieron un devaneo —recapituló Bonnie, tras escribir el nombre del periodista al final de la lista—. Por favor, que no salga de aquí. La señora Day me agrada también, es muy decente.

—Ahí está el motivo —soltó Valery sin mucho ánimo de culparlo, pero solo resaltó la evidencia.

—Oh, Bonnie, aseguraste que no lo dirías —le reprochó Ettie, quien también estimaba a la señora Day. Ahora su amigo pasaría a ser el sospechoso número uno de la lista.

—Lo siento, Ettie. Confío en que nuestras amigas serán discretas, siempre lo han sido. Pero estamos buscando a quien ha lanzado una amenaza importante contra Charlotte. Debemos estudiar todas las variantes con la mente abierta. Hay dos hilos a

seguir con Banes, no es que me desagrade el amigo de mi hermano, pero pondré a Charlotte por encima de él.

—Muestra esos hilos —pidió Charlotte intrigada.

—Martha Day, a quien no quiere perder, ya sea por empleada eficiente o por antigua amante. Sabemos que la señora Day le dio de lado casándose con un hombre que sí la tomó en serio.

—¿Y el otro? —Valery también se mostró interesada.

—Dos, Banes es un periodista que se ha hecho muy rico vendiendo artículos de alto calibre. Hasta donde sé sus notas son escandalosas. Imagínalo así, llega a sus oídos que hay un jugoso secreto que oculta la hija del marqués de Blair, uno que podría arruinarla socialmente. ¿Crees que, como ávido periodista, no se lanzaría a investigar?

—¿Qué ganaría? —Ettie seguía incapaz de reconciliar la sospecha de sus amigas con la figura de Frederick.

—Vendería muchísimos periódicos… —apuntó Valery sin intención de echar más leña al fuego, solo destacando lo evidente.

—No suele hacer trizas la reputación de una señorita, no es su estilo. Sus notas escandalosas son más sofisticadas. —Ettie lo defendió con ahínco.

—No es secreto para nadie que odia a mi padre, escribiría lo que fuera si con ello consigue hacerlo morder el polvo. Y, en lo ocurrido, mi papá no sale muy bien parado. —Charlotte seguía sospechando de él, no podía evitarlo.

Las damas se miraron todas señalando que Frederick sería capaz. Ettie, por el contrario, siguió renuente a aceptarlo, por más evidencias que mostraran ante sus ojos.

—Frederick me contó feliz que invirtió en el criadero de purasangres de tu hermano, Charlotte. Aprecia a lord Moray. No destrozaría tu reputación solo porque pretendes robarle a la señora Day, y menos por volverse más rico… —insistió Ettie—. Ya es absurdamente adinerado. Acaba de comprar el resto de la cuadra de edificios para hacer más grande su negocio.

—Quizás desea ampliar más todavía y ambiciona la manzana completa. —El sarcasmo en la voz de Charlotte era una forma de

enfrentar la amenaza que se cernía sobre ella como una noche oscura interminable.

No iba a renunciar a su negocio solo porque un enemigo —fuese quien fuera— se había enfrascado en intimidarla para verla zozobrar. Menos si su intención era aplastarla.

—Creo que todas tenemos razón en parte, debemos seguir indagando sin señalar a un culpable sin pruebas. —Valery se alzó de hombros, preguntándose si le sucedería igual cuando decidiera abrir su escuela de canto. ¿Sería la próxima víctima de *La Voz del Decoro*? Pero ella no tenía un secreto de la magnitud de Charlotte—. Cada persona en esa lista es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Debemos ponernos a trabajar. Yo puedo encargarme de mi tía, la observaré muy de cerca para averiguar si es la perpetradora. Revisaré sus escritos. Así podría descartar si es su letra.

—Le daré el beneficio de la duda a Frederick Banes por lo pronto —aceptó Charlotte, pero lo tenía al frente de la lista de sospechosos. Aunque en un inicio lo admiró por la forma en que desafiaba a su padre, a quien ella también confrontaba, cambió de opinión cuando faltó a la cita. Alguien con buenas intenciones se habría disculpado o avisado que no podría asistir.

—Ettie, tal vez puedas acercarte también a los escritos del señor Banes, para asegurarte de que no es su letra. —Bonnie creyó que era una estupenda idea la sugerida por Valery.

—Haré más que eso. —El entrecejo de Ettie estaba muy arrugado—. Lo confrontaré ahora mismo y si está detrás de esta broma de mal gusto lo tomaré de las orejas y lo haré postrarse ante Charlotte para retractarse.

—Oh no, por Dios, Ettie. Si no es él alimentarías su curiosidad. Querría saber cuál es el embarazoso secreto de mi pasado. Y no lo soportaría. Menos él, con su alcance…

—Es cierto. No lo haré. De todos modos, sería una pérdida de tiempo. Estoy convencida de que no es él. Pondría mis manos al fuego por Fred. —La seguridad de Ettie hizo que todas hicieran mohines replanteándose al sospechoso.

—Solo revisa su letra, con discreción —suplicó Bonnie.

Ettie aceptó mortificada.

Y Charlotte se llevó las manos al cuello implorando que no fuese Frederick, no solo por el poder que tenía el periodista, sino porque Ettie de verdad lo apreciaba y no quería ponerla en una posición donde tuviese que decidir a cuál de los dos serle fiel.

Sabía que elegiría al inocente, en ese caso ella, pero le causaría un inmenso dolor a su amiga decepcionarse de Banes.

4

Con una expresión desenfadada, Frederick tomó la carta de las manos de su secretario. Este último, Stevens, lamentó interrumpir la conversación que sostenía Frederick con Broc MacKenzie, uno de los socios del criadero de purasangres y caballos de tiro, donde Fred había invertido una suma importante.

El secretario lamentó por enésima vez la interrupción, pero sabía que Frederick exigía ser informado de inmediato cuando la misiva venía de un pez gordo, y el duque de Richmond lo era. Si tenía que cubrir sus espaldas, prefería tomar medidas cuanto antes.

Rompió el sello de lacre que identificaba al remitente y con cinismo leyó en silencio el contenido.

—Parece que arderá Troya. —Usó una de sus frases favoritas mientras repasaba veloz con pupilas encendidas los reclamos del emisor—. Me llama Basilisco, es bastante creativo. ¿No cree?

El escocés de cabellera tan oscura como sus iris, respondió con una leve sonrisa sarcástica que no llegó a su mirada.

Frederick puso los ojos en blanco. Los duques creían que eran de una clase superior e intocable, que podían esgrimir cualquier insulto contra una posición que consideraban inferior sin recibir contestación.

Sentía resentimiento por la aristocracia, en algún momento, su abuelo fue el hijo de repuesto de un antiguo lord Cumberland. Su abuelo —Frederick como él— y después su padre —Thomas—

tuvieron que buscarse la vida, pues no heredaron ni el título ni sus bienes.

En la actualidad, no solo era un extraño para el vigente poseedor del título, sino que, además, tenía que soportar su desprecio. Los Cumberland despilfarraban el dinero del condado en dotes para jóvenes damas con poca fortuna y se alzaban como buenos samaritanos. Mientras los demás descendientes no recibieron ni un penique, solo por no haber nacido primero.

Y Richmond era cercano a los Cumberland, estaba casado con la hermana de lady Cumberland. El duque al igual que su pariente lejano —el actual lord Cumberland—, era un idiota que usaba su escaño en el Parlamento para proponer o apoyar leyes que solo beneficiaban a los de su posición. Así que, terminó en el diario como una nota muy escandalosa.

—Richmond cree que todos somos estúpidos. Ha sugerido una ley para explotar más a los que están en la base de la pirámide, con la esperanza de volver a llenar sus arcas. Su situación económica es crítica, por eso se vale de tácticas rastreras. Hayden lo desplumó como a una gallina cuando osó enfrentarlo.

—*Och*, un duque desplumando a otro —soltó Broc con un fuerte acento escocés de las Tierras Altas e hizo una mueca torcida para darle fuerza a su conclusión.

—Hayden no tiene clemencia con sus enemigos y Richmond colmó su tolerancia, la que no es mucha, debo reconocer. Así que lo dejó en la ruina para darle una lección que no olvidaría jamás.

Valentine Severn, duque de Hayden, y Frederick eran amigos desde hacía mucho tiempo, muy cercanos, casi hermanos. Aunque Fred era dos años mayor que el duque, se habían conocido durante su paso por Eton y jamás se distanciaron de nuevo.

—Si necesita ayuda para quebrarle algunos huesos, mi primo Cailean o yo podemos servirle. Cualquiera de los dos, podríamos darle un escarmiento a ese duque estirado. —La mueca retorcida con la que Broc remató la frase evidenció que no bromeaba.

Fredrick lo miró con ironía, y recordó por lo que lo había citado: la petición de Moray.

Broc MacKenzie no podía ir por el mundo quebrando los huesos de todo exponente de la aristocracia que lo importunara a él o a sus allegados. Debía buscar una manera diferente, una similar a la usada por Hayden: hacerlo caer en el ámbito de los negocios. O quizás, una forma parecida a la favorita de Frederick: ridiculizarlo en una página de cotilleos, como había hecho él con Richmond.

The Golden Gazette no era un periódico de escándalos, al contrario, era uno de los más notorios y buscados por sus noticias serias y confiables en cada ámbito de relevancia. Sin embargo, tenía una sección hasta el final, muy escandalosa. Sabía que esas páginas volvieron a su periódico muy redituable. Sus demás apartados también eran apreciados: política, cultura, economía.

¿Y cuál redactaba Frederick? Los dedicados a la alta sociedad. Lo más selecto de la nobleza británica quería salir en sus páginas: logros de los nobles parlamentarios, anuncios de matrimonios, nacimientos, celebraciones…

—¿Sabe por qué le pedí venir? —Lo miró de reojo. Muchos hombres de la aristocracia no se sentían cómodos en presencia de Broc, incluso le temían, no era el caso de Frederick. Estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de personas.

—*Nae*. Aunque, supongo que por algo relacionado con The Crest Stud —dijo para referirse al criadero de caballos.

—Va por ahí, pero es más complicado. Me explicó Moray que, debido a sus múltiples responsabilidades con sus hoteles y su necesidad recurrente de viajar, decidieron que usted se encargaría de dirigir The Crest Stud, donde está invertido nuestro dinero.

—Ya estoy informado, y si lo que desea es estar al corriente lo mantendré al tanto cada mes de las cuentas… ¿O está nervioso porque el Rey Midas ha puesto el criadero y los tratos comerciales en mis manos? También sé multiplicar el dinero. —Dejó de estar recostado en la silla con desinterés, y enderezó la espalda, clavándole las pupilas.

—No dudo de sus habilidades para administrar el negocio. Si Moray lo dejó al frente es porque confía en usted, y yo en él… Supongo que, ahora, usted y yo nos veremos más a menudo.

—No tengo problema con ello.

—Sabe que Moray es un escocés un poco peculiar.

—¿A qué se refiere? —se inclinó hacia el frente. No le desagradaba el periodista, pero si hablaba mal de su amigo lo obligaría a retractarse.

—Moray es perfeccionista… No siente fascinación como yo por la moda. Sin embargo, cuando usa un frac hecho a la medida con elegancia y propiedad, nadie duda que pertenece a la alta sociedad. Él cree que la primera impresión abre puertas y que eso es fundamental para los negocios. Y cuando hablo de apariencia, no solo me refiero al porte, también incluyo las maneras de proceder.

—*Aye*, a Zachary le importan esas cosas, la realeza y todo lo relacionado con la *crème de la crème* londinense. —Vio que su interlocutor no dijo nada inapropiado o que no conociera sobre su amigo, así que se volvió a relajar en su asiento—. No son para nada asuntos que signifiquen algo para mí. Salvo que un duque con la cartera abultada llegue a las oficinas de The Crest Stud con la intención de comprar un purasangre.

—Yo, a su vez, sí aprecio la moda, la realeza y las meteduras de pata de la *crème de la crème*. Sobre todo, estas últimas, me han hecho muy rico.

—Es raro como odia las excentricidades de la aristocracia; pero, por otro lado, parecen deslumbrarlo.

—Su lengua no conoce la prudencia, MacKenzie —señaló entendiendo la razón de la petición de Moray. El escocés era tan transparente como un impoluto cristal, y en Londres la franqueza a rajatabla no era tan valorada.

Respiró hondo y trató de no sentirse ofendido. Su otro mejor amigo, Edward Raleigh, un eminente doctor con predilección por estudiar la mente humana, le había hecho idéntica observación, a disgusto de Frederick. Le había expuesto que en la misma medida que despreciaba el privilegio de la cúpula de la nobleza, se sentía atraído por esta, como un insecto a la luz.

Un atrevido comentario que, debido a la antigua amistad, tuvo que tolerar, aunque lo habría rebatido hasta el cansancio, de no ser porque los argumentos ingeniosos de Edward eran interminables cuando de una discusión se trataba.

Según Edward —lector de almas, por no decir mentes—, y también el perspicaz duque de Hayden, quien era un ávido observador de las intenciones, había una causa en el odio y la fascinación de Fred.

Su resentimiento con la familia Cumberland era la base de su descontento. El rencor se ramificó en su intrincado carácter, tras haber sido despojado de los privilegios del título.

Para Edward Raleigh y el duque de Hayden, Frederick era tan evidente como un libro abierto. Aunque, como observó el rudo escocés, no dejaba de ser un libro muy contradictorio.

—¿Para qué me ha citado? Supongo que no para discutir acerca de su persona. No soy bueno con la gente.

—Vaya, me alegra que sea tan directo con sus propias habilidades como con el análisis tan breve y refutable que ha hecho de mi personalidad, MacKenzie.

—Vaya al grano. Me dará dolor de cabeza.

Frederick sacó de un cajón de su escritorio un paquete con cinco libros anudados con una cinta de lino, y los depositó sobre la superficie de madera.

—Lamento ser emisario de esta noticia, pero es necesario pulir sus modales. Suavizar las maneras de las Tierras Altas para que pueda alternar en sociedad, en beneficio del negocio de los caballos. Tómelo como un sacrificio por la causa. Y, como verá, no tengo vocación de tutor. Así que, para aligerar mi labor, puede comenzar por leer estos libros. —Desató el lazo y los puso uno al lado del otro para que MacKenzie pudiese ver los títulos—. En salones como White's o ante negociaciones formales, la cultura es cuestión de supervivencia. El Rey Midas lo sabe.

—*Och*… ¿Pulir? ¿Pulirme? —preguntó impactado—. Si ha citado a Zachary, supongo que es porque él está de acuerdo con su idea.

—Lo corrijo si me permite —dijo en tono petulante, sin importarle que los ánimos del otro comenzaran a exacerbarse—. La idea no es mía, es de su amigo. Solo me designó para llevar a cabo la difícil misión. Pero, no perderé mi tiempo. Si hasta ahora usted ha sobrevivido y escalado en los negocios como para asociarse con uno

de los hombres más ricos del reino, supongo que quebrar huesos o lo que sea que haga no debería subestimarse.

—*Nae*, no debería… —Se quedó contemplando a Frederick y su grandilocuencia, que no lo dejaba ver más allá de sus narices. Ese charlatán le caía cada segundo mejor. Con su primo Cailean en Escocia y Zachary en Francia necesitaba a alguien en Londres con quien hablar para no sumirse en un mundo de trabajo y silencio. A ese periodista peculiar jamás se le acababa la labia.

—¿Entonces? ¿Le escribo a Moray diciéndole que puse de mi parte, pero que es absurdo? Repito, no fue mi idea. No me mire con esa cara de pocos amigos, como si yo fuera un gorrión fácil de engullir. Puedo ser un hombre de letras, pero también peligroso.

—No lo dudo. No soy de los que subestima a su contraparte a la ligera. En eso sí, tiene que mejorar, Basilisco. ¿O prefiere *el Látigo*? —preguntó como si nada, ante la expresión impávida de Fred—. Zachary es el Rey Midas, aunque su esposa adora llamarlo Escocés. Cailean es Laird. A mí me dicen Highlander. Si usted va a unirse a la hermandad, debe tener un apodo también.

—¿Me está ofreciendo su amistad? —preguntó conmovido, eso sí que no lo vio venir. El hombre tenía una lengua mordaz y directa, y su apariencia ahuyentaría solo con su presencia a sus enemigos. Y él tenía ese encargo que cumplir de refinar sus rudas maneras. Suponía que ambos ganaban—. También tengo una hermandad con el duque de Hayden, a quien a sus espaldas lo apodan Ogro Gruñón, como a mí me llaman *el Látigo*. Edward es el más aceptado de los tres por la sociedad. Supongo que ser hermano del conde de Allard juega a su favor. Su hermano es muy respetado. Así que *el Látigo* o Basilisco podrían darme cierto carácter, aunque suenan despectivos. ¿Qué te parece, Highlander, si mientras lo considero, me llamas Frederick o Fred, como hacen mis amigos?

Lo tuteó al final y esperó la reacción del escocés.

—No tengo objeción. Tampoco en que me enseñes todo eso que Zachary cree que necesito saber, ahora que estoy al frente del criadero. Si es favorable para los negocios, no puedo negarme, aunque me gustaría.

—¿Así tan fácil? —A Frederick le agradó que no ofreciera resistencia. No obstante, por otro lado, lamentó asumir esa responsabilidad. Por donde mirara a MacKenzie no hallaba modo de volverlo más civilizado. Su aspecto atentaba contra ese propósito.

—Si no hay nada más que agregar ahora me retiro. Los caballos me esperan.

—Olvidas los libros.

—Ah, los libros. —Una mueca de fastidio—. ¿Cómo te digo esto, Fred? *La Biblia*, versión del Rey Jacobo, leída. *La Ilíada*, traducida, también leída. Al igual que *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, *El Rey Lear* de Shakespeare. Y, sobre todo, e imprescindible, *La riqueza de las naciones* de Adam Smith.

La cara de Frederick mostró plenamente su asombro, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Se le quedó mirando unos minutos sin comprender cómo no lo vio antes, solía juzgar con ojo crítico a sus interlocutores y aquel no parecía haber abierto un libro en su vida.

—Bueno, supongo que no necesitas consejos en ese aspecto. Asumo que no son los únicos libros que has consultado.

—No, Fred, y me gustaría que continuara siendo un tema que no se discuta en voz alta. Arruinaría mi reputación.

—A cualquiera le encantaría poder debatir a sus anchas con conocimiento en un club para caballeros, le permitiría dar su opinión sin dudar. No lo consideraría una debilidad.

—Odio a los fanfarrones, no me convertiré en uno.

—Ser culto y educado no es sinónimo de fanfarronear, Highlander; no obstante, supongo que cada uno puede tener una opinión al respecto. —No lo dijo en voz alta, pero a Edward le fascinaría estudiar a ese sujeto. Cerril y, secretamente, instruido. ¿Por qué? Se preguntó, pero no lo planteó en voz alta. Ya era demasiado atrevimiento. Sabía cuándo los límites estaban marcados de manera definida y cuándo no convenía cruzarlos. Sobre todo, porque la confianza entre ambos apenas comenzaba a forjarse—. Nos vemos en otra ocasión para continuar con las lecciones, si estás aún de acuerdo, Broc.

La mirada del escocés era un no rotundo, Frederick lo entendió. Broc le dio por su lado al decir en un inicio que aceptaba, pero sería escurridizo. Lo que le faltaba.

5



Leer el siguiente número de *The Golden Gazette*, desde su habitación, mientras desayunaba tenía doble propósito. Mantenerse informada y escudriñar los artículos escritos por Frederick Banes, para comprobar si algún dato sugería si aquel estaba implicado en la advertencia que recibió días atrás. Sin embargo, cuando leyó la siguiente nota del periodista, otro de sus sospechosos desplazó a Banes en la lista.

Ettie aún no había podido revisar su letra. Valery ya había podido descartar que la letra de su tía no era similar a la de *La Voz del Decoro*, aunque siempre podía usar la de otra persona. Así que resultaba inútil que Ettie comparara la de Banes con la de quien la amenazaba. Menos un hombre con tantos empleados a su cargo, a cualquiera le pudo pedir que la escribiera.

Era mejor leer entre líneas.

¿Cómo *el Látigo* podía estar más al corriente que ella de lo que ocurría dentro de su propia familia? También sabía cómo le decían; no obstante, jamás lo había utilizado hasta ahora, ni en sus pensamientos.

El título de la nota le hizo arrugar la nariz, solo al señor Banes podría habérsele ocurrido; pero a la vez la llenó de curiosidad. ¿A qué se refería?

LOS MUERTOS SE LEVANTAN DE SUS TUMBAS
The Golden Gazette
Escrito por Frederick Banes
3 de enero de 1875
Estimado lector:

Confío en que no se sorprenda con esta nota, porque lo que hoy se murmura era, tarde o temprano, inevitable. No soy de los que se dejan llevar por sobresaltos innecesarios.

¿Recuerda a la distinguida señora Sable, quien por largos años impartió clase de bordado en el respetable colegio English Roses School? ¿Aquella cuya repentina y misteriosa partida de la ciudad nos hizo suponer que jamás volvería a honrarnos con su presencia? Pues bien, he sabido por fuente fidedigna que su delicada salud la ha obligado a regresar, y lo más interesante es que convalece en una elegante habitación en Cumberland Place. ¿Qué misteriosa enfermedad la aquejará?

Se comenta que su sobrino, el célebre y conocido en sociedad como lord Ashworth, por título de cortesía, la acompañará durante lo que algunos califican, en voz baja, sus últimos días. Los condes de Cumberland, según se dice, han pedido el retorno de Norteamérica del hijo pródigo.

¿Volveremos a escuchar relatos de sus ya conocidas peripecias, tal y como acostumbra el heredero? ¿O será cierto que el castigo del exilio, impuesto por su padre, a causa de sus indiscreciones, ha fortalecido el carácter del primogénito y único hijo de los condes?

Y pasando a otra de las encumbradas familias, muchos creímos que aquel que habría de fundirse para siempre con el duro granito de Escocia —el famoso lord Blair, aristócrata de vasta fortuna—, había elegido el silencio definitivo de las Highlands.

Sin embargo, fuentes discretas lo han visto de manera muy reservada desayunando en White's.

¿Ha llegado acaso para la próxima apertura de Lady Charlotte's Correspondence House? Como padre diligente es de esperar que festeje los logros de su descendencia. ¿O será que ha recobrado fuerzas y ha decidido retomar su escaño en el Parlamento?

Si se alinea a leyes oportunistas como las defendidas por su excelencia, el duque de Richmond, sabremos de manera frecuente de él en estas páginas.

Y ya que menciono a su excelencia, lamento que el último artículo, dirigido a su persona, le haya resultado tan desagradable. Más, porque tal incomodidad lo impelió a remitir una carta al director de este respetado periódico para manifestar su descontento. No obstante, nuestra labor es informar, no halagar, y no decepcionaremos a nuestros lectores. Así que no nos retractamos de lo que escribimos.

Cuando terminó de leer sintió un pálpito en el corazón. Obvió todo lo demás, fuese interesante o no, sobre lord Ashworth y su tía, el duque de Richmond, y se centró en lo que la atañía.

Tras recibir aquella carta con la advertencia, pensó que podría ser una de las estratagemas de su padre para hacerla desistir, de modo indirecto, de abrir el negocio, lo que para él no se ajustaba a la imagen que tenía de la hija de un marqués. Más, teniendo en cuenta que era un marqués no tan aceptado socialmente por los escándalos con amantes que había sostenido en el pasado y por dedicarse a sus negocios, lo que no era aprobado por sus pares. Y para Blair era importante limpiar su imagen y escalar hacia los lugares más encumbrados de la aristocracia.

Pero ese artículo cambiaba todo. Hasta donde sabía su padre no había vuelto a Blair House, tampoco tenía noticias de que se

estuviese hospedando en Moray Gardens, la residencia de su hermano, a las afueras de Londres, ahora que estaba vacía.

Hizo sonar la campanilla para que la doncella la asistiera cuanto antes, necesitaba adecentarse y pedirle al mayordomo que enviara un mensaje urgente a Moray Gardens. Precisaba averiguar si su padre pernoctaba ahí.

Quizás eso resolvería el misterio de dónde se alojaba, ahora que era evidente que se encontraba en la ciudad.

En cuanto estuvo lista y se ocupó de lo anterior, se reunió con su madre. Marianne se mostró más contrariada que su hija al leer la nota del periódico.

—¿Cómo es posible que se encuentre en Londres y no sepamos nada? —profirió con una mano en la sien.

Charlotte no quiso expresar en voz alta su pensamiento. Si de pronto escuchaba que su padre tenía una nueva propiedad, donde se quedaba con la amante de turno, no le sorprendería. Pero prefirió callar, no quiso angustiar a su madre.

—Quizás solo son rumores y lo han confundido con alguien más. No obstante, esperaremos la contestación del mensajero que el mayordomo mandó a todo galope a Moray Gardens.

—¿Crees que aprovechando la ausencia de tu hermano se haya hospedado en su propiedad? Pero no tiene sentido. ¿Advertiste que la nota no menciona nada acerca de la salud deteriorada de tu padre?

—Raro, mamá. Más tomando en cuenta que sí hizo hincapié al respecto sobre la salud de la señora Sable.

—¿Habrá venido para consultar a un médico? Hasta donde sé lo atendía un doctor de Edimburgo, al que visitaba con cierta frecuencia. —Marianne suspiró para tratar de tranquilizarse—. Esperemos a que llegue ese mensajero, no dejemos que nos sobrepasen las ansias. ¿Tomamos una tila para calmarnos?

—Madre querida, no podré acompañarte. Quedé en entrevistarme con la señora Day, quien posiblemente se convierta en mi mano derecha en la Casa de Correspondencia. Debió haber sido ayer, pero me he vuelto un desastre a la hora de administrar mi tiempo.

—¿Sabes que no necesitas hacerlo? ¿Dirigir un negocio como si fueras un hombre?

—Madre —le susurró con cariño.

Iba a empezar a reclamar, pero Marianne con la dulzura que la caracterizaba continuó:

—No tienes que hacerlo, basta con encomendarlo a un administrador para que se ocupe de todo mientras continúas con tu vida y solo reparas en las ganancias. Pero, ¿sabes una cosa? Verte tan involucrada y con la mente ocupada en cada detalle me llena de orgullo.

—Mamá —le dijo con cariño y ya tenía las manos de Marianne rodeando su rostro, para depositarle un tierno beso sobre la frente.

—Qué orgullosa me siento, Charlotte, de tu hermano y de ti. A veces me pregunto qué hice para merecerlos. Son brillantes, de buen corazón y tan valerosos… —Una lagrimilla resbaló por una de sus mejillas—. De haber sido la cuarta parte de valiente de lo que lo son Zachary y tú no me habrían sucedido tantas cosas desagradables en el pasado. Habría enseñado a tu padre a respetarme.

—Mamá, Zachary y yo también estamos orgullosos de ti. No importa cuánto tardaste en armarte de valor, pero cuando pudiste enfrentaste a papá. Ya no pienses en lo que pasó, si fue un pésimo padre o un peor esposo. Sigamos adelante, él por su lado, nosotros por el nuestro. Además, tenemos a Zachary de apoyo y mi hermano es bastante firme en cuanto a nuestro padre se refiere. Es más, si el señor marqués ha vuelto a Londres y ha decidido no presentarse y ni siquiera informar de su arribo, mejor para nosotras. Así no tenemos que obligarnos a una incómoda convivencia.

—A tu padre le importan las apariencias, aunque jamás ha sido un ejemplo digno de ser emulado.

—Lo sé.

Sabía que si estaba en Londres tarde o temprano querría mostrar que seguían siendo una familia honorable, aunque el núcleo de los Moray estuviese fracturado. No pudo decirle a su madre sobre la carta y sus advertencias. Cada segundo sospechaba más que podría ser una treta de su padre para obligarla a replegarse al papel

de esposa que, según Blair, era lo único decoroso que podía hacer una dama con su futuro.

Cuando sus caballos estuvieron enganchados al cabriolé partió hacia Bond Street. Aunque su mente seguía a la caza del autor de la carta, no podía descuidar sus obligaciones.

Blair sospechoso número uno. Las hermanas insidiosas se quedan con el número dos. Aunque no estuvieran en Londres, tal vez pronto se enteraba que pertenecían al club de los muertos que salían de sus tumbas. ¿Quién más arribaría ese enero a Londres?

¿Frederick Banes debía estar en la lista? Meditó largamente mientras frenaba el carruaje.

Frederick Banes no puede ser tan ridículo de enviarme esa misiva ponzoñosa solo porque intento quedarme con Martha Day, recapacitó.

Sus notas del periódico destilaban suficiente veneno, pero no creyó que fuera responsable del ataque a su persona.

Al llegar frente a su negocio, detuvo el carruaje y observó con orgullo el nombre de su establecimiento sobre su cabeza, con la paloma mensajera como emblema.

Entonces, un ruido a su espalda la hizo voltearse.

Era él, Frederick Banes, saliendo por la entrada principal de *The Golden Gazette*.

Aunque estaban cruzando la calle, ella notó que él no le quitaba la vista de encima. Incluso, cuando sus ojos hicieron contacto él tuvo el atrevimiento de inclinar levemente el ala de su sombrero de copa en señal de saludo. Una media sonrisa ladeada por parte del canalla bastó en ese intercambio.

¿Pero cómo se atrevía a saludarla como si no se hubiese comportado descortés con ella? ¿Ni siquiera iba a cruzar la calle para disculparse por eludir la cita?

El papel de carta que ordenó para él aún estaba olvidado en un cajón como prueba de su falta de consideración.

El mozo de cuadras le dio la bienvenida e insistió en ayudarla a apearse, así que tuvo que romper el contacto visual con el

periodista.

Abandonó su mullido asiento, y dejó el cabriolé en manos del mozo, que no tardó en subirse de un salto al pescante posterior, y guiar desde ahí, de pie, el carruaje lleno de entusiasmo. Vio como lo condujo como gladiador romano por una calle secundaria, rumbo al patio interior compartido del edificio.

Cuando Charlotte volvió a mirar en la dirección de Banes, él ya no estaba. Un carruaje que salió de la nada se alejaba a un ritmo parsimonioso.

También necesitamos un portero para que reciba a las visitas y controle los accesos, se recordó para quitarse de la mente la mirada enigmática de Banes. Era mejor concentrarse en sus obligaciones.

Pero la realidad fue otra, se quedó observando el negocio del frente más tiempo de lo prudente. Cuando se dio cuenta inspiró con fuerza y trató de centrarse de nuevo.

Justo al meter la llave en la cerradura, Martha Day hizo acto de presencia, más temprano de lo esperado y le ofreció pasar a la joven mujer.

—¿Todo bien, lady Charlotte? —preguntó Martha Day mientras ambas entraban al recibidor.

¿Se le notaba la agitación que le dejó la presencia del periodista? Se molestó consigo misma por darle semejante poder a ese hombre. Hacía mucho tiempo que se había jurado que ninguno volvería a hacerle temblar las rodillas sin que ella se lo permitiera.

La amante de Banes. Por Dios, ¿estará aquí porque desea un mejor trabajo, por alejarse de su antiguo affaire *o en misión de espionaje?*, pensó y trató de concentrarse en contestar.

—Sí, adelante. Disculpe que tenga pocos empleados aún y que el sitio necesite más orden.

Martha era una mujer de unos veintiséis años, de buena figura y presencia, cabello y ojos oscuros en combinación con una piel cetrina, y al parecer excelentes modales.

Parece que ninguna dama puede resistirse a los encantos de Frederick Banes, sean los que sean, pensó de pésimo humor al recordar el descaro con que la miró desde su lado de la calle.

En las ocasiones sociales que habían compartido, las damas viudas, casaderas, e incluso, casadas le sonreían con evidente interés. *¡Qué falta de decencia!*, pensó.

Oh, sería irónico que el descarado de Banes se llamase a sí mismo La Voz del Decoro*. Pero ese hombre es tan cínico y sarcástico que lo creo capaz de hacerlo sin titubear*, continuó cavilando.

—Falta poco tiempo para la inauguración, milady. ¿O me equivoco? —preguntó con amabilidad, más una preocupación que un reproche. Lady Pembroke me dijo que pretende abrir dos semanas antes de San Valentín.

—No se equivoca y es la razón por la que deseo entrevistarla. Ya no puedo seguir abusando de los favores de mi hermano, quien ha compartido conmigo a sus empleados. Si usted se queda con la posición, lo primero que haremos es contratar a todo el personal. Usted será mi mano derecha: una suerte de administradora, ama de llaves y jefa de redacción.

—Puedo con el reto —dijo fascinada por la nueva posición que sin dudas era mejor que la que tuvo en su empleo anterior.

—Además, necesitamos una redactora para quienes encarguen sus cartas, podríamos contratar más si el negocio prospera, que estoy segura de que lo hará. También necesitaremos una copista para transcribir, un vendedor o vendedora para quienes solo nos visiten con el propósito de surtirse de insumos, personalizados o no. Una mucama es necesaria, la limpieza y el orden es primordial y un portero para que reciba visitas, paquetes.

—Tomo nota de todo —sostuvo anotando en una libreta—. ¿Un muchacho de los recados?

—Mi hermano me ha cedido a un mozo de cuadras para atender a mis caballos y al cabriolé cuando esté aquí. No lo ocuparé todo el tiempo, así que por un incentivo extra podría hacer también los recados. Puede proponérselo, se llama George.

—Lo haré hoy mismo. ¿Y el cochero?

—No hay cochero, pero si necesitamos enviar un paquete el mozo podría llevarlo en mi cabriolé en nuestro nombre, es de mi entera confianza.

—¿Y quién conduce para usted?

Charlotte entendió por dónde iba. La miró con ternura. Seguro no alcanzó a verla llegar sujetando las riendas.

—Lo hago yo misma, como hacía muchas veces cuando vivía en Normandía. ¿Le sorprende que una mujer…?

—No es usual que una mujer conduzca su propio vehículo cuando es motivada por la necesidad; pero una dama… No me queda dudas de que es usted muy decidida —dijo con admiración por lo que Charlotte solo le sonrió, sin tomar su comentario como imprudente.

—Supongo que lo soy. ¿Pero quién dice que no es la necesidad lo que motiva? Debo venir todos los días, Bond Street exige puntualidad, no puedo sustraerle a mi madre al cochero cada mañana. Mi hermano entiende la logística y la practicidad del regalo que me hizo, justo cuando ya estábamos convencidos de que la Casa de Correspondencia no tenía vuelta atrás.

—Por supuesto, un coche ligero para trasladarse de su residencia al establecimiento es más práctico que depender de cocheros.

Charlotte volvió a sonreír y creyó que el tema estaba zanjado, estaba acostumbrada que las mujeres le preguntaran al respecto. Siempre alegar que no era un carruaje para pasear o pavonearse, sino para moverse de un punto a otro en horarios establecidos, le traía buenos resultados. Despertaba admiración más que reproche.

En Normandía usó el mismo pretexto de trasladarse, pero con otra finalidad; aunque allí no despertaba la curiosidad que suscitó en Londres.

El motivo real se lo reservaba, le daba libertad y disfrutaba tener el control de las riendas, la hacía sentir que gobernaba su vida.

Continuó hacia lo que le interesaba.

—Los insumos ya están todos en nuestro pequeño almacén al fondo. Y sí, quiero empezar lo antes posible, la fecha de inauguración es el 30 de enero y creo que he tardado demasiado en esos detalles. Todo lo demás está listo, tuve apoyo de mi cuñada, mi hermano y sus empleados antes de su viaje.

—Se ha tardado tanto en contratar personal que me deja el corazón en un pálpito desbocado. Pero entiendo su motivación y estoy dispuesta a hacer lo impensable para que inaugure en tiempo y forma. Quiere aprovechar las postales que se envían para San Valentín, es una época alta para este tipo de negocios.

—Exacto. Ya todo está comprado y tengo bocetos y miles de ideas ya plasmadas para comenzar la producción a pasos acelerados. Los contactos con los proveedores ya están establecidos, me encargué en persona.

—En ese caso no hay tiempo que perder. Tendremos que correr para no quedarnos atrás de la competencia. Será conveniente contratar personal fijo y de temporada, solo para eventos como los presentes en los que el volumen de pedidos será más elevado. Conozco a varias personas para los puestos que tiene en mente, tengo experiencia de más de diez años trabajando en imprentas, periódicos… En *The Golden Gazette* no solo era redactora, tenía algunas tareas similares a las que tendré aquí a mi cargo.

Le agradó saber que Martha estaba al corriente de los detalles que aumentaban las ventas y del giro en el que se deseaba posicionar.

—Seguro por eso lady Pembroke la sugirió para el puesto. ¿Empezamos la entrevista? No hay tiempo que perder.

Pasaron a la oficina y se acomodaron. Charlotte carraspeó, mientras Martha esperaba impaciente por el interrogatorio, se notaba que de verdad quería ese trabajo, lo que aumentó la curiosidad de Charlotte.

Una persona de la entera confianza de Banes podría saber si él era capaz de amenazarla a través de una misiva.

Tenía una lista de las preguntas que le realizaría, no supo por qué se saltó todas para empezar por la que menos imaginó.

—¿Por qué ha decidido abandonar su posición con el señor Banes?

La sonrisa ladeada del canalla seguía ocupando espacio en su mente. ¿Era una burla cínica? ¿Una amenaza encubierta? ¿Él sabía quién había mandado la carta?

—Yo… —Martha parecía muy preparada para la entrevista y decidida a quedarse con la posición y la estupenda paga, pero aquello la tomó desprevenida—. El horario. Ahora tengo un hijo y el horario que usted ofrece me permitirá pasar más tiempo con mi criatura. No quiero que el día de mañana solo recuerde con afecto a la niñera, aunque es una estupenda persona. Mi esposo también trabaja la mayor parte del tiempo.

—Buen punto. ¿Entonces no se retira por algún inconveniente con el señor Banes más allá de las excesivas horas laborales?

Aquello sorprendió más a Martha que se ruborizó por completo, temiendo que supiera de lo sucedido en el pasado. Se arrepentía tanto de haber sucumbido, no era ético, y ahora que lo había superado quedaba como un error que podría haber evitado. Por suerte su esposo lo supo antes de casarse, ella tuvo que confesarlo, para no entrar con secretos al matrimonio y era un tema zanjado.

Pero Charlotte no lo sabía, así que le era fácil elucubrar en su mente.

—No. —Se limitó a contestar con un monosílabo—. Él no nos explota, él se queda incluso más horas que sus empleados laborando. Es muy…

—¿Obsesivo? No olvidemos que vive arriba. Tal vez pasa a sus habitaciones a refrescarse unas horas…, mientras los demás siguen afanados.

—No, el señor Banes es un buen jefe. Su carácter o las condiciones de trabajo no son motivos para desertar.

—Lady Pembroke sugirió que usted deseaba un empleo menos escandaloso, ahora que está casada, tomando en cuenta los artículos del área de sociales que a veces lastiman ciertas susceptibilidades.

—Eso es verdad y Frederick… Quiero decir el señor Banes lo sabe. Yo misma se lo he informado.

Charlotte enarcó una ceja con rapidez al escucharla llamarle por su nombre de pila.

—¿Y cómo reaccionó cuando le dijo que se iba? ¿Está feliz de dejarla ir? No me gustaría tener un enemigo al cruzar la calle porque la posición que ofrezco es más atractiva. Hay personas que toman

represalias por cuestiones parecidas. Incluso supe de un caso donde mandaron una carta anónima con advertencias veladas para hacer desistir al contrincante. ¿Cree que el señor Banes sea capaz de…?

—Capaz de eso y más. Banes es un enemigo de cuidado. Sin embargo, no es de los que se amparan en el anonimato. De lo contrario, no pondría nombres en sus notas.

—Buen punto.

—Si no le molesta, milady, podemos seguir con la entrevista. No me siento cómoda hablando del señor Banes, él se ha portado bien conmigo. Aunque no le agrada la idea de prescindir de mis servicios como redactora, me aseguró que me dará una compensación justa si consigo una posición en la Casa de Correspondencia y decido retirarme del periódico. Además, la casa donde vivo con mi esposo y mi hijo la tengo gracias a una suma importante que me entregó como regalo de matrimonio, con el propósito de ayudarme para ese fin. Ha apoyado de una u otra forma a sus empleados. Siempre da bonos en bodas, nacimientos, corre con gastos funerarios. Es muy generoso.

La mandíbula de Charlotte se tensó, no entendía por qué se ensañaba con el dueño del local de enfrente. ¿Sería por el desaire de dejarla plantada en la cita y por no tener siquiera la decencia de disculparse?

—No hablaremos más del señor Banes, continuemos sobre su experiencia en la labor que desempeñará. ¿Se siente capacitada para manejar las finanzas? El administrador vendrá al final de cada semana y revisará las cuentas.

Las dos suspiraron más calmadas y continuaron sin volver a mencionar al señor Banes.

6

Frederick Banes llegó a la recepción a la que había sido invitado sin Broc MacKenzie. Habría sido una ocasión fantástica para introducirlo en los círculos que había recomendado Moray. Pero no hubo manera de convencerlo. Y eso que se tomó la molestia de solicitarle a Daisy que le enviara también una invitación. Según había indagado, ni siquiera le escribió a la dama para declinar.

El highlander no entendía, o no quería entender, que mejorar sus maneras venía de la mano con asistir a eventos, donde tendría oportunidad de relacionarse con personas importantes en los ámbitos de la política y la economía.

Pronto Frederick entendió que cuando Broc aceptó que puliese sus modales, solo lo hizo para seguirle la corriente. Sería imposible que diese su brazo a torcer.

No tardó en divisar a Edward Raleigh acompañado de su hermano y su esposa. Daisy y Pembroke también los acompañaban. Se acercó y saludó a los anfitriones y después a los condes de Allard.

Daisy era un encanto, siempre lo incluía en sus recepciones, sobre todo si lo más selecto de la aristocracia estaba presente. Sabía que era vital para el negocio de Frederick, y aunque algunos odiaban enterarse de que asistiría a un evento al cual fueron requeridos, también se sentían inclinados a comprar el periódico a la mañana

siguiente para terminar de entender las indiscreciones o desaciertos de sus conocidos.

—Amigo mío —le dijo Edward—, cuando llegas los aristócratas dejan de llenar sus copas. Ninguno quiere hablar de más o dar un tropiezo que pueda ser captado por tus ágiles ojos.

Frederick trató de disimular y no soltar la carcajada, lo que le habría encantado, pero sus modales en público siempre eran impecables. Era parte de la herencia que sí recibió y que se transmitió del abuelo al padre, y del padre al hijo.

—Tus amigos y tú pueden llenar sus copas sin reservas, no digo que nunca protagonizarán uno de mis artículos; pero al menos, tendré la decencia de avisarle antes de publicar.

Lord Allard sonrió de lado, padecía una afección de nacimiento que no le permitía mover la mitad de la boca. Sin embargo, no contrarrestaba su atractivo, al contrario, le daba un aire interesante y misterioso.

—Ahora sí me hiciste reír, Banes. Al menos, haz una excepción con los más allegados. Por ser el hermano de uno de tus mejores amigos debería estar exento de esos sobresaltos.

—De mi esposa y de mí no creo que le queden ganas de escribir, salvo para anunciar el lanzamiento de uno de sus libros —bromeó el esposo de Daisy, Bradley Montagu, conde de Pembroke.

En el pasado Daisy y Frederick tuvieron un enfrentamiento cuando él estuvo a punto de sacar una nota muy escandalosa sobre la pareja. Pero Daisy desafió al hábil periodista con tanto ingenio, que se reconciliaron y terminaron convirtiéndose en grandes amigos.

—Me descubrieron, era solo una broma. No escribiría ni de los ilustres condes de Allard, ni de los de Pembroke. De los primeros, jamás me ha llegado absolutamente nada escandaloso. Y de los segundos, ya estoy prevenido de mantener mi boca cerrada. Daisy es temeraria —jugó.

—Pensé que traerías a un amigo, Fred —intervino Daisy.

—Al final no pudo, se disculpa por no asistir. Es un hombre demasiado ocupado. No obstante, Londres puede presumir de tener uno de los mejores criaderos de purasangres y caballos de tiro.

—The Crest Stud de lord Moray —apuntó Edward.

—Y de Broc MacKenzie —terminó Frederick—. Es un escocés que ha quedado a cargo del criadero. Seguro ya lo ubicaban de las subastas de caballos en Tattersall. Amable perso… —carraspeó para desatascarse— persona.

Su fuero interno lo traicionó. De todos modos, esperó que opinasen lo mismo al conocerlo más, pero… Broc era cualquier cosa excepto amable. Sin embargo, puso de su parte para abrirle las puertas en sociedad.

—Me sorprendió mucho saber, de boca de mi hermano, que también has invertido una suma importante en el criadero de los escoceses afincados en Londres. —Allard le palmeó el hombro para felicitarlo.

—Y que compraste toda la cuadra donde está el periódico para ampliarlo. Ahora es inmenso el edificio remodelado —secundó Pembroke.

—Un Banes demostrando de qué están hechos los descendientes de la estirpe Cumberland —apuntó lord Allard—. Según oí decir a mi abuelo, cuando era niño, tu bisabuelo fue un gran hombre que dejó un legado importante para la historia. Hablaba de él con orgullo. Tal vez heredaste lo mejor de Anthony Banes-Ashworth, antiguo lord Cumberland.

—¡¿A qué Banes compara usted, milord, con Anthony Banes-Ashworth?! —Una voz conocida para la mayoría cortó el aire al elevarse más que la música de la orquesta.

Su intervención no pedida incomodó a los caballeros.

Todos se quedaron observando a Marcus, lord Ashworth, que no había sido expresamente invitado, pero que acudió con sus padres.

Los Cumberland querían mejorar su reputación a toda costa y se esforzaban por hacerlo encajar. Aunque las matronas huían de los intentos de lady Cumberland de encontrarle una prometida.

El hombre que fue en el pasado uno de los partidos más deseados de Londres, pese a las murmuraciones de su condición de libertino, había caído de bruces cuando su fama de calavera ya no soportó un escándalo más.

La ruina de los Warrington, amigos de los Cumberland, lo hundió por completo. Podía deshonrar a cualquier otra. Pero Londres

no perdonó que arruinara a la hija de la mejor amiga de su madre. Si algo así ocurría, con la hija de la persona en la que su madre confiaba ciegamente y viceversa, ¿a quién más podría traicionar?

Es más, se rumoreaba que también había corrompido a la menor de las jóvenes Warrington —cuando era improbable porque para esa época él ya estaba en Norteamérica.

Al parecer, la culpa del fallecido Cornelius Banes que robó la virginidad de lady Lavinia Warrington, cayó como un golpe funesto sobre Marcus.

No importaban los esfuerzos de sus padres por limpiar su honor, solo casarse con lady Susette Warrington —de quien se rumoreaba estaba embarazada—. Pero él aseguró que antes muerto que casarse con esa arribista que lo había engatusado.

¿Engatusado a Marcus Banes-Ashworth?, fue el pensamiento que surcó la mente de Frederick cuando tuvo a su primo lejano frente a sí, clavándole la mirada con la esclerótica inyectada en sangre. Era improbable que mujer alguna lograra engañarlo para llevarlo a la cama. Esa era la especialidad de Marcus.

Era una costumbre arraigada por años que los Banes-Ashworth prescindieran de la segunda parte del apellido en todo aquello que no exigiera formalidad. Para algunos, una simple cuestión de conveniencia. En el caso de Frederick se trataba de algo más.

Siempre que su firma no estuviera sujeta a validez legal la reducía sin vacilar. Banes. Nada más. Había considerado, en más de una ocasión, acudir al registro a cambiar su apellido por completo, pero no lo hizo para no infligir una herida a su padre que jamás habría podido sanar. Pese a ello, detestaba todo lo que lo ligaba a Marcus y su progenitor, el maldito conde.

El periodista siempre se preguntaba por qué Marcus lo odiaba tanto si tenía todo, todo lo que Fred no heredó.

—Hablábamos de su primo Frederick Banes, lord Ashworth —contestó Allard con el entrecejo fruncido, detestaba aguantar las majaderías de un hombre que ya tendría que comportarse como exigían sus años, no como una criatura demandante, que solo sabía estar bajo la falda de su madre.

—Después de ciertos grados ya no lo considero familia —esgrimió Marcus con el desdén recorriendo su cuerpo—. Por favor, no use el nombre de mi ilustre bisabuelo para comparar a…

—¿Está ofendiendo a dos de mis invitados en mi propia casa, lord Ashworth? Espero haber escuchado mal. Para asegurarme de que no ha cometido usted una falta imperdonable bajo mi techo, exijo que se disculpe de inmediato con lord Allard y con el señor Banes. —Pembroke se veía menos furioso que Allard, pero cualquiera de los dos era letal.

Le estaba dando a Marcus una salida, disculparse y no ganarse a pulso su odio.

—No tengo que disculparme con nadie. Menos con esa sanguijuela, a quien desconozco de la línea de sangre de mis antepasados. No me consta que proviene de mi bisabuelo. Solo se ha colgado del apellido para lucrar con nuestro nombre. A saber, de qué rama de los Banes pertenece. Pero dudo que de la nuestra.

Frederick solo negó con cinismo. De tener allí impreso su árbol genealógico se lo habría restregado en la cara de imbécil que estaba poniendo en ese instante.

A su *no* primo la cabeza no le duraría demasiado sobre su cuello si seguía importunando a aquellos caballeros que por sí solos eran de cuidado. Peligroso asunto porque, en conjunto, en la hermandad que conformaban con el duque de Norfolk, el duque de Weimar, el marqués de Bloodworth, el marqués de Normanby, el vizconde Sadice y el barón Peasly —todos presentes y ahora mismo con ojos y oídos puestos en el altercado—, podrían borrar de la faz de la tierra a toda la descendencia Banes.

—Eres un estúpido, Marcus —masculló Frederick dejando de lado su habitual propiedad para comportarse. Después miró a Daisy, su amiga a quien no quería arruinarle la velada—. Creo que es hora de retirarme. Agradezco la invitación enormemente. Lord y lady Pembroke, los visitaré en otra ocasión en la que los ánimos estén menos exacerbados. Permítanme obrar para que su magnífica recepción no termine opacada por viejas rencillas familiares. No es el momento ni el lugar.

Para ese instante, la música había parado y todos los pares de ojos de los cotillas estaban dirigidos hacia ellos. Frederick volvió a lamentar la agilidad de su lengua, estaba dando un espectáculo, no le habría importado de no pagar Daisy los platos rotos.

Al siguiente día serían la comidilla de todos, aunque no apareciera narrado en las páginas de *The Golden Gazette*.

—Por supuesto que no abandonará la velada que se celebra en mi casa, quien esté incómodo puede marcharse —sostuvo lord Pembroke y Daisy se le prendió del brazo. Su esposo tenía un ánimo belicoso y le sorprendía que no hubiese llegado más lejos para darle un escarmiento al invitado fastidioso.

Los aristócratas que conformaban una hermandad con Pembroke y Allard se acercaron más a excepción del duque de Norfolk que no se paró de su asiento, pero que no le quitaba su fría mirada de encima a Marcus.

—¿Qué siente al intentar humillar a un hombre que tiene más sangre noble que usted, Ashworth? —le reclamó Edward con tono sereno—. ¿Qué espera para marcharse? Lord Pembroke lo ha invitado a salir de una manera decente. ¿Prefiere que Frederick y yo lo tomemos de cada brazo y lo arrastremos al exterior? Las personas como usted, enfermos de poder y con valores corrompidos, me asquean.

—Otro que quedó en la rama seca de la familia —se atrevió Marcus a proseguir, y ni siquiera había bebido de más. Su altivez no conocía la prudencia—. No me ofende, doctor Raleigh. Alguien que vivirá toda la vida a la sombra de su hermano conde no significa nada para mí.

Entonces fue Allard quien actuó, su reputación se ubicaba en un pedestal, la de su hermano menor aún estaba forjándose. Aquel apenas comenzaba a destacar en sociedad.

Allard no iba a permitir que una discusión con el idiota pomposo de Marcus sepultara a Edward en capas y capas de ostracismo social.

Un puñetazo fiero y certero del antiguo *stroke*, endurecido por años de entrenamiento de remo, noqueó al impertinente.

En un pestañeo, lady Cumberland hecha un manojo de nervios, ya estaba a los pies de Allard, socorriendo a su hijo que cayó al suelo como un saco de patatas.

El marqués de Bloodworth, conocido por lord Oso por sus allegados y quien fue juez del concurso que ganó lady Charlotte, caminó hasta donde el altercado había llegado a su fin.

Alzó al desmayado por la solapa y dijo sin contemplaciones de forma irónica:

—¿Dónde deposito la basura, Pembroke?

—Sácalo de mi casa —rugió el interpelado.

En breve, lord Oso lo tenía montado en su hombro y se dirigía con él hacia la salida.

—¿Cómo se atreve a llamar así a mi hijo, lord Bloodworth? Es una falta de respeto. —Lady Cumberland tenía el rostro desencajado como si no pudiese creer que algo así le ocurriría precisamente a ella, que siempre estuvo ubicada en lo más alto de la esfera social.

—Prefiero no contestarle, milady. Odiaría que llore con más desconsuelo. Pero si se queda con curiosidad sobre qué le diría, saque una cita con mi secretario, me encantaría instruirla.

Frederick Banes tuvo que disimular y mantenerse serio, aunque en sus ojos se traslucía su irónica sonrisa. Admiraba a lord Oso, era un maestro a la hora de darle un escarmiento a su estirada tía política.

7



Charlotte, con la mano en el corazón no se había perdido de nada, había mirado atónita lo que ocurría junto a sus amigas. Se preguntaba si el bochornoso espectáculo saldría en las páginas del periódico de Banes. Apostaba lo que fuera que no, porque el propio dueño de la gaceta era el protagonista del escándalo.

Ettie, Valery y ella seguían boquiabiertas mirando al lugar de la discusión cuando vieron a la duquesa de Richmond, madre de Valery, reaccionar. Al ver a su hermana desesperada, sin preguntarse quién tenía la razón, decidió apoyarla. Se apresuró para llegar a su lado, la ayudó a levantarse con intenciones de llevarla a la salida. Mientras instaba a su hija a acercarse a ellas.

Lord Cumberland y el duque de Richmond siguieron a sus esposas sin chistar, pero Valery se negó fervientemente a acompañarlos.

—Valery, hora de irnos. Tu tía nos necesita —exigió la duquesa y su esposo secundó la orden con una severa mirada.

Todos los ojos de Londres estaban sobre los Cumberland y los Richmond. Algunos observaban a lady Cumberland con lástima por el crápula de hijo que le había tocado. Otros murmuraban lo que lord Oso no dijo con todas sus letras: de haber educado mejor a su vástago, lady Cumberland no estaría ahora ubicada en el centro del escrutinio público.

—Lady Valery puede ir conmigo cuando acabe la recepción. Mi madre y yo la llevaremos a su casa —ofreció Charlotte, tomándole la mano a su amiga, dispuesta a no dejarla sola contra el rostro iracundo de la duquesa de Richmond, que ya no se esforzaba por disimular.

Ettie sostuvo a Valery de la otra mano, dispuesta a tomar partido también por su amiga. El comité de las Rosas Inglesas no estaba completo, pero ellas bastaban para hacer frente. Era la primera vez que Valery se enfrentaba a sus padres en público y que ellos estaban presentes para contemplarlo, porque en el concurso los Richmond no se aparecieron, perdiéndose una gran función.

Era una pena que Bonnie no hubiese querido asistir a la velada y que Florence y Emily estuvieran lejos. Habrían sido un cerco poderoso como el de Pembroke y sus amigos.

La duquesa de Richmond arrugó más el entrecejo y abrió la boca para emitir otra orden. Charlotte y Ettie se abrazaron cada una a un costado de Valery en lo que parecía una batalla a punto de iniciar; pero ahora protagonizada por las damas de más alcurnia.

Los presentes las rodearon en círculos ya sin escudarse en el disimulo, nadie quería perderse detalles. Aquel baile sería recordado por los siglos de los siglos, daría mucho de qué hablar.

Antes de que otro alboroto arruinara más la noche, su excelencia, la duquesa de Norfolk —que vivía alejada del escándalo desde que se había casado—, se acercó con su pequeño perro dorado en brazos, a las damas que no se ponían de acuerdo.

—Yo llevaré a lady Valery a casa cuando termine la velada. No queremos arruinarle la diversión a una joven casadera que apenas ha tenido una temporada. Menos si fue su primo quien no ha sabido comportarse.

Ni siquiera fue sutil con sus palabras al referirse a la conducta de lord Ashworth.

La duquesa de Richmond cerró los ojos, mortificada, por tal intervención y lanzó un rápido vistazo a donde continuaba sentado el duque de Norfolk. La gelidez en la mirada del aristócrata fue una advertencia. Si desairaba a su esposa en público recibiría un castigo. Y mientras más alto una persona se ubicase en la escalera social,

más consciente era del poder de Norfolk, el duque favorito de la reina.

—Por supuesto. Se lo agradezco. —Fue la escueta respuesta de la duquesa de Richmond antes de desaparecer con un mohín en la boca en medio de una nube de sedas y encajes.

En cuanto la madre y la tía de Valery salieron corriendo tras Marcus, escoltadas por sus maridos, Charlotte soltó la mano de su amiga y esta última agradeció a la duquesa de Norfolk.

—No tiene nada que agradecer, lady Valery. Yo también fui una oveja descarriada. Ya supe lo que hizo en el concurso, donde se disputó el Premio Cumberland-Hayden. Mis primas Rose y Daisy me lo contaron llenas de admiración —dijo para referirse a lady Bloodworth y lady Pembroke, respectivamente—. A veces no queda otra alternativa que ir en contra de los designios de los padres. Ellos no siempre tienen la razón. También decepcioné a mi progenitor y gracias a eso, hoy soy inmensamente dichosa.

—¿Y cómo se reconcilió con esa decisión? ¿Cómo siguió adelante, aunque contradijera al señor Peasly?

—Comprendí que mi progenitor no estaba equivocado, yo era una oveja descarriada, pero lo era por elección, porque el futuro que se cernía sobre mí iba a acabar conmigo. Así que le puse atención a mi instinto, escuché a mi corazón y elegí lo que dictaba mi conciencia. Y jamás me arrepentí de hacerlo. He sido una oveja descarriada muy feliz y encontré el final de cuento de hadas justo al lado del león. —Lanzó una mirada llena de amor hacia el duque de Norfolk, quien le correspondió de inmediato.

—¿No fue el depredador que esperaba? —jugó Charlotte estirando la mano enguantada hacia el pequeño perro de la duquesa, el can de inmediato le ofreció un lametón.

—¿Norfolk? Es el compañero perfecto.

Sonrieron llenas de complicidad. Esa dama le agradaba.

Charlotte las dejó conversando, mientras Ettie le agradecía a la prima de su cuñada por su solidaridad.

No pudo aguantar la tentación y se escurrió hacia donde el doctor Raleigh y el señor Banes departían sobre lo ocurrido. Había

sido presentada en el pasado a los caballeros. No tenía nada en contra del doctor, quien le falló fue el periodista.

—Tiene elementos para una nota bastante escandalosa, como le gustan, señor Banes —le dijo, aunque se moría por reclamarle por el desplante. Sin embargo, su orgullo no se lo permitiría.

Ella se plantó frente a los dos hombres con un vestido azul marino que resaltaba su cremosa piel y el castaño cobrizo de su cabello. Sus ojos claros, de un azul grisáceo, no eran tan célebres como los de su hermano, pero robaban miradas, más cuando se vestía de algún tono de azul.

—Lady Charlotte —dijo el doctor Raleigh y le hizo una reverencia.

Ella le correspondió. El periodista fue más acomedido al saludarla, pero sus ojos chispeantes indicaban que las palabras se agolpaban en su interior, palabras que prefería no expresar.

—No sé si agradecerle o reclamarle, señor Banes —emitió al fin sin poderse morder la lengua, ante el silencio de aquel.

—Oh —murmuró él y arqueó una ceja.

Charlotte meditó si debía abstenerse o soltar lo que pensaba. Sabía que tenía un lado impulsivo que en el pasado la hizo tomar malas decisiones.

La voz de su conciencia era su cuñada, su mejor amiga Emily, con quien creció a la par. Pero ella no estaba allí para darle un consejo sensato.

—Me libró de tener que bailar con Marcus, llevaba toda la noche insistiendo para que le diera un sitio en mi carné de baile. —No era de las que se guardaba su opinión.

—Ya reveló el motivo de su agradecimiento —intervino Edward circunspecto, analizando las posturas de aquellos dos—. Me encantaría saber también por qué tendría usted que reclamarle a mi amigo Banes. Pero no seré entrometido, como parece que tienen algo de que hablar y yo sobro, les daré espacio. Con su permiso, milady.

—No es necesario que nos abandone, doctor. No es nada escandaloso. El señor juez Frederick Banes ofreció una ayuda que no estaba dispuesto a brindar. Es una suerte que ya no la necesite —

soltó sin irse por las ramas. Se arrepintió *ipso facto*. ¿Por qué tenía que abrir la boca? ¿Por qué no lo dejaba simplemente pasar?

Frederick entrecerró los ojos al recordar su ofrecimiento cuando Charlotte ganó el segundo lugar del concurso para señoritas.

Ella se quedó contemplándolo sin remedio. Ahí estaba de nuevo, la misma sonrisa maldita que el canalla esbozó aquella mañana, cuando sus miradas se cruzaron desde las puertas de sus negocios.

Odió que fuese tan atractivo como peligroso para alguien con un pasado.

—Lady Charlotte, iba a pedirle otra cita para explicarle el motivo de mi descuido —se defendió él con cara de penitente.

—No se preocupe, señor Banes, repito, ya no es necesario. Supongo que estará justificado. Ahora tengo a Martha Day como empleada, otro motivo para agradecerle —lanzó como una provocación y lo miró a los ojos.

Él no pudo disimular que lo molestó su comentario. Ella cantó victoria secretamente.

El doctor Raleigh enarcó una ceja y a Charlotte no le pasó desapercibido.

Frederick se dignó a contestar y ella esperó con ansias para tratar de percibir en su respuesta, si le guardaba rencor por robarle a la leal empleada —o a la antigua amante—.

¿Frederick aún quiere a Martha? ¿Será eso?, pensó y no entendió por qué una sensación desagradable la golpeó en el pecho.

—Estoy informado, milady. Ha ganado a una empleada muy eficiente con muchas cualidades. En este caso, será usted la que estará en deuda conmigo. Me lo ratificará más adelante. —Lo último debió sonar amable; sin embargo, salió tan afilado como una saeta.

—Con el permiso de ambos iré a la mesa de las bebidas. Me siento incómodo de quedar en medio de este fuego cruzado. —El doctor alzó sus palmas, en señal de retirada.

—¡No es necesario! —dijeron en voz elevada Charlotte y Frederick al unísono y los dos se miraron sorprendidos.

—Soy yo la que se retira —anunció Charlotte, dispuesta a dejar a los caballeros con rostros de no entender nada. Sin embargo,

frenó en seco y volvió a encarar al periodista—. Señor Banes, ¿cómo sabe que mi padre ha vuelto a Londres? ¿Es otra de sus maquinaciones o la información es digna de crédito?

—Se está quedando en Carlton Club, supongo que por eso la noticia la tomó por sorpresa.

—¿En el Carlton? —Sí que estaba muy sorprendida, aunque su padre era miembro desde hacía años de ese club para caballeros, también disponía de suficientes propiedades y hoteles en Londres donde podría alojarse con completa discreción. Quizás creyó que allí no levantaría sospechas—. ¿Cómo sabe que me tomó por sorpresa?

—Sé más de lo que se imagina. Es mi labor como periodista estar bien informado.

Ella casi lo fulminó con la mirada. ¿Qué trataba de decir? ¿Habría sirvientes en su casa que le vendían información a Banes? De ser así, no lo permitiría.

—Pondré al corriente cuanto antes a nuestro mayordomo para que haga sus pesquisas. Así averiguaremos si tiene un informante en mi casa. Si tiene alguna rata a bordo de Blair House dígale que es hora de abandonar el barco.

Dio media vuelta, indignada, dispuesta a marcharse.

—Lady Charlotte cuánta imaginación. ¿Lee mucho? —La ironía bailaba en su voz con el mismo equilibrio de un experto en caminar sobre una cuerda floja.

—No es de su incumbencia, pero sí. Me gusta leer, en especial a la duquesa de Hayden.

—Le ahorraré fustigar a su pobre mayordomo. Puedo clarificarle cómo obtuve la información.

—Continúe… Y también, explique cómo sabe que me sorprendió.

—Esta noche ya he dado mucho de qué hablar. Si nos ven tanto tiempo conversando nos volveremos otro tema en discusión para quienes adoran el cotilleo.

—Su especialidad.

—Edward está por dejarnos a solas, nuestra perorata ya lo debe estar fastidiando. ¿Qué le parece si me concede la pieza que le negó

a mi primo malvado y así distraemos a la concurrencia mientras le explico cómo obtengo mis datos?

Lo miró con ganas de rechazarlo, pero la curiosidad era mayor. Observó al doctor Raleigh para intentar entrever si de verdad estaba dispuesto a alejarse y dejarlos sospechosamente solos.

Nadie iba a imaginar que discutían acerca de la injerencia del periodista en los asuntos de los Moray.

Las matronas entretejían historias muy elucubradas sobre romance, si un caballero soltero y una dama casadera conversaban sin un grupo por mucho tiempo. Bailar era una salida bastante inteligente y decorosa.

—De acuerdo, pero sea rápido y vaya al grano, no le concederé una segunda pieza.

Frederick le extendió la mano con gallardía. Algo le tenía que reconocer. A pesar de haber dado la nota aquella noche no podía acusarlo de falta de elegancia o modales, era uno de los caballeros mejor vestidos y que con más galantería se conducía.

Ella sintió el impulso de tomar su brazo y seguirlo.

Aunque se unieron en la pista para alejar las susceptibilidades, de los que solo acudían a un baile con el propósito de enterarse de los chismes frescos, fue todo lo contrario. Para nadie pasó desapercibido que *el Látigo* estaba a punto de empezar a bailar con la hija de su archienemigo, el marqués de Blair, quien, —a pesar de estar en Londres—, no había aparecido en la casa de los Pembroke.

Cuando la mano de Banes presionó con delicadeza la espalda de Charlotte, ella lo miró a los ojos por instinto. Fue una certeza incómoda, pero fue tan poderosa la sensación de la presión de sus dedos, que tuvo que acordarse de cómo respirar. Fueron unos segundos fugaces en los que el preludio musical le erizó la espina dorsal. Los ojos del hombre sonreían con descaro, brillantes bajo las luces de las arañas de cristal.

¿Se habría equivocado al tomar su mano y dejarse llevar a la pista por el primero que la condenaría de saber lo que Charlotte guardaba con recelo?

—¿Está bien, milady? ¿Olvidó cómo bailar *Les Patineurs*? —preguntó travieso, con una seguridad imperturbable—. ¿O la

inquietan las miradas indiscretas? Usted ordene a quién le hacemos pasar un susto mañana en las páginas de *The Golden Gazette*. Puedo encargarme de quien se atreva a importunarla.

Apuntó con la barbilla a dos damas cotillas que se deshacían en susurros, y mientras giraba con ella entre sus brazos, escudriñó la sala como quien observa un tablero de ajedrez, a punto de decidir su siguiente jugada.

—¿Sería capaz? —Un escalofrío la recorrió entera, mientras intentaba no perder los pasos del vibrante número musical.

Él lo dijo con tanta frialdad que comprendió que no mentía. ¿O estaba bromeando? La moral de Banes era bastante gris y no supo si admirarlo o amonestarlo.

El periodista asintió y después se humedeció los labios de manera tan insolente, seguido de una sonrisa ladina y contenida que no reflejó sus intenciones; al contrario, la dejó a punto de ser devorada por la intriga.

Necesitaba saber hasta dónde sería capaz de llegar un hombre como Frederick Banes. ¿Su gesto fue un movimiento del baile que ejecutaba con milimétrica precisión o la respuesta a su pregunta? Sin dudas sabía cómo distraer y confundir.

La mano del hombre bajó hasta su cintura en el siguiente giro, y tuvo el atrevimiento de dedicarle una mirada demasiado seductora como para ser ignorada.

Charlotte llenó de golpe sus pulmones y se esforzó en disimular que aquello la había afectado. Era una mujer segura, incluso desafiante y rebelde. Jamás un hombre la confundía o la ponía a temblar. Y esa sensación de desconocerse mientras giraba entre sus brazos, y trataba de descifrar a ese hombre intrigante, fue incómoda de verdad. Él era tan difícil de entender como un libro de misterio.

Y mientras su corazón casi cae rendido por esa sonrisa enigmática, se amonestó y se recompuso. Se obligó a recordar que no era un aliado, uno habría acudido a la cita.

La carta que guardaba bajo llave en su secreter era la prueba de que alguien que deseaba lastimarla continuaba sin ser descubierto.

Y Banes… Banes no parecía dejar nada al azar, sus movimientos eran muy calculados.

—¿Me dirá cómo supo que me sorprendió la noticia del regreso de mi padre? —Le siguió los pasos con valentía y la coquetería también, adentrándose en su juego.

Lo hizo, aunque era consciente de las miradas que se clavaban en ellos, de los murmullos crecientes y de la audacia que suponía que una joven dama bailara con un hombre cuya reputación lo precedía.

—Su rostro —confesó sin reparos—. El asombro y desconcierto eran palpables. Y la discreción con la que su padre ha manejado su regreso. Solo adiviné, la confirmación vino de sus labios después.

El sarcasmo en su voz la previno. Era un zorro viejo, astuto, selectivo y la había invitado a bailar para decirle algo que pudo revelar minutos atrás.

¿Qué interés tenía en su persona?

¿Preparaba la caída de su padre, el poderoso marqués de Blair?

¿La carta era un elemento más que como cerco se cernía lentamente en derredor?

Le valía callar, Banes leía entre líneas, interpretaba silencios y vivía de destapar verdades incómodas.

Cuando el vals llegó a su final y los aplausos estallaron, ella apenas intentaba recobrar el aliento. No obstante, aún le quedaba un poco para protestar.

—Es usted un canalla. Pudo decirme cómo supo que el regreso de mi padre me tomó por sorpresa sin necesidad de arrastrarme a la pista.

—¿Y privarme de bailar con lady Charlotte Moray?

El silencio se apoderó de unos segundos que él alargó a propósito. Parecieron eternos.

—No me haga reír. —No era ingenua, no caía en las redes que los libertinos lanzaban con la intención de atrapar a una inocente debutante.

—¿Por qué compró ese local frente a *The Golden Gazette*?

—Oh —expresó al asumir que no solo le molestaba que le robara a Martha, sino también que se ubicara cerca de su

emplazamiento—. ¿No le basta con toda su cuadra? ¿Igual pretende comprar los edificios de en frente?

—No, prefiero comprar mi manzana y que *The Golden Gazette* dé más de qué hablar.

—Aún no me aclara por qué le incomoda que mi Casa de Correspondencia esté frente a su diario.

—No me incomoda. La vista es… interesante. Es solo que considero que no eligió la mejor ubicación. Sus clientas exigirán discreción, intimidad… Y usted se ha situado justo, puerta con puerta, con uno de los periódicos de mayor renombre, y con algunas columnas un tanto escandalosas. —Le guiñó el ojo con descaro.

Ella quería mostrarse como la roca que creía ser, que había sido en el pasado, cuando era fustigada por un libertino; pero el canalla la dejó sin habla.

—Mmmmm… —No pudo ir más allá de una interjección.

—¿O hay algo que le atrae de la competencia en particular?

Con total naturalidad, Banes le besó la mano enguantada para dejarla marchar. Como si sus palabras no fueran una chispa con suficiente capacidad de incendiar un bosque completo.

Resuelta a responderle como merecía por su atrevimiento, trató de encontrar las palabras correctas. Ni siquiera le había aclarado qué sirvientes estaban corrompidos en Blair House y la mano aún le palpitaba. Descubrió con una lucidez inquietante que ese hombre no solo la intrigaba…

Algo había cambiado, no era deseo, era su cuerpo alertándola del peligro…

Un hilo se tensaba entre los dos.

Ese hombre podría convertirse en un riesgo mayor que el secreto que guardaba.

8

Frederick esperó a que ella contestara. Se consideraba un hombre seguro, hasta cierto punto frío, pero cuando algo lo oprimía podía dar rienda a sus emociones y estallar.

Había cierta magia en ser dueño de una libertad de la que pocos gozaban. Seguía sus propias reglas, no la que otros dictaban. Por eso, no era ingenuo y sabía cuántas cláusulas de su código moral interno había roto al invitarla a bailar.

No se coqueteaba con los negocios, no jugaba con lo que le daba de comer.

Y lady Charlotte no solo era hermana del hombre en quien confió una fuerte suma de dinero para que lo pusiera a producir… Era hija del desgraciado marqués del que escribía a placer cada vez que aquel metía la pata, y Blair estaba en Londres. Aquello era sinónimo de notas escandalosas y dinero.

Sin embargo, su atrevimiento no conocía ni sus propios límites, y ella emanaba de todos sus poros un aroma que le llamaba la atención.

Con una mujer como esa podría tener una loca aventura de invierno… Si no tuviera un hermano que merece mi respeto y un padre que es mejor evadir, pensó decepcionado.

Sea como fuere, se lanzó.

—No responderá mi pregunta, milady. ¿Los ratones le comieron la lengua? Estuvo muy parlanchina. ¿Se agotó su valentía? —La miró

de una forma que era conveniente evitar en público. Pero, para ese instante, su instinto de cazador ya se había activado.

—No sea iluso, ni siquiera recuerdo lo que preguntó. ¿Me refresca la memoria?

La miró incrédulo. Por supuesto que ella sabía, sus mejillas se habían ruborizado para su sorpresa. Esa muchacha no era la típica debutante con deseos predecibles, había una fuerza interior que se percibía con facilidad, no era frágil, menos impresionable o tímida. Que se sonrojara era todo un descubrimiento.

—Hablábamos de que puso su establecimiento frente al mío. Y yo le preguntaba, ¿si había algo particular que le atrajera de la competencia?

—Usted es demasiado pretencioso. No lo considero competencia. —Alzó el mentón recomponiéndose.

Frederick sonrió para sus adentros, lleno de satisfacción.

La había tomado desprevenida y ella necesitó unos minutos para saber cómo reaccionar.

Mujer precavida, pensó.

Ahí estaba, la valiente dama escocesa volvió a retomar el control. Sus ojos azules se le clavaron desafiantes. Su sonrojo fue solo un tropiezo en medio de su ascenso hasta la cima de una montaña empinada.

—Sin embargo, milady, en algún punto fui su inspiración. Recuerdo lo que explicó en el concurso, lo que la llevó a elegir un negocio relacionado con la palabra escrita. ¿Me permite citarla? Usted dijo: «hay un periódico que leo asiduamente, porque el ingenio que usa la pluma de su redactor principal me ha inspirado».

Triunfante se humedeció los labios. Casi escuchaba la manada de caballos salvajes dentro del corazón de ella galopar desbocados.

¿Cómo te librarás de esto, querida?, pensó divertido.

—¿Y usted en su enorme ego asumió que se trataba de *The Golden Gazette*, señor Banes?

—Me tomé el crédito porque después, usted añadió: «Él refiere que la palabra escrita es más poderosa que la hablada porque queda en un papel hasta que este se desgaste con el tiempo». Reconozco mis palabras.

—De acuerdo, usted gana, pero eso fue hasta conocerlo mejor. Además, yo añadí que «la palabra escrita puede tocar el alma», algo que no creo sea el propósito de una nota escandalosa.

—¿Insinúa que no puedo tocar el alma, solo incitar al pecado, el deseo, la tentación o la insana curiosidad de los cotillas?

—Usted lo ha dicho.

Ahora ella era quien le devolvía la mirada altiva, victoriosa.

Se habían olvidado de que estaban rodeados de personas que conversaban animadamente y que, de vez en vez, los contemplaban por si un cotilleo jugoso salía a relucir, entre el periodista y la hija de su adversario.

Una debutante, ubicada cerca de los dos que no dejaba de mirarlo, ya no pudo contenerse y tuvo que intervenir:

—Señor Banes —lo nombró interrumpiendo a la pareja que discutía con pasión, mientras la matrona que la acompañaba se sorprendía por verla dirigirse al hombre sin reservas.

—¿Me habla a mí, señorita? —Su mirada reparó en la joven mujer y de ahí en Charlotte que lo observaba impertérrita.

—Tengo un espacio en mi carné para la mazurca. ¿Le gustaría que lo anote, señor? Vi que se desempeña muy bien en la pista de baile.

La mirada de la chica sobre Banes dejó helada a la madre que la acompañaba, más cuando la joven le extendió el carné a Banes y este estiró la mano para interceptarlo.

—¡Sobre mi cadáver! —masculló la carabina de la muchacha y con el abanico cerrado golpeó la mano de Banes.

—Señora, tranquila. Solo iba a declinar de algún modo que no rompiera el corazón de su hija. ¿Parezco uno de esos figurines que se zarandean en una mazurca? Soy más de vals, incluso de redova.

Él volvió a reparar en Charlotte y descubrió que, encima de tener que soportar a la estirada matrona, la escocesa contemplaba la escena muy entretenida —justo cuando lo acusaba de que solo inspiraba deseo y tentación—.

—No me molestaría acompañarlo en una de esas piezas, tengo una redova disponible. —La señorita añadió con una pícara sonrisa, devorando a Banes con la mirada.

Él no pudo ignorar la expresión azorada de lady Charlotte, como si aquella no diera crédito a los deseos que Frederick despertaba en el sexo opuesto.

—Imposible, señorita. Tengo que abstenerme. La última redova del programa es la siguiente y acabo de pedírsela a lady Charlotte. Ella me la ha concedido —confesó fingiendo pesar.

La aludida abrió los ojos desmesuradamente, a Frederick no le pasó desapercibido, pero fue lo primero que le vino a la mente para alejar a la joven y a su carabina.

—¿Bailará dos veces con lady Charlotte? —La debutante inquirió callando lo escandaloso que eso podría resultar—. Es una pena irreversible.

—Muchacha impertinente. —La madre casi incinera con su afilada mirada a la atrevida jovencita, mientras la sacaba a rastras de ahí.

Cuando las mujeres se alejaron, Frederick extendió su mano en la dirección de Charlotte, quien lo miraba con intenciones de negarse sin nada de clemencia.

—No bailaré con usted. Solo si quisiera arruinarme. Estoy bien sin la necesidad de que murmuren a mis espaldas que concedí dos bailes al dueño del escandaloso periódico. —Llena de decisión alzó los ojos al cielo, decidida a alejarse—. Seguro hay otras debutantes que, impacientes, estarían dispuestas a arrojarse a sus brazos de perdición. Extrañamente, parece que les atrae.

Tan concentrados estaban en responder a los alegatos de su contraparte, que no notaron que el murmullo de los asistentes se fue reduciendo, solo la orquesta podía escucharse.

La razón era una, y los miraba con unos ojos azules profundos.

—¿Papá? —preguntó Charlotte sorprendida de verlo tan recuperado. La última vez que estuvieron juntos, su padre había sufrido un colapso nervioso que pareció desastroso. Tras un arrebato de cólera porque su primogénito desafió su autoridad, había sufrido un dolor severo en el corazón y otras secuelas que parecían permanentes. Parte de su cara había quedado sin movilidad y ya no se sentía el mismo, lo que lo obligó a refugiarse en sus tierras.

Charlotte incluso creyó que dicha condición sería para siempre—. Tu rostro está curado…

—Quita tus sucias manos de mi hija. —El marqués escocés de gran altura y corpulencia notable tomó a Charlotte de la mano, apartándola con brusquedad de Banes—. Ella jamás bailará contigo. Usted no está a su nivel. ¿¡Cómo osa siquiera solicitarlo!? ¿Y cómo se atreven a dejarlo entrar a una casa honorable?

Frederick tragó en seco, parecía que aquella noche se ensañaba con él.

Iba a tener que sobornar a cada periódico en la ciudad para no terminar como la nota del momento. Primero la humillación de su primo Marcus, después el desprecio de Blair.

Una dama cotilla que veía en primera fila el desenlace de la disputa no perdió la oportunidad de meter el dedo en la llaga para hacerla más dolorosa.

—Oh, milord, pero si eso acaba de ocurrir. Su hija ha bailado con gracia y soltura un vals con el señor Banes. ¿No daba usted su aprobación?

Lady Blair ya estaba al lado de lady Charlotte, la tomó de la mano tras intercambiar una mirada de enojo con su esposo y sin más dilación se la llevó de allí. La joven no podía quitarle los ojos de encima a su padre.

Frederick apretó los puños con rabia, ni siquiera se dignó a contestarle al escocés, le dio la espalda y se fue en otra dirección.

¡Lo que me faltaba! Que ese sinvergüenza se dirija a mí como si no valiera nada, pensó.

—¡A mí nadie me deja hablando solo! —La voz de Blair estalló en un rugido detrás de sí, y a la vez, captando la atención de los que todavía no estaban enterados de lo que ocurría entre los dos.

Frederick sintió un fuerte agarre en su brazo, y antes de que los dedos se cerraran en su muñeca logró zafarse y encararlo con furia. Y, acto seguido, escuchó el zumbido de un puño certero que viajó con celeridad hacia su rostro. Logró esquivarlo con gran precisión, sorprendiendo por su rápida reacción a su oponente.

Chasqueó la lengua, muy fastidiado. Al parecer la conducta intachable que trataba de mantener en cada oportunidad social,

donde pretendía escalar, se había arruinado esa noche por completo.

¿A quién engañaba? Él no pertenecía a ese mundo donde trataba de encajar. Siempre fue el verdugo, no un igual. Su amistad con Hayden, después con Daisy, y alternar con los Allard por inmediación de Edward lo habían hecho confundirse de posición.

Un segundo puño pasó cerca de su rostro con movimiento contundente, otro que intentó esquivar y que casi no logra por tener la mente llena con aquellas ideas.

Dio un paso atrás, atajó un tercero con la palma de su mano y lo apartó con furia de su cara. Blair no disimuló su asombro.

—Si lanza otro puñetazo ya no lo esquivaré o detendré —rugió Frederick con una expresión fría, casi serena—. Contestaré con idéntica furia. Y créame, he noqueado a individuos de su talla.

—Pensé que un hombre que ha elegido la pluma voluntariamente… —soltó con los ojos abiertos como platos, y dominado por la ira no alcanzó a terminar la frase.

—¿Que no sabría defenderme? Sería un idiota si escribiera de los hombres más poderosos de Londres sin cubrirme antes las espaldas —bufó y lo miró con desdén. El que había quedado con cara de idiota había sido otro—. Y yo pensé que un caballero no peleaba como un salvaje.

—Ese es el problema, usted no es un caballero, no puedo tratarlo como tal. Jamás retaría a duelo a alguien que no está en una posición similar a la mía. Sería indigno de mi rango. Buscaré a mi familia y nos retiraremos de inmediato de este lugar. Si una escoria de su calaña, que escribe insolencias de personas decentes, recibe una invitación, prefiero ser avisado para excusar mi presencia.

—Es libre de retirarse, lord Blair. Solo lamento que su familia tenga que acompañarlo. —La voz del anfitrión se escuchó alta y clara. Incluso la orquesta se detuvo, el silencio primó a la espera de sus palabras a continuación—: En mi siguiente recepción tomaré nota para que mi esposa lo excluya de la lista de invitados, porque el señor Banes siempre tendrá abiertas las puertas de nuestra casa.

Daisy también se había acercado y con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba la escena, con su cuñada a su lado. El

esposo de Ettie, el frío duque de Hayden, también se les unió y en silencio apoyó a su amigo Frederick.

—Lamentablemente, lord Blair, su esposa y su hija ya se marcharon. —Daisy habló sin acobardarse dando soporte a su amigo en aquella penosa situación—. Se excusaron conmigo hace unos minutos y nos pidieron disculpas de antemano por su comportamiento.

Blair hizo una arrogante reverencia en dirección de los condes de Pembroke y se alejó por donde mismo había hecho su entrada, dejando a los Pembroke junto a Frederick y las miradas expectantes de los asistentes.

—Lo siento, Daisy —le susurró a su amiga que negaba restándole importancia a lo ocurrido—. Lamento hacer de esta noche un épico desastre digno de replicarse en cada periódico desde aquí hasta las Highlands.

—No somos tan importantes, querido Fred. Además, no creo que sea más escandaloso que el baile que di aquella vez en que la policía terminó arrestando a aquel hombre abominable. ¿Recuerdas? ¿El enemigo de mi esposo?

—Oh, sí. Pembroke sabe cómo dar un espectáculo con estilo. Sea como fuere, detesto ser yo quien arruine tu fiesta. Creo que será mejor retirarme también, antes de que venga un tercer adversario a reclamarme por el aire que respiro.

—¿No puedes ser serio, ni en momentos como este? —Daisy le recriminó y tomando a Ettie de la mano, dejó a Frederick a solas con Hayden.

—Blair no se quedará quieto. —El alto duque de cabellera rubia oscura y semblante fiero, cuya poca tolerancia a las idioteces de sus pares lo hacía estallar y responder con gruñidos, negó—. Primero le das dinero a Zachary Moray para impulsar el criadero de caballos en contra de los deseos de su padre. Segundo, sacas a bailar a su única hija mujer, la que a toda costa pretende casar con un par del reino. Tercero, no dejas de señalar en tu periódico cada uno de sus tropiezos. Digamos que Blair debe tener mucho resentimiento guardado en tu contra. Tienes que cuidarte las espaldas.

—¿Y tú cómo sabes que le di ese dinero a Moray solo para desafiar a su padre y que este último pretende casar a lady Charlotte?

—Sabes que tengo ojos y oídos en todas partes; sobre todo, cuando se trata de proteger a un amigo.

—Gracias, Hayden.

—Cuídate o deja de escribir de él. Ese hombre ha llegado a su límite. —Cuadró los hombros y lo miró circunspecto. No era su costumbre brindar consejos, ni siquiera a Edward y Frederick, a quienes consideraba como hermanos. Pero estaba viendo a una serpiente ponzoñosa sisear mientras se arrastraba en dirección de Fred, y este, en vez de quitarse, aguardaba con un pie en alto, a la espera de pisotearle la cabeza antes de que lo mordiera. Todo se trataba de quien resultara más rápido.

—Nunca me retiro de una batalla. —Frederick enarcó una ceja y no quedó duda de que era una guerra esperada—. El duque de Richmond ha mandado una carta a mi redacción, una mezcla de quejas y amenazas en la misma medida. Eso no significa que dejaré de escribir de él.

—Pero ahora has invertido en el negocio de Moray, ¿no deberías cesar las hostilidades contra los miembros de su familia?

—Eso nunca estuvo en discusión. Todo lo contrario, invertí en The Crest Stud porque sabía cuánto molestaría a Blair y también porque Moray me agradó. Si ves a un hombre defenderse como león del asedio de un pomposo estirado que representa todo lo que odias y que, además, desprecias, ¿qué harías? Teníamos un enemigo en común, por eso le brindé una mano.

—¿Pero es temerario hasta para ti? ¿Aunar esfuerzos con alguien que recién conocías solo para molestar a Blair? —Negó, Hayden creyó que Frederick no tenía remedio.

—Moray me agradó, además, solo un tonto rechazaría un negocio con el Rey Midas.

9



Charlotte se apeó del carruaje y casi recorrió el camino hasta la puerta principal con los ojos cerrados. No podía creer lo que acababa de suceder, su padre había vuelto a sus vidas, justo cuando Zachary tenía asuntos que le tomarían meses en el exterior y no las ayudaría a librarse del asedio de Blair.

Escuchó los goznes de la puerta crujir, Simmons, era el mayordomo, que les daba la bienvenida, seguro con su porte señorial.

Abrió los ojos de golpe cuando las ruedas de otro carruaje también se detuvieron antes de que atravesaran el umbral. Dio media vuelta para ver de quien se trataba, pero ya lo presentía.

Su madre, que la había imitado, le sostuvo la mano con firmeza. Estaban juntas, y juntas enfrentarían a su peor pesadilla.

—i¿Qué haces aquí?! —preguntó llena de rabia, desafiando a su progenitor. No lo dejaría entrar de nuevo en sus vidas.

Las reglas estaban claras, Zachary ahora era el cabeza de familia, Blair debía replegarse en las Highlands a lamer sus heridas. Únicamente así la familia lo toleraba. Solo así los Moray podían funcionar.

—¿Ahora soy un indigente sin hogar? Hasta donde recuerdo esta es mi casa, tú mi hija y Marianne mi esposa.

—Aceptaste un trato con mi hermano porque lo querías al frente de la familia, haciéndose cargo de los negocios. Y eso

especificaba que tú te ibas a la casa en Escocia y nos dejarías en paz. Zachary está cumpliendo su parte. Así que vuelvo a preguntarte: ¿qué haces aquí?

La firmeza en su voz y su expresión llenó de más ira a Blair, que no estaba sorprendido, sabía que Charlotte era desafiante. Sin embargo, jamás aceptaría que su hija lo pisoteara de ese modo. Así que arremetió con la mano alzada, lo que horrorizó a Marianne.

—¡No tengo por qué darte más explicaciones, muchacha insolente! La siguiente vez que me hables en ese tono o uses palabras impertinentes conmigo te daré la bofetada que debí darte hace muchos años. Tal vez no estaríamos metidos en estos problemas.

—¡Golpes no, Timothy! —Su esposa lo encaró, aunque temblaba de miedo por dentro. Apretó los puños y se colocó entre su esposo y su hija para defenderla.

Blair resopló como un caballo tras una fustigante carrera, tratando de recobrar la compostura. No tardó en que la frialdad de su alma dominara sus emociones.

Con parsimonia sacó un sobre de un bolsillo interno de la levita de su frac y la depositó en la mano de su hija.

El mayordomo abandonó su lugar en la puerta y antes de hacerlo, indicó a los lacayos que despejaran el área. Jamás permitía que presenciaran las conversaciones privadas de sus señores.

Charlotte abrió la carta, el sello estaba roto, y no tuvo que leer, la letra le heló la sangre. Venía firmada por *La Voz del Decoro*. Su padre no había escrito o mandado a alguien a redactar ni esa ni las que ella había recibido. Él también estaba siendo amenazado. La fecha era muy anterior a la de ella.

—Muchachita atrevida, con Zachary ocupado lejos en los negocios, supongo que volviste a las andadas. Tanta educación para que seas una loca rebelde que no acaba de sentar cabeza. ¿Casa de Correspondencia? Por Dios, Charlotte, eres una dama. No necesitas dedicarte a los negocios como una mujer sin hombres en la familia que puedan darle una vida holgada sin preocupaciones. No dirigirás nada. Lo dejaremos en manos del administrador como los demás negocios de la familia. Zachary se encargará de que funcione. A tu

cuidado no tardaría en irse a la deriva. Y cuando te cases, tu marido se ocupará de tus cuentas.

—Primero muerta antes que renunciar a… —Charlotte no sintió temor tras las amenazas de su padre. Continuó retándolo con la mirada.

Ella nunca había bajado la cabeza ante los mandatos de Blair. No lo respetaba. Las faltas que él cometió en el pasado, hicieron que dejara de verlo como autoridad, protector y guía. Solo Marianne, Zachary y Emily tenían influencia en la vida de Charlotte.

—Soy tu padre, no exijo nada que no sea mi derecho.

—Zachary no lo permitirá. Yo no admitiré que vengas y eches por tierra los esfuerzos de nuestra hija. —La madre trató de mediar.

—Apúrate, escríbele a tu hijo y vuelve a ponerlo en mi contra. Acabaremos matándonos porque los dos somos demasiado tercos. ¿Eso quieres, Marianne? ¿Convertirlo en asesino de su padre? Porque sabes que yo no podría acabar con su vida, así me desafíe. Es testarudo, pero es lo único bueno que has podido darme y es en mano de quien ha quedado mi descendencia.

Marianne con la cara enrojecida escupió a su esposo en el rostro. Él sabía cómo mover los hilos para llevarla al límite o cortarle las alas. Si llamaba a Zachary se desataría el infierno en la tierra.

Por lo tanto, ellas tendrían que defenderse sin perturbar la tranquilidad de su hijo y su nuera. No podían depender de Zach para siempre.

—Eres un ser vil, Blair, y por ello te aborrezco. Puedes quedarte en tus dominios. Charlotte y yo abandonaremos la casa esta misma noche. Nos iremos a Moray Gardens, la propiedad de Zachary, ahí no tienes autoridad ninguna. Así que quítate de nuestro camino.

—Puedes irte si es lo que deseas. Charlotte se queda. Aún no es mayor de edad, aunque se comporta con una libertad que me enerva. Esa carta me ha alertado de muchas cosas que no están bien y otras tantas que podrían destaparse. ¿Eso pretendes, Marianne? ¿Que el futuro prometedor de Charlotte termine arruinado? He venido a poner en orden su vida antes de que cumpla los veintiún años.

—Papá, ni siquiera eres un ejemplo digno de admirar. Tu vida sí que ha sido un desastre de caos, desorden, deslealtad… Ya es tarde para que quieras dirigirme. Un hombre que le rompió el corazón a mi madre una y otra vez, sin piedad, sin consideración, no merece mi respeto. ¿Y ahora Zachary es la luz de tus ojos? Lo atacaste cada día mientras crecía, fuiste con él como un depredador con su presa. Solo cuando te superó en tamaño, en fuerza y en autoridad doblaste la espalda y lo pusiste al frente de la familia.

—Mide tus palabras, mi tolerancia está a punto de colapsar. —La cara de Blair estaba muy roja, sentía el calor y la rabia dominando su cuerpo.

—Es total hipocresía que pretendas darme una lección de moral, papá. Me das asco.

En un movimiento que no pudieron esquivar, Blair hizo a un lado a Marianne de un empujón para poder acceder a Charlotte. La mano del hombre voló sobre la mejilla de su hija, y se impactó con tal violencia, que la joven terminó de rodillas en la entrada principal, con la respiración entrecortada.

Marianne corrió y cayó con ella, preocupada. La revisó impaciente, buscando señales del daño. Al comprobar el estado de su hija, se puso de pie y se lanzó contra Blair, quien solo la apartó con un brazo.

—No te atrevas a juzgarme, Marianne. Es tan culpa tuya como mía que Charlotte esté a punto de arruinar su vida… ¡Todavía más! Sabes que si tú o yo le hubiésemos puesto un correctivo ejemplar hace muchísimo tiempo, cuando ella era tu responsabilidad en Normandía, ahora no estaríamos en esta situación tan comprometedora. No es obligación de Zachary cuidar del honor y la reputación de Charlotte, lo es de sus padres.

Blair tomó la carta que había caído de las manos de su hija y reposaba sobre el mármol de la entrada y se la entregó a su esposa.

Marianne leyó muy impactada, y se llevó una mano a la boca sin imaginar que el pasado volvía para cobrarles la cuenta.

—Lee, insensata, solo he venido con la finalidad de evitar su perdición —insistió Blair—. ¿Y, todavía, esta deslenguada desobediente se atreve a bailar con Frederick Banes? No solo es un

hombre que tiene la palabra «escándalo» escrita en la frente, sino que lucra con ello. No tardaría en preparar su caída. Si no es que lo está haciendo ya. Banes solo te usa con la intención de fastidiarme. ¿No te has dado cuenta, Charlotte? Ese hombre me odia y tú eres el arma que usará para destruirme.

La aludida se puso de pie llena de dignidad. Su padre había vuelto y con él la sensación que la perseguía cada vez que estaba cerca.

Sus alas cortadas.

Las reiteradas frases para infundirle poco valor.

Pero ella no le creía ni media palabra. Así mismo trató de aplastar a Zachary en el pasado, ahora lo endiosaba solo para humillarla y hacerla sentir miserable. Era una estrategia y no estaba dispuesta a caer en su manipulación. Faltaban dos meses para cumplir los veintiún años, algo se le iba a ocurrir, solo tenía que aguantar.

—Papá, escúchame bien. —Con los dientes apretados continuó —. No vuelvas a tocarme. No vuelvas a hacerlo en tu vida.

Blair la miró de arriba abajo, su rostro había recobrado su tono níveo habitual.

—Entonces compórtate como se espera de ti —masculló con soberbia.

—Eres mi padre, pero no mi dueño, menos mi verdugo. Si vuelves a pegarme vas a arrepentirte.

—¿Cómo me dañarás? ¿Vas a arruinarte? No tienes muchas oportunidades y, en tu situación, la mejor solución es que te cases cuanto antes.

—En mi situación quedarme solterona me complace más. Ahora tengo la Casa de Correspondencia. Te guste o no, me otorga autonomía. Las bases del concurso decían que las ganadoras podrían ser dueñas de lo ganado, no dependo de ti.

—No conoces las leyes, pequeña insensata. Es una pena. Tengo poder suficiente para involucrarme en las decisiones de mi hija tanto como quiera. Más si argumento que es por tu bien. Además, tu hermano por más impetuoso que sea puede gobernar en sus terrenos, y el de tu paternidad me concierne solo a mí. Te

desposarás. Ya he hecho los arreglos con los condes de Cumberland para que te cases con su hijo. «Oh, gracias, papá», deberías decir llena de agradecimiento, serás condesa.

—¡¿De qué estás hablando!? —Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le erizó la espina dorsal—. Marcus es un libertino sinvergüenza, nunca voy a aceptarlo.

—Gracias a eso aún tienes una oportunidad con él. Sus padres están desesperados por encontrarle esposa y parece que todas las candidatas aptas para el papel de futura condesa de Cumberland le huyen como a la peste. Tienes un carácter muy similar al mío, podrás domarlo y manejarlo con tu dedo índice. Es inglés, bien conectado, únicamente hay que regresarlo a la senda correcta. Tendrás a unos suegros muy agradecidos si lo consigues, solo tienes que darles nietos. No creo que sea un inconveniente para ti. Ya que seas el problema de los Cumberland, ellos decidirán que harán con tu Casa de Correspondencia.

Marianne negó, pero no estaba sorprendida. Blair era un estratega. El matrimonio de Charlotte era otro negocio para él.

—¿Has perdido el juicio, Blair? ¿Casar a nuestra hija por conveniencia? ¿Acaso no te basta con nuestro ejemplo? No hemos sido felices, todo lo contrario. ¿Eso anhelas para ella?

—Ya llegó por quien sufrías, querida Marianne, y más vivo que nunca. Ya no tienes que llorar, estoy recuperado. —Le habló con mejor humor, ignorando por completo sus preguntas—. Parece que no voy a morirme. La sangre escocesa que corre por mis venas es fuerte, me siento tan impetuoso como un toro. Te ves radiante esta noche. ¿He sido tan ciego y soberbio que ignoré el tesoro que tengo en casa? Incluso, podría visitar tus aposentos.

—Hace mucho que no eres bienvenido en mis habitaciones. Así hubieses vuelto a nacer, eso no va a cambiar. —Marianne le sostuvo la mirada, no iba a mostrarle debilidad.

Blair, tras una corta reverencia dirigida su esposa, caminó hacia al interior de la mansión como un rey que retornaba al hogar, dejando a madre e hija con su mundo revuelto por completo.

El mayordomo apareció de la nada para asistirlo, al igual que los lacayos y las doncellas de las damas que no tardaron en tomar

sus abrigos. Como si cada engranaje de Blair House hubiese vuelto a una rutina que en verdad jamás había conocido.

10



Frederick tomó su café de la mañana cuando casi amanecía. Ni siquiera el sirviente y la mucama que servían en el sitio que llamaba hogar habían despertado. Iba en mangas de camisa, sin chaleco y con los tirantes del pantalón sueltos. Una manta de lana gruesa reposaba sobre sus hombros para protegerlo del frío de esa mañana de enero.

Hacía mucho tiempo había aprendido a preparar algunos alimentos para no morir de inanición. No siempre tuvo el lujo de tener sirvientes que hicieran las cosas por él. En especial, cuando dejó la casa familiar y decidió vivir en la planta alta del periódico. Un piso entero para él solo era un lujo, y le daba la libertad que un hombre de veintinueve años necesitaba.

Su morada también pudo haberse ampliado, gracias a sus recientes adquisiciones de inmuebles en la cuadra donde tenía su negocio. Incluso podía haberse quedado con un edificio entero. Pero nunca quiso irse de ahí, era muy cómodo disfrutar su café y, después, bajar las escaleras hacia el periódico mientras los primeros empleados comenzaban a llegar, incluidos el sirviente y la mucama, una pareja joven que vivía en un cuarto en uno de los edificios.

Antes de bajar a su despacho, tenía una rutina que seguir, más tras los estragos en su mente de la noche anterior. Lo que Marcus y Blair desataron en su fuero interno aún pugnaba por salir, lo había hecho dar vueltas en la cama sin permitirle conciliar el sueño.

Fue a una habitación vacía que tenía al fondo de su ático, con techos inclinados y columnas a la vista, y sin calentar antes, se subió a la lona clavada al suelo de madera reforzada, y lleno de furia arremetió contra el saco de arena colgado en una viga.

Normalmente habría calentado antes, saltado la cuerda, alzado unas cuantas repeticiones de pesas; pero su mente estaba obnubilada por el rostro de Marcus y su desprecio, por las muecas de Blair cuando le exigía marcharse del baile como si no mereciera respirar el mismo aire de los demás…

Solo por no tener un título, solo por ganarse la vida del modo que entendió cómo hacerlo.

El sudor frío de esa mañana gélida no tardó en recorrerle la frente, pero no dejó de golpear el saco hasta que brazos y puños le rogaron clemencia.

Voces a lo lejos.

Volvía a ser niño otra vez y un recuerdo de aquellos tiempos lo hizo viajar al pasado.

—Deja de leer tanto, Fred. No conocerás el mundo si pretendes hacerlo solo a través de los libros —le había dicho Eloise, su madre, con cariño.

—Es la historia del conde de Cumberland. ¿Sabías, mamá, que era Banes, como nosotros? Anthony Banes-Ashworth. Papá tiene muchos libros interesantes en la biblioteca.

La madre sonrió y su padre se acercó para acariciarle la cabeza.

—Por él tienes tu segundo nombre Frederick Anthony Thomas Alexander Banes-Ashworth. Frederick por tu abuelo, Anthony por tu bisabuelo, Thomas por mí y Alexander por el tatarabuelo.

—¿Ese señor es de nuestra familia? ¿Por qué no lo conozco? —preguntó ignorando el exceso de nombres que no le gustaban, y a lo que no le daba importancia.

—Porque ya no vive; no obstante, tuvo una larga vida.

—¿Lo conociste, papá?

Su padre asintió con una sonrisa.

—Era mi abuelo, el mejor de los abuelos. Gracias a él tenemos el periódico. Creo que ya es hora de develarte tu árbol genealógico y que conozcas el mundo más allá de los libros.

Con esas palabras quedó inaugurado un viaje a las tierras de los Cumberland. Su madre estaba emocionada y era hermoso de ver; pero su padre tenía una añoranza en sus ojos que jamás olvidaría.

—Vamos a recorrer la región de las tierras del emblema familiar y pasaremos a visitar a mi querida tía, tu tía abuela Agnes Banes-Ashworth.

—Otra Banes.

—Es una señora algo mayor que nunca se casó y quedó a la tutela del conde de turno, pero siempre fui su consentido. Ya es hora de que la conozcas.

—¿Y a quién más vamos a conocer?

—Mi primo acaba de heredar el condado, tiene un hijo cercano a tu edad, se llama Marcus. Tal vez esté por ahí y puedan divertirse juntos. Marcus Banes-Ashworth, lord Ashworth. Él es el siguiente en la línea de sucesión.

—Marcus. —Fue todo lo que registró contento, tendría con quien jugar.

Fue un viaje largo lleno de ilusión. Cuando llegaron a Cumberland se hospedaron en la posada del pueblo. Frederick estaba feliz, todo lo impresionaba, los guisos de la cocinera, los edificios pintorescos, la vegetación, lo distinto que se respiraba en comparación con el aire turbio de Londres.

Pero cuando a la mañana siguiente alquilaron un carruaje hasta el castillo de su familia, no pudo contener el asombro. Era majestuoso.

Sus ilusiones aumentaban con las historias que le contó su padre, sobre cómo fue crecer allí.

—¿Y por qué ya no vivimos aquí, papá?

—Mi padre, mi madre y yo tuvimos que abandonarlo cuando falleció mi abuelo. Otra rama de la familia recibió la enorme responsabilidad de hacerse cargo del legado: Louis, el hermano mayor de mi padre.

—¿Tu tío los echó?

—No precisamente, pero teníamos que buscar nuestro camino. —Le acarició la cabeza. Su tío no había sido una mala persona. En cambio, su hijo, el actual conde, era el peor Banes-Ashworth de todos.

—Habría sido divertido crecer aquí, deben tener muchos caballos y un gran campo para cabalgar.

—Pero nos perderíamos de Londres, del periódico. Nuestra vida también es muy divertida. —Le hizo cosquillas—. ¿Niega que es divertida?

Las carcajadas del niño hicieron que la madre riera plenamente.

—¿Y un río? ¿Tienen un río? —Volvió a preguntar Frederick.

—Hay un enorme lago lleno de peces.

—¿Crees que nos dejen pescar?

La algarabía se detuvo cuando el cochero avisó que habían llegado.

—No lo sé, pero podríamos preguntar.

En cuanto vieron al padre de Frederick y este indagó por la tía Agnes los recibieron. Un mayordomo pomposo y muy serio los condujo a la salita donde la tía solía tomar el sol de verano, que se colaba por los amplios ventanales.

La mujer, que pasaba con creces la mediana edad, se puso de pie con dificultad al reconocerlo y caminó hacia él, para rodearlo con sus brazos. Igual saludó con afecto a la esposa de su sobrino y, después, se quedó contemplando al joven Frederick.

—Creí que nunca más te vería, querido sobrino. ¿No pensabas siquiera escribirme para contarme que ya eras padre? No te veía desde tu boda. Ya me crujen las rodillas, estoy envejeciendo.

—Tía Agnes, disculpe la tardanza, he estado muy ocupado; sé que es imperdonable. Y no está envejeciendo, se ve tan hermosa y llena de vida como la última vez que nos vimos. Pero, igualmente, ¿usted nunca va a Londres? Pasé en varias ocasiones por Cumberland Place a preguntar por usted y en cada una de las oportunidades me respondieron que se encontraba aquí, en Cumberland Castle.

—No, casi no voy a Londres —dijo como si no quisiera añadir los motivos y solo deseara regodearse en la felicidad de tenerlos ahí

—. Ya veo en qué estás tan ocupado. ¿Me vas a presentar a tu hijo?

Pasaron un largo rato conversando y por orden de la tía Agnes les sirvieron unos sándwiches de pepino, carnes frías y té.

Hablaron de familiares que Frederick no conocía.

—Antes de este viaje le mostré a mi hijo el árbol genealógico de la familia. Le interesa mucho conocer a nuestros antepasados, es un joven muy despierto. Me gustaría mostrarle la galería.

—En ese caso no lo hagamos esperar. Pueden recorrerla mientras yo me pongo al día con tu esposa.

Cuando le comunicó al mayordomo sus intenciones de visitar la galería para mostrarle a su hijo los cuadros de su bisabuelo Anthony, y una pintura familiar donde su abuelo Frederick posaba de niño con sus padres y hermanos, el hombre dio una respuesta que Fred nunca olvidaría.

—Debe esperar a que esté abierta para visitantes.

—Pero no soy un visitante. —Thomas ladeó la cabeza con una expresión muy confundida—. Nací en esta casa, solo estoy pidiendo ver la galería, no hospedarme en Cumberland Castle. Sé cuál es mi lugar.

Las palabras de su padre y la situación le generaron una profunda tristeza a Frederick, más al ver los esfuerzos de su padre que terminó completamente humillado, como un intruso en el sitio que lo había visto nacer.

La tía abuela Agnes, se sintió tan avergonzada que pugnó a su favor.

—Oh, no seas ridículo, Hamilton. Solo quiere ver la galería. ¿También me lo negarás a mí si tomo de la mano al niño y lo llevo a ver los retratos y las esculturas de mi padre, mis hermanos?

—Lady Agnes, no puedo cumplir sus demandas por encima de las de lady Cumberland. —Se lamentó el mayordomo con profundo pesar—. Ha sido muy enfática al igual que su sobrino, el nuevo conde.

—¿Me estás diciendo, Hamilton, que desde que ese pelele de Wulfric se ha convertido en conde ya no tengo voz ni voto? —La buena mujer pasó de estar feliz por el rencuentro a sentirse

miserable—. Thomas es su primo, no un desconocido. ¡Su primo hermano! Es sobrino de Louis, su difunto padre. Esto es indignante.

—Perdóneme, milady. Los condes están en casa y han sido avisados de la visita. Fueron específicos al explicar qué áreas del castillo estaban abiertas para su sobrino.

—Exijo ver ahora mismo a lord Cumberland, no puede tratarme así y menos a la tía Agnes. —exigió Thomas. Frederick nunca había visto a su padre tan furioso.

El mayordomo hizo una leve reverencia con la cabeza y acudió a consultar a sus señorías, mientras Agnes trataba de disculparse muy apenada con Frederick y sus padres.

Al volver el sirviente de mayor jerarquía, añadió circunspecto:

—Me comunicaron que hoy no reciben visitas. Debe solicitar una entrevista con su señoría y esperar a que esté disponible.

—Sabe qué… Olvídelo, mi esposa, mi hijo y yo nos vamos de inmediato —agregó Thomas lleno de indignación.

—Sobrino, yo… Voy a marchitarme si sigo a la sombra de tu primo, viviendo de su caridad. Al menos puedo manejar mi asignación, por favor no vuelvas a irte y dejarme a su merced. No he vuelto a Londres porque para él no soy más que un mueble viejo que está mejor arrumbado en el ala que nadie visita del castillo.

A Frederick y sus padres les dolió esa confesión, incluso el mayordomo bajó la cabeza, compadecido.

—Tía, mi casa es modesta. Vivo de mi periódico, yo…

—No quiero importunar, ni ser una carga, sobrino… La estúpida ley del mayorazgo ha dejado la fortuna del título en manos de ese cruel remedo de hombre y su arribista esposa. Mi padre volvería a morir si viera esto. Creyó que Louis o Wulfric serían como él, que cobijó bajo su ala a toda la familia.

—Mi tío Louis no era como su hijo, jamás me negó su ayuda.

—Mi hermano no fue cruel; pero debió hacer más por ti. Lamento haberte puesto en una situación incómoda, no tienes que rescatarme. Yo… no quiero ser una carga para ti —repitió esto último, desde que su padre falleció siempre se sintió así. Primero a la sombra de su hermano mayor, ahora recibiendo migajas de su

sobrino. ¡En el hogar donde nació! ¡La morada de su padre! Las lágrimas bañaron su rostro.

—Usted no es una carga, jamás lo será…

La madre de Frederick estuvo de acuerdo con su esposo.

La tía Agnes hizo el viaje de regreso a Londres con ellos y jamás regresó.

De más está decir que su padre nunca más lo llevó de vuelta a Cumberland Castle, ni volvió a encontrarse con el primo. Hasta que los años le cobraron factura y tras una vida apacible dejó a su esposa y la anciana tía abuela Agnes al cuidado de su querido hijo Frederick.

Dos lágrimas recorrieron las mejillas de Frederick al acordarse de su padre.

El dolor en los nudillos le recordó el presente. Pasó la vista por aquel recinto donde solía entrenar cada mañana y pensativo lo abandonó. Necesitaba asearse y adecentarse para bajar al periódico.

Una sonrisa le hizo curvar sus labios al recordar que la tía abuela Agnes, aún seguía con ellos.

¿Cuántos años tendría esa mujer? Jamás lo revelaba.

Llevarla a vivir a su hogar fue lo mejor que pudieron hacer, le habían insuflado vida. Aún vivía feliz al cuidado de la madre de él, en la misma casa que Frederick creció y que, ambas mujeres no se dignaban a abandonar; incluso aunque Fred ya había mejorado de posición y les ofreció comprar una propiedad más grande.

Pero no necesitaban opulencia, solo estar juntos. Por la tía abuela Agnes y sus leyendas conoció todo sobre su familia de origen.

Su secretario casi siempre se le adelantaba, por lo que al verlo tan temprano en su despacho no fue nada extraño. Le dio indicaciones y ocupó su escritorio, desde donde supervisó que la maquinaria del periódico se pusiera en movimiento.

Después mordió una manzana roja que se había tomado el cuidado de guardar en su bolsillo, y cuando iba a volver a subir las

escaleras para comer algo más sustancioso fue detenido por Stevens.

—Últimamente te llegan muchas cartas, Frederick. Esta tampoco tiene remitente —informó el secretario, recordándole una que había recibido hacía semanas en condiciones similares.

—Está Londres muy misterioso últimamente. Dámela, la leeré de una vez. Me ha quitado el apetito.

No tardó en examinar el sobre, Stevens tenía razón, el papel y el lacre sin sello eran muy similares a los de la misiva que había recibido una semana atrás y que guardaba aún en su cajón.

Unas letras cuyo contenido aún le daba vueltas en la cabeza.

Sacó la primera carta y posó sus ojos en el fragmento más perturbador:

Una familia aristócrata está a punto de caer y todo se irá a pique, tras verse arruinada la reputación de una señorita. Un secreto muy bien guardado podría destruir el honor de una de las casas nobles de Londres.

¡Cuánta intriga!, pensó.

Por más que indagó al respecto no obtuvo ningún indicio de cuál familia era la que estaba a punto de quedar envuelta en un escándalo. El tono de la carta no le agradaba, parecía más una venganza personal.

Por lo general, cuando alguien se acercaba para venderle información lo primero que hacía era ponerle precio, y en este caso todavía no había una petición económica al respecto.

Con el sobre recién llegado aún sin abrir, se preguntó si la caligrafía también se parecía. Sin más dilación, no tardó en abrirlo y compararlas.

No cabía duda, eran letras idénticas trazadas por la misma persona. Alguien tenía ocultas intenciones y jugaba con él a un juego que no le divertía.

Idénticos letra, firma, ¿y remitente?

Qué sórdido es todo, caviló.

Sin más dilación, leyó:

5 de enero de 1875

Señor Banes:

No puedo quedarme en silencio mientras el abominable marqués de Blair lo trata de un modo tan reprobable. Más cuando su pasado está más manchado que las manos de un ávido escritor como usted. Tengo los elementos para que su anhelo más latente sea alcanzado de una vez.

Si desea destruir a lord Blair poseo información que podría arruinarlo socialmente, a él y a su familia. Es una pena que paguen otros por la necesidad moral de darle un escarmiento a ese hombre. Pero no se toque el corazón, en esa familia nadie es inocente.

Me ha llegado la noticia de que a puertas cerradas pretende casar a su hija con el primogénito de un par del reino. Frustrar sus intentos de emparentar con esa familia, será solo el comienzo de su caída. Un golpe que lo hará sentir tan miserable como lo es en realidad.

Tal vez el destino lo ha elegido para ejecutar el castigo ejemplar que ese vil exponente de la nobleza se merece. ¿Tiene las agallas que se necesitan para poner al marqués en su lugar?

La Voz del Decoro

Notó que esa vez sí venía firmada, aunque no revelaba la identidad de quien se ocultaba detrás.

Indudablemente era la continuación de la carta anterior. El corazón se le aceleró de inmediato. La primera hablaba de la reputación de una joven dama. Pero esta se concentraba en lord Blair y su familia.

¿Si la casa que estaba a punto de caer se relacionaba con el título Blair, a qué otra joven dama que no fuese lady Charlotte se refería *La Voz del Decoro*?

No, no, no. Debo estar interpretándolo todo mal. Tal vez se refiere a que el despreciable Blair ha mancillado el honor de una joven dama. Esta vez sí que tendrá que hacer frente a su falta, pensó.

Exhaló desconfiado…

La intriga que suscitó la segunda carta fue mayor que la primera, más punzante, más directo al efecto que esperaba causar.

¿Alguien quería vengarse de Blair y lo eligió como instrumento?

Miró con suspicacia los dos escritos y después pensó en lady Charlotte.

Era un deporte para él espolear a Blair y más si había algo turbio debajo del tablero.

Se puso de inmediato a redactar la nota que saldría publicada un día después. Iba a titularla: *Rumores anuncian la caída de memorable marqués,* pero después decidió que la inmediatez debía resaltarse.

Tomó la pluma y escribió:

UN MARQUÉS PODRÍA ESTAR A ESCASOS DÍAS DE CAER

The Golden Gazette

Escrito por Frederick Banes

6 de enero del 1875

Estimado lector:

A esta redacción ha llegado el sórdido anuncio de que está cercana la fecha de la caída de un renombrado marqués. No será difícil identificarlo. Destacó en el Parlamento durante un largo período, pero no por sus valiosos aportes. Todo lo contrario.

Tras su retiro a Escocia pensamos que nos íbamos a librar de su presencia, pero sin previo aviso ha regresado a Londres dejando a los miembros más

respetables de la ciudad llenos de curiosidad. ¿Estaremos hablando de lord Blair?

Una fuente muy reservada ha informado que el ferviente deseo de unir a su hija soltera con un heredero de una familia aristócrata ha sido la razón que lo ha sacado de su madriguera.

Una jugada arriesgada, según la fuente emisora, porque el marqués tiene asuntos muy cuestionables en su pasado que dejaría su reputación por los suelos.

Si la fuente se llena de valor, no tardaremos en saber por qué dicho marqués no merece emparentar con un par del reino.

Tras terminar mandó la nota con su secretario para composición tipográfica y no quiso darle más vueltas. No quería pensar a esa altura de su batalla con Blair en lo moralmente correcto.

Acababa de publicar otra nota, que posiblemente ya había sido leída por Blair, sus artículos serían como golpes certeros contra el rostro del oponente en un ring de boxeo, con la intención de noquear a su contrincante.

El marqués lo había humillado en público, ahora tendría que pagar.

11



Charlotte despertó a la mañana siguiente más tarde que nunca. Un lujo que no podía darse con la próxima apertura de su negocio, ni aunque hubiese bailado hasta altas horas de la madrugada. Debía ser más responsable.

Abandonó la casa familiar y se fue a su establecimiento, no podía creer que estuviera a punto de perder todo lo que había conseguido.

Necesitaba un plan y rápido. Uno que no incluyera pedirle ayuda a su hermano. Un enfrentamiento con su padre no le haría bien ni a Zachary ni a Emily.

Zach no tenía paciencia y la vida de los recién casados se volvería un infierno si las hostilidades con Blair se reanudaban.

¿Cómo podría librarse del matrimonio que su padre pensaba arreglar? Una lágrima le siguió a otra, y cuando se dio cuenta eran un río que bajaba por sus mejillas, mostrándole que, aunque era valiente, también tenía cierto rasgo de vulnerabilidad. Como decía Emily: «nadie era de piedra».

¡Cómo extrañaba a su mejor amiga, habían crecido como dos hermanas! Ella seguro le diría qué hacer. Pero en la última carta le reveló que tal vez, estaba en estado de buena esperanza. Aún no lo había comprobado, quizás para entonces ya tendría la certeza.

No podía importunarla, ella también tuvo un camino difícil para alcanzar su felicidad. Zachary y Emily se merecían no ser

perturbados.

No era una mujer frágil, ella tenía, podía y debía contener a Blair. Suspiró profundo, con el desasosiego recorriéndola entera, necesitando tanto un abrazo, uno que la sostuviera.

Pensó en Ettie, en Valery, pero un ruido la sacó de sus reflexiones. Se secó de golpe las lágrimas. ¿Su padre habría sido capaz de seguirla?

Entonces escuchó la voz cantarina de Martha Day tarareando y recordó que le había dado la llave el día anterior. Ella comenzaba a trabajar justo ese día.

Se llevó la mano al área donde su padre la había abofeteado y esperó que los polvos de maquillaje y sus tirabuzones lo disimularan. Odiaba que la percibieran débil.

Estaría más atenta a partir de ahora, no permitiría que Blair volviera a encontrarla con la guardia baja. Su padre era de los que herían con el desprecio, las palabras, mas no con los golpes. Por eso no previó el desenlace.

—Lady Charlotte, creí que usted vendría más tarde. Pero ya estoy aquí —le dijo Martha con afabilidad—. Lista para iniciar el día con mi mejor semblante. Quería comentarle que ya tengo a la mucama, la redactora, la copista y el vendedor.

Le sorprendió la rapidez con que resolvió esos encargos.

Se notaba el entusiasmo que Martha sentía por su nuevo empleo. Hasta se sintió mal por mirarla con malos ojos por caer en las redes del periodista. No podría culparla. Ese hombre tenía cualidades que sabía aprovechar

—Solo espero que no los haya sustraído de *The Golden Gazette*.

—No, ¿cómo cree? —se cubrió la boca con una mano para acallar unas leves carcajadas—. Trabajar tanto tiempo en el giro me ha dado conexiones.

—Gracias a Dios. En el fondo sospecho que su antiguo jefe no está feliz de haberla perdido.

—Se recuperará rápido. Está rodeado de buenos empleados —dijo y Charlotte enarcó una ceja mientras se preguntaba si Frederick estaba obsesionado con Martha y la acosaba en secreto. ¿Por eso ella lo abandonó? Pero no se habría cambiado al negocio de enfrente

—. Para el portero he pensado en alguien, pronto le daré noticias. También ya hablé con Joseph, está de acuerdo en hacer los recados. Me dijo que está muy contento con su nueva posición; pero en el fondo sospecho que en realidad lo que le alegra es la posibilidad de conducir su cabriolé.

—No lo dudo. —Curvó los labios. A Joseph lo conocía hacía bastante tiempo por eso le confiaba sus caballos.

—Permítame agradecerle una vez más la oportunidad de ofrecerme esta posición. Me complace tanto trabajar aquí y más con una dueña como usted.

—¿Tiene quejas de su antiguo director?

—No, pero siempre ansié trabajar en un entorno menos masculino.

—¿Qué trae en las manos?

—No pierdo la costumbre. Es *The Golden Gazette*. No hay otro periódico más completo. Por eso es tan exitoso.

—Mientras se ocupa de instalarse, me gustaría leerlo. No tuve tiempo esta mañana.

Martha se lo ofreció con agrado y Charlotte fue directo hasta el área de sociales. Por supuesto que ahí estaba lo que esperaba.

Mientras Martha se afanaba en hacer un inventario de los insumos, previo a prepararse para entrevistar a los aspirantes a los puestos que esa mañana llegarían, Charlotte se sentó en un sillón orejero a mirarla trabajar mientras leía con desdén la nueva nota de Frederick Banes. Despotricaba con soltura en contra de su padre debido a lo ocurrido en el baile. Si bien su progenitor lo tenía merecido, el periodista era demasiado arriesgado. A su padre no le temblaría la mano si un día se proponía quitarlo del medio. A ella le constaba.

—De verdad que es un insensato —murmuró Charlotte sin poderlo evitar, mientras negaba con la cabeza—. Como está la situación y se digna a darle un tiro de gracia.

Martha la miró tan entretenida en la lectura que la curiosidad la hizo dejar sus responsabilidades para preguntar.

—No piense que soy entrometida. ¿Quién es el insensato hoy? ¿Cuál nota lee?

—Me refiero a Frederick Banes. Es muy arriesgado cuando decide ir tras un aristócrata. Los conservadores no se salvan de sus acusaciones. En este artículo despotrica de la llegada al baile de mi padre y su atropellado regreso a Londres. Se atrevió a decir que como siga sin controlar su ira, un segundo ataque sí se lo llevará de este mundo. Y lo hace con tal desparpajo, como si no valorara la vida de los demás. —Ella acababa de leer el periódico publicado esa mañana, aún desconocía qué tramaba Banes para el día siguiente.

—Ah, Banes. Es justo como lo describe, como un perro con un hueso, jamás lo suelta. Un sabueso tras una pista de olor, uno que no descansará hasta dar con la presa. —Martha hablaba como si nada, sin dejar de contar y escribir en su libreta.

—Eso podría traerle problemas. Justo ayer en el baile tuvo dos altercados. ¿A Banes no le preocupa su integridad?

—Se cree que con ser un hábil boxeador podrá derribar a quien se le ponga al frente. Ya le hemos advertido que esos hombres muchas veces no dan la cara y contratan a matones para dar un escarmiento a quienes se interponen en su camino. Pero es muy atrevido, no le teme ni a su sombra.

—¿Boxea? —Con razón se ve tan bien, pensó y recordó sus duros músculos debajo de su frac la noche anterior.

—Desde Eton tengo entendido, pero es muy discreto. Jamás presume de ello. Además, es amigo de personas influyentes, el duque de Hayden lo apoya. Quien se mete con Frederick Banes se gana a su excelencia de enemigo. Nadie sensato querría enfrentar a ese duque al que apodan Ogro Gruñón.

—El esposo de mi amiga Ettie. Sí es un fuerte aliado.

—Le doy un ejemplo de cuán arriesgado es el proceder de Banes —se le escapó a Martha y Charlotte abandonó su asiento para ayudarla con los sobres de cartas que guardaba en una caja, con tal de no perder ni un detalle—. Hace una semana, antes de que yo dejase el periódico, el señor Banes recibió una carta muy extraña, que hablaba de un secreto muy bien guardado que podría destruir la reputación de una de las casas nobles de Londres. Oh, el señor Banes se volvió loco, obsesivo por desentrañar el misterio…

—¿Qué decía esa carta? —Entrecerró los ojos tratando de recordar si entre las muchas cualidades de Martha Day que le enumeró Daisy, su querida mentora, estaba la discreción. En la Casa de Correspondencia la discreción de cada empleado sería crucial.

—Solo supe que un padre morderá el polvo a través de la reputación arruinada de su hija. El señor Banes está investigando para saber de quién se trata.

Charlotte respiró hondo y trató de disimular que se estaba quedando sin aliento. Abandonó la estancia, con una sonrisa fingida, y caminó con prisas para esconderse en su oficina.

Entonces Frederick Banes no era el redactor de la carta porque también había recibido una.

—Por todos los santos —murmuró muy bajo con los nervios recorriéndole entera.

Frederick Banes le estaba dando caza, era más peligroso de lo que imaginaba. La amenaza no procedía de él, al contrario, sería a quien le venderían la información si ella no cedía a las exigencias de la carta.

No se iba a derrumbar por lo que representaba la carta que había llegado a manos de Frederick Banes, se armaría de valor para enfrentarlo. Tenía que hacerlo para salvarse.

Tomó su ridículo, el paquete de hojas con el papel de muestra que encargó poco tiempo atrás para el periodista y se dispuso a cruzar la calle que la separaba de su objetivo.

Mientras caminaba tomando cuidado de no ser atropellada por un carruaje conducido por algún cochero despistado, pensó:

Debo mandar a redactar un contrato de confidencialidad para Martha y todos los demás empleados, sobre los temas que se versarán en el establecimiento, las personas que lo visitarán y los asuntos que los traigan.

Pero la prisa la obligó a detenerse en medio de la calle. Un caballo con un lord muy distraído cabalgaba en su dirección, así que se hizo a un lado a tiempo.

No, no, no. No puedes encarar a ese sinvergüenza de Banes con la mente llena de niebla. Necesito dejar que mis ideas se

enfríen. Ese hombre es muy perspicaz y yo ahora soy un manojo de nervios, pensó.

Tras tomar una decisión. Decidió ir en busca de su carruaje con la intención de visitar a su amiga Valery. Necesitaba hablar con ella, cuanto antes.

Y no vio el carruaje que se dirigía hacia ella con los caballos al trote. Los papeles que traía en sus manos volaron por los aires, cayendo en derredor de sí como una tempestad de hojas. En medio del desorden, sintió el calor de unos brazos rodeándola y un aliento mentolado que se impactaba entrecortado sobre su rostro.

Entonces entendió todo. Su mirada se posó en unos ávidos ojos grises que la escrutaban con cierta preocupación.

—Señor Banes —balbuceó, aún bajo el influjo de su mirada.

Los labios del hombre estaban sellados, no sonreía, solo la angustia y el reclamo se traslucían en su cara.

—i¿Pretende que la maten y que yo tenga que presenciarlo?! —Estaba muy enfadado. La ironía y la diversión de las que siempre hacía gala habían desaparecido.

—i¿Me está regañando por casi ser atropellada?! —¿No tenía ya suficientes reclamos desde el regreso de su padre? ¿Él también la estaba sermoneando?

—Es solo que…

—¿Es solo qué, señor Banes?

Él hizo ese gesto que ella jamás olvidaría… Como si hubiese sido pillado con la guardia baja y no estuviera listo para afrontar las consecuencias. Así que ignorando la pregunta de Charlotte recogió las hojas desperdigadas, el ridículo y se los entregó a su dueña, para después alzarla y marchar con ella en brazos hasta atravesar la puerta de la Casa de Correspondencia.

No solo Martha se quedó boquiabierta al verlos entrar, los transeúntes que esa mañana caminaban por Bond Street aún no daban crédito a lo ocurrido.

—i¿Ha perdido el juicio?! ¡Bájeme! ¡Va a arruinarme! —Ahora era ella la que protestaba—.

—¿¡Arruinarla!? Le he salvado la vida. —Negó mortificado sin dejar de acunarla contra su pecho.

—Sí, estoy con vida; sin embargo, ¡seré la comidilla de Londres!

—¿Prefiere estar muerta, pero con la reputación intacta? —ironizó sin comprender la lógica de la dama.

El aroma mentolado del aliento de ese hombre contra sus labios hizo que la boca se le hiciera agua y detestó la sensación que no conseguía controlar.

—No sea bruto. No es tan difícil de entender lo que estoy diciendo. ¿Tenía que levantarme en brazos cuando podía caminar? Nos ha condenado a protagonizar un escándalo.

—No si la nota al respecto aclara lo sucedido, que fue necesario para salvarle la vida. —Aún la apretaba contra su duro pecho. Parecía que no tenía intenciones de dejarla ir.

—¿Y quién lo afirma?

—No olvide que soy Frederick Banes.

—¿Ya puede soltarme?

12



Frederick miró a lady Charlotte con suspicacia después de depositarla en el suelo. Pensaba en las cartas que estaban guardadas en el cajón de su escritorio. Por un momento, llegó a creer que tendría que buscar hasta debajo de las piedras de cada recoveco de Londres para dar con la identidad de la damisela en apuros, pero la segunda carta sembró más certezas que dudas. Parecía que Blair tenía un enemigo que lo odiaba más que él mismo.

Aún lo golpeaba la incertidumbre. ¿La señorita en apuros a la que hacía alusión *La Voz del Decoro* era una que había corrompido Blair o era ella, la hija? ¿Esa muchacha con rostro encantador tendría un secreto, uno del cual se pudiese avergonzar?

Martha Day continuaba sin entender nada, mirando el azoramiento de los dos. Un jovencito vendedor de periódicos que los había seguido trajo el sombrero de copa de Banes, que había caído y quedado atrás. Le dio un penique entero y el joven se fue con una gran sonrisa.

—Martha, tráigale agua a lady Charlotte, por favor. Casi fue atropellada por un carruaje.

—Por el Altísimo. ¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer que la miró con preocupación.

—Gracias a Dios no pasó a mayores —respondió él.

—Mejor prepararé tila para los tres, nos ayudará a sosegarnos.

Martha no tardó en ir al área de la pequeña cocina.

Frederick volvió a reparar en lady Charlotte que salió de su estupor y continuó lo que había iniciado en la calle.

—No se atreva a escribir nada sobre mí en su pasquín.

Él disimuló para que ella no percibiera lo que pensaba. Si era la joven dama quien cometió el error, la nota que Frederick recién había escrito y que saldría mañana, ¿la arruinaría por completo?

Maldijo a *La Voz del Decoro* por irse por las ramas y por su falta de claridad.

De igual modo, si lady Charlotte fuese inocente de cualquier indiscreción, que su padre fuese acusado públicamente de un hecho cuestionable la pondría en una difícil posición. Tal vez ya no sería elegible por la familia del supuesto pretendiente con el que Blair estaba planeando casarla.

Como fuere, su artículo también podría hundirla.

—Señor Banes, ¿me escucha o está en las nubes? Le he dicho que no se atreva a escribir absolutamente nada sobre mí en su pasquín —repitió ella, ofuscada.

—Respetable periódico —la corrigió. No aceptaba que se le diera un calificativo despectivo al trabajo de toda su vida.

—Como sea, no escriba sobre lo ocurrido o conocerá mi lado menos amable. Si nadie lo ha enfrentado es porque no se ha topado conmigo. No puede ir por ahí…

—¿Salvando la vida de jóvenes damas que se quedan en medio del tráfico de Londres persiguiendo mariposas? —esbozó con ironía sin intención de enervar más a su contraparte, pero fue el efecto que causó en ella. Sin embargo, verla azorada no lo disuadió de callarse—. ¿Dónde pensaba encontrarlas? ¿Debajo de los cascos de los caballos, entre las pesadas ruedas? Dé gracias al cielo que no terminó herida o como una estadística más.

—Su reacción no es la habitual en estas circunstancias. Parece que le molesta haberme salvado la vida.

—En absoluto, es solo que… que…

—¿Volvieron a comerle la lengua los ratones, señor Elocuente? —le dio una estocada del mismo sarcasmo del que era todo un experto.

Frederick seguía espoleado por las cartas, y la acusación implícita que le hacían a la joven dama. Si era cierto que ella escondía un secreto, comenzaba a atormentarlo la necesidad de saber o, mejor dicho, de no saber.

Apretó los puños, lleno de furia, y no entendió la razón del modo en que reaccionaba su cuerpo.

Entonces descubrió tres verdugones en una de las mejillas de la dama. Repasó con rapidez lo ocurrido.

No, el carruaje no tocó uno solo de sus cabellos, pensó.

Todo volvió a acontecer en su mente, temiendo que en su intento de salvarla hubiese sido tan brusco que la hubiera lastimado así.

—¿Qué le ocurrió en…?

Antes de que él terminara la frase, ella ya se había cubierto el pómulo lastimado con la mano enguantada.

—No mentiré diciéndole que tropecé con… Son asuntos privados que tengo derecho a no ventilar, menos delante de un periodista. —Con el alboroto, sus bucles abandonaron el área estratégica de su rostro, donde los había acomodado para que no se viera la huella de la bofetada que le dio su padre.

—Por supuesto. —Apretó más los puños y los nudillos tratados sin clemencia esa mañana dolieron más—. Solo espero que no haya un culpable.

Si Blair la había golpeado por bailar con él la noche anterior iba a cobrarle cada trazo de dolor que ella hubiese sufrido. Le propinaría un puñetazo en su estirado rostro por cada hora que esa horrenda marca permaneciera como prueba de su falta de control.

—Póngase un poco de árnica. —Sacó un pequeño frasco del bolsillo de su chaqueta, siempre lo tenía por el boxeo, más esa mañana que sus nudillos habían quedado destrozados.

—Me desconcierta su acto generoso. Probaré con el árnica. Iba a untarme el ungüento de mi amiga Florence antes de salir, pero recordé que lo había dejado aquí. Después me marché tan apurada que olvidé cubrirme con el remedio el…

—¿El golpe?

—No he dicho que haya sido un golpe. —Ella respiró agitada. Si de algo presumían los caballeros de Londres era de respetar ciertas reglas que no volvían personal o incómodo un momento como ese. ¿Por qué entonces Banes, que era el espécimen más londinense de todos, cruzaba la línea y rompía los límites que la sociedad ya había establecido?

—Tiene tres dedos marcados.

—¡Sus manos, Banes! —gritó ella horrorizada, cambiando abruptamente la conversación.

—¿Qué tienen mis manos?

Pensó que la tinta habría manchado los guantes de lana gris clara que se puso esa mañana, con los nudillos lastimados no soportó los de piel, incluso los de la más suave cabritilla. Estaba a punto de pedir disculpa por su descuido cuando ella lo sacó de su error.

—Están sangrando.

Martha —ajena a lo que se debatía— apareció con el encargo: una bandeja con una tetera llena de tila humeante y tres tazas de porcelana.

—Parece que al final sí terminó lastimado —dijo la mujer dejando la bandeja de plata sobre la mesita del té.

—No, no tiene nada que ver con los caballos —aclaró Frederick quitándose los guantes.

—Oh, claro —dijo Martha comprendiendo lo que pudo haber ocurrido—. Iré por una jofaina y una palangana para ayudarle a arreglar el desastre.

—No es necesario. Solo cruzaré la calle y me ocuparé de resolverlo. No deseo importunar más. Olvidé ponerme los guantes de boxeo cuando entrené esta mañana.

Las dos mujeres se le quedaron observando. ¿Quién olvidaba los guantes cuando las manos podían resultar tan dañadas? Habría sido más listo decir que lo hizo a poste para endurecer los nudillos, pero no era verdad y no iba a retractarse.

—Por supuesto que no. Usted me salvó la vida —repuso Charlotte, y comenzó a quitarle los guantes sin nada de pudor—. ¿Qué clase de persona sería si lo dejo salir sangrando? Trae la

jofaina y la palangana, Martha, por favor, y una toalla. Ayudaremos al señor Banes. Por fortuna tenemos su árnica y el ungüento de lavanda y miel de mi amiga Florence.

Frederick tuvo que simular que no estaba conmovido. Ella terminó de quitarle los guantes con suavidad, mientras con una bondad intrínseca trataba de no magullarlo más.

—Yo misma le lavaré las manos —añadió cuando Martha apareció con todo lo necesario—. Es lo mínimo que puedo hacer con quien me rescató de que un carruaje de seis caballos me aplastara en plena Bond Street. Martha, puedes continuar con tus tareas, no te entretenemos más. Aquí todo está controlado.

Martha miró hacia la puerta y después a los rostros de Banes y lady Charlotte que se veían muy cómodos, como si no les importara el hecho de que no fuera bien visto que una joven casadera quedara a solas con un hombre, y más soltero. Pero tampoco le dio importancia y continuó a sus asuntos, tenía mucho que hacer.

—Gracias, lady Charlotte, no tenía que tomarse tantas molestias —dijo Frederick sorprendido de las atenciones de la dama que, hasta hacía cinco minutos, le pedía la cabeza tan obstinada como un gladiador en medio de una arena.

Tras lavarle y secarle las manos, con mucho cuidado, Charlotte eligió el ungüento de lavanda y miel y lo puso sobre los nudillos heridos de Frederick, que la miraba suspendido de una nube.

—Creo que esto le ayudará a cicatrizar. Lléveselo, puedo conseguir más. Necesitará ponérselo mínimo tres veces al día.

—Gracias, lady Charlotte —repitió en un bajo gruñido.

—Nunca lo había visto tan sereno, ni tan amable que no deja de agradecer. ¿Le sucede algo? ¿El carruaje le golpeó la cabeza?

Por supuesto que no, pensó. Pero decidió ignorar la pregunta que no perseguía el objeto de ser respondida.

—Ahora es mi turno de devolverle las atenciones. —Frederick sintió el deseo de corresponderle. Pero tampoco quería ser inapropiado, por eso consideró que pedirle permiso sería lo más honorable. Tomó un poco de árnica en su índice y preguntó—: ¿Puedo?

Ella retiró el resto de sus tirabuzones y lo dejó rozar con sus dedos untuosos las marcas en su mejilla.

—Su hermoso rostro no tardará en recuperarse. Le cedo mi árnica. Igual puede retocarlo antes de dormir.

Él volvió a curvar los labios, y ella se le quedó mirando por unos segundos y le devolvió la sonrisa también.

Bebieron el té antes de que se enfriara y tras acabarlo en silencio, ella lo miró con sus grandes ojos azules, calentándole el alma.

—Gracias por salvarme la vida, Banes. En realidad, no cazaba mariposas, iba a verlo.

—¿A verme? —Tuvo que aclararse la voz.

Charlotte se puso de pie y recuperó una de las muestras del papel de carta.

—Había pensado ofrecérselo cuando usted aún tenía intenciones de ser mi mentor. No quise deshacerme de la muestra sin que antes la viera. —No mentía, pero no podía revelar que era el pretexto que usaría para entrevistarse con él y exigirle una explicación, motivada por sus sospechas—. Sin embargo, lady Pembroke tiene razón. Alguien que se dedica a un negocio como el suyo, es probable que no desee que su correspondencia sea fácilmente identificada.

—Oh. Entiendo. Sin embargo, le encargaré dos docenas. Creo que puedo darle un uso, un uso más personal. Para el negocio no es buena idea. Y pido disculpas por no acudir a la cita. La verdad es que el motivo de mi tardanza no tiene justificación. Merezco todos los improperios que desee arrojar sobre mi cabeza.

—No digo improperios con frecuencia. Solo si existiera una razón muy justificable.

—Es el caso. Su hermano, lord Moray, me escribió una carta conminándome a realizar un proyecto algo complicado. Reconozco que me entretuve tanto leyéndolo, que cuando me percaté ya era demasiado tarde para cruzar la calle. Incluso tuve la intención, Daisy casi me trae a rastras, pero me aseguró que usted ya se había marchado.

—Si Zachary está involucrado en el motivo de su tardanza y posterior ausencia, no puedo recriminarle, señor Banes. Pero no me deje con la curiosidad. ¿Qué le ha encomendado mi hermano?

—No lo va a creer —comenzó con esa frase y, en pocas palabras, le relató que dejó en sus manos la tarea de ayudar a Broc MacKenzie a suavizar sus maneras para interactuar en ciertos círculos. Principalmente los que favorecían sus tratos comerciales.

—Tiene una tarea que no es para nada sencilla. Le deseo suerte. Y yo que creía que estaba furioso porque le había robado a Martha —soltó como si nada.

La cara complaciente de Banes cambió cuando ella le recordó el despojo de su eficiente empleada.

—Yo mismo la preparé en todo lo que sabe. Si lo toma como mi contribución a su negocio, y sirve para salvar lo pésimo mentor que fui, estaríamos a mano.

—¿Entonces estamos a mano, señor Banes?

Él asintió antes de ponerse de pie y despedirse.

Los dos carraspearon al mismo tiempo, y tras una última mirada, se dijeron hasta pronto con la esperanza de que no fuera la única vez que hablaran así, sin reclamos o ironías de por medio.

Cuando él salió de allí, los zumbidos de su propio arrepentimiento lo estaban atormentando.

Sabía que su artículo también podría hundirla, fuera ella culpable de la indiscreción o lo fuera su padre.

Y había una realidad que se elevaba latente en su pecho…

Así lady Charlotte fuese responsable de cometer la indiscreción más cuestionable de todas, él no deseaba exponerla.

No solo porque se consideraba un caballero y no le agradaba hundir o humillar a damisela alguna… Si no porque a ella no la podría dañar.

Buscó a Stevens por toda la redacción y en cuanto lo encontró le dio una orden segura.

—Mi nota… *Un marqués podría estar a escasos días de caer.* En fin, es una reverenda estupidez, tengo que cambiarla.

—Frederick, ya la he leído y es magnífica nos hará vender más periódicos que nunca.

—Tal vez, pero afectará a la hija de Blair y jamás me perdonaría perjudicarla a ella —dijo consciente de que no tenía la frialdad ni la dureza para lanzarla a los leones.

—Pero ya se están imprimiendo los ejemplares que saldrán mañana.

—¿Por qué tan rápido?

—Ya todos habían redactado sus notas y fueron revisadas por el editor. —Se alzó de hombros—. Vamos a más del veinticinco por ciento de la producción. Terminaremos pasada la medianoche. Cuando se puede adelantar, has dicho que se adelante, para que los hombres se vayan a dormir más temprano, si es que se le puede llamar así.

—¡Detén la maldita tirada!

—¿Qué estás diciendo? Representará pérdidas para el periódico, para tu bolsillo.

—Correré con los gastos y después compensaré a los trabajadores. Ordena que detengan todo. Mi nuevo artículo estará listo lo antes posible.

13

Tras los sucesos desafortunados que tuvieron un desenlace afortunado, Charlotte dejó a un lado sus resquemores en contra de Frederick Banes. Al menos por el momento. No podía conciliar que el dueño de esa mirada pretendiera condenarla socialmente en el fondo.

Sí, era un cínico, pero mientras le untaba el árnica o encarnaba tal preocupación por la marca sobre su mejilla, tuvo fe en la nobleza de su carácter.

Por un período agradable de tregua, sus sentimientos hacia el hombre volvieron a cambiar cuando constató su provocación.

Un día después, el seis de enero, el desayuno trajo el periódico a Blair House con una nota que ella había exigido de manera expresa que no fuese publicada.

Las dos hojas que daban paso a sus habitaciones se azotaron de par en par.

Su padre estaba más furioso que la noche en que lo enfrentó y se llevó una bofetada que la hizo aterrizar de rodillas.

—¡Lee! —ordenó Blair.

Impelida por la necesidad de saber qué lo tenía en tal estado de alteración, abandonó su cama, se colocó una bata de algodón de batista sobre el camisón y posó sus ojos en la nota que le mostraba su progenitor.

HEROICO RESCATE EN BOND STREET DE UNA DAMISELA QUE CAZABA MARIPOSAS

The Golden Gazette

Escrito por Frederick Banes

6 de enero de 1875

Estimado lector, hoy traeré para usted una nota afable de la cual un servidor terminó involucrado como protagonista, nada más y nada menos, con la respetable dueña de la Casa de Correspondencia ubicada frente a mi establecimiento.

Mientras salía a mis asuntos como cada mañana, pude percatarme de que un carruaje con seis caballos a un trote más acelerado que lo esperado para un área tan transitada por jinetes, coches y personas, se dirigía hacia la damisela en apuros.

No me considero un héroe de capa y espada, pero no podía permitir que una joven resultara herida, y menos que una vida en pleno verdor se apagara.

Tuve que enfrentar a las bestias y alzar en volandas a la desafortunada joven, para evitar una catástrofe. De lo contrario, hoy sus sueños se verían truncados al igual que su existencia, lo que habría sido trágico para todo Londres y, en especial, para sus seres queridos.

Tras un final feliz, el único desafortunado fue mi sombrero de copa más querido, que ya está en manos de mi experto sombrerero en Lock & Co. Hatters, aguardando con ansias que no se declare oficialmente el final de sus días.

Y, ahora sí, estimado lector, veamos que nos depara este día. Aguardaré con paciencia una carta del marqués de Blair agradeciendo los servicios prestados.

En su defecto, me consideraré satisfecho porque el bien se ha hecho según la voluntad del Creador, que me eligió como instrumento para rescatar a un miembro honorable de esta sociedad.

Charlotte cerró los ojos tras terminar la última frase. Banes era una tempestad enorme que no tenía contención, cuando entre ceja y ceja se le cruzaba la idea de publicar una nota, por peligrosa que fuera.

Mientras abría la boca asombrada por las agallas del varón, su padre ya no pudo contenerse más.

—¿¡Qué demonios significa esto?! ¿Cómo se te ocurre plantarte en medio de la calle? ¿A dónde te dirigías?

Sin darle tiempo a responder, Marianne también atravesó el umbral, motivada por los gritos.

—¿Qué ocurre? —Sin saber el tema que se discutía ya había tomado partido por su hija.

Blair le extendió el periódico, convencido de que le daría la razón. Pero, tras leer, su esposa más allá de reclamarle nada a Charlotte, la abrazó, la revisó en busca de rasguños, lastimaduras…

—¿Estás bien, hija mía? ¿Cuándo ocurrió exactamente? ¿Por qué no me dijiste nada?

—No quería alarmarte. Gracias al Creador no me sucedió nada. Como dice la nota, el señor Banes llegó por fortuna a tiempo.

—Alabado sea, hay que agradecerle en persona a ese señor —indicó la buena mujer.

—¡Sobre mi cadáver! ¡Seguro lo hizo para fastidiarme una vez más!

—¿La rabia te ha hecho enloquecer que no puedes ver que ese hombre ha salvado a tu hija de un accidente que pudo tener consecuencias irreversibles? Deja de lado las rencillas absurdas. Si ese hombre salvó la vida de nuestra hija arriesgando la suya, deberías deponer tus armas y ofrecerle una tregua.

—Ese hombre no es un santo —continuó Blair—. La habrá salvado, pero ha aprovechado la oportunidad para alimentar el

escándalo. Ha escrito que la alzó en volandas. Eso suscitará tantos rumores que los condes de Cumberland podrían dejar de considerar a Charlotte elegible para desposar a su hijo.

—¿Es lo único que te importa? Qué ciego estás —le reclamó Marianne.

—¿No lo entiendes, papá? Había personas presentes que podían dar inicio a habladurías al respecto. Banes me llevó en brazos hasta mi establecimiento. La nota es solo para alejar comentarios malintencionados y dejar en claro que fue la única opción que tuvo para rescatar una vida.

—Ese sinvergüenza arribista vio la oportunidad de montar un circo en mis narices. Prohíbo que vuelvas a salir de esta casa sin tu madre. Una dama casadera necesita una carabina. Y no me provoques más, no me hagas encerrarte en tu habitación y guardar la llave hasta que te entregue en el altar en los brazos de Marcus.

—¡Papá!

—Si no anduvieras en ese cabriolé sin carabina… Si no hubieses cruzado la calle esa mañana… ¿Qué hacías en medio de la vía? —reflexionó en voz alta, pero parecía que se lo preguntaba a sí mismo más que a su hija—. Si tienes ese carruaje arrastrado por esos demonios de caballos que te regaló tu hermano… ¿A dónde te dirigías a pie en medio del tráfico? Porque lo único que queda frente a tu establecimiento es el indigno periodicucho de ese sedicioso de Frederick Banes.

Blair gruñó sin creer ni un segundo en las buenas intenciones del periodista.

—¿Ahora tampoco puedo caminar? ¿Tengo que dar cuenta de cada sitio que me dirijo a plena luz del día? —protestó Charlotte.

Sus rizos cobrizos le dieron un aire desafiante, y lo miró sin miedo directamente a los ojos.

Blair también le sostuvo la mirada, lleno de ira. Estaba acostumbrado a sus afrentas. En consecuencia, endurecía más su carácter.

En el fondo admiraba que no hubiera salido tan dócil como Marianne y que hubiese heredado el temperamento de fuego.

Zachary y Charlotte eran tan indomables como él mismo, por eso le había sido tan difícil controlar sus destinos.

Zachary ya se había casado con una mujer sin dote, no iba a permitir que Charlotte también hiciera un mal matrimonio.

Con la rabia recorriéndole las venas rugió como un león que abría sus fauces para aniquilar a su presa.

—¡Absolutamente sí! ¡Y tu madre debería ser la más interesada en saberlo! —Miró con desdén a Marianne, no era la primera vez que recriminaba que era pésima en el único trabajo que le correspondía: la crianza de sus hijos. Porque el de marquesa lo había reprobado desde hacía años, cuando eligió no mantener una posición con una falsa sonrisa y se encerró a llorar porque su matrimonio era un infierno—. ¡Te casarás con Marcus, lord Ashworth, futuro conde de Cumberland! Y no hablaré más al respecto.

Charlotte jamás lo dejaría salirse con la suya, menos aportar la última palabra en esa discusión.

—Pues lamento comunicarte que no soy la hija que deseas tener y no cambiaré porque tú me lo exijas —lo desafió en el acto. No gritó, pero fue firme como cada una de las veces que lo retaba.

Ella no estaba dispuesta a renunciar a su cabriolé, menos a su libertad. Su hermano y su madre la apoyaban.

—¿Qué quieres decir?

—Que no deberías ilusionarte, papá, porque jamás, jamás me casaré con ese innombrable, libertino y asqueroso de Marcus. ¿A cuántas jóvenes ha deshonrado? No quiero un marido que pretenda cortarme las alas mientras él arrasa con medio mundo… Mi cornamenta no me dejaría entrar a ninguna estancia, chocaría con el marco de la puerta si lo intento. Es más, ni siquiera estoy segura de que quiera un marido en absoluto. ¿Por qué lo querría? Tengo mi negocio, podré ser dueña de mis decisiones, de mis pasos… ¿Quién, gozando de esas bondades, preferiría unirse a un carcelero que, además, se apropiaría de los bienes que he conseguido con mi esfuerzo?

—Cuenta los días hasta tu mayoría de edad porque antes de cumplir los veintiuno estarás casada —dijo Blair con frialdad.

—Pues tendrás que encadenarme para llevarme al altar… Y, así y todo, no encontrarás modo para obligarme a mentirle al clérigo y decir que: «Sí, acepto». —Enarcó una ceja para ver cómo su padre salía de esa. Tal vez con una bofetada como la última vez, pero esta vez estaba decidida a esquivarla.

—Tu madre te acompañará a dónde vayas a partir de ahora, y una doncella. Quiero el informe completo de a quién ves, a dónde vas y qué haces. Y ya no hablaré más o mis medidas serán tan cruentas que me harás arrepentirme… Y no soy hombre de arrepentimientos.

Y las dejó a solas azotando las puertas antes de perderse por el umbral de la entrada de las habitaciones.

—¿Ahora tendré que ir acompañada todos los días a la Casa de Correspondencia? —Se alzó de hombros muy enfadada.

—No vuelvas a asustarme así, Charlotte. No podría vivir si a Zachary o a ti les sucediese algo terrible —dijo la madre sin tomar en cuenta sus reproches, con la mente en lo ocurrido en Bond Street. Y también prefirió ignorar los ataques de Blair.

—Deberíamos irnos…

—Nos seguirá… Está cegado, obsesionado con casarte con ese hombre… Desde hace años… Ya sabes cómo es, cómo se pone… Pensé que le daría un infarto aquí mismo. Terminará sucediéndole algo peor que la última vez si continúa dejando que la ira lo domine.

—¿Qué quieres decirme? ¿Sientes compasión por él? ¿Después del modo en que te trata? No, mamá, tienes que ser fuerte y no dejar que siga manipulándote. Lo que le suceda será su responsabilidad. No cargaré con ese peso y tú tampoco deberías.

14

Esa noche, su madre y ella acudieron a Hayden House llenas de expectativas. Disfrutarían en *petit comité* de una cena organizada por la duquesa, solo para amistades muy cercanas.

La invitación de las damas solteras se extendía a sus carabinas y para los caballeros, alguna matrona que los representara.

Mientras se bajaban del carruaje, vieron que Frederick Banes se apeaba del suyo, llegando al mismo tiempo a la entrada principal donde el mayordomo aguardaba.

Tras los saludos de rigor y el recibimiento de los anfitriones, Charlotte se le acercó al caballero.

—Señor Banes. —Trató de que sus ojos no brillaran al verlo. Tras rescatarla, algo cambió. El agradecimiento hizo que su desconfianza hacia las intenciones del periodista fuera menor.

—Milady, pensé que vendría en su espectacular cabriolé. Sufrí una decepción al verla en el carruaje con el emblema de la familia —murmuró solo para ellos dos con una ceja enarcada.

—¿Con este frío y la nieve amenazando con cubrir la ciudad?

—Eso no la detuvo cuando llegó a su establecimiento, cubierta con su capa de armiño.

—Se fija en todo.

—Para otros es un defecto, para mí es una cualidad.

—Y yo creí que vendría acompañado por su madre. Me habría gustado conocer a alguna dama de su círculo cercano. —Sí, sentía

curiosidad por la familia de Banes, siempre estaba solo, como si no hubiese un alma en el mundo que le pudiera brindar calor de hogar.

—Lady Agnes, mi tía abuela, calificaría; sin embargo, a sus años ya no está para esos trotes.

—¿Tan mayor es? Pido disculpas, no quise ser impertinente, pero su comentario exacerbó mi curiosidad.

—Más que Matusalén, cuando era niño ya se consideraba longeva.

—Debería contar su secreto. Algún farmacéutico podría embotellarlo y venderlo como el remedio a todos los males.

Charlotte se sorprendía por tener una conversación tan cotidiana con él, como si sus motivos para desconfiar quedaran en el pasado.

—Tía Agnes asegura que es por el berro de agua.

—¿Ese que llaman el pan del pobre? —Lo miró perpleja, alguna vez lo sirvieron en su mesa, pero era habitual en el plato de los menos favorecidos.

—El mismo. Nuestro cocinero acude puntual a comprarlo a Covent Garden. El berro viene en tren desde Hampshire en The Watercress Line, después lo trasbordan a otra línea que conecta con Londres y desde ahí viaja en carruaje hasta el mercado. Según mi tía debe comerse fresco. Así todos los días. Y aunque nuestra mesa está bien abastecida, mi tía prefiere desayunar un sándwich de berros todas las mañanas.

—Interesante. En mi casa nadie tiene predilección por el berro.

—Mi tía es un tanto peculiar y alguien le ha dicho que, si los sectores más desafortunados sobreviven gracias al berro, debe ser porque es una fuente inagotable de salud.

—Si su tía ya no tiene edad para la vida social, es entendible que se interese por alimentos que prolonguen su existencia. —Se quedó pensativa—. También lo es que usted se presente solo en estos eventos. ¿Y su señora madre, también tiene razones interesantes para no acompañarlo hoy?

—A mi madre no le gusta alternar en sociedad; especialmente, desde que mi padre ya no está entre nosotros. —Se reservó que después del desaire de los Cumberland en Cumberland Castle, y los

subsecuentes, sentía aversión por la aristocracia. Y, aunque le agradaban los amigos de su hijo, Edward y Hayden, prefería mantener distancia de los eventos donde acudieran personas de la nobleza.

—Es una pena.

—Lo mismo digo de su carruaje. Me habría encantado verlo de nuevo, sus frisones son espectaculares. —Obvió que le habría encantado contemplarla conducirlo otra vez. Su forma de tirar de las riendas largas para detener a los caballos aún no se le quitaba de la mente.

—Mi madre aprueba mi cabriolé para ir a alguna diligencia en la mañana, no para eventos sociales —se excusó y esbozó una media sonrisa—. Ella nunca se subiría en mi cabriolé.

—Su cabriolé. —Meditó unos segundos—. Lo dice con tanta seguridad. Escandalizaría algunas damas, mi tía abuela por ejemplo. Sin embargo, al mismo tiempo, ella la admiraría. Lady Agnes aceptaría hasta cierto punto que una dama casadera usara el cabriolé de la familia para ir a lugares puntuales y estratégicos. Pero, de saber que una dama se desplaza en Londres en su propio cabriolé, sin duda le provocaría dar su opinión al respecto.

—Lo imagino. —Tuvo que curvar los labios—. Me gustaría conocer a su tía abuela y saber lo que opina.

—Lady Agnes, aunque no lo crea, es una mujer adelantada para su época. Imagino lo que expondría: «Una joven en su propio cabriolé es algo que me encantaría ver en persona, puede ir a cualquier parte, es dueña de su destino».

—Tendrá que contarle la novedad.

—No estoy seguro. De saber que usted anda en su propio cabriolé exigiría uno para ella misma y ya no está en la flor de la vida. Su integridad correría un riesgo importante. —Él hizo un gesto grave que provocó que la sonrisa de Charlotte resplandeciera todavía más, sus labios se abrieron como una rosa en primavera—. No se imagina cómo es lady Agnes. ¿Puede creer que renunció al matrimonio porque no quiso dejar en manos de un hombre su jugosa asignación? Mi madre asegura que es culpable de mi cinismo. Crecer bajo su influencia me hizo un perfecto descarado.

—Es usted un bribón, no lo dudo. Pero, por otro lado, es una pena que su tía abuela, a quien ya admiro, no haya conocido el amor.

—Dije que jamás se casó, no que… Soy un caballero, no me corresponde hablar sobre la honorabilidad de una dama, menos si es de mi familia. Solo añadiré que lady Agnes es una pícara que ha tenido una buena vida.

—Le exijo que planee un encuentro entre las dos. —No reconoció que veía mucho de ella misma en la tía abuela Agnes. Qué interesante mujer. Y sí, encajaba en la influencia perfecta para forjar el carácter del periodista.

Charlotte estaba muy divertida y decidió ir más allá. Sabía que no debía decir lo que pensaba, pero era como una espinita que le molestaba en el pie. Señaló con el gesto a Edward Raleigh que venía del brazo de su tía política o de cariño, lady Abbott.

—¿Y su madre? —preguntó ella, quería saber todo sobre él y su familia—. ¿Es como su tía Agnes o es de esas damas que se obsesionan por casar a sus hijos?

—¿Y la suya? —la sorprendió devolviéndole la estocada.

—Por suerte mi madre no. Mamá es diferente a la mayoría. Ella considera que obligar a su hija a unirse en un matrimonio por conveniencia sería un sinsentido. —Se guardó que Marianne había vivido en carne propia los efectos adversos de esa pésima decisión. Jamás lo querría para su hija—. Usted no me ha contestado.

—Mi madre ya no me dice lo que tengo que hacer a mi edad. Solo me ha dado su bendición. Tal vez ha perdido la fe en que algún día contraiga matrimonio. —Fue directo.

—Si el matrimonio no está en sus planes, supongo entonces, que es afortunado. No como el doctor Raleigh. Ettie me ha dicho que vino acompañado de su tía, la casamentera, porque la dama se enteró de que acudimos tres solteras esta noche.

—Oh, pobre Edward.

—Dicen que lady Abbott en cuanto pone sus ojos en un soltero busca cómo salvarlo de su desfavorable condición, y usted es muy cercano al doctor Raleigh, así que esquívela.

—Oh, ya veo. En ese caso usted también está en peligro. ¿O acaso la salva de las garras de lady Abbott estar en vías de concretar un compromiso con un caballero?

Se quedó helada. ¿Cuándo le dijo que Marcus quería casarse con ella?

La fluidez de la conversación llegó a un punto muerto y su desconfianza anterior volvió a salir a flote, exigiendo en su mente que no la ignorara.

¿Solo la engatusaba para que hablara de más y así obtener información con la intención de convertirla en una nota escandalosa? ¿O su aparente simpatía era auténtica?

No podía olvidar que ese encantador sinvergüenza podría convertirse en un riesgo mayor que el secreto que guardaba.

Recapituló en ese instante, no daría un paso en falso. A sus escasos años la vida ya le había enseñado demasiado.

Primero, la carta que según Martha Day le llegó a Banes. Segundo, el atrevimiento del descarado irreverente al publicar esa nota sobre el accidente. Y después, esa pregunta acerca del compromiso que no era al azar.

—¿Por qué lo refiere? ¿Le ha llegado alguna información?

Lo vio tensar la mandíbula y cerrar un puño con fuerza. Charlotte buscó sus ojos castaños, llena de interrogantes, con inusitada intensidad.

—No la estaba cuestionando, milady, lancé una pregunta al aire. —Su expresión segura pretendía conseguir que le creyera; sin embargo, ella no cambió la actitud esquiva que tomó tras escucharlo —. Pero su reacción parece confirmarme que un caballero la pretende.

Espalda recta, mirada desafiante y cabeza erguida. Lo estudió unos segundos.

—Usted no da puntada sin hilo, señor Banes.

Él la miró largamente, ella retrocedió dos pasos. Ya no le parecía entretenida aquella charla que se dio de modo casual.

De pronto, al ver a Valery sin acompañante caminando hacia ella, se quedó perpleja y tuvo el pretexto oportuno para despacharlo.

Se disculpó con Banes, como quien huye de un peso que persigue la finalidad de hundirla y se acercó a su amiga.

—Pensé que no vendrías, Valery. —Trató de acompasar su respiración, no soltarle de pronto lo que la agobiaba, pero necesitaba tener una aliada, una confidente, en medio de sus dudas y su desasosiego—. Ettie me dijo que tu mamá le dio un pretexto para no acudir.

—Por supuesto, mamá no visitaría la casa del hombre responsable de que su esposo esté casi en la ruina.

—Oh, lo siento Valery.

Volvió a mirar en dirección de Banes y sus latidos se descontrolaron. Maldijo por caer en la encantadora labia de ese pícaro embaucador.

—Mi padre no se portó bien ni con Ettie ni con su esposo. No me lamentaré por las consecuencias de la insistencia de papá en hacer enemigos. Gracias al Altísimo, Ettie y yo fortalecimos nuestros lazos y no hemos permitido que las desavenencias de los Hayden con los Richmond nos distancien.

—Supongo que, a pesar de ello, la duquesa de Richmond te ha dejado venir al escuchar que la afamada casamentera lady Abbott asistirá. Tal vez con la esperanza de que alguno de los solteros que aquí están, termine convirtiéndose en una opción para su hija.

—Ninguno de los solteros que acudieron son de interés para mi madre. Revisó la lista y solo reforzó su negativa. Figuraba el nombre de un escocés que no conoce, pero lo despreció de inmediato porque no posee título.

—Debe ser Broc MacKenzie, el socio de mi hermano. Supe por Ettie que el señor Banes intercedió para que lo invitaran. Ettie accedió creyendo que sería perfecto, tres solteros y tres solteras. Y así parecía ser, pero a última hora una yegua se puso de parto y MacKenzie no pudo asistir. Escuché a Banes excusarlo con Ettie cuando acabábamos de llegar.

—Entiendo. ¿Vamos a saludar a Bonnie y a su madre?

—Antes debo revelarte la verdad, pero cuento con tu discreción.

—Por supuesto.

Valery inspiró con fuerza, con la desesperanza dibujada en el rostro, llegando a preocupar a Charlotte.

—He aprovechado que mis padres estarán casi toda la noche fuera en uno de sus compromisos sociales y me he escabullido con mucha discreción. Así que tendré que irme temprano, para llegar antes de que ellos descubran que he contravenido a sus órdenes expresas. Después de lo ocurrido entre mi primo Marcus y el señor Banes, mi madre está más exigente que nunca.

—Oh, Valery, has sido tan valiente, solo espero que el servicio sea discreto y…

—He tomado precauciones, solo lo saben mi doncella y el cochero. Pero ellos están de mi lado…

—No sé qué pensar del servicio. Justo anoche mi padre me ha comunicado del modo menos amable que pretende casarme, precisamente, con tu primo Marcus. ¿Y adivina quién me preguntó justo ahora que si estoy en vías de comprometerme? —Charlotte estiró el cuello y señaló con un gesto a Frederick Banes.

—Oh… ¿Piensas que se lo informó el servicio?

—Justo cuando comenzaba a conciliarme con la idea de que no era un ser funesto y que no estaba detrás de las amenazas que recibí.

—¿Te vas a casar con Marcus? —De todo lo que le dijo Charlotte fue lo que más la preocupó.

—¡Por supuesto que no! —Su voz se elevó al reforzar su negativa, y los ojos de Banes se le clavaron como dos puñales. Seguro ardía en deseos de saber los detalles de su conversación con su amiga. Charlotte entrecerró los ojos y le lanzó una mirada reprobatoria al periodista—. Buscaré cómo librarme del libertino de tu primo. Lo siento, pero es lo que es.

—Descuida.

—Por favor, dime qué opinas. ¿Crees que Banes es digno de confianza? No puedo preguntarle a Ettie para no ponerla en un dilema.

Valery exhaló con fuerza y miró de reojo a Banes que conversaba con el doctor Edward.

—Banes es amigo de Ettie y los Pembroke, y ha quedado demostrado que ellos son intocables para *el Látigo*. Pero, ¿hará la misma excepción con las amigas de Ettie? ¿Hasta dónde esa amistad podrá cubrirnos como un manto para protegernos de las especulaciones de su pluma?

—Me pregunto lo mismo —reforzó Charlotte.

—Ettie tiene muchas amigas y personas a las que quiere y respeta. Banes se arruinaría si se guía por los afectos de Ettie y sus convicciones. Además, nuestra amiga es protectora de muchas causas… Banes no hará tantas excepciones. No lo creo. Si damos un paso en falso, tal vez terminemos en una de esas publicaciones. Es mejor ser precavidas.

—¿No leíste el periódico hoy? —inquirió y Valery negó profusamente—. Yo he sido mencionada en una. Y le había pedido que fuera discreto. Nada se interpone entre él y las ventas de sus ejemplares.

En pocas palabras, Charlotte le narró lo que escribió sobre ella.

—¿Te ha salvado la vida? —Fue lo que más le impresionó de lo relatado por su amiga—. Gracias al Altísimo estás bien.

—Sí, en eso le estaré agradecida eternamente. —Ella asintió—. Pero quiere conservarme viva para volverme la comidilla de Londres…

—¿A qué se deben tus suposiciones? ¿Crees que va detrás de lo que te ocurrió hace años? —Sus ojos se abrieron grandes y límpidos, pero llenos de curiosidad.

Charlotte abrió la boca para poner los hechos en orden y argumentarle el porqué de sus sospechas, pero no consiguió explicarle lo que ocurrió después que la salvó y todo lo que hablaron porque en ese justo momento, Bonnie se acercó con su madre, la duquesa viuda.

Tras intercambiar unas palabras, no tardaron en convocar a los presentes para pasar al comedor, y tuvieron que ocupar sus posiciones en orden jerárquico para hacerlo.

Aunque Ettie no era la típica duquesa, y además era muy joven, Hayden prefería respetar la etiqueta. Había crecido bajo esos

estándares imprescindibles para que un duque jamás perdiera el respeto que le confiere su posición social.

Charlotte respiró hondo cuando a su lado se sentó Frederick Banes, parecía que esa noche, aunque intentara alejarlo, para disipar sus sospechas, el destino se encargaba de dejarlo muy cerca para que no perdiese la oportunidad de continuar al acecho.

—De nuevo usted, Banes.

Él se limitó a curvar los labios, y ella estuvo convencida de que aquel hombre tenía una gama muy amplia de sonrisas. Y, aunque cada una era encantadora, desde la que ofrecía a voluntad, como la que emergía de su boca forzada por las circunstancias, trató de convencerse de que no podía caer en una espiral de seducción. Debía alejar la tentación que Banes representaba de un puntapié o podría perder demasiado.

Para distraer su atención del comensal a su lado se centró en el desfile de lacayos con bandejas en las manos.

La sucesión de platos apareció colmando de dicha a los presentes. Ettie se había esmerado, era una anfitriona excelente. Recibió los elogios de los invitados.

—Te imaginas cuando sea tu turno de llevar una casa —comentó Valery a su izquierda como si nada, pero Charlotte acalló su impulso de responderle que era lo último que anhelaba, que no deseaba desposar a criatura alguna. No iba a dar más detalles de su vida privada cerca de los oídos de Banes. Al parecer, Valery no tardó en captarlo, porque agregó de inmediato, tras fijarse en el silencioso Banes—: Oh…

El mayordomo se acercó a Hayden para comunicarle algo de último minuto que parecía requerir de su aprobación. El duque asintió levemente y el sirviente de más alta jerarquía hizo la señal a un lacayo que se acercó con una bandeja de plata vacía hacia los comensales.

Cuando el hombre vestido con librea roja se detuvo a un costado de Charlotte, ella se dio cuenta de que encima de la bandeja había un sobre cerrado.

El corazón casi se le detiene de golpe, tuvo que disimular para que no la vieran llenar sus pulmones de aire con desespero.

—Ha llegado una carta urgente para ti, Charlotte. —Hayden la apreciaba cada día más, por eso se atrevía a tratarla con confianza. Además, el grupo que habían reunido esa noche estaba constituido por amigos cercanos.

—¿Para mí?

Otra en su lugar habría temido por su familia, su padre, su hermano, Emily, una mala noticia… Ella no… Ella temió algo muy diferente. El sobre era idéntico al último recibido. Que quién fuera que estaba detrás de aquel plan siniestro se hubiese atrevido a contactarla en casa de los duques la hizo palidecer.

—¿Está bien, milady? —Banes inquirió y ella solo pudo temblar.

—Oh, por Dios, ábrela de una vez —pidió su madre temiendo lo peor, mientras el pánico se apoderaba de ella. Quien en su sano juicio le hiciera llegar una nota a su hija en una cena formal, era porque tenía que comunicar una noticia de vida o muerte. Pensó en Zachary en Normandía y un resquemor la hizo apurar a Charlotte.

—No… Yo… —Se calló para no terminar balbuceando mientras pensaba cómo salir del conflicto.

Los ojos de todos estaban fijos en el sobre que tenía en la mano.

15

Desde donde estaba, Frederick pudo notar que la mano de lady Charlotte —que sostenía el sobre lacrado— temblaba. Carraspeó para ganar tiempo y pensar qué decir, ella se había quedado pálida y no atinaba a responder. Mientras, su madre la instaba con palabras exaltadas y los demás la miraban preocupados.

Todos estimaban al hermano y la cuñada de aquella y la reacción de la madre también les hizo temer.

—Oh, querida lady Blair —intervino lady Abbott, la tía del médico, apelando a la compostura—. Creo que su hijo está bien, si la noticia tratara sobre él le habrían escrito a usted o a su padre.

A Frederick no le pasaba desapercibido que nadie temió que la misiva tuviese que ver con Blair. En esa mesa el marqués no tenía la estima de ninguno.

—Hija, deberías ya leer esa carta y sacarnos de las ansias —suplicó Marianne—. ¿Al menos dice de quién es?

—Quizás necesite un poco de privacidad. ¿No creen? —abogó Frederick por Charlotte.

Con su mirada de águila avizora pudo captar que el lacre no ostentaba sello alguno, igual que las cartas que él había recibido. Y justo al mismo tiempo, ella lo rompió con dedos temblorosos para darle una rápida mirada al contenido.

Ipso facto cerró el sobre y lo apartó de la vista de todos.

Frederick reconoció que la dama intentó cubrir el contenido con suma discreción, pero tenía a su derecha a un hábil investigador que, para sus adentros, no sabía si celebrar su éxito.

La expresión de Charlotte cambió en el acto por una más relajada, pero Frederick tenía un pálpito y su instinto no solía fallar: no le creía. Menos cuando ella intentó justificarse.

—Ofrezco una disculpa a todos, no volverá a suceder. Soy una inexperta novata en esto de llevar un negocio. No sean muy duros conmigo. Perdón, Ettie. Hayden, lo siento…

—Amiga, no tienes que disculparte. —Ettie le sonrió. Pero aún los presentes miraban intrigados a lady Charlotte, aunque nadie que no fuese su madre se atrevería a preguntar.

—Solo es la señora Day, quien me ayuda a administrar mi negocio. Tengo que informarle que los asuntos urgentes de mi establecimiento no deben interrumpir una cena.

Marianne suspiró aliviada y con evidente solidaridad, tras pasar el mal trago, añadió:

—Esperemos que no sea algo grave para la Casa de Correspondencia, hija mía, y que pronto se resuelva lo que sea que acontece.

—Nada que no tenga solución —continuó Charlotte—. Estamos a pocas semanas de la apertura y todo se siente urgente.

—Algunas jóvenes damas son tan adelantadas en estos tiempos… Siempre con la mente en el progreso —continuó lady Abbott—. ¿A dónde se ha ido la verdadera preocupación de antaño: conseguir un enlace muy apropiado? No es una crítica. Hasta cierto punto reconozco que estoy celosa. —Acalló una sonora carcajada que se escuchó más alto de lo apropiado—. Aunque si no soy muy exigente conmigo misma, podría especular que también poseo mis méritos. Conseguir que dos almas perdidas encuentren la felicidad conyugal mirando en la misma dirección, y que me gratifiquen por ello, podría considerarse revolucionario.

Ettie, Hayden y Edward premiaron su intervención con unas jubilosas risas. Marianne suspiró, disfrutando aún el alivio de saber que la carta era solo un asunto relacionado con el naciente negocio de su hija.

Pero Valery y Charlotte permanecieron ajenas a lo que a otros les causaba diversión.

Frederick tampoco se rio de las ocurrencias de la casamentera. Seguía analizando cada mirada, cada movimiento, incluso el sonido de la respiración de la dama que tenía al lado.

—En mis años de soltería, una interrupción en plena cena formal por cuestiones de negocios solo le ocurriría a un caballero. —Lady Abbott arqueó una ceja y con expresión pícara juzgó la situación. Después se dirigió a Charlotte—: Sonría, querida, no la estoy reprendiendo. Seré la primera que la visite cuando sea la inauguración.

Frederick entrecerró los ojos y reflexionó para sus adentros, Martha jamás haría algo así, salvo que fuera de vida o muerte. Y según lady Charlotte, nadie estaba a punto de morir.

Pero lo que más le inquietaba no eran las palabras dichas en voz alta que todos creyeron de buena fe, sino los silencios, las omisiones y, en especial, las mentiras. Porque su cercanía y sus sentidos entrenados para captar la más difícil información habían logrado atisbar el contenido de la carta.

Quizás, ella en su maniobra, pensó que su movimiento sería tan rápido, que las dos personas a su lado no alcanzarían a descifrar un largo texto. Pero no contaba con que, en el interior, solo venía escrita una única palabra y con un tamaño de letra lo suficientemente grande como para ser leído sin dificultad, desde donde Frederick y lady Valery estaban.

Él miró de soslayo a lady Valery Belcher, una de las amigas de la pálida dama escocesa, y su rostro se veía ligeramente afectado. Tal vez ella había visto lo mismo que él.

Una palabra, solo una, pero tan llena de sentido para la receptora… Debía significar algo, o quizás todo.

Frederick no entendía la razón de aquella palabra sobre el papel crema. Cuando la cena concluyó y pasaron juntos a la sala de música —donde se esperaba que la anfitriona los agasajara tocando *Romeo y Julieta* al piano—, decidió confrontarla.

Charlotte se había alejado lo suficiente del grupo para poder inhalar a sus anchas, como si le pesara compartir el aire. Veía a

través del amplio ventanal de cristal que daba hacia el jardín, como si esperara con ansias a que esa noche nevara.

Lady Valery la siguió a discreción. Disimulaban que conversaban de un tema tan trivial como el tiempo, pero a Frederick le pareció que conferenciaban de un asunto que jamás hablarían frente a los demás. Se habían apartado del resto para tener cierta privacidad. ¿Tan grave era el significado de esa palabra escrita sobre el papel que no podían esperar a que concluyera la reunión?

Recordó la última carta recibida, la que anunciaba un compromiso.

A él no se le escapaba que la dama pasó por un momento incómodo y sofocante, que trató de salvar con su ingenio; aunque ciertos pormenores escaparon de su control, por lo que el éxito de su puesta en escena no era del todo satisfactorio.

A pesar de que lo consideraba un disparate, se les acercó a las amigas justo cuando la melodía producida por la duquesa, cuyos dedos veloces volaron por las teclas del piano, llenaron la estancia.

Sabía que no debía, pero en ese momento su voluntad fue más fuerte que el férreo dominio de sus emociones.

—Se ve mejor su rostro —murmuró Frederick—. El árnica tiene propiedades asombrosas.

Valery sonrió a medias en dirección del periodista.

—Estaré cerca por si me necesitas —le dijo a su amiga y la estrechó por el brazo antes de aproximarse al piano.

Cuando quedaron a la vista de los demás, pero lo suficientemente a solas, para que no los escucharan, ella se dignó a dirigirle la palabra.

—Oh, por lo que más respete en este mundo, no pretenda continuar lo que comenzamos al inicio de la velada. Creo que ya conversamos más de lo permitido para un intercambio social.

—¿Está molesta conmigo? ¿La incomodo?

Él no era idiota, sabía lo que causaba. Eso no lo detuvo. Charlotte era muy perspicaz y lo había pillado con la guardia baja. Habló de más. Frederick se maldijo para sus adentros.

—Hay tantas cosas que todavía me pregunto y usted parece conocer todas las respuestas. ¿Cómo llegó a la sociedad el rumor del

traspié de lady Susette con Marcus o de su hermana Lavinia con Cornelius Banes? —Fue directo al grano, sabía que Frederick Banes era una enciclopedia de escándalos, podría ordenarlos alfabética o cronológicamente y publicar un libro sobre los sucesos más alarmantes de los últimos tiempos.

Él no disimuló su asombro por las interrogantes lanzadas. Venía a confrontar sobre la carta y terminó confrontado por asuntos que todavía no entendía qué demonios tenían que ver con el mensaje que Charlotte acababa de recibir.

—Los criados… —murmuró reflexivo, listo para la siguiente pregunta.

—¿Es así como se enteró de que a los padres de su primo y al mío se les ocurrió la absurda idea de casarnos?

Frederick sintió que la hiel le subía a la garganta, una sensación desagradable que jamás había sentido. Las palabras de Charlotte eran más que una confirmación, una sentencia. Pero Marcus… ¡Infierno, no! ¿Por qué Marcus?

Por un lado, ahora sí estaba seguro de que era ella la joven casadera de la que trataba la segunda carta anónima que había recibido en su despacho.

Por la forma en que ella lo atacaba, posiblemente, tal vez tenía cierto grado de información. ¿Charlotte sabía que estaba bajo amenaza?

Lo segundo era descubrir —casi sin proponérselo— el nombre del caballero con quien Blair aunaba esfuerzos por casarla.

Y tercero, definitivamente esa damita le atribuía poderes sobrenaturales. Una cosa era ser un periodista hábil que hurgaba hasta debajo de las piedras para obtener información, y que pagaba caro por ella. Por eso muchos lo contactaban para susurrarle al oído a cambio de una recompensa… Pero de ahí a considerarlo conocedor de todos los secretos de Londres había un largo trecho.

Parecía convencida de creer que Frederick tenía comprado a todos los criados de la ciudad.

¡¿Qué diablos tenía que ver esa palabra escrita con esta nueva información que llegó rauda hasta sus narices?!

Lo peor era la reacción de Charlotte. Furiosa de cara a él. Sonriendo entre dientes hacia los demás asistentes de esa noche.

¿Acaso ella pensaba que era de él, de quién debía protegerse? Hizo frente a la situación de la mejor forma que sabía, con sus palabras.

—Cuando me llega una noticia jugosa redacto un artículo, no difundo rumores de boca en boca con la intención de destruir reputaciones.

—Pero sus artículos sepultan reputaciones también.

—No tengo nada que ver con lo difundido de las hermanas Warrington. Incluso, aunque me habría resultado satisfactorio exponer a Marcus y a Cornelius.

—Como sea, las reputaciones de las jóvenes damas Warrington quedaron por los suelos.

—No asumo la responsabilidad, ya le he dicho que no me dedico a los murmullos sobre honras de damas. Debería leer en retrospectiva mis publicaciones. Vendo periódicos, el chisme no me interesa *per se*.

—Es, entonces, todo un mercenario.

—No elegí mi destino, mi padre tenía un periódico, yo lo volví rentable con lo que el público deseaba leer…

—No sea modesto, se nota que lo disfruta.

—Jamás lucraría con la desgracia de las víctimas de mis primos malvados. —Nunca los quiso, porque ellos tampoco lo estimaban a él. Cornelius fue sobrino de Wulfric el padre de Marcus, y no solo se soportaban, eran cómplices en todas sus fechorías, incluso en despreciar a Frederick.

—¿Y en qué posición lo deja referirse a ellos como los primos malvados? ¿Acaso usted es un santo?

—Si se casa con Marcus arruinará toda su vida. —Decidió no contestar, pero sí advertirle del peligro.

—¿Qué me está sugiriendo, que mejor me case con usted? Sería una buena estocada. ¿No lo considera?

—Ilumíneme.

—Desposar al periodista más despiadado al menos ofrecería una garantía, ya no tendría que temerle a su pluma. ¿O acaso

escribiría de su esposa también?

—¿Es ese su plan? ¿Seducirme para no salir en mis páginas? ¿Hay algún motivo para su resquemor?

—¿Cree que lo tengo? —Lo estudió como si conversar con él fuese su peor pesadilla. El cinismo se traslucía en la mirada de Frederick—. Es simplemente que usted no deja un títere con cabeza, por eso se ha ganado a pulso su reputación.

—Pero a usted, milady, le encantaba leer mi columna si no recuerdo mal. Una vez lo hizo constar delante del jurado del Concurso Hayden-Cumberland y de los participantes, ¿o fue una treta para ganarse a uno de los jueces?

—Usted sí que arma historias de la nada. No soy una oportunista. Dije que me agradaba leerlo, pero ahora ya no continúa siendo igual. Con su permiso, señor Banes, no quiero acapararlo, hay otras solteras que podrían requerir sus atenciones.

Ella se despidió con un guiño y, como justamente, la interpretación musical de la duquesa había concluido, se dirigió aplaudiendo hacia donde estaban reunidos los demás.

Él la siguió con la vista mientras caminaba. El vestido azul oscuro era aún más intenso que el que usó en el baile de los Pembroke, era evidente que ese color le gustaba. En combinación con sus bucles cobrizos y sus ojos azules, le confería un tono níveo a su piel que casi resplandecía robándose toda su atención. ¿Cómo sería acariciarla, deslizar sus dedos por la suavidad de su tez que le parecía tan delicada como la seda?

—Una interesante vista, señor Banes. —Una voz lo sorprendió de la forma que menos esperaba, embelesado perdido.

Lady Abbott había llegado por el flanco contrario, lista para atacar. De haber estado en la guerra esa emboscada le habría costado la victoria.

—Oh, ¿a qué se refiere, milady? En realidad, estaba perdido en mis reflexiones. Mi mente está tan ocupada con la siguiente nota a escribir, es imperdonable que en un ambiente tan exquisito me encuentre a kilómetros de distancia.

—¿En su escritorio en *The Golden Gazette*? Justo dónde pensaba pedirle una cita para visitarlo.

—¿Cómo? —preguntó más sorprendido aún. Trató de concentrarse. Lady Abbott era de armas tomar y más le valía no distraerse en su presencia o le costaría caro.

—Edward no es amigo del matrimonio. Solo piensa en su profesión, como usted. Dos solteros empedernidos que ni siquiera disfrutan de una velada tan entretenida como esta. Apuesto a que él también está desesperado por irse a atender a los pacientes que ha dejado con situaciones delicadas de salud.

Frederick exhaló con fuerzas, ¿a dónde pretendía llegar lady Abbott? Aunque anduviera por las ramas era evidente que tenía un propósito muy definido.

—También lo creo.

—Son tan listos los dos que me cuesta pensar que se vayan de este mundo sin dejar descendencia. Hay que sacar partido de esas mentes privilegiadas. No queremos que se sigan reproduciendo los libertinos como por ejemplo su primo lord Ashworth. —Eso último lo dijo en voz muy baja.

—Mi primo seguro no tardará en casarse. Su padre ya le ha de estar exigiendo que perpetue su linaje.

—En cualquier caso, usted debe ser de ayuda para mí, Edward necesita casarse. El duque de Hayden ya lo hizo. Bien por él. Como le iba diciendo, no sea una mala influencia para su amigo alargando su soltería. Quizás no cede ante mis demandas porque usted no es el mejor ejemplo para él. Pero, en cambio, si lo viese casado ya no tendría excusa para ser el único soltero de su club. —Una sonrisita cínica lo hizo terminar de entender el punto.

—Oh, entiendo. —Abrió mucho los ojos mientras asentía. Esa mujer era un peligro… ¿Cómo Edward continuaba lejos de las mieles del matrimonio?

—Pasado mañana en su diario a las once en punto. Es un horario muy adecuado. Resolvamos su problemita y entonces será más fácil solucionar el de nuestro querido Ed.

—¿Mi problemita?

—Su soltería. No se haga el ingenuo, que usted y yo bien sabemos que no lo es.

La dama se despidió con una sonrisa y se alejó a prisa, tan rápida que no le dio tiempo a darle una excusa para no recibirla.

—Lo que me faltaba —masculló desalentado.

Alzó los ojos al magnífico cielo raso del gran salón, y después se dirigió a Hayden y a Ettie.

Eran sus amigos. Entenderían que se marchara más temprano que los demás.

—Tengo que irme —soltó sin más adornos o excusas.

—¿Tan pronto? ¿Algo no ha sido de tu agrado? —inquirió la joven duquesa.

Frederick la apreciaba y le daba mucha felicidad que ella hubiese terminado casada con uno de sus mejores amigos. Había conocido a Ettie gracias a Daisy, y ella no había tardado en confesarle que escribía novelas de amor en secreto. Él le ofreció analizar sus escritos y le dio la oportunidad de publicar capítulo a capítulo en su periódico, y tras el éxito, él mismo le editó su primer libro y lo demás fue historia. Por lo que tenían tanta confianza que las excusas o los pretextos para marcharse estaban de más, entre ellos siempre había primado la sinceridad.

—Déjalo retirarse, Ettie —indicó el duque dirigiéndole una mirada cargada de afecto a su joven esposa—. El negocio de Frederick es la información. Se levanta para encargarse de que se distribuya de manera puntual antes de que despunte el alba.

—Pero en el baile de Daisy se quedó hasta la madrugada. Yo tenía esperanzas de que, al tratar con mis amigas o mi cuñada de forma más íntima, tal vez surgiese el interés por alguna de ellas.

—Oh, no, querida Ettie —protestó Frederick—. Deja esa tarea en manos de lady Abbott, quien además ya te tomó la delantera. La casamentera acaba de acorralarme para no dejarme escapar indemne esta temporada. Bastante tengo con tratar de convencerla de que pierde su tiempo.

—Frederick, si piensas así es porque no ha llegado la indicada —repuso Hayden y lanzó una mirada de devoción a su esposa—. Créeme. Cuando el amor te golpea, no querrás dejar a la dueña de tu corazón sin reclamarla ante el mundo.

—Par de tórtolos. No todos somos tan afortunados —bromeó para no perder la costumbre. Era el modo en que se llevaban Edward, Ettie y él, y al que trataban de arrastrar a Hayden, que era quien más se resistía a mostrar un poco de humor.

—Te cobraré el desaire —lo sermoneó Ettie—. Primero, tu amigo escocés hace fallar mi cálculo perfecto. Tres solteros y tres solteras. Y, ahora, te vas, dejando al pobre Edward solo ante tres beldades. Al menos, Broc MacKenzie tuvo un mejor pretexto para ausentarse, no podía abandonar a la yegua en el momento crucial.

—Y yo tendré que pagar por ello, pero hoy ya estoy exhausto. Como siempre un placer acompañarlos. Gracias por la invitación.

Tras estrecharle la mano a él y besar la de Ettie se dispuso a despedirse de los demás asistentes.

Lady Abbott lo espoleó con una sonrisita mientras le recordaba la cita pendiente y Edward lo compadecía.

En cambio, Charlotte y él solo se dedicaron unas cortas reverencias, como si los dos estuviesen muy cansados para seguir discutiendo.

Cuando al fin se sintió liberado, el mayordomo lo guio hasta el vestíbulo donde un lacayo le entregó su abrigo, su sombrero y su bastón.

—Milord, también llegó una misiva para usted. Pero en su caso, nos rogaron que solo se la entregásemos cuando estuviera a punto de partir, que era algo privado y que le perjudicaría dársela delante del resto.

Frederick lo miró azorado.

—¿Quién la entregó? —preguntó maldiciendo para sus adentros, habría querido ver a la persona que la trajo.

—Un muchacho de los recados —dijo que venía de su periódico.

Tragó en seco, sabía que a esa hora de la noche estaban trabajando los de la imprenta y que en varias ocasiones mandaban recados, tenían personal para ello.

—¿Y la carta de lady Charlotte? ¿Quién la trajo? —Trató de mantener en control el tono de su voz, pero estaba a punto de gritar.

—Un mozo de cuadras de la mansión Blair, dijo que era urgente.

Frederick abrió el sobre sin esperar un minuto más, mientras los sirvientes le daban el espacio necesario para respetar su privacidad.

No era un hombre que se impresionaba fácilmente, pero esa vez sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho.

¿Cómo demonios debía actuar?

¿Qué iba a hacer para detener la avalancha?

16



Charlotte despertó más temprano que de costumbre y sin esperar a la doncella comenzó a prepararse para acudir a la Casa de Correspondencia. Mientras pasaba el cepillo de grueso mango de madera de haya, por su largo cabello cobrizo, sus ojos no estaban clavados en su reflejo. Contemplaba el sobre que descansaba encima del tocador. Estaba abierto y desde ahí podía seguir con la vista la línea que serpenteaba en diferentes curvas hasta conformar la única palabra escrita.

La piel se le erizó por completo y tragó en seco.

La noche anterior había hecho averiguaciones, el mayordomo había recibido la carta de un mensajero, quien aclaró que venía de la Casa de Correspondencia. Informó que era un asunto urgente que no podía esperar. Por eso, Simmons lo mandó con uno de los mozos de cuadra a todo galope hasta la residencia de los duques donde Charlotte y su madre se encontraban.

Fue una suerte que el marqués de Blair no se hallaba en aquel momento en la mansión, o tal vez la carta habría terminado en sus manos.

Pero con tanto tiempo fuera, los sirvientes se habían vuelto a acostumbrar a responder ante la marquesa y su hija. Sin embargo, Blair, desde su regreso, había recuperado el control de la servidumbre.

Charlotte se levantó dejando a medias su peinado y caminó hasta su secreter donde tomó papel y pluma.

Sumergió el plumín en el tintero de porcelana, ni siquiera se detuvo para sacudir el exceso y comenzó a redactar una carta desesperada, teniendo que detenerse a cada instante para volver a entintar el plumín.

7 de enero de 1875

Emily:

Oh, querida, lamento tener que recurrir a ti en estas circunstancias; pero no solo necesito tu consejo, también requiero encomendarte una misión especial. Lo que más me inquieta es tener que pedirte que mantengas a Zachary ajeno a mi solicitud. Si mi hermano llegase a saber por todo lo que estoy pasando volvería de inmediato y haría arder Londres hasta descubrir quién o quiénes me acorralan lentamente. Y, además, está mi padre.

Para mi desgracia, el marqués de Blair ha renacido de entre las cenizas y, tras enterarse de mi infortunio, ha venido a intentar poner en orden este sinsentido.

Sin embargo, aunque mi padre lo hace para rescatarme de las garras del repudio social, sus métodos y su idea de solución son equiparables al castigo de quienes me condenan.

Oh, Em, es mejor que Zachary se quede fuera de esto o la felicidad de ambos podría verse empañada. Él es volátil y no quiero arruinarle la vida, a ti tampoco y sé que él es lo que más amas. Si recurro a tu persona, a quien no debería involucrar, es porque estoy desesperada y el cerco cada vez se vuelve más pequeño a mi alrededor, amenazándome con dejarme sin respirar.

Necesito que acudas a...

No pudo continuar, mucho menos firmar… En un arrebato arrugó el papel entre sus manos y de un manotazo lanzó todo lo que estaba sobre la superficie de cerezo de su secreter.

Un grito ahogado lastimó su garganta y dos lágrimas gruesas surcaron sus mejillas.

En ese justo momento, escuchó que alguien llamaba a la puerta y tuvo que hacerlo en varias ocasiones, porque Charlotte parecía imbuida en una neblina que no la dejaba concentrarse más que en los problemas que la atormentaban.

Dos toques precedieron la entrada de la doncella.

—Lady Charlotte, ¿ya está levantada? ¿Pero qué le ocurrió a su vestido? —preguntó Donna.

La aludida miró en dirección a la mujer, mientras se limpiaba la humedad del rostro. Odiaba que la percibieran vulnerable. Después revisó su vestido y observó el estropicio que hizo la tinta, que terminó salpicando la falda.

Respiró hondo para que la voz no le saliera quebrada.

—Un accidente…

—Buscaré otro atuendo de inmediato. Su padre ha dado la orden de que la espera para desayunar. Se hará un anuncio importante.

—Donna, no hay tiempo, solo ayúdame a hacer algo rápido con mi pelo. Trae las horquillas. Un recogido sencillo, por favor.

—Pero no puede bajar así —advirtió Donna.

—Subiré a cambiarme después de desayunar antes de partir a la Casa de Correspondencia. Tampoco es el fin del mundo, solo son algunas gotas —indicó tratando de minimizar.

—Pero si la parte frontal de su falda se parece a esos perros que acompañan los carruajes —dijo para referirse a los dálmatas, los canes que corrían con los caballos.

—Si mi padre tiene que hacer un anuncio que lo haga ahora. No me pondré ceremoniosa para escuchar su sentencia. Supongo que lo que está planeando decir, de igual modo, me incomodará. Da lo

mismo con qué vestido le haga frente. No puedo seguir lidiando con esto.

Alzó los brazos y rechazó la intención de la doncella de hacer algo con sus rizos cobrizos, que se agitaban rebeldes, mientras ella caminaba con paso firme para enfrentar a Blair.

Minutos después ya estaba en el amplio comedor. Las personas que ya la esperaban se quedaron atónitas por el estado de su vestido y por su abundante melena compitiendo por atención con las manchas de tinta sobre el tafetán.

—¿Hija mía? —inquirió Blair, mientras se ponía de pie, dándole la bienvenida. Parecía que estaba a punto de morderse la lengua para no lanzar un improperio. Lo último que habría esperado sería verla bajar de esa forma tan poco propia.

Pero el marqués no fue el único caballero que se puso de pie al verla entrar, como señalaba la etiqueta. Alguien más tuvo igual gesto de cortesía.

A Charlotte casi se le escapa un suspiro al contemplar a Marcus Banes y a su padre hacer una reverencia, mientras la condesa la miraba con desaprobación —desde la comodidad de su asiento— por cómo se había presentado ante ellos.

—¿Está seguro, Blair, de que nos ofrece un buen trato? —Lady Cumberland no disimuló su escrutinio, la crítica era evidente e incomodó incluso a Blair.

—La reto a buscar a otra familia noble que esté dispuesta a entregarle la mano de su hija a lord Ashworth y con una dote insuperable.

El padre de Charlotte tampoco aprobaba la desfachatez de presentarse así; sin embargo, no iba a permitir que nadie despreciara a su hija en su presencia. Para él, pese a las circunstancias, seguía siendo una gema de incalculable valor. Por eso su interés en conseguir casarla con un par del reino costase lo que costase.

En ese instante, Charlotte decidió ignorar la batalla entre lady Cumberland y Blair y reparó en otro hecho más significativo. Tal vez tenía a la responsable de amenazarla delante de sus narices.

¿Y si *La Voz del Decoro* era quien estaba mirándola como si no mereciera respirar el mismo aire que ella?

¿Y si las demandas y el acoso venían de parte de lady Cumberland?

La sangre se le heló. Recordó que quienquiera que hubiera escrito esas letras parecía interesada en que hiciera un matrimonio y se refundiera en el campo…

Sí, ya lo había meditado, aunque no lo había dicho en voz alta, parecía que la autora era una mujer.

El campo: donde las reputaciones de ella, Charlotte, y también la de Marcus pudieran hibernar hasta que él heredara el condado y hubiese limpiado su nombre, en la medida de lo posible.

Carraspeó a punto de asfixiarse.

Rápidamente notó que su madre no estaba en la mesa, por supuesto, porque Marianne no iba a secundar tal ignominia.

Su madre jamás formaría parte de tal acuerdo, donde Charlotte debía ser sacrificada por las ambiciones de Blair y la necesidad de que el libertino de Marcus hiciese un buen matrimonio.

¿Cómo lady Cumberland supo sobre los secretos de su familia? No sabía, pero sí que se aprovechaba de la situación para salirse con la suya.

Debía ser lo que estaba pensando porque, quien tenía información sobre su pasado, no la había sacado a relucir en todo ese tiempo. ¿Por qué cuando estaba a punto de abrir la Casa de Correspondencia?

Por supuesto que quedaban interrogantes y debía averiguar cómo lady Cumberland había obtenido los detalles más íntimos de lo sucedido hacía años.

¿Sería su padre, enemigo y aliado, al mismo tiempo, quién había brindado tales datos? Tal vez el tipo de información que Charlotte guardaba no podía ocultársele al futuro esposo, y las negociaciones entre Blair y los Cumberland habían corrido con ciertas demandas y exigencias.

¿Y si Blair y los Cumberland habían montado una puesta en escena memorable para que los hijos de ambos no les quedara otra salida que el altar?

Ya no sabía qué pensar.

Su padre haría lo que fuera con tal de cumplir sus propósitos.

¿Y si cuando Blair les propuso a los Cumberland casar a Charlotte con el libertino de Marcus, los condes accedieron, pero con condiciones?

La aceptarían como esposa de su hijo; sin embargo, no querían que abriese la Casa de Correspondencia. ¿Y si las amenazas a través de las cartas fueron la forma de disuadirla de alguna manera?

Había tantos intereses en juego si se lograba esa unión.

Entonces, ¿había inculpado injustamente a Frederick Banes?

Trató de calmarse y dijo lo más sensato que se le ocurrió.

—¿Dónde está mi madre?

—¿No vas a sentarte, querida? Se nos dormirán las piernas —apuntó su padre tratando de ganar tiempo.

Lady Cumberland se veía muy mortificada, su esposo estaba dubitativo. En cambio, Marcus parecía divertido.

—Después de todo, creo que me agrada mi futura esposa. No es la impoluta rosa inglesa que mi madre quiere para mí, también se mancha de tinta y eso me parece muy interesante. —La mirada seductora que el cachorro Cumberland le lanzó a Charlotte le revolvió las entrañas—. Como un dálmata, esos perros briosos que abren paso en Norteamérica a los carruajes de bomberos.

La aludida puso los ojos en blanco, Donna le había dicho algo similar; pero en boca de Marcus sonaba como un insulto.

—No digas estupideces, hijo. La has comparado con un animal. —La voz de lady Cumberland salió tan grave como su descontento. Las máscaras estaban cayendo, al menos en ese comedor—. Por supuesto que es una rosa inglesa, no importa que su sangre sea escocesa, proviene de una de las escuelas para señoritas más prestigiosas de la ciudad. Eso me basta. Supongo que lady Charlotte tiene alguna explicación para presentarse así. Quizás un accidente o…

—Mamá quiere a una de las rosas inglesas cerca —continuó Marcus que no le importaba dejar a su madre en evidencia. A Charlotte le asombraba cómo los condes lo soportaban. Era engreído, patán, insoportable y tan irrespetuoso con sus

progenitores. Estaba demente si creía que accedería a acuerdo alguno para casarse con él—. La quiere para influir en las decisiones de ese nuevo comité de damas con el que su excelencia, la duquesa de Hayden, pretende reformar una institución de la que mi madre se siente orgullosa tal y como está.

—En eso apoyo totalmente a mi esposa —intervino lord Cumberland—. No podemos permitir que una escuela que lleva años de una reputación intachable quede en manos de jovencitas sin…

A Blair le daba totalmente igual las razones por las que los Cumberland accedían a que su hijo se casara con Charlotte, mientras ese matrimonio se llevara a cabo.

—Como nuestro gorrión, Valery, ya no es tan dócil con mi madre y sus hermanas como antes, ha puesto los ojos en una esposa para mí dentro de ese círculo selecto —continuó Marcus—. Tras ganar en ese concurso se ha convertido en una oveja descarriada. En cambio, yo seré sacrificado como un cordero. Nadie me preguntó si deseo casarme. —Esto último fue una protesta llena de matices infantiles.

Marcus era insufrible.

—Hijo, basta —lo regañó lady Cumberland tan ofendida por la máscara que su hijo le arrebataba en público.

—Admítelo, mamá, no soportas que la duquesa de Hayden haya limitado el poder de tu alcance en English Roses School, el concurso que lleva tu título: el Premio Cumberland, y todo lo que trae aparejado.

—¡Cállalo, esposo! —chilló la mujer—. No apruebo la crianza con mano dura, pero comenzaré a creer lo que siempre me reprochas, que Marcus necesitó un correctivo cuando se volvió un muchacho tan desobediente. Ahora el árbol ha crecido torcido. No permitiré que me hables en ese tono tan desconsiderado. Soy tu madre.

La vergüenza en el rostro de la mujer dio paso a dos lágrimas gruesas. Jamás había sido tan humillada en público, y lo hacía su propio hijo.

—Parece que no soy el único que pierde control sobre la descendencia —masculló Blair y exhaló al recordar que Zachary,

aunque era el Rey Midas de los negocios, no se casó con una dama que cumpliese las expectativas de su progenitor. Y Charlotte… Charlotte era en este momento la fuente de todos sus dolores de cabeza.

—¿He dicho que dónde está mi madre? —Charlotte seguía de pie y volvió a lo único que le interesaba, aunque todos esos detalles jugosos sobre las ambiciones de lady Cumberland quedaban muy bien resguardados en su memoria.

Los caballeros agotados se sentaron, comprendieron que sería difícil hacer entrar en razón a la joven dama.

Mientras esperaba la respuesta, la maquinaria de la mente de Charlotte seguía trabajando.

No, su padre no podría haberle contado a los Cumberland de lo ocurrido en el pasado. Lo había guardado celosamente por años.

—Tu madre ha viajado a nuestras tierras, asuntos urgentes que no pueden esperar. Estará aquí para tu boda —respondió al fin el interpelado.

Charlotte ladeó la cabeza, no le creía.

¿Qué le has hecho?, pensó con un mal presentimiento. Marianne no era tan aguerrida como ella misma, pero ante la actitud que estaba tomando su esposo se habría rebelado, y Charlotte lo sabía.

Un suspiro de lady Cumberland dio a entender que el acuerdo que había venido a celebrar no se sellaría esa mañana.

—Creo que es mejor que nos retiremos, al parecer, milord, tiene mucho que hablar con su hija antes de que nos volvamos a sentar en esta mesa para formalizar el compromiso. —La mujer se puso de pie.

El conde de Cumberland y Blair también se levantaron de sus respectivos asientos.

Marcus ignoró que dos damas seguían de pie mientras él continuaba cómodamente instalado en su silla. Con fastidio dejó de untarle mantequilla a una tostada.

—Es una pena. Los arenques se veían deliciosos —dijo y se elevó cuan largo era. Tampoco negó que le daba gusto marcharse.

Charlotte sabía que era su oportunidad de salir de allí, si esperaba a que los Cumberland se fueran, su padre iba a imponerse por la fuerza para retenerla.

Corrió hacia la puerta de entrada y salió.

El frío caló hondo. No había tomado nada para cubrirse. Los dedos parecían témpanos de hielo. Pero sabía que tenía minutos antes de que su padre la alcanzara y le prohibiera salir.

No se detuvo hasta llegar a los establos, donde apuró al mozo de cuadras para que alistara su cabriolé y los frisones.

—Milady, ¿va a salir así? —El joven que casi nunca le dirigía la palabra, más que para responder a alguna orden o solicitud, no temió expresar su preocupación.

Ella trataba de esconder sus manos debajo de sus brazos, cruzándolos.

La temperatura había descendido esa madrugada y aún no levantaba. Ella no llevaba más que su vestido de tafetán manchado de tinta. No tenía otra prenda para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

—Es una urgencia, por favor, el carruaje ahora —lo instó.

—Tenga mis guantes, así no se le congelarán los dedos mientras guía a los caballos. Hay una manta de lana de las que se usan cuando salen en los carruajes —le dijo el mozo sin esperar una respuesta, y acto seguido corrió a traer el carruaje y la manta.

Charlotte se puso los guantes, impactada por la sencillez y la generosidad del muchacho a quien no le importó prestarle el que tal vez era su único par.

—Se los devolveré —aseguró, pero aquel no alcanzó a escucharla.

Cuando por fin, Charlotte pudo subirse con ayuda del joven y tomar las riendas, se cubrió las piernas con la enorme manta y condujo a toda prisa llena de desesperación.

Necesitaba ayuda, y la precisaba cuanto antes.

17

No se detuvo hasta que atravesó bajo el arco que ostentaba tallado en mármol el nombre de The Crest Stud.

Sabía que podía acudir con Ettie, ella y Hayden la habrían recibido, también Bonnie. No habrían permitido que Blair llegara pisándole los talones sin tener que responder por el paradero de Marianne.

En ese punto, solo podía creer que su padre la había mandado a Escocia en contra de su voluntad.

Era impensable que se marchara sin despedirse…

Sobre todo, que se marchara y la dejara sola con su padre.

Sin embargo, aunque tenía refugio con los Hayden, no podía enemistarlos más con Blair. El duque era tan inclemente como su padre, pero con muchas ataduras, y no quería que nadie en su familia saliese lastimado por su propia culpa.

Si Hayden desafiaba a Blair con el carácter explosivo de ambos podrían terminar envueltos en un duelo con consecuencias devastadoras. El duelo era ilegal, así que los efectos adversos serían tanto para el que resultase herido o muerto, como para el vencedor.

Necesitaba a alguien que no estuviera en el ojo público, alguien que pudiese actuar en las sombras y que se valiese de estrategias menos caballerescas que el duelo y su intrincado conjunto de reglas.

Sin su hermano en Londres y sin su amigo Cailean MacAlister en la ciudad, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, y en quien

confiaba para repeler los ataques de Blair, solo una persona le quedaba.

Zachary le había recalcado a su madre y a ella que, si se veían envueltas en algún conflicto, percance o necesidad, que llamaran a la puerta de Broc MacKenzie, su socio y amigo.

De verdad que Charlotte no deseaba involucrarlo, pero no le quedó más opción.

Primero, necesitaba apoyo para que la ayudara a rescatar a su madre de las medidas que su padre hubiese tomado sobre ella.

Segundo, debía protegerse de la injerencia y la fuerza que el marqués podría ejercer sobre ella sin Marianne en la ciudad. Blair no tenía límites, y en sus manos, podría terminar casada con Marcus, o aún peor.

Detuvo el carruaje a los pies de la corta escalinata que conducía a la primera planta de la casa, la mansión Watherby, que había sido comprada cuando su antiguo propietario, casi arruinado la puso a la venta.

Las tierras que venían con la casa y la construcción pertenecían a Broc MacKenzie, tras un arreglo que hizo con Zachary, el principal inversor. El escocés de Tierras Altas terminaría de saldar esa deuda en un par de años con las ganancias del criadero.

Los establos y los terrenos de entrenamiento para los caballos fueron construidos partiendo del linde entre Watherby y Moray Gardens, y creciendo a partes iguales hacia ambas propiedades.

Broc MacKenzie fue avisado por el mismo mozo de cuadras que se encargó del cabriolé. No tenía mayordomo, solo un ama de llaves que la familia anterior no pudo llevarse y unos cuantos criados.

Pero repelía los protocolos a los que acostumbraban los nobles ingleses.

El enorme escocés de casi dos metros y melena oscura, abrió mucho los ojos cuando la vio aparecer en su salón principal, conducida por el mozo.

—¿Lady Charlotte Moray? —inquirió como si jamás hubiese imaginado que ella se presentaría ni ese día, ni nunca.

Ese hombre estaba asombrado por verla allí, pero no se alarmó como los demás por su vestido manchado de tinta, ni por su cabello

alborotado, ni los guantes de piel masculinos que evidentemente le quedaban grandes. Como si esos detalles no significaran nada importante.

—Mi hermano me aseguró que podía acudir a usted si me veía en problemas. —Su voz era firme, aunque se sentía abatida por la incertidumbre y el dolor, no era de las que se derrumbaba a llorar. El llanto era el último recurso cuando ya había agotado todos los que pudieran serle más útiles a su necesidad o a la furia.

Se lamentó por dejar la manta sobre el asiento del cabriolé, pero era enorme y ya lucía bastante desarreglada. No quiso causar peor impresión.

—Por supuesto, por supuesto. No se quede ahí de pie. Permítame ofrecerle asiento.

Era evidente que la casa necesitaba muchas mejoras, sus anteriores dueños no habían podido darle el mantenimiento requerido. Las cortinas estaban descoloridas, los muebles viejos, las cañerías eran un desastre… A pesar del evidente desgaste, la higiene del sitio era impecable y se respiraba un aire limpio, aunque primaba un efluvio a leña ardiendo por doquier.

Poco a poco se dio cuenta de que, a pesar de estar en pleno enero, la casa se sentía caldeada. Y lo agradeció porque no había podido tomar ni siquiera un abrigo o su capa de armiño.

—Se siente cálido y reconfortante aquí. Mi hermano se había quejado de que la mansión Watherby tenía muchas corrientes heladas.

—Para mí no es un problema, pero el ama de llaves es quisquillosa y sufre de frío, está malgastando mi leña de manera inconsciente. Creo que fue ella quien arruinó a los Watherby. ¡Qué poco ahorrativa es esa mujer! Pero tiene otras habilidades, por eso aún la conservo —gruñía sin freno.

—Lo he escuchado, señor —protestó el ama de llaves desde otra habitación, ya estaba acostumbrada al genio del escocés.

—Tiene oído de sabueso —avisó para que lo tomara en cuenta si el asunto que la había traído requería de discreción—. Como sea, hace que la casa funcione sin atormentarme con temas domésticos.

Broc MacKenzie veía más beneficios que inconvenientes en su nueva adquisición, su cabaña en Inverness era más rústica y con menos comodidades que Watherby House.

Aunque en su corazón, ninguna propiedad por cómoda o grande que fuese podría reemplazar su apego a su hogar en las Highlands y sus leguas de páramo cubierto de brezo, así como sus bosques de pino silvestre, abedules y robles.

A pesar del ambiente caldeado vio que la joven tiritaba de vez en vez, así que tomó una de las tantas mantas de lana que descansaba en uno de los sillones orejeros frente a la chimenea, y se la extendió para que se cubriera. Después la invitó a sentarse cerca del fuego.

—¿Ha comido? ¿Le ofrezco algo? —Daba la impresión de que se esforzaba por cuidarla, pero su voz gutural hacía que sus palabras sonaran como una orden. Parecía que estaba enfadado todo el tiempo.

—Yo… —No tenía apetito, solo podía pensar en su madre. Pero los ruidos provenientes de su estómago la delataron. No había probado bocado desde la cena de la noche anterior.

—Necesita alimentarse, mujer.

Ella enarcó una ceja, si llamaba en su presencia a otra joven dama inglesa «mujer» con esa llaneza se insultaría. Seguro recibiría una contestación del estilo: «¿milady no está en su vocabulario, señor?». No le dio importancia, precisamente esas maneras sencillas eran por las que había decidido resguardarse allí.

—No podría siquiera tragar. Preciso cuanto antes…

—Si muere de inanición, muchacha, ni usted ni yo podremos hacer nada. Aguarde un momento, debo ir a la cocina. Mientras, descanse.

¿«Muchacha» era más aceptable que «mujer»? Ahora entiendo la razón por la que Zachary le pidió a Banes que lo ayudara a pulir sus maneras, pensó.

No habían convivido mucho y cuando alternaron en alguna oportunidad, él se mantuvo callado y esquivo.

—¿Highlander? —lo llamó por el apodo que había escuchado en reiteradas ocasiones a Zachary o Cailean usar para referirse a Broc

MacKenzie.

—¿*Aye, lass*? —preguntó refiriéndose a ella como muchacha en gaélico escocés, no tenía remedio.

—No tarde.

Charlotte ya había escuchado mucho hablar de él a su hermano, sabía que no tenía que preocuparse, que Broc MacKenzie era así, intimidante, pero que no debía temerle.

Subió sus piernas al asiento, se acomodó como un ovillo y se quedó allí, envuelta en la manta en lo que el hombretón regresaba.

No tardó demasiado. Le trajo leche caliente endulzada con nata.

—Bebe —ordenó el hombre—. Solo después hablaremos.

Parecía que él mismo la había calentado para ella.

Charlotte se quitó los guantes y probó la blanca y cremosa bebida. Tenía un leve sabor ahumado, pero no le pareció desagradable, al contrario, le recordó a Escocia.

Bebió poco a poco hasta que se terminó todo el contenido de la taza.

—Highlander, supongo que ya sabe que mi padre ha vuelto a Londres.

—Estoy al corriente.

—No solo pretende que me case con Marcus. Ese pomposo de lord Ashworth, tan libertino y despreciable, sino que me ha separado de la única persona que me puede ayudar a hacerle frente: mi madre. Creo que la ha raptado, que la ha subido a algún tipo de carruaje y la ha enviado a Escocia.

—¿Su madre se subiría por su propia voluntad a un carruaje, si su padre la presiona o le ordena viajar para quitarla del medio?

—Mi madre no me dejaría. Mi padre tendría que llevársela amordazada y con las piernas y brazos asegurados.

—*Och*, me lo temía. Apostaría a que su madre está más cerca de lo que imaginas. Escocia está lejos y casi nadie viaja ya en carruaje si tiene la oportunidad del ferrocarril. Tendría que sobornar a muchos para subir a una dama amordazada y amarrada. ¿Cuáles son las propiedades de tu padre aquí en Londres? ¿O a las afueras de Londres?

Charlotte le dio la información que pedía. Eran más de las que cabían en los dedos de una mano. Después añadió:

—Si mi padre necesita sobornar o reservar un vagón entero para llevarla lo más lejos posible, no le temblaría la mano, tampoco escatimaría en gastos.

—Antes de emprender un viaje más largo visitaré las propiedades que me has detallado.

—Iré con usted, MacKenzie.

—*Nae*. Será más rápido si voy a caballo, muchacha.

—Los sirvientes no lo dejarán esculcar ni revisar hasta el último rincón.

Sonrió y la miró como a una criatura inocente, a Charlotte le molestó, ella no se consideraba ingenua, todo lo contrario. Pero tuvo que perdonarlo de inmediato, le estaba brindando su apoyo y lo hacía sin pedir absolutamente nada a cambio.

—Confíe en mí.

—Lo haré, pero dese prisa, por favor.

—Además, no estoy muy familiarizado con las costumbres inglesas. Pero sé que no le conviene que la vean a solas con un hombre, y usted ha llegado sin carabina. Por favor, vaya a la cocina y pídale a la cocinera que la alimente. Si mis pesquisas son infructuosas, tal vez tengamos que hacer un viaje imprevisto a Escocia. Preferiría que no lo hiciera con el estómago vacío.

Charlotte habría querido seguirlo en su cabriolé, pero él tenía razón… Si su madre estaba retenida en contra de su voluntad habría que liberarla por la fuerza, y entonces la ayuda de MacKenzie era necesaria.

—¿No llevará a algunos hombres?

—¿Para qué? Solo me desplazo mejor. Descanse, tal vez tengamos que viajar pronto.

18



Cuando Charlotte abrió los ojos, el estómago le gruñía, pero un olor reconfortante y apetitoso la hizo despertar. Se había quedado dormida en el enorme sillón orejero cubierta con la suave manta que olía a hogar.

Se limpió la cara, preocupada por su aspecto. ¿Cómo era posible que se hubiese rendido con tantas cosas que tenía que hacer?

Tal vez se debía a la alteración que sufrió al encontrar a los Cumberland en su casa, a la furia que desplegó para hacerles frente a estos y su padre. Pero, sobre todo, a la angustia de descubrir que la persona que más quería, junto con su hermano Zachary, podía estar en problemas. ¿Hasta dónde llegaría la prepotencia de su padre al querer imponer su autoridad? Esperaba, llena de fe, que no le hubiese hecho daño alguno porque le cobraría cada rasguño con creces.

Le dolían todos los músculos, estaban engarrotados. Trató de estirarse lentamente para no lastimarse.

La chimenea aún ardía y frente a ella, en la mesita más cercana, una bandeja tenía un caldo escocés humeante y pan recién horneado. La mezcla del aroma de ambos se elevaba hasta sus fosas nasales, le recordaba las comidas de la casa en Escocia, cuando aún la familia no se había roto por completo.

Un carraspeo la hizo darse cuenta de que el ama de llaves también estaba ahí. Le extendió una nota y le dijo con un tono cándido.

—Coma, milady, el señor no tarda en llegar.

Tomó el cuenco entre las manos y comenzó a devorar cada trozo de carne o verdura, y alimentarse del exquisito y reconfortante caldo.

Tras cinco o seis cucharadas que le calmaron el estómago estragado, no pudo aguardar y abrió la carta.

Era de Broc MacKenzie. En pocas palabras avisaba de algo que quebró las esperanzas de Charlotte. Su madre no estaba en ninguna de las propiedades de Londres que su padre tenía aparte de Blair House.

Incluso, MacKenzie tuvo el tino de visitar Moray Gardens, la propiedad colindante que pertenecía a Zachary, por si Blair hubiese obligado a los sirvientes a esconder a su esposa, aprovechando la ausencia de su hijo. Marianne tampoco estaba ahí.

En la escueta carta escrita con frases cortas y precisas, también le informaba que conocía a alguien con excelentes conexiones, y que había acudido directamente a encontrarse con él. Tenía la intención de que su contacto le ayudara a investigar si en alguno de los trenes que salieron hacia Escocia, o hacia destino con conexiones a Escocia, había viajado la marquesa de Blair o alguna pasajera en condiciones sospechosas.

Rogó para que MacKenzie tuviese éxito y esa persona lo pudiese ayudar. Después se volvió al ama de llaves, pero antes de abrir la boca para hacerle una petición, la mujer se le adelantó.

—¿Está buena la comida?

—Sí —contestó en agradecimiento a su amabilidad, pero con la pregunta que quería hacerle en la punta de la lengua.

—El señor MacKenzie ha mandado a traer a la cocinera de Escocia. Yo extraño a la antigua, pero los Watherby se la llevaron con ellos. De los pocos sirvientes que pudieron conservar.

—Señora…

—Baker.

—¿Señora Baker me podría brindar papel, una pluma y tinta? Necesito escribir un mensaje urgente.

—¿No va a terminar de comer? El señor MacKenzie pensará que no hemos sido hospitalarios con usted.

—Claro —dijo al darse cuenta de que si no dejaba vacío el cuenco no le permitirían escribir a Martha Day.

Debía ponerla con urgencia al corriente de las razones de su ausencia. Era perentorio encargarle que todo siguiera funcionando en la Casa de Correspondencia, la inauguración no podía retrasarse.

Lastimosamente no podía acudir a supervisar o informar en persona. No iba a ponerse en una posición vulnerable.

No se consideraba temerosa o débil, pero su padre podía utilizar a algunos lacayos para llevarla a donde desease. Incluso, podía encerrarla, y por la potestad que tenía sobre ella como progenitor y patriarca, tal vez nadie la socorrería y quedaría a merced de su voluntad.

También debía escribirle a Valery, para que viniera cuanto antes, para que alguien además de Broc MacKenzie estuviese enterado de su situación. Por mucho que confiase en el escocés, no viajaría a Escocia sola con él sin que alguien de su círculo cercano estuviese informado. Siempre había sido precavida, aunque no del todo sensata.

—Sígame, por favor.

Sin soltar la manta, caminó detrás de la mujer que la llevó hasta su salita. Ahí era donde hacía las cuentas y se entrevistaba con las doncellas cuando era necesario.

—Puede usar mi escritorio. Perdone no brindarle algo más acorde a su rango, pero solo hay tinta aquí y en el estudio del señor MacKenzie. No puedo dejarla entrar en el estudio sin la autorización. Supongo que es una urgencia.

—Lo es.

—No tenemos vestidos de su talla en la casa. Las jóvenes hijas de Watherby se llevaron todas sus pertenencias al marcharse. Pero si lo desea, puedo prestarle unas horquillas e intentar hacer algo con su peinado.

Charlotte inhaló profundo de golpe, entendió que lo decía por su vestido.

—Si me presta las horquillas yo misma puedo encargarme, gracias. En cuanto al vestido no se preocupe, le escribiré a una amiga para que me traiga algo decente para cambiarme.

Tomó asiento y primero redactó indicaciones precisas para Martha. Después le escribió a Valery, contándole del embrollo en que se había metido por culpa de su padre. Le solicitó discreción y su presencia, junto a un vestido limpio, un abrigo y una capa.

Cuando terminó, se puso de pie y le extendió los sobres al ama de llaves.

—¿Puede hacer que un mensajero los lleve?

Ella asintió.

—Por supuesto, milady.

—¿Algo más que pueda hacer por usted?

—Necesito refrescarme un momento.

—Sígame, la conduciré a uno de los cuartos de invitados. Le llevaré agua caliente y las horquillas. Podrá refrescarse, el señor mandó a decirme que debía prepararse para un viaje largo.

—Gracias, señora Baker.

El ruido de los cascos de los caballos la alertó y deseó que fuera Valery. Ojalá le hubiese traído unos guantes, había olvidado ponerlo en la carta y no solo se congelaría los dedos, sino que no podría viajar sin ellos, salvo que llevara los que le había prestado el mozo.

Volvió a lamentarse por haber salido tan aprisa de su casa que no tomó nada: ni sus propios guantes, ni el ridículo con algo de dinero, ni su abrigo, ni su capa… Y, sobre todo, no le dio tiempo a cambiarse el vestido. Por el momento los guantes del mozo y la manta de lana de MacKenzie tendría que bastar, pero con la prisa de saber quién había llegado en el carruaje lo olvidó todo en la habitación de invitados.

Corrió escalones abajo, mientras pensaba que era una suerte que a Broc MacKenzie no le importaran esos detalles, otra persona

no habría mirado con buenos ojos que se presentara en su casa en esas condiciones.

Había logrado lavarse la cara, usar el aseo y hacerse un recogido sencillo pero decente.

Ojalá sea Valery y se le haya ocurrido también traer unos guantes.

No pudo esperar en el interior de la casa, así que salió al pórtico para ver a los que se apeaban. Le llamó la atención, que el carruaje hubiese llegado al mismo tiempo que Broc MacKenzie a caballo. Mejor, así partían cuanto antes.

Echó en falta una chaperona, tal vez iba a tener que hablar con Ettie a escondidas del duque de Hayden. Ella podría proporcionarle a su doncella para que la acompañara y salvara de las habladurías.

Valery no tenía autoridad para encargarle una tarea a su doncella sin consultar a sus padres. Los duques de Richmond no eran buenas personas como Valery. Eran muy capaces de avisarle a Blair y la situación de Charlotte escalaría a proporciones gigantescas.

Podrían armar un gran alboroto de enterarse de que estaba en la casa de un hombre soltero —que además tenía una apariencia que no parecía encarnar la imagen del decoro—.

Cuando del interior de la cabina del carruaje emergió Frederick Banes, Charlotte palideció. Sus piernas se quedaron clavadas al suelo de mármol, sin poder responderles. Casi se queda paralizada.

Todas las amenazas y los riesgos de los que se estaba cuidando llegaron representados en la persona del periodista. Y un periodista que odiaba al marqués de Blair y podría sacarles mucho provecho a las enrevesadas circunstancias.

Maldijo para sus adentros su suerte por tan terrible coincidencia. Pero, entonces la camaradería entre MacKenzie y Banes al subir juntos los escalones, mientras intercambiaban unas palabras, le hizo darse cuenta de lo que ocurría.

Oh, por todos los Santos. El aliado del highlander es nuestro peor enemigo, pensó y se aferró a la exigua esperanza de que lady Cumberland estuviese detrás de las cartas como sospechó esa mañana y no Frederick Banes. De lo contrario, estaría perdida.

Era tanto su estupor que olvidó que lucía impresentable ante un hombre que no era tan permisivo como MacKenzie.

¿Qué escribirá Banes sobre el atuendo de la dueña de la Casa de Correspondencia para damas de la aristocracia?, pensó con ironía.

Menos recordó que sus dedos se congelaban en esa fría tarde, ni que dejó olvidada la manta en la habitación y los dientes ya empezaban a castañetearle.

Pero lo que sucedió a continuación fue más fuerte que la impresión que se había llevado.

Frederick Banes, como un caballero de brillante armadura, se le acercó con el rostro marcado por la preocupación, y acto seguido se quitó su lujoso abrigo de vicuña y lo colocó con un aire protector sobre los hombros de Charlotte.

Ella se quedó tan aturdida que tardó en reaccionar, sus pupilas jamás abandonaron los ojos castaños de Banes, mientras la cubría y calmaba su frialdad.

Suspiró aliviada, todavía sin poder reaccionar y agradecer como correspondía. Pero fue un acto tan íntimo, tan reconfortante. Cuando volvió a inspirar el olor del perfume de Banes, impregnado suavemente en su abrigo, el aroma del caballero se coló por sus fosas nasales.

Sintió el impulso de arroparse con la prenda suave y holgada, pero tuvo que mantener la compostura para no demostrar cuán conmovida estaba. Ella desconocía el nombre del tejido, pero supo de inmediato que no era lana común.

—Gracias —titubeó Charlotte al fin.

Él correspondió solo con una media sonrisa.

La suavidad del forro de seda gruesa y el acolchado que la envolvía podría protegerla del invierno más cruento.

—No viajaremos a Escocia —dijo MacKenzie rompiendo el momento idílico y devolviéndola al espacio terrenal.

—¿Tiene usted indicios que le hacen pensar que mi madre está en Londres? —le preguntó Charlotte.

—Tengo una red bastante intrincada de informantes… —admitió Banes y Charlotte arrugó el entrecejo, pero no sacó a relucir su

desconfianza anterior. En ese instante, esa red le resultaría muy útil —. En fin, según mis fuentes lady Blair no ha abandonado Londres. Es más, me atrevería a decir que no ha abandonado Blair House.

La seguridad de Banes heló la sangre de Charlotte. Él no titubeaba, parecía bastante convincente. Su afirmación no daba lugar a dudas, había informantes en su casa o en los alrededores.

Por todos los cielos, pensó.

19

Varias emociones desfilaron por el rostro de la pelirroja y Frederick las estudió todas.

Sorpresa, al escuchar sobre la red de informantes y la certeza de saber que su madre no abandonó Blair House.

Reproche, porque en el pasado ella le reclamó a Frederick y lo acusó de tener espías en su propia casa —o en las casas de algunos aristócratas importantes—, y él lo negó o lo evadió con cinismo, según la ocasión.

Resignación, muy rápido aceptó que era un hecho que él era más poderoso, peligroso y con conexiones valiosas. Porque en ese instante en que se encontraba con el alma en un hilo, sin saber el paradero y las condiciones en las que se hallaba su madre, Charlotte parecía capaz de aliarse hasta con su enemigo acérrimo.

—Tengo que regresar de inmediato. Oh, por Dios —dijo Charlotte.

Se veía resuelta. Como una guerrera que evocaba el carácter de las antiguas mujeres valientes de las Highlands.

—No debería volver sola, muchacha, no es lo más prudente —sugirió Broc.

—Tampoco puede quedarse aquí con MacKenzie sin una chaperona. Podría malinterpretarse.

Frederick trató de sonar razonable, y no dejar entrever la sensación que en el fondo lo molestaba.

¿Por qué al presentarse un problema acudió justo ante MacKenzie, teniendo el apoyo del duque de Hayden?, pensó. Sintió la punzada de los celos pellizcarle el pecho. ¿Se sentiría atraída por el rudo escocés?

—El ama de llaves puede ser la chaperona —conjeturó Broc—. La señora Baker es indomable. Defenderá el honor de lady Charlotte. Además, yo jamás sería tan idiota de profanar a la hermana de Moray.

—No funcionan así las reglas de Londres —replicó Frederick con la idea de la mencionada profanación exacerbando sus celos y odiándose por no poder controlarlos—. Lady Charlotte debe refugiarse con Ettie, su padre no irá a importunarla a las puertas de Hayden. Mi amigo tiene un humor más explosivo que Blair.

—Por lo mismo, lo último que deseo es crearle un nuevo problema al duque, y menos a mi amiga. —Charlotte habló en voz alta para que recordaran que seguía ahí, decidida a dar la última palabra. Aceptaba ayuda, no que le impusieran qué hacer.

Broc hizo un gesto grave y reflexivo, añadió:

—¿Entonces se necesita el apoyo de una dama poderosa y su duque?

—No necesariamente de un duque, pero sería muy valioso tener el respaldo de uno —admitió Frederick.

Y no solo cavilaba sobre el problema que enfrentaban con la desaparición de la marquesa de Blair, había algo más que él sabía, un peligro latente acechando. Uno del que no tenía certeza aún por completo, pero según su corazonada, tras leer la última carta, tenía grandes posibilidades de acertar. Por eso la quería en la casa del duque de Hayden.

—Al parecer, los ingleses consideran que mientras más elevado sea el rango del aliado, más posibilidades tienen de salir victoriosos —concluyó Broc.

—No necesariamente, pero en este caso podría ser importante. —Frederick volvió a omitir lo que temía, sobre todo para no alertar a la joven y angustiarla más. Había una mínima posibilidad de que sus sospechas fueran erradas y no quería pecar de imprudente.

Broc no tuvo el mismo cuidado. Además, tampoco podía hacerlo partícipe de sus temores, por si estaba equivocado.

El enorme escocés entrecerró sus ojos oscuros, como hábil estratega. Olió que se avecinaban problemas mayores. Y empezó a cuestionar. Entendió en el acto que Frederick tenía ciertos recelos que no se atrevió a manifestar.

—¿Piensas que Blair es capaz de aniquilar a la marquesa? —siseó en dirección del periodista.

—¡Por el Altísimo! ¡¿Por qué temen ese desenlace?! —Charlotte gritó muy asustada. Ella creía a su padre un ser frío capaz de llevar a cabo planes maquiavélicos sin tocarse el corazón para lograr sus propósitos, pero nunca al grado de quitarle la vida a su propia esposa.

—No se necesita un duque —prosiguió MacKenzie con la furia tensándole los músculos de las sienes y la mandíbula, como una fiera lista para atacar a un rival de igual tamaño—. Puedo ir ahora mismo a Blair House y aplastarle la garganta a Blair con mi bota, hasta que escupa donde tiene oculta a su esposa.

Frederick lanzó una rápida mirada a lady Charlotte, la pobre criatura temblaba ante la posibilidad de que algo le sucediera a su madre, pero en pocos segundos se recompuso, como si su fuerza interior la dotara de valentía. Respiraba fuerte y su mente ya estaba trabajando en cómo resolver sus problemas.

—No iremos por la fuerza a someter al marqués, no somos bárbaros, Broc —atajó Fred—. Blair es un hábil calculador, hay que vencerlo en su terreno o terminará ganándonos la partida. Ese hombre siempre tiene un as bajo la manga.

MacKenzie asintió, entendiendo, él también podía jugar en esa lid, pensó rápido y recordó algo que podría ser útil.

—Zachary me dijo que, si su madre y su hermana se veían envueltas en algún problema, acudiéramos a las puertas de su mentor: el duque de Norfolk.

Frederick se quedó en silencio unos segundos. Hablar de Norfolk eran palabras mayores. Nadie en su sano juicio se metería con el duque favorito de la reina.

—Oh —dijo demostrando su asombro.

Frederick también lo conocía. Era un duque del que jamás se le ocurriría decir nada ofensivo en su periódico, tampoco había necesidad, pues lo admiraba. Era de los aristócratas que no solo tenía carácter, sino que era experto en manejar a sus enemigos y en cómo se mostraba en público. De haber tenido un mentor de su talla, los Cumberland jamás se habrían dignado a humillarlos, a su padre y a él, durante sus primeros años de juventud.

—¿O consideras que es necesario escribirle a Zachary de inmediato para que venga a poner en orden su gallinero? —continuó Broc dando sugerencias que le parecían muy válidas.

—¡MacKenzie, que eso me convertiría en una gallina! —lo regañó Charlotte y Frederick se sorprendió sonriendo internamente por la forma de protestar de la joven.

Era una imagen hermosa para retratar o plasmar en un lienzo, lo que sea que congelara ese instante en el tiempo, que le diera inmortalidad.

Bella, pensó Frederick sin dejar de mirarla.

Sus ojos azules chispeantes como preparándose para la batalla, los mechones rebeldes escapándose de su recogido y esa expresión aguerrida que gritaba que no estaba dispuesta a esperar.

Broc lo sacó de sus reflexiones al indicar lo siguiente para volver al punto de discusión:

—No me gustaría mirar a los ojos de mi amigo y sostenerle que no fui capaz de cuidar a su familia en su ausencia. No sigo las intrincadas reglas inglesas de honor para un caballero. Sin embargo, mi código interno tiene ciertos lineamientos. No tengo permitido fallar.

—Tampoco me gustaría quedarme de brazos cruzados esperando a que Moray venga a resolver asuntos de tal urgencia. —Estuvo de acuerdo Frederick—. No creo que Blair tenga la sangre fría de dañar físicamente a su esposa a un grado irreversible, pero no me perdonaría que la dama sufra privaciones o sobresaltos si lo puedo evitar.

—Entonces, hagamos algo —los instó Charlotte para que tomaran una decisión de una vez.

—Lady Charlotte, usted debe pedir refugio en Primrose Palace —dijo Frederick para referirse al hogar de los duques de Norfolk.

Y su propuesta no solo se debía a la desaparición de la marquesa, sino al infierno que podría desatarse a la mañana siguiente si su pericia en prever los escándalos no le fallaba.

—No sin mi madre… —resolvió ella con una valentía que ganó todavía más la admiración del periodista.

—Entonces supongo que la primera opción de Broc tendrá lugar —siseó Frederick alzándose de hombros y mirando a sus contrapartes—. Sin embargo, después, milady, la escoltaré directo a Primrose Palace, sin más peros de su parte.

Allí nadie la tocaría. Bajo la protección del duque de Norfolk nadie se atrevería a señalarla si sus temores se hacían realidad.

El escocés apretó los puños, impaciente por ir a Blair House y quebrar algunos huesos. Sabía que tendría que derribar a lacayos, mozos de cuadra y a toda la servidumbre para acceder al marqués. Blair era un escocés que superaba los cincuenta, alto como un roble, con músculos labrados y que aún podía darle batalla. Pero sabía que no iba a fallar.

—Nadie aplastará el cuello de mi padre, salvo que yo dé la orden —aseveró Charlotte dejando claro que ella estaba al mando—. Creo que ya los he comprometido demasiado, no seguiré dilatando la situación. Iré en persona a enfrentarlo. Es mejor que arreglemos en familia nuestras diferencias. Si en un par de horas no tienen noticias mías, entonces sí escríbanle a mi hermano.

—¡No! —soltó Frederick sin importarle que su necesidad de protegerla quedara al descubierto.

—¿No? —Ella increpó.

—No irá sola, yo la acompañaré para cerciorarme de que no termine encerrada en la misma habitación que su madre. Escribiré de inmediato a Ettie para que nos acompañe como carabina. Un caballero y una dama soltera sin una chaperona podría suscitar un malentendido, más si ese hombre soy yo.

—¡Al demonio mi reputación y lo que importe a la sociedad londinense! ¡Vamos de una vez! ¡Se trata de mi madre!

Los dos hombres se quedaron perplejos, no solo por su vocabulario, también por su carácter.

Si la joven ya tenía el respeto de los dos hombres, a partir de ese momento no lo perdería jamás.

—Los escoltaré, nunca se sabe cuándo se necesite otra mano —ofreció el escocés.

20

El frío de la tarde hizo que viajar en el Brougham de cuatro plazas de Frederick Banes fuese más práctico que ir por su cuenta en su cabriolé. Estaban sentados uno frente a otro y el silencio se había extendido demasiado, causándole a Charlotte cierta incomodidad.

No supo por qué no se sentó a su lado, el espacio era más amplio y confortable. O sí lo sabía. Prefirió elegir el asiento auxiliar plegable contrapuesto para evitar el contacto.

Como fuere, habían quedado mirándose a los ojos.

Era un hombre atractivo, tenía que reconocerlo y no era solo aceptar ese hecho, había una realidad más envolvente. Cerca de él, sentía que no poseía tanto control sobre sus emociones como estaba acostumbrada. No sabía si era el efecto de su aura misteriosa, su mirada evocadora y ese guiño al cinismo que siempre tenía su expresión.

No quería mostrarse como el resto de las debutantes que se lanzaban a sus pies fingiendo un desmayo para que él las rescatara con sus fuertes brazos. O aquellas que no temían insinuarle de frente que en su carné había espacio para el próximo baile con el propósito de llamar su atención.

Prefería mantenerse en control y no dar pasos en falso ante hombre alguno, por encantador que fuese.

Si es que a Banes se le podía etiquetar como encantador.

Tal vez el asunto de su madre la volvió vulnerable y susceptible a dejarse tentar. Y la palabra tentación quedaba perfecta al lado del nombre de un seductor, uno que llevaba las riendas de uno de los periódicos más influyentes de Londres.

Sucedía que las palabras del escocés —que había decidido ir a caballo, pese a las bajas temperaturas—, rondaban su mente.

¿Su progenitor sería capaz de dañar a su madre? Cuando ella acudió con urgencia a Watherby House en The Crest Stud, lo hizo movida por consecuencias muy distintas a las que había referido Broc MacKenzie. Ella pensaba en la privación de la libertad, pero el escocés la había hecho temer circunstancias más graves.

—Mi hermano debe volver. No quería involucrarlo, pero…

—Concuerdo. Por mucho que desee protegerlo, a veces no podemos escapar del destino. Y si Moray tiene que volver a enfrentar a su padre, pues, será inevitable. Sería peor mantenerlo al margen. No nos perdonaría.

—Le escribiré hoy mismo —dijo resuelta.

—Perdóneme, yo me tomé el atrevimiento en cuanto Broc me puso al tanto.

—¡¿Que hizo qué?! —Abrió los ojos desmesuradamente. Su tono era exaltado.

—Querida, esto es solo la punta del iceberg. —Trató de suavizar la impresión de la noticia.

—No me llame querida, no somos amigos.

Charlotte no sabía por qué la furia que la devoraba como llamas ardientes por todo lo que estaba viviendo, terminó quemando a Banes.

Ese hombre había decidido escribirle a Zachary para que viniera a ayudarlas y ni siquiera la había consultado, cuando expresamente ella deseaba no alarmar a su hermano.

—¿Qué le hace pensar que no somos amigos? —No se mostró ofendido, por el contrario, lucía muy comprensivo.

Nunca lo había visto más sereno que en aquel momento, cuando estaban a punto de enfrentarse al irascible marqués de Blair para reclamarle que liberara a su esposa.

E iban a llegar juntos, la hija y el enemigo.

Él le desordenaba las ideas por completo, la llevaba al punto de la locura y ella estaba en una situación donde la tensión la dejaba a merced de sus propias emociones.

Lo miró y no se contuvo.

—Usted odia a mi padre. Júreme que no siente placer por ver que de nuevo está a las puertas del escándalo y que, además, usted tiene información de primera mano. ¿Sacará nuestro infortunio en su periódico? —reclamó de frente.

Confiar en él era un ejercicio que se esforzaba por realizar, pero su labor terminaba siendo saboteada por el recelo que inspiraba el papel que representaba Banes: *El Látigo.*

—No diría que es propiamente placer. Es cierto que no me agrada. —Hizo una mueca para dar a entender cuanto desprecio sentía por Blair—. Y también considero que por todo el daño que causa sin piedad merece su castigo. Sin embargo, jamás escribiría nada que la perjudique a usted de forma directa.

—¿Incluso si perdiera la oportunidad de publicar una noticia sobre mi persona que lo haría aún más rico de lo que ya es? —lo desafió con tanta pasión, que cuando el carruaje se tambaleó tras cruzarse las ruedas con una piedra en el camino, ella no pudo mantenerse firme en su asiento y terminó propulsada hacia adelante.

Él la rescató en el acto con precisión y la sostuvo con fuerza contra su propio cuerpo.

—Incluso así —confesó franco, en voz baja, sin dejar de sostenerle la mirada. Tuvo que tragar tras contemplar, fugazmente, con expresión sedienta, los labios de ella. Prefirió volver a refugiarse en los ojos azules de Charlotte.

El peso de la mirada castaña de Banes sobre sus pupilas la hizo estremecerse entre sus brazos. El aroma que desprendía su abrigo aún la envolvía. Pero sus manos, alrededor de su cintura, la hicieron sentir muy cercana a él, quien soportaba la gelidez con estoicismo cubierto con su elegante chaqueta.

—Se está congelando, señor —dijo al percibir de cerca sus mejillas sonrosadas y la temperatura que desprendía—. Tal vez mejore si me siento junto a usted o si le devuelvo su abrigo.

Con un movimiento certero, sin mucho esfuerzo, Banes la hizo aterrizar a su lado.

—Así estará bien. Puede conservar el abrigo. —Trató de sonar circunspecto para disimular la corriente eléctrica que lo recorría.

Ella se sentía exactamente igual y al mismo tiempo estaba conmovida. Admiró el sacrificio que él hacía al mantenerla caliente pese a su propia frialdad, donándole su abrigo.

Los dos suspiraron, pero se escuchó como un jadeo entrecortado. La tentación era palpable.

El deseo se abrió paso de un modo que no fue consciente del todo para ella, pero su pulso agitado debió alertarla de lo que ese hombre le hacía sentir, cada vez más evidente, más innegable. Y él era un experto en el terreno de la seducción, podría captar cada resquicio de tormento, la lucha encarnada de Charlotte por mantener a raya un anhelo que se hacía cada segundo más poderoso.

—Debimos traer un ladrillo ardiente o un brasero para mantener el cubículo templado. Extraño mi manguito. ¿No suele llevar pieles o mantas en el carruaje?

—No cuando los trayectos son cortos, es suficiente para mí con mi abrigo.

—Y ahora yo lo he despojado de su protección contra el frío.

—No se preocupe, no voy a morir congelado. Además, la sensación mejora con usted a mi lado. Gracias.

¿Lo decía porque dos cuerpos juntos podían ayudarse a mantener el calor natural? ¿O por…?

Oh, por todos los santos, pensó.

A Charlotte le costaba bajar la guardia con Banes, pero ciertas señales la empujaban a confiar. Tragó en seco e hizo un esfuerzo por dejar de estar a la defensiva.

—Perdóneme si me cuesta confiar en sus buenas intenciones.

—Estoy aquí. Eso debería contar. ¿No cree?

—La vida me ha hecho desconfiada —admitió.

Él entrecerró los ojos, como si quisiera ahondar más en aquella breve confesión, escarbar hasta conocer todos sus secretos y

develar quién era en realidad Charlotte Moray. Pero ella se limitó a dar solo esa información.

—No tiene que pedir disculpas, también soy desconfiado, y sí, igual es resultado de mis vivencias. Sin embargo, con el paso del tiempo he logrado tener amigos en los que confío ciegamente. Pero soy muy selectivo.

—Quizás yo no lo fui en el pasado y me llevé algunos fiascos. También tengo buenas amigas. No todo ha sido desafortunado.

—Me alegro por usted, milady.

—Le daré información que seguro no tiene en sus fuentes, o quizás me equivoque. Mi padre es un hombre de grandes defectos, que muchas veces obra de modo cuestionable. Pero su obsesión mayor es que Zachary y yo tengamos el futuro que según él nos merecemos. Defiende la integridad de su familia más allá de todo. Aunque en su rara forma de amar, prime el egoísmo y su necesidad de gobernar por encima de nuestros deseos.

—Por consiguiente, eso no es amar…

Ella se quedó pensativa. Cuando Banes quería explicarle algo importante, usaba un tono de voz sereno, sin nada de petulancia o el usual sarcasmo tan habitual en el periodista. Entonces, solo entonces, lograba impactarla de un modo permanente: conseguía tocarle el alma.

—Podría ser, yo…

—Entiendo que intente buscar una explicación lógica al padre que ha tenido o justificar su proceder.

—Ahora mi padre ha llegado muy lejos…

—Rescataremos a su madre.

—Gracias, Banes —musitó al fin lo que no había tenido el valor de decir cuando él le recordó que estaba a su lado debido a las circunstancias.

—Frederick. Si ahora somos aliados en el rescate de su madre, sería más sencillo si prescindimos de formalismos.

—Frederick… —Había querido tanto decirlo que lo saboreó lentamente.

Él sonrió, complacido.

—A pocas mujeres he conocido como usted…

El hombre iba a ahondar; sin embargo, ella lo cortó de tajo, nerviosa, con el deseo ferviente de no escuchar elogio alguno; pero dejando la puerta abierta para seguir conociéndolo de verdad en el futuro.

—Puede decirme Charlotte. Aunque no sé si empezar a tutearnos ya sea exagerado…

Ella se sorprendió de lo rápido que comenzaba a ablandarse, a confiar en las intenciones de quien hasta hacía muy poco ocupaba un lugar en la lista de sospechosos.

¿Por qué, por qué tengo que bajar la guardia, justo ante quien más debería cuidarme? Banes, Frederick, el Látigo, ¿me está envolviendo en su telaraña de manipulación o es completamente honesto?, pensó e inhaló con fuerza.

—Charlotte, querida, ¿estás lista para lo que nos espera en Blair House? Vas sin carabina y llegarás de mi brazo… Porque en ninguna circunstancia te dejaré sola con él. No hasta que tu hermano pueda aunar esfuerzos contigo para enfrentar a tu padre.

Eso la ganó un poco más, no dijo que su hermano vendría para protegerla, anulándola por completo por ser mujer, sino para luchar codo a codo, como iguales.

—Mi padre tendrá que soportar que tú y MacKenzie están conmigo en esto, y en cuanto a la carabina será fácil… Si quiere que una me acompañe, que devuelva a mi madre al sitio que corresponde, solo así ella podrá cumplir con su papel.

Cuando arribaron a Blair House con MacKenzie a caballo, escoltando el carruaje, no tardaron en apearse y presentarse en la puerta de la mansión.

El mayordomo se sorprendió de ver quiénes acompañaban a la hija de los marqueses; sin embargo, les dio la bienvenida.

—Oh, milady, gracias a Dios que está bien usted. Su padre ha estado angustiado sin saber de su paradero —dijo Simmons y acto seguido saludó a los caballeros.

—¿Mi padre está en su estudio? —Fue directo al grano, abriéndose paso hacia el sitio, sin poder humano que la hiciera

retractarse o pedir permiso.

Frederick Banes y Broc MacKenzie, sin importarle protocolos o etiquetas, la escoltaron como si tuviesen la misión de protegerla.

Por la hora en que llegaron podría ser uno de los sitios donde se encontrara. Necesitaba ubicarlo cuanto antes, él no la dejaría revisar la casa.

El mayordomo también los siguió.

—Pero su padre salió al poco rato de que usted abandonó la propiedad esta mañana —habló Simmons muy rápido para evitar que la dama llegara al estudio. Tuvo que hacer un alto para recuperar el aliento—. Estuvo fuera unas tres o cuatro horas, después volvió con unos hombres a indagar si usted había regresado o enviado alguna noticia y salió otra vez.

—¿No está? —preguntó con desesperanza deteniéndose en seco, y con ella sus acompañantes.

—No, milady.

—¿Y dijo a qué hora regresará?

—Solo dejó indicaciones con respecto a qué hacer si usted volvía.

—¿Qué ordenó? —Lo miró a los ojos exigiendo que hablara.

—Que la retuviéramos, incluso por la fuerza.

Ella le clavó aún más la mirada a Simmons, era un desafío, uno que también era una advertencia. ¿Se atrevería a cumplir con el mandato de Blair?

—Jamás le pondríamos un dedo encima, pero sí estamos preocupados por su integridad. —Simmons aclaró cuanto antes.

Y, de inmediato, el sirviente de más alto rango lanzó una mirada acusatoria a los dos hombres que llegaron con la joven dama. Uno con cara de pocos amigos y el otro con un cinismo en la mirada, que inspiraba incluso más temor que el primero.

—Síganme. —Charlotte les indicó a sus amigos y estos la siguieron hasta el gran salón, como si se replegaran mientras ella reorganizaba sus ideas.

¿Cuál sería el siguiente paso?, meditó.

Su padre no estaba, pero podía llegar de un momento a otro. Era la oportunidad de esculcar cada rincón de la propiedad.

La doncella de su madre apareció con la de Charlotte y el ama de llaves. Y no era que tuvieran la intención de ayudar al mayordomo a cumplir el mandato de Blair, todo lo contrario. Las mujeres se veían preocupadas por el viaje intempestivo de la marquesa y por la salida de Charlotte.

—¿Qué hace aquí, Lydia? Según mi padre, mamá viajó temprano. ¿Por qué usted no la acompañó? —le dijo a la doncella de su madre, con el corazón latiendo a un ritmo vertiginoso.

Verla allí era una confirmación de que su madre estaba en problemas y que su padre mentía. Pero ella nunca confiaba en la palabra de Blair, con tal de manipularla la había engañado una y otra vez desde que era una niña, hasta que perdió su confianza.

—Cuando desperté, lady Blair ya no estaba. La señora Davidson me informó que viajó —respondió la buena mujer algo asustada, refiriéndose al ama de llaves.

La aludida tampoco se veía tranquila con lo que estaba sucediendo.

—A mí me avisó el mayordomo —indicó la señora Davidson que tenía buen olfato para detectar los problemas, antes de que también la interrogaran o la consideraran cómplice de alguna fechoría.

—Fui yo quien alertó al servicio, porque fue lo que me ordenó lord Blair —alegó Simmons tratando de aclarar lo acontecido.

—Si mi padre tomó medidas funestas en contra de mi madre, solo espero que ninguno de ustedes termine siendo su cómplice. Estarían secundándolo en un acto penado por la ley y estoy dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. No puede ser que mamá haya desaparecido y nadie la haya visto partir.

—Milady, nunca le mentiría. Lo que le estoy informando es todo lo que sé —se excusó el mayordomo mostrando su preocupación—. Jamás haría absolutamente nada que dañase a lady Blair, tampoco a usted.

—Dios nos libre —indicó el ama de llaves.

—Lydia, revisa el aposento de mi madre. Necesito saber si falta algo. Alguien que va de viaje voluntariamente lleva un equipaje. —Lo que su madre no prepararía por su cuenta, teniendo a su disposición el apoyo de su doncella.

—Los demás vayan a buscar en el resto de las habitaciones. La mansión es inmensa, podría ser que nunca salió y esté oculta donde menos imaginen.

Charlotte sintió la calidez de la mirada de Frederick observarla con orgullo. Ni aquel ni Broc abrieron la boca mientras ella tomaba el control de la situación, maravillados por las agallas de la joven mujer.

Ella daba órdenes certeras y trataba de no fijarse en Frederick, aunque sabía que él no le quitaba la vista de encima.

Entonces, aquel que se había mantenido en silencio, decidió dar un paso al frente y soltar sin importarle ofender a alguno de los presentes.

—No es que desconfíe del servicio de Blair House, pero prefiero buscar por mi cuenta. —Su voz tenía un descaro y una seguridad que Charlotte terminaba por apreciar. Era como tener al más sagaz aliado dispuesto a dar todo por ella. Sentía que nadie mejor que Frederick podía cubrirle las espaldas.

—Adelante —autorizó, dándole carta blanca ante el asombro del servicio presente.

Simmons no estuvo de acuerdo y no tardó en manifestarlo.

—Pero…

Charlotte no lo dejó terminar.

—Ellos han venido a ayudarme a dar con el paradero de mi madre, que nadie les cierre el paso.

El mayordomo trató de frenar la invasión del periodista al santuario de la mansión Blair, siguiéndole detrás. Ya era suficiente que se hubiese presentado sin invitación. ¿También esculcaría en las áreas más privadas de la propiedad? ¿El periodista al que apodaban *el Látigo*? ¿La joven dama había perdido el juicio, el criterio?

Pero sus esfuerzos fueron en vano. Frederick ya había avanzado a las escaleras, y para colmo, el mastodonte escocés, tras mirar de reojo al mayordomo y a los lacayos que asomaron las narices durante el alboroto, decidió que comenzaría a buscar por la planta baja.

—Yo revisaré esta área y la zona exterior —ofreció Broc.

—Me parece perfecto. Yo iré al estudio de mi padre. Quizá encuentre algún indicio de a dónde llevó a mi madre.

—Por todos los santos, milady, ¿lo cree necesario? —Simmons estaba sobrepasado, pero prefirió seguir al periodista para cerciorarse de que su función en las plantas altas se limitara a buscar a la marquesa. Después miró a los lacayos—. Por favor, ayuden al señor escocés a inspeccionar la primera planta.

Pero ninguno se atrevió a obedecerlo, MacKenzie los amedrentó con una mirada que bastó para dejarlos impávidos.

Tras casi media hora esculcando la enorme mansión volvieron a reunirse en el gran salón.

—Su madre no está en la primera planta —dijo Broc MacKenzie.

—Tampoco en las plantas de los señores, ni en las habitaciones de los criados —confirmó Frederick.

El mayordomo no opinó nada al respecto, aún trataba de recuperar el aliento, tras perseguir a Frederick por toda la casa subiendo, bajando, abriendo puertas, esculcando como un hábil sabueso rastreador.

—Yo no encontré nada sospechoso en el estudio de mi padre. Es más, se nota que casi no lo ha usado desde su regreso.

—Salvo que tuviesen alguna cámara o pasadizo secreto —aportó Frederick, quien sabía que en aquellas mansiones era muy probable que existieran lugares ocultos para protección de los dueños.

—Doy fe que Blair House no cuenta con nada similar —intervino Simmons aún con la respiración agitada, quien, al final, junto a los demás sirvientes decidieron cooperar.

A ninguno le agradaba el marqués, incluso habían pensado que no lo volverían a ver en mucho tiempo; pero cuando apareció recuperado no les quedó más remedio que obedecerlo.

—Tampoco jamás escuché de ningún sitio oculto en la propiedad —ratificó Charlotte.

La doncella de su madre fue la última en bajar y reunirse con el grupo.

—Oh, milady, tengo noticias.

—Habla, Lydia, por favor.

—No hay evidencias de que su madre haya preparado equipaje alguno. Solo falta el vestido que usó para la cena de anoche y un abrigo, el más nuevo y que usó con más frecuencia este último invierno.

Charlotte sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal ante tal confirmación. Probablemente, su madre, ni siquiera durmió allí la noche anterior. Quizás salió de la propiedad cuando todos se fueron a dormir —o la sustrajeron—. Suspiró llena de angustia.

Frederick le tomó la mano aún cubierta con los guantes del mozo de cuadra a Charlotte, sin importarle lo que opinaran los demás. Lo hizo para reconfortarla y a ella tampoco le importó si aquel gesto de buena voluntad terminaría por ser malinterpretado por los sirvientes. Menos le preocupó si estos esparcían el rumor.

El contacto con la mano de Frederick se sentía como soporte y no estaba dispuesta a renunciar a su apoyo en un momento como ese, solo por lo que podrían opinar los demás.

—Lo siento mucho, milady —dijo el ama de llaves compadecida.

—Díganos qué hacer, lady Charlotte, por favor —pidió el mayordomo con humildad, con el entrecejo arrugado por su frustración. Sentía que había fallado.

—Me quedaré a esperar a mi padre. Tiene que regresar esta noche si tampoco llevó equipaje.

—No lo hizo, milady, aunque su *valet* lo acompaña en estos momentos para ayudarla a buscarla —explicó el mayordomo—. Me consta.

—Pues aguardaré a que llegue y lo enfrentaré. Tendrá que decirme lo que está ocurriendo. —Conociéndolo sabía que había un precio para esa información. Su padre le exigiría algo a cambio de liberar a Marianne. Era un despiadado controlador. Estaba harta de tener que vivir bajo su asedio una y otra vez. Sus hijos no eran de su propiedad. ¿Por qué Blair no lo podía entender?

—No puedes quedarte aquí, Charlotte —le salió natural a Frederick, su preocupación provenía de lo más profundo del alma.

Los ojos de los presentes se clavaron en ellos, los sirvientes se recompusieron con rapidez y se refugiaron en la discreción.

MacKenzie no retiró la mirada, los contempló sorprendido por lo rápido que escaló el nivel de confianza entre ambos. Mientras él se había ganado una amonestación por llamarla «mujer» o «muchacha», Frederick no solo la tuteaba, también la tomaba de la mano.

Disimuló una sonrisita mordaz, acudieron a la propiedad por un asunto muy serio, pero no ignoró que aquellos dos se traían algo, estaba casi seguro. ¿Le gustaría aquel desenlace a Zachary? Él mismo, de tener hermana, no la dejaría a merced de aquel letrado tan sinvergüenza, si no pusiera sobre la mesa sus intenciones de desposarla. Como amigo era valioso, pero también tenía cierta fama de seductor.

Charlotte notó la expresión suspicaz con la que la miraba el escocés y decidió ignorarla deliberadamente.

—Si consigue llevar a una chaperona, podría quedarse en Watherby House —propuso Broc y después señaló al ama de llaves —. Esa señora podría servir.

—Usted es un hombre soltero, milady no debe pisar su propiedad —lo amonestó ceñuda la señora Davidson.

—Me quedaré en la casa de la duquesa de Hayden —decidió Charlotte.

Tras informar algo que dejaría a todos conformes, pidió a su doncella que preparara un escueto equipaje para cada una y la mujer presta siguió sus indicaciones.

Y mientras esperaban, el sonido de cascos de caballos y ruedas de un carruaje alertaron sobre la presencia de alguien más.

Broc y Frederick se miraron adustos, dispuestos a enfrentar a quien esperaban ver pronto.

Charlotte tomó aire, seguro era su padre que había vuelto tras no encontrarla en los sitios donde fue a buscarla. Estaba lista para enfrentarlo, pondría fin de una vez a su tormento.

Pero cuando lady Valery Belcher se presentó en el salón, guiada por el mayordomo que fue rápido hacia la puerta, la tensión que la recorría entera se suavizó.

Corrió a abrazar a su amiga y en susurros breves y concisos la puso al tanto de lo que ocurría.

—Oh, Charlotte, perdóname. No pude acudir antes a tu llamado. Mi madre… —No había tiempo para perderlo en explicaciones—. Me informaron que te encontrabas aquí.

—Valery —dijo tratando de hallar consuelo en su amiga—. Gracias por venir.

—He traído lo que me solicitaste.

En ese momento, la doncella de Charlotte bajó con el equipaje para las dos.

—Ya no será necesario, pero muchísimas gracias. Iré a la casa de Ettie, no debo quedarme aquí o tal vez termine con una suerte similar a la de mi madre. Y así, no podré hacer nada para liberarnos. Es mejor luchar lejos del rango de acción de mi padre.

—Déjame acompañarte, puedes ir en mi carruaje.

Charlotte asintió y se despidió de los sirvientes.

—Por favor, entréguele estos guantes al mozo de cuadra y dele mi agradecimiento —le dijo al mayordomo tomando los propios de la mano de su doncella, quien además traía su ridículo, dos bolsos amplios de mano y el abrigo de Charlotte. A la mujer no se le escapó que el que la cubría del frío no le pertenecía—. Si tuviesen noticias del paradero de mi madre, por favor, háganmelo saber. Escríbanme a la casa de los duques de Hayden.

—Por supuesto, milady —dijo Simmons con solemnidad.

Dejó la indicación de informar a su padre sobre el sitio en el que pasaría la noche hasta que al día siguiente tuviese más claro dónde más podía buscar. No quería crearles más problemas con su padre y que alguno sufriera el peso de su furia. Sabía cuánto necesitaban el trabajo y ya llevaban años sirviendo en la familia.

Se sentía exhausta tras un día agotador, pero no mermarían sus ánimos de luchar.

Antes de abandonar el vestíbulo de la mansión, se deshizo del abrigo de Frederick y se lo extendió, decidida a que los labios del periodista recobrasen su tono rosado habitual, estaban ligeramente azules. El ambiente en Blair House no permanecía tan caldeado como cuando los señores se encontraban en casa. Sin Marianne, el ánimo del servicio fluctuaba y las corrientes de aire se colaban a su antojo.

Charlotte le agradeció con un gesto a Frederick y él le devolvió la cortesía de igual modo.

—Ya he absorbido demasiado de tu tiempo, Frederick, igual que el de MacKenzie. Gracias a los dos, pero debo seguir sola.

—De ninguna manera —contestó Frederick abrigándose—. Has dicho que estarías en Hayden House y tu padre no tardará en aparecer para armar gran alboroto. Como intento de despistarlo está bien, pero no debes quedar como un blanco fácil.

—¿Sugerirás, de nuevo, que pida refugio con los duques de Norfolk? Me avergüenza muchísimo llamar a la puerta de Primrose Palace con semejante conflicto. Mi hermano vendrá en el primer barco que zarpe…

—Hasta que llegue la carta a sus manos y pueda leerla —replicó Frederick, estirando su paciencia para no abrumarla más.

—Además, si entro al palacio del duque de Norfolk y pido su protección ya no podré salir al día siguiente a continuar con la búsqueda. Prefiero no involucrarlo o quedaré supeditada a las órdenes del duque.

—Sé de un sitio donde podrías descansar esta noche. Es la casa de dos damas respetables y lo suficientemente alejada de Mayfair para que nadie sospeche de dónde se aloja.

—¿Cuál? —preguntó MacKenzie también intrigado. Sobre todo, porque, aunque tenía fe en Frederick no en las pasiones que a veces dominaban las voluntades de los hombres. No permitiría que la hermana de Zachary sucumbiera ante su amigo, no si Zachary lo había responsabilizado de sacarla de cualquier atolladero donde se llegase a meter—. No olvides que Zachary la dejó a mi cuidado.

—Podrás verlo por ti mismo, Broc, y te quedarás muy tranquilo. —Negó y entrecerró los ojos. ¿Desconfiaba de su decencia o los celos hacían blanco de él?

—Por supuesto que la escoltaré hasta el sitio donde descansará esta noche y al siguiente la ayudaré a continuar con la búsqueda de su madre.

Los hombres se desafiaron con la mirada brevemente y después, Frederick dio la última palabra.

—Despídete de tu amiga, Charlotte, debemos partir cuanto antes.

21



Frederick se despertó antes de lo habitual, le era imposible conciliar el sueño, así que bajó más temprano que la mayoría de los días hacia su despacho en el periódico. Quería atender los asuntos de la jornada a toda prisa, redactar el artículo que se publicaría un día después, para poder escapar a atender lo que en realidad le interesaba: Charlotte Moray.

¿Por qué de pronto las urgencias de Charlotte tenían prioridad por encima de las propias?

No era un novato inexperto, sabía lo que ella despertaba en él. Era la primera mujer que lo dejaba casi al punto de un estado de indefensión.

Quería protegerla de su despiadado padre, abrirle los caminos y despejarle los senderos para que destacara en lo que ella deseara brillar.

Pero a la vez, ella le demostraba que no lo necesitaba, que estaba dispuesta a conseguir cada meta, objetivo o misión que creyera tener en la vida, aunque el ascenso a la cúspide amenazara con destruirla. Y ese brío tan ingobernable en ella, le despertaba una admiración que lo desarmaba por completo.

Con una mujer como Charlotte podría dejar atrás las directrices a las que se aferró por años: su empedernida soltería.

Por todos los infiernos, ¿en qué estás pensando, hombre? Concéntrate, se dijo para sus adentros.

Trató de dejar de pensar en ella y revisar las notas que tenía encima de su escritorio, acerca del artículo que debía escribir, sobre los votantes a favor de una nueva ley sometida a la valoración y aprobación de los miembros del Parlamento.

Pero Charlotte volvió a abrirse paso entre las palabras que debía redactar.

Fred hizo acopio de su concentración y tras escribir con la pasión a la que tenía acostumbrado a su público, colocó el punto final al concluir el último párrafo. Una rápida leída y se puso de pie para buscar a su secretario, dejar el texto en sus manos y partir hacia donde la había dejado para pasar la noche.

Sin embargo, Stevens fue quien llegó a su encuentro.

—¿Por qué esta mañana los periódicos de la competencia están siendo devorados con más hambre que el nuestro? —le preguntó, pero era como si hablara consigo mismo.

—¿A qué te refieres?

—De camino hacia *The Golden Gazette* he visto un revuelo entre los compradores asiduos, y si nos han comprado ha sido más por la curiosidad de saber qué opinamos nosotros al respecto. Pero escuché a varios comentar muy decepcionados que no entendían cómo esa información tan jugosa se le había escapado al *Látigo*.

—¿A cuál publicación de la competencia te refieres exactamente?

—Todos… Cada uno desde su estilo más conservador o escandaloso. Pero nadie se quiso quedar sin un trozo de la tarta. —Y comenzó a enumerar a dos periódicos serios, seguidos de varios pasquines de menor reputación, más conocidos por dedicarse a los cotilleos de la aristocracia.

—Que salgan a comprarlos de inmediato, necesito saber qué está ocurriendo. —Un mal presentimiento se instaló en su mente—. Envía a alguien discreto que no esté asociado públicamente con *The Golden Gazette*.

—Venía a decirte algo más, Frederick. Martha llegó hoy muy temprano, parece desahuciada. Ha pedido verte.

—¿Martha? ¿Martha Day?

—Esa Judas que nos abandonó por irse al establecimiento frente al periódico.

—Por Dios, Stevens, no seas exagerado, y menos aún ridículo. Martha tiene derecho a aspirar a una mejor posición si así lo desea. El negocio de lady Charlotte Moray es respetable y le dará un estatus envidiable ante las señoras de su círculo social.

—No estuviste tan feliz cuando te anunció que se retiraría.

—Reemplazar a un buen redactor a veces es tardado. Además, Martha posee cualidades que la vuelven indispensable donde quiera que trabaje. Aquí tenía responsabilidades que excedían de sus actividades. Incluso estaba pensando subirla de puesto, pero estará mejor con lady Charlotte. Como sea, ¿qué desea ella?

—Ha pedido verte.

—Hazla pasar de inmediato.

Lo que le faltaba, tampoco tenía tiempo para una visita que no estuviera en su agenda, lo que deseaba era informarse de la noticia de los periódicos de la competencia y partir cuanto antes para reunirse con Charlotte.

Cuando Martha entró a su despacho, él se puso de pie para invitarla a tomar asiento.

—Señora Day, cuánto tiempo —la saludó de manera formal, pero sin hacerla sentirse una extraña. Le debían consideración por el largo período que trabajaron juntos.

—Señor Banes, lamento venir sin pedir una cita. Sé que es un hombre muy ocupado.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No supe a quién más recurrir. Ayer lady Charlotte no se presentó en la Casa de Correspondencia, no envió ni siquiera una nota con alguna indicación en su ausencia. Pero no le di importancia, como ella dijo, soy su mano derecha y ya estoy preparada para manejar el negocio en su ausencia. Sin embargo, estamos a semanas de la gran inauguración y la joven dama está muy emocionada.

—Continúe. —Frederick hizo un gesto de pesar, no quiso presionarla para que llegara al grano de una vez. Pero temía que el final de esa historia no iba a gustarle, menos a Charlotte.

—El padre de lady Charlotte, lord Blair, llegó solo y me interrogó acerca del paradero de la dama.

—¿Usted qué le dijo?

—Si yo no sabía nada, ¿qué le podía decir? La verdad, que no tenía conocimiento. El marqués se paseó por cada habitáculo de la propiedad, profiriendo maldiciones. Yo estaba muy asustada. Después se fue sin dar más explicaciones y respiré aliviada. Aunque presentía que las cosas no estaban bien del todo. Sin embargo, aguardé a que lady Charlotte regresara y me diera alguna razón si ella lo consideraba necesario.

Martha se estaba volviendo una experta en irse por las ramas. Frederick no la apresuró, la entendía. La mujer se debatía entre la fidelidad a lady Charlotte, quien le proveía el sustento mensual, y la preocupación por lo que sea que terminara siendo el desenlace de la historia. Era lógico. Martha había dejado una posición segura por otra, había mucho en juego.

—¿Entonces? —la animó a proseguir.

—Más tarde, lord Blair volvió acompañado de unos hombres y tras darme un discurso sobre su derecho a actuar, como lo estaba a punto de hacer, me arrebató la llave del lugar y me ordenó marcharme. Yo me defendí, intenté proteger la propiedad de lady Charlotte, al igual que el portero y los demás empleados. Pero él y sus hombres nos echaron sin contemplaciones. Corrí a mi casa temiendo incluso por mi vida, estaba muy asustada. Esos hombres no parecían decentes. Hice lo primero que se me ocurrió, acudir en compañía de mi esposo a Blair House en busca de lady Charlotte para informarle. Ya era muy tarde. El mayordomo me dijo que no podía darme noticias de su paradero, pero que a la mañana siguiente le mandaría la información a donde se estaba hospedando.

—Hizo usted muy bien, señora Day. Lord Blair es una escoria humana, un despreciable ser que no se merece el amor de los seres que lo rodean. —Pensó para sus adentros que era una suerte que Zachary Moray ya se había dado cuenta. Incluso, enfrentó a su padre cuando logró emanciparse. Y Charlotte también estaba a punto de alcanzar esa independencia.

—Hoy acudí temprano a trabajar, creyendo que sería un malentendido. Todos los empleados lo hicieron, pero el sitio se encuentra cerrado y ya no tengo la llave para entrar. ¿Qué hago, señor Banes? Todo es muy extraño, no solo temo por mi trabajo y el de los demás, me preocupa la integridad de lady Charlotte.

Si le corroboraba que Charlotte estaba bien podría comprometerla, así que pensó qué decir para tranquilizarla.

—Creo, señora Day, que lo mejor es que todos vuelvan a sus casas. Lady Charlotte se comunicará con ustedes en cuanto pueda hacerlo.

—¿Estará bien? Su padre… Su padre me provocó terror.

—Las malas noticias son las primeras en llegar, no se preocupe. Lady Charlotte tiene personas que la aprecian mucho, seguramente debe estar bien y acompañada. Ya le dará las explicaciones pertinentes. Sé que es difícil experimentar serenidad en estos casos, pero trate de hacerlo. Vaya a su casa, disfrute hoy de la compañía de su hijo. Corre por mi cuenta que usted no pierda su empleo. Además, aquí siempre puede regresar.

—Gracias, señor Banes. Apelo a su discreción, sé que detesta a lord Blair, pero su hija, esa joven es…

—Descuide, su revelación está a salvo conmigo. Aunque no lo crea, también me agrada lady Charlotte, soy cercano a su hermano.

Stevens volvió con las manos llenas de periódicos doblados por la mitad, casi ni se le veía la cara por el volumen que cargaba.

Martha Day consideró apropiado marcharse. Si bien no se sosegó del todo, había conseguido desahogarse con alguien que tenía los medios para apoyar en una situación tan complicada.

Stevens volvió a acaparar su atención con la gran cantidad de diarios que logró recolectar.

—Leamos. Tomemos cada uno la mitad —indicó Frederick intrigado y decidido por entrar en acción.

Su asombro fue creciendo más y más con cada diario que abría. Se sumergió en la noticia que estaba causando el revuelo.

Sus temores se multiplicaron.

No creyó que *La Voz del Decoro* cumpliría sus amenazas, y menos que lo hiciera tan rápido.

Había supuesto, equivocadamente, que las amenazas no se ejecutarían, sino que se intensificarían con la intención de lograr lo que sea que se proponían con respecto a Frederick.

Solo entonces entendió que el propósito de la persona que se escondía detrás de las cartas anónimas no era sacar algo valioso de él, ni presionarlo. El objetivo de *La Voz del Decoro* era destruir al enemigo que ambos tenían en común, razón por la que eligió a Frederick para darle voz a sus demandas.

Tomó los diarios que Stevens dejó abiertos por la mitad y las frases similares lo golpearon:

Una de las rosas inglesas, hija de un poderoso de la nobleza, está a punto de caer, en cuanto sea revelada la verdad que guarda con tanto recelo.

¿Hasta dónde será capaz de mancharse las manos un alto exponente de la aristocracia para salvar el honor de su descarriada hija?

Hay rumores de que los actos de cierto miembro de la nobleza por defender lo que no tiene reparación podrían hacerlo terminar en prisión.

Caras vemos, pero sucios secretos sepultados por años no sabemos.

—Stevens, tengo que salir —dijo con la mente perdida en cómo le diría a Charlotte lo que le comunicó Martha; pero más preocupante aún era, ¿cómo se habría tomado la noticia de los periódicos, si las había leído ya?

—¿Regresarás pronto o te perderás como ayer todo el día?

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió con la ceja enarcada.

Su secretario hacía hincapié en saber sobre su paradero cuando algo en la agenda estaba pendiente.

—¿No harás nada al respecto? —señaló los diarios—. Somos los únicos que estamos atrás en este movimiento ventajoso de la

competencia, les está haciendo ganar una fortuna.

—Es evidente que alguien intenta dañar a una joven de cuna noble, y si recuerdas bien, jamás hemos escrito sobre la reputación de una dama casadera.

—Con todo respeto, después de tantos periódicos, tendrías que hacer memoria. ¿Estás completamente seguro?

—Yo diría que sí. No obstante, si mi memoria me fallase, habrá sido un acto del pasado, sin intenciones de perseguir ese fin. Sea quien sea no alimentaremos ese chisme con más especulaciones.

—Lee aquí.

Stevens señaló una de las oraciones que a Frederick le pasó por alto.

Poderoso aristócrata de origen escocés, influyente en los negocios, está a punto de caer. Justo cuando pretende casar a su hija con el célebre libertino, heredero de uno de los condados más prestigiosos de Londres. ¿Está de acuerdo en terminar de hundir a la familia de quien fuera su amigo en el pasado, con tal de rescatar a su propia hija del escarnio social?

—Lord Blair, poderoso aristócrata e influyente en los negocios. Y es lógico que se refieren a Marcus Banes, lord Ashworth, tu primo, Frederick.

—Todo parece indicarlo. Podría ser…

Frederick coincidía por completo con Stevens, pero no quería alimentar el rumor, por si aún alguien tenía dudas al respecto. Su necesidad de proteger a Charlotte era tan fuerte, como la curiosidad de descubrir qué hecho tan lamentable había ocurrido en el pasado que había dejado a su padre en una posición cuestionable.

—No podría… Es… —reafirmó Stevens con la certeza y la satisfacción en el rostro de haber descubierto una veta de oro en un terreno recién heredado—. Y el amigo caído en desgracia es lord Warrington. No es secreto para nadie que Ashworth arruinó a lady Susette, la hija de los condes de Warrington. Tampoco es secreto que sin escrúpulos el ambicioso escocés dejó en la ruina a lord

Warrington. Y está el hecho que investigamos y sabemos muy bien, Blair y lady Warrington tuvieron sus escarceos.

—Gracias por el resumen. —Lo miró reflexivo—. Stevens, eres tan perspicaz como yo, ya es hora de darte un puesto de más responsabilidad. Incluso podría ponerte de subdirector del periódico para dejar en tus manos algunas de mis obligaciones y concentrarme en hacer crecer la editorial.

—¿Estás hablando en serio? No sé si merezco ese honor.

—Comienza a buscar a un nuevo secretario. Eso sí, tómate tu tiempo. Tu aprendiz debe reunir muchas de tus cualidades, de lo contrario no nos servirá.

—Por supuesto, Frederick.

—Ahora tengo que salir.

—¿Ahora? Pero tienes agendada en diez minutos la visita de lady Abbott y tu amigo Edward.

—¿Lady Abbott? Por Dios, no. ¡Qué pesadilla! Esa mujer solo puede venir por un motivo. Olvidé que le concedí una cita. Aprovecharé esos diez minutos para escaparme.

—No te preocupes. Yo te cubriré las espaldas.

22



Charlotte se encontraba en el sitio que jamás imaginó. Estaba desayunando en la mesa de la familia de un hombre que, según la opinión pública, no tenía más nexos con la humanidad que sentarse a escribir sus artículos y salir a recabar datos para su próxima publicación.

Frederick Banes era muy discreto con su intimidad y su familia.

Por lo que cuando Banes le contó sobre su tía abuela y su madre, días atrás en un baile, la curiosidad de introducirse en ese mundo para conocerlo mejor fue inmediata.

Por desgracia, los motivos que la llevaron a aquella casa adosada, pero llena de luz, en una de las calles menos rimbombantes de Londres no la dejaron disfrutar de la experiencia. De lo contrario, no habría dado vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, ni estaría tan silenciosa en la mesa del comedor, ante esas dos mujeres tan significativas en la vida del hombre que más la intrigaba en la faz de la Tierra.

—Fred jamás ha traído a una mujer a la casa materna. Debes importarle mucho —dijo lady Agnes Banes, la famosa tía abuela, hija de un conde y con historias muy simpáticas en su haber.

Frederick había hablado de ella con tanto cariño que Charlotte no pudo ser descortés y tuvo que contestar para sacarla de su error.

—Es amigo de mi hermano y él se encuentra en Normandía. Como yo estoy pasando por un período difícil se ha mostrado

hospitalario hasta que mi hermano vuelva. Lo que espero que sea pronto.

—Oh, querida, si hay algo en lo que podamos ayudar habla. Lo haremos con gusto. —Su voz reflejaba el paso de los años, y su rostro marcado por el inclemente transcurrir del tiempo no borraba la certidumbre de que en su juventud fue una mujer hermosa.

—Aquí cuidaremos de ti, si así tú lo deseas —dijo Eloise, la madre de Frederick. No era tan elocuente como la tía abuela, pero sus frases cortas estaban llenas de amabilidad.

—Gracias, lady Agnes, gracias, señora Banes —se limitó a decir sin dejar de contemplar a esas damas que cuidaron a Frederick mientras crecía, que lo ayudaron a forjar su carácter, que lo protegieron cuando era niño. Su corazón se llenó de ternura y extrañar a su madre se hizo más evidente.

—Come algo, querida —la instó lady Agnes—. Lo que sea que tengas que enfrentar lo harás mejor alimentada. Come berro, tal vez no es tan sabroso, pero te hará vivir mil años, yo soy la prueba.

Charlotte sonrió a medias y prefirió untarle mantequilla a una tostada y llevarla a su boca. Así como probar los huevos escalfados y la leche tibia. Total, ella no era cantante y no tenía que cuidar sus agudos. Desde que probó la leche ahumada en la casa Watherby, retomó el gusto por la misma.

Lady Agnes tenía razón, en cuanto llegaran Frederick y MacKenzie tenían la misión de encontrar a su madre, costase lo que costase. Necesitaría fuerzas para no morir de inanición. Tal vez iba a ser la única comida que probara ese día.

—Se ha tardado Frederick. Quiero decir, el señor Banes —dijo tras terminar de desayunar, cuando todas se disponían a abandonar la mesa. Estaba deseosa ya por partir a buscar a Marianne.

Las mujeres se miraron con complicidad.

—Ya es hora de que Frederick se case —comentó lady Agnes con picardía—. Esta jovencita podría ser una buena candidata. ¿No lo crees, Eloise?

—Lady Agnes, no hable como si ella no pudiera escucharnos, es vergonzoso. Perdón, lady Charlotte —pidió la interpelada. Cuando su hijo llamó a la puerta de su residencia con la petición de darle

refugio a la joven dama lo hizo de inmediato. Su hijo jamás le había pedido algo así y confiaba en él. Supuso que había razones de peso y muy justificadas.

—No se preocupe, señora Banes.

—Fred tiene muy ocupadas las mañanas. Pero si dijo que vendría temprano no debe tardar en llegar. Es un hombre de palabra. Sé que tiene prisa, milady, pero no desespere. ¿Pasamos al saloncito? ¿O prefiere descansar en su habitación? No quisiéramos abrumarla.

El ama de llaves lamentó tener que interrumpirlas, pero anunció la llegada de un carruaje.

—Debe ser Fred —indicó entusiasmada lady Agnes—. No olvide, lady Charlotte que nuestro muchacho es un excelente partido, rico y distinguido, y ya está en edad de establecerse. En mí tiene una aliada.

Aquella intervención de la tía abuela de Frederick, que vino acompañada de un guiño, le robó una media sonrisa a Charlotte. Ni siquiera le aclaró que su vida estaba de cabeza en esos momentos, que lo último que pensaba era en la posibilidad de casarse y formar una familia.

Pero, cuando el ama de llaves anunció a la duquesa de Hayden, lady Bonnie Severn y lady Valery Belcher la madre y la tía abuela de Frederick se quedaron asombradas.

Eloise indicó que se acondicionara de inmediato el salón de visitas para acomodar a las damas, ordenó un servicio de té y acudieron a reunirse con ellas.

Charlotte no pudo evitarlo, olvidando la etiqueta, corrió hasta las tres amigas, que la acogieron en un abrazo de apoyo absoluto.

—Oh, querida Eloise, parece que todas las damas hermosas de la aristocracia han decidido tocar a nuestra puerta. Ahora debemos tomar nota de cuáles son solteras, por si lady Charlotte no se siente inclinada hacia nuestro Fred —dijo lady Agnes con entusiasmo. A su edad ya se le perdonaban las indiscreciones—. Pero lady Charlotte tiene mi voto, aunque sus amigas lucen igual de encantadoras.

Eloise trató de advertirle que su comentario no era apropiado, pero las jóvenes damas estaban tan concentradas en lo que las

entristecía y preocupaba que no se percataron de la imprudencia de lady Agnes. En cuanto se acabaron los saludos, les dijo a las jóvenes:

—Estimadas, siéntanse cómodas, por favor. Un servicio de té llegará en breve. Las dejaremos tratar sus asuntos a solas.

—¿Pero no nos quedaremos? —protestó lady Agnes quien no recibía visitas con frecuencia y no quería prescindir de disfrutar del exquisito grupo que se había reunido en su casa.

Eloise le susurró algo con disimulo y logró llevársela de allí, con la promesa de encontrar un entretenimiento más estimulante. Por los rostros de lady Charlotte y sus amigas intuyó que tenían algo muy serio que tratar, y no quería entrometerse.

Cuando quedaron a solas Ettie, Bonnie, Valery y Charlotte tomaron asiento.

La noche anterior, Charlotte le había exigido a Frederick revelarle el sitio al que pensaba llevarla y ella se lo dijo a Valery. Le había dicho al mayordomo antes de salir que cualquier noticia de su madre la enviara en una nota a Hayden House, así que cuando se separaron, y vio que Ettie tenía en una de sus manos un sobre cerrado se llenó de esperanza.

—Es de Simmons —dijo Ettie para referirse al mayordomo de Blair House—. Llegó muy temprano en la mañana. Tras lo que nos reveló anoche Valery no nos quedamos tranquilas. De todos modos, habíamos planeado venir a visitarte para reiterarte que tienes nuestro apoyo.

—Espero que sean buenas noticias. —La alentó Bonnie.

—Gracias a las tres.

Charlotte no era de las que lloraban, pero los ojos se le humedecieron mientras rasgaba el sobre y leía su contenido. No era la noticia que esperaba recibir. Sin embargo, lo que leyó también fue desconcertante. Sus lagrimones se desplazaron gruesos sobre sus mejillas.

—Dice Simmons que mi padre acudió ayer a la Casa de Correspondencia y que despidió a todos los empleados. Lo supo por Martha. —Mientras lo decía en voz alta no daba crédito. Se limpió las

lágrimas con brusquedad, convirtiendo su angustia en ira. ¿Hasta dónde era capaz Blair de llegar? ¿Acaso no tenía límites?

—No puedo creerlo —soltó Valery muy asombrada.

—Encima le quitó la llave a Martha y ya no puede entrar. Mi padre no hace nada al azar, aunque es impulsivo. Tengo que ir de inmediato a la Casa de Correspondencia. Me temo lo peor.

—Hay algo más, Charlotte —advirtió Ettie cuidadosa.

—Siéntate, querida —le susurró Bonnie, acompañándola.

—¿Algo más? ¿Escucharon algo sobre mi madre? —Charlotte ya no podía con la angustia.

—No sé si salir ahora hacia la Casa de Correspondencia sea lo más prudente —continuó Bonnie.

—Después de todo, Frederick, tuvo buen tino al refugiarte aquí con su familia. La señora Banes mantiene un perfil muy alejado de la sociedad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió asustada.

—¿Quién le dice? —preguntó Ettie. Su corazón se encontraba deshecho, más después que su esposo le enseñó esos periódicos, advirtiéndole que su amiga estaba pasando por un pésimo momento.

Valery comenzó a sollozar, la situación en casa iba de mal en peor y el dolor ajeno —más cuando era de alguien a quien apreciaba tanto—, la debilitaba y le causaba mucho sufrimiento.

—Los periódicos —dijo Bonnie—. Londres amaneció con una lluvia de periódicos señalando que una joven dama proveniente de nuestra escuela está a punto de ver arruinada su reputación, públicamente.

—Hay señas aquí y allá —continuó Valery—. Tal vez alguno pueda atar cabos y sospechar de ti, aunque no eres la única que mencionan los rumores que esas publicaciones han desatado.

—¿Soy el centro de los cotilleos? ¿Están hablando de mí?

—No hay certezas, ni nombres en los periódicos. Pero las calles son ahora mismo un polvorín. Las damas han dado nombres sobre quienes sospechan en *petit comité*. Sé que se ha barajado el tuyo con insistencia. Mi madre fue la primera, lo siento. Yo no usaría el cabriolé —aseguró Valery como medida preventiva.

—Por favor, dime que Frederick no… —Si él estaba involucrado le dolería de un modo desgarrador.

—Oh, no, no, Charlotte —la previno Ettie—. *The Golden Gazette* es el único diario que no sacó absolutamente nada relacionado con ese rumor escandaloso.

—¿No?

—No —aseguró Ettie.

Charlotte recordó que había dejado su carruaje en The Crest Stud, pero volvió de inmediato a la información que acababa de recibir… Comenzó a procesar cada palabra, pausa, sílaba. La caída social a días de la inauguración de su negocio le pondría fin de inmediato. Y de pronto, entendió que la pérdida de la Casa de Correspondencia sería el menor de sus males.

Ella quedaría repudiada de cada casa noble o reunión social… Su hermano y Emily sufrirían también las consecuencias.

Incluso, perjudicaría a sus amigas si las veían juntas en público.

—Necesito un minuto —dijo y se apartó hacia un ventanal, con la mente embotada.

23

Frederick volvió a mirar su reloj de bolsillo. Justo cuando intentaba escurrirse y que Simmons lo cubriera con una excusa, lady Abbott, partidaria de la puntualidad, se presentó. Puso todo su empeño en escuchar rápido sus demandas para despacharla, con elegancia, lo más pronto posible.

Pero la dama había venido a la carga, del brazo de Edward, convencida de que, si lograba darle una solución a la soltería de Banes, su sobrino también accedería a casarse de una vez por todas.

—Oh, mi estimado Banes, es un privilegio ser recibida en *The Golden Gazette*. Un periódico que usted ha sabido sacar adelante y que ha enaltecido dándole honor al nombre de su padre —elogió lady Abbott, pero sus elogios no eran desinteresados, eran un modo de captar su atención, para después usar su labor de inteligencia—. Exitoso diario, aunque un poco escandaloso para mi gusto.

—Gracias, milady, le pongo todo mi empeño y visión.

—Más que una redacción, parece un pequeño imperio industrial. ¿No lo crees, Edward? —Trató de involucrar a su sobrino que estaba muy callado—. Recuerdo haberlo visitado en alguna ocasión cuando usted no estaba al frente. La expansión es alucinante.

Edward hizo un gesto con los ojos pidiendo perdón por no poder convencer a su tía de no acudir a torturar a Frederick, en su papel de casamentera. Y el aludido se alzó de hombros, disculpando a su amigo, sin que lady Abbott se diera cuenta del intercambio

silencioso. Estaba muy distraída contemplando la decoración del despacho.

—Desde que conozco a Fred ha dejado un trozo de su alma y otro de su corazón en cada espacio —terminó por decir Edward y su tía lo miró con orgullo. Era un hombre ejemplar, que algún día también haría un estupendo matrimonio.

—Se lleva toda la cuadra, es magnífico.

—Sí, comprar varios edificios, más que ambición es practicidad —explicó Frederick—. Un edificio para la redacción, otro separado, pero lo suficientemente cerca, para la imprenta. Luego adquirí el tercero para la editorial. Después de impulsar la carrera de la condesa de Pembroke, encontré ese capítulo de mi negocio muy lucrativo. Y como anuncio los libros en mi periódico, no gasto en publicidad. Todos los escritores quieren ser publicados con nuestra editorial. Piénselo de esta forma, si la imprenta, que sirve al periódico y a la editorial, no estuviera en el edificio aledaño, no podría recibirla con todos los honores que merece una dama tan distinguida como usted. Las maquinarias ruidosas le restarían elegancia al ambiente.

—Oh, señor Banes, es usted un adulador. Pero volvamos al grano, veintinueve años y soltero. Está a punto de que se le vaya el tren —se atrevió a señalar sin nada de delicadeza. Lady Abbott disfrutaba sus estocadas, su sonrisa era la prueba.

—¿Cómo? ¿Qué? —soltó desprevenido tras el golpe magistral de la casamentera.

—La vida de solterón es aburrida y solitaria. Tengo la imperiosa misión de corregirlo.

—¿Por qué?

—Supe que vive en el piso superior, lo que no sé si sería atractivo para una joven casadera. Pero una paloma mensajera me susurró que está reformando una de las propiedades que compró en la cuadra para establecer su residencia. Justo la cuarta que hace esquina. Magnífica, señorial, excelente arquitectura. Esa que evadió describirme tras su intrincada explicación del uso de la cuadra que ha comprado. Sin embargo, vivir tan cerca de donde escribe y vende periódicos señalando las debilidades de los más poderosos me

parece un acto temerario, incluso para usted. ¿Pondrá en ese riesgo a su futura esposa e hijos?

¿Pero esa mujer no contestará ninguna de mis preguntas?, pensó mortificado.

—¿Cómo lo supo? —Le sorprendió darse cuenta de que también tenía informantes. Ni siquiera se lo había dicho a Hayden o Edward. Una decisión precipitada que acababa de tomar pocos días atrás.

—No sé qué tan seguro sea que su ubicación en Londres sea del dominio público —insistió, decidiendo no contestarle de forma deliberada, otra vez.

Esta mujer habría sido valiosa como informante para su periódico. Era de armas tomar.

La cara de Edward no disimulaba que se divertía a lo grande. Conocía de cerca que su tía era una experta en el arte de la caza contra los solteros empedernidos.

—¿Por qué lo dice? —En ese punto habría tenido el rostro fruncido por el asedio. Parecía que la dama le daba una bofetada tras otra; pero desplegó sus habilidades de frío comunicador para no dejar que lo sacara de sus casillas.

—Hay enemigos de todas las lides, y usted es experto en provocar a los más poderosos. Espero que el matrimonio calme esos ánimos belicosos. Una esposa de la aristocracia podría reconciliarlo con la élite a la que tanto golpea. ¿No desea una vida más sosegada cuando decida tener descendencia? Con sus medios, puedo conseguirle una dama con una dote jugosa…

Frederick sabía que solo quería a una mujer. Únicamente una podría ocupar ese puesto, si él fuera un entusiasta por el matrimonio.

El día de ayer había sentido angustia al percibir el tormento y la desesperación de Charlotte. Pasó una madrugada pésima, dando vueltas entre las sábanas, luchando contra lo que su alma se estaba empeñando en sentir, contrario a sus deseos.

Y la mañana estaba transcurriendo peor, aún no podía zafarse de sus compromisos para correr hacia ella. Ella que justo en ese momento estaría sufriendo de haberse enterado de lo escrito en los

periódicos… O, tal vez, ajena por completo al escándalo en ciernes, acechándola, cercándola…

Y, sin embargo, el tropel de palabras de lady Abbott le robó una carcajada. Esa dama era increíblemente hábil para conducirlo del punto donde él se ubicaba con firmeza hasta el que ella deseaba.

—¿Cómo le digo esto, milady, sin resultar ofensivo? —Tenía que despacharla ya. No podía dejar a Charlotte esperando un segundo más. No había forma elegante de darle a la casamentera por su lado —. En mis planes no está casarme y menos con alguien de la aristocracia. Cuando esté listo; incluso, tampoco creo llamar a su puerta. Tengo suficiente criterio para saber elegir a la persona que vivirá el resto de mi vida conmigo, si es que lo hago. Y con respecto a la dote, lo considero ofensivo… Es un elemento que jamás tomaré en cuenta.

En su mente no había espacio todavía para el romance. Lo veía como algo lejano. Tenía muchas metas aún por alcanzar.

Incluso así, no concebía el amor como el sentimiento que se describía en una novela romántica.

Para él, la unión entre dos personas se traducía en compartir su vida con una mujer que no se atara a reglas absurdas, que colmara sus noches con una pasión ardiente que encendiera y después aplacara su carne, una mujer que entendiera que quererse era vivir libres y sin ataduras. Quizás, en un futuro muy lejano, se casaría sin grandes muestras de afecto, solo para formalizar el lazo para darle protección a su esposa y su descendencia. Pero no quería un amor sacrificado, ni siquiera era necesario amanecer juntos todas las mañanas, bien cada uno podría tener su propia ubicación geográfica en este mundo.

Lady Abbott lo miró por largo rato, como si le leyese la mente, y después como toda una experta en su arte despegó los labios para contraatacar.

—Señor Banes, he casado a huesos más duros de roer. No sé cómo lo hago, pero tengo el toque mágico. Si un soltero, caballero o señorita, se vuelve mi objetivo, termina tropezando casualmente con el amor de su vida. No me gustan los matrimonios arreglados, prefiero ver caer a un caballero reacio como usted en los brazos del

más tórrido e intempestivo amor. No me subestime. Yo solo he venido a impulsarlo, pero estoy segura de que usted sabe lo que le conviene.

Frederick abrió los brazos, resignado, esa mujer tenía una respuesta para todo. Resolvió dejarla salirse con la suya, solo por ahora.

Al final nadie le diría cómo tenía que actuar. En su mente, ya estaba redactando la nota que le daría a Simmons para avisarle a Broc que se reunieran en la casa de los Banes. Desde allí continuarían buscando a lady Blair.

—Lady Abbott, por favor, creo que es hora de irnos —insistió Edward—. Frederick es un hombre muy ocupado, y hoy no parece estar de humor. Créame que es más amable que esto, pero tal vez nos hemos excedido trayendo un asunto a su mesa que no está dispuesto a valorar.

—Me consta —contestó la mujer levantándose, los dos hombres se pusieron de pie—. Y, por cierto, en su caso, señor Banes, fue su tía abuela, lady Agnes, quien me escribió afligida. Quiere verlo casado antes de abandonar este mundo, y asegura que no le queda mucho tiempo entre nosotros. Dios le conceda una vida larga.

—Tía, por favor, tome mi brazo, es hora de irnos —persistió Edward—. Bien sabe que fue usted quien le escribió primero a lady Agnes ofreciendo sin costo alguno su servicio.

Frederick negó impresionado.

—Oh, querido, solo me faltó resaltar ese dato. Pero lady Agnes me devolvió la carta manifestando su preocupación por la soltería del señor Banes.

Frederick enarcó una ceja ante esa salida. Oh, su tía abuela Agnes sí que sabía sorprenderlo, pero lady Abbott, definitivamente era de armas tomar. En cambio, a su madre jamás se le ocurriría consultar a una casamentera.

—En ese caso, gracias por sus esfuerzos, milady.

—No sigo soltero por culpa de Frederick, mi carrera es muy demandante, me debo a ella —ratificó Edward—. Ninguna mujer sería feliz a mi lado. Mis pacientes me reclaman todo el tiempo.

—Vamos ya, sobrino. Tu amigo lleva una prisa que no sabe disimular.

Los dos hombres se despidieron con afecto, y en cuanto Edward y lady Abbott desaparecieron por las puertas del despacho, Frederick redactó la nota para Broc, mandó a buscar su carruaje y caminó hacia la salida.

Solo un pensamiento tenía en la mente.

¿Cómo le diré a Charlotte toda la verdad?, reflexionó para sus adentros.

Aquella noche en la cena en Hayden House, cuando Charlotte recibió esa carta con una sola palabra escrita, él también había recibido una misiva.

Y no era una advertencia.

El nombre de Charlotte no venía escrito, pero sí el de su padre.

Ya sabía lo que haría, le entregaría la carta, es más, dejaría en sus manos todas las cartas.

Quizás, si juntos enfrentaban el problema sería más fácil encontrar una solución. En ese punto, no solo lo ataba el deber moral de proteger a la hermana de su socio o su amigo, no quería verla sufrir, no quería verla caer, no quería verla perder el sueño que había defendido con tanto ahínco y con tanta ilusión.

Volvió a su escritorio y sacó del cajón que guardaba bajo llave las cartas de *La Voz del Decoro* que había recibido. Leyó la última y se lamentó por no haber puesto a Charlotte sobre aviso antes. Muy probablemente no habría podido evitar que los periódicos hubiesen publicado esa noticia en la mañana; pero quizás alertarla habría ayudado a que la novedad no fuese tan impactante.

Rogó porque ella no supiera nada.

Anheló que fuese él quien la pusiera al corriente, tratando de minimizar los daños.

24



Charlotte tragó en seco, mientras el carruaje con el emblema del ducado de Hayden rodaba por las calles de Bond Street hasta detenerse frente a su Casa de Correspondencia. Depositó sobre el asiento, en el espacio entre ella y Valery, los diarios que sus amigas habían recopilado.

Bonnie y Ettie la miraron desde el banco frente a ellas, brindándole soporte. Las tres amigas trataron de impedir que leyera las publicaciones, pero ella no era de las que se detenían ante la tormenta. Debía saber qué armas tenían en su contra, para poder tomar medidas y protegerse.

¿Se podría salvar? En ninguno aparecía su nombre, pero las referencias al poderoso noble y ciertas señas hacían alusión a su padre.

Suspiró.

Ayudadas por un lacayo descendieron como elegantes rosas victorianas del carruaje y quedaron todas frente a la puerta del establecimiento.

Seguidas de las enormes puertas de cristal y madera que se cerraban por dentro, había una pequeña de cedro por la que se introducían al local los empleados y la dueña.

Charlotte introdujo la mano en su ridículo y usó la llave para abrir, pero esta no encajó en la cerradura. Solo cabía una explicación, su padre había ordenado que la cambiaran.

—Jamás creí que él se atreviera a tanto…

No necesitó ser más específica, todas sabían a quién se refería: al marqués de Blair.

No podía desahogarse y dar un espectáculo que solo alimentaría periódicos y el morbo de quienes se dedicaban a leerlos.

Desesperada, impotente y aguantando las ganas de llorar de rabia y golpear la puerta repetidas veces para desahogar su frustración, se volvió hacia *The Golden Gazette*.

Entonces lo vio, dándole la orden a su cochero para que se llevara el carruaje. Tras cerciorarse de que era seguro pasar, él cruzó la calle hasta ellas.

Alto, intocable, poderoso y serio por la gravedad de los hechos. Parecía más que nunca consciente de su poder, del poder que tenía su pluma, su periódico. Escribiría lo que fuera para sacarla indemne de ese atolladero.

No le importaba de qué se le culpaba, ni siquiera había preguntado, pero estaba ahí para mostrar su lealtad.

Su mirada, directa a los ojos de Charlotte era tan cálida y certera como una promesa. Ella ya no tuvo dudas, Frederick estaba de su lado y no necesitaba reafirmarlo con palabras para que le creyera.

Lo había dicho su amiga.

The Golden Gazette fue el único periódico que no publicó nada sobre la supuesta lady en desgracia.

—Charlotte… —dijo en un susurro que resumía apoyo, consideración, deseos de elevarlas más allá de las nubes para que ningún rumor la tocara.

—Frederick.

Él se humedeció los labios sin dejar de mirarla, y después hizo alto para mostrarse educado con las demás.

—Estimadas damas. Gracias… —Se atrevió a agradecer, aunque no le correspondía. Pero él sabía que en una situación como la de Charlotte, que dos hijas de un duque y la esposa de otro se mostraran en público con ella, era un respaldo muy útil en una situación como la que la joven atravesaba.

Si las tres damas respetables no le retiraban su amistad y, además, se dejaban ver en Bond Street con Charlotte, eso podía advertirle al resto de la sociedad londinense que ellas creían firmemente que las notas escandalosas no se referían a su amiga.

—Mi padre cambió la cerradura. Ahora mismo volveré con un cerrajero para que lo revierta. No permitiré semejante ultraje.

—Así me gusta, guerrera, que nada te detenga —se atrevió a decir Frederick delante de sus amigas y Charlotte lo miró embelesada, mientras las demás contenían un suspiro, entendiendo que no era solo una muestra de solidaridad. Acto seguido, aseguró con un gesto amenazador—: No me parece educado que esperes afuera.

Las cuatro aspiraron aire con fuerza y alguna casi se le escapa un gritito, cuando Frederick de una patada hizo que la cerradura saltara.

—¡Fred! —expresó Charlotte con el corazón agitado por la muestra de gallardía. Con los ojos chispeantes por el despliegue de la fuerza masculina, hasta se olvidó de los daños a su propiedad.

—Lo arreglaré hoy mismo —indicó circunspecto.

—No tienes que pagar por esto, yo…

Iba a explicar que se ocuparía en el acto, pero lo que vio la dejó devastada.

Continuó hacia el interior, con la puerta de madera tambaleándose todavía.

Las damas y Frederick las siguieron también demudados por el asombro.

No había absolutamente nada. El sitio estaba como cuando Charlotte lo compró. Nada de muebles, incluso el producto que iba a comercializar había desaparecido.

Completamente vacío…

Frederick le susurró algo a Ettie que abandonó la estancia. Y sin esperar un segundo más, el alto varón cubrió a Charlotte con sus fuertes brazos.

El mundo se detuvo en ese abrazo para Charlotte.

El mismo suave abrigo, su aroma recordándole una promesa que aún no se había hecho en voz alta, pero que latía y se escapaba

de su insondable mirada.

—Lo resolveremos —le susurró él casi al oído.

—¿Por qué? ¿Por qué una persona tendría el valor de hacer algo así?

Pero ambos sabían que el susodicho era el padre de Charlotte.

El dolor, por tanto, era mayor. Ella necesitaba entender qué tan duro debía ser el corazón de una persona para causarle una pena así a otro ser humano, y más si se trataba de su propia sangre: su hija.

—Voy a darle un escarmiento, querida, aunque sea tu padre voy a hacerlo pagar.

—No quiero que te involucres. Es mi batalla. Me sentiría poco honorable si alguien tiene que pelear mi guerra por mí.

—No si ese alguien lo hace por amor. El amor justificaría que sacuda a tu padre y lo golpee su pomposo rostro, hasta obligarlo a devolver a tu madre, y cargar el mismo lo que te robó para traerlo de vuelta. ¿Qué no haríamos por amor?

Ella no pudo rebatirle, temblaba entre sus brazos. Él ni siquiera la había cortejado y le estaba confesando que se sentía atraído de un modo irreversible y profundo.

Se quedó congelada. Más, cuando Frederick le tomó el rostro entre sus manos y le clavó la mirada directo a sus pupilas, tras realizar su confesión.

Oh, por Dios va a besarme, va a besarme, pensó con la sensatez colgando de un hilo.

Charlotte no pudo contestar, menos corresponderle, aunque su corazón, su anatomía entera le había dado muestras incuestionables de que Frederick ponía su mundo patas arriba. Ese hombre le ocasionaba una revolución. En ese instante, con todo lo que arrasaba su buen juicio, no podía hablar sin que le temblara la voz.

Charlotte, quien se consideraba impulsiva, no pudo darle la respuesta que ameritaba en esos casos. Y Frederick, se quedó más serio aún que cuando llegó, como si en el furor del momento hubiese confiado en que merecía idéntica revelación.

—Es algo que me gustaría ver, Fred. Blair precisa que alguien le dé una lección. Sin embargo, no quiero que te busques otro enemigo.

—Ya lo somos, eso no tiene que preocuparte.

—Gracias, Frederick. Gracias, pero ahora, no puedo frenar la búsqueda de mi madre por recuperar mis posesiones. —Las lágrimas inundaron su rostro y sus iris resplandecieron azotados por la humedad.

—Por supuesto, querida, por supuesto.

Él habló de amor… Y ella se quedó congelada. No pudo corresponderle, aunque su corazón le gritaba que lo eligiera.

Había razones más urgentes en las que concentrarse: su madre seguía ausente.

Lo estudió unos segundos, preocupada por cómo reaccionaría uno de los hombres más deseados de Londres ante una evasiva.

Lo vio recomponerse del fiasco emocional con dignidad. Le costó trabajo soltarla, pero lo hizo al final y, por último, esbozó una sonrisa condescendiente.

A Charlotte le dolió en el alma contemplar ese rostro ufano sin su sonrisa descarada e irónica tan habitual. Y se culpó por romperle un poco el corazón a uno de los hombres más enteros de Londres, uno que jamás pensó ver vulnerable.

Ella no pudo soportarlo más… Y, conmovida, le acarició primero el brazo, después la mejilla.

Él se quedó atento, imperturbable.

Sus amigas, a excepción de Ettie que había desaparecido, seguían como espectadoras silenciosas, incapaces de interrumpir siquiera con el sonido de sus respiraciones. Incluso, se volvieron de espaldas para no estorbar, y después merodearon por las habitaciones contiguas para darles espacio.

—Frederick, mi galán e icónico Frederick. —Charlotte le sonrió y vio sus ojos brillar llenándose de esperanza—. Este mal trago, sería más difícil sin ti. Por favor, quédate a mi lado.

Necesitaba tiempo para dilucidar lo que ese hombre le hacía sentir, pero sin el tormento que la acechaba.

El miedo de perder a su madre o el pavor de ver su reputación arruinada. ¿Y qué decir de la tambaleante posibilidad de cumplir su sueño de abrir su establecimiento?

—No pienso ir a ningún lado sin ti. Ettie fue a pedirle su cochero que vaya de inmediato a *The Golden Gazette* y llame a mi secretario. Blair no puede haber vaciado tu establecimiento sin que alguien de mi redacción haya percibido algo.

Se veía tan humano, como nunca lo había visto, ya no parecía el periodista inalcanzable: *el Látigo*, el que con una palabra ponía a temblar a la aristocracia. Cuando estaban solos él era un hombre, un hombre que podía amar y confesarlo sin que le temblara la voz.

Charlotte se estremeció ante ese pensamiento y sintió el impulso de besarlo, más cuando él la rodeó por la cintura.

—Si tú lo quieres voy a esperarte. —Su voz grave y masculina hizo que los temblores de Charlotte se acrecentaran, y que la necesidad de probar esos labios se acentuara.

Bésame, Frederick, bésame, pensó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

Él, casi leyéndole la mente, se humedeció los labios. Tal vez esperaba que ella tomara la iniciativa. O quizás, tras no recibir una respuesta equiparable a su revelación, decidió aguardar a que ella estuviera completamente lista para dar el paso.

Charlotte tragó en seco muerta de sed, y a punto de tomarlo por la chaqueta y abrazarse a él para devorarle esa boca deliciosa y cínica, la voz de Valery hizo que el momento se perdiera.

—Hay una carta. Es una nota de Blair.

Charlotte y Frederick miraron en la dirección de la que venía Valery. Bonnie también dejó lo que estaba haciendo y se reunió con ellos.

—En tu oficina, tu escritorio está intacto y encima encontré este papel —continuó Valery.

La hoja venía abierta. Charlotte no dudó en tomarla y leerla.

—Mi padre… —Tuvo que tragar para poder continuar hablando, no daba crédito al texto que sus ojos recorrieron—. Mi padre dice que me devolverá todo a cambio de casarme con Marcus. Y, lo más importante, asegura que mi madre está en perfectas condiciones, que se encuentra en Londres y que será devuelta a la mañana siguiente de la boda.

—Es un canalla —soltó Bonnie muy enfadada—. Si lo deseas ahora mismo vamos contigo a exigirle que devuelva todo, no tiene derecho a tocar nada, lo has comprado con el dinero del premio. Hay una cláusula que impide a los padres hacer uso de esas libras sin el consentimiento expreso de la ganadora.

Frederick soltó una carcajada sarcástica, imaginando lo que haría Blair con esa información. Él sí sabía de lo que ese indeseable era capaz de hacer con tal de mantener a todos bajo su yugo.

—No conoces a mi padre, Bonnie. A él no le importan las cláusulas, las leyes… Buscará una forma poco honorable de burlarlas.

—Y quedará bien parado frente a todo Londres —terció Frederick—. No iría en realidad contra la ley imperante, Charlotte aún no cumple veintiuno. Yo sí conozco la calaña de ese hombre. Lamento profundamente que sea tu padre, pero no puedo expresarme de otra forma.

—Regresó porque estoy a punto de cumplir veintiuno y quiere usar su poder antes de que la edad me dé cierta independencia —explicó Charlotte.

—Como si la mayoría de edad detuviera a hombres del estatus de Blair. Las mujeres, desgraciadamente, están muy desprotegidas por las leyes de esta sociedad. No podría ser diferente, la mayoría de las reglas las dictan los hombres. —Frederick se veía tan furioso que las damas temieron que, si Blair se le cruzaba en ese momento, olvidaría las maneras propias de un caballero y le daría un golpe con el puño en medio del rostro que lo pondría a dormir por unas cuantas horas.

—No puedes casarte con mi primo —saltó Valery—. Marcus te usará hasta que les des los hijos que necesita para darle continuidad al condado y después te escupirá en la finca del emblema familiar. Jamás volverás a Londres. Es un libertino que nunca dejará sus vicios atrás.

—¡Por supuesto que no! —gruñó Frederick con un músculo tensándose en su sien—. ¡Antes prendería fuego a Londres!

Ipso facto el hombre miró a Charlotte, como si buscara su aprobación, como si quisiera la confirmación de que ese matrimonio

era repudiado por ella. Necesitaba que le diera vía libre.

—Primero muerta que dejar que ese asqueroso que ha tocado a medio mundo me ponga un dedo encima —ratificó Charlotte y el asco se percibía con claridad en su expresión.

Él exhaló fuerte y tomó aire de nuevo con rapidez. Era todo lo que necesitaba oír. Ella no perdió detalle, y la ira masculina volvió a conmoverla.

Sus amigas negaron también con repulsión.

—¿Cuántas camas habría visitado ese libertino? ¿Y qué clase de camas? —criticó Bonnie asqueada pensando en las enfermedades a las que tal vez se había expuesto.

Ettie apareció de pronto, robándose toda la atención, con el secretario de Frederick siguiéndole los pasos.

—Perdón por la tardanza. Fui en persona a buscar al señor Stevens. Un cochero no causa la misma impresión que la duquesa de Hayden cuando necesitamos rapidez.

—Ettie —dijo Valery con ternura, negando ante las peripecias de su amiga que era imparable. Ni siquiera, su nueva elevada posición la detenía cuando consideraba que defendía una causa justa.

—Stevens es eficiente —siguió la duquesa—. Ya mandó a buscar al cerrajero. Aunque el sitio esté vacío no debe quedarse abierto. Y ya tiene noticias sobre lo que sucedió. El portero de *The Golden Gazette*, un mozo y otros empleados vieron a Blair venir con unos hombres. Les dio la orden de desmantelar todo. El marqués no se quedó para verlo.

—Por el Altísimo —se lamentó Charlotte—. Ni aunque recupere la mercancía podría inaugurar a tiempo. La noticia correrá de boca en boca. Ya todos deben estar murmurando que la Casa de Correspondencia cerró antes de abrir sus puertas.

—Stevens se quedará a cargo. Supervisará que el cerrajero haga bien su trabajo. Necesitamos más seguridad. No queremos que alguien vuelva a abrir la puerta de una patada —dijo con ironía y a Charlotte se le erizó la piel, ahí estaba la sonrisa cínica de siempre, los ojos de Frederick soltaban chispas salpicadas de sarcasmo—. Stevens tomará las medidas pertinentes. Es un hombre astuto. Stevens, manda a investigar con nuestra red de informantes a dónde

han llevado todo el mobiliario y la mercancía. Y, por favor, envía una nota con un mensajero a la casa de mi madre. A mi desafortunado amigo escocés ya deben haberle salido raíces de tanto esperarnos. Avisa a Mackenzie que hoy no saldremos de viaje. La marquesa está en Londres.

—¿También despliego nuestra red para averiguar sobre su paradero? —inquirió Stevens.

—Claro, eso no se pregunta. Ya sabemos que no está en las casas que el marqués tiene en la ciudad.

—Al menos las que conocemos que tiene. Mi padre es un lobo viejo, tal vez posea alguna propiedad que no consta en los registros, donde llevaba a sus amantes —intervino Charlotte sin que la voz le temblara.

Las damas tampoco se alarmaron, conocían algunos capítulos oscuros en el pasado de la vida de su amiga. Las infidelidades que hicieron infeliz a Marianne eran heridas familiares que Charlotte no perdonaba.

—Buen punto —concordó Frederick y le hizo un gesto a Stevens para que tomara nota mental—. Tal vez no hemos buscado lo suficiente. También están los hoteles.

Stevens dio media vuelta y tras despedirse con gran ceremonia se retiró a cumplir con lo dispuesto.

Las amigas estaban exhaustas, sobre todo Charlotte, que tenía dos círculos oscuros bajo sus ojos. Jamás se había visto tan agotada. No era solo cansancio físico, era un embotamiento mental y el desgaste emocional de luchar contra los obstáculos que su padre se empeñaba en ponerle.

—Charlotte, esta mañana ha sido agotadora —comentó Ettie con afecto—. ¿Por qué no te vas conmigo y te refugias en mi casa? Mañana retomaremos la búsqueda de tu madre. Sabes que Valentine será el primero en unirse a nosotras.

—Estoy hospedándome en casa de la señora Banes —dijo algo indecisa. Frederick la miró expectante de que más añadiría—: Creo que a mi padre jamás se le ocurrirá buscarme allí, y ahora lo último que deseo es cruzarme con él. Si lo veo no sé de qué seré capaz. A

mi padre hay que vencerlo con la mente fría. Actuar impulsivamente ahora solo me traería desventaja.

—¿Quieres continuar en casa de la señora Banes? —inquirió Ettie y le lanzó una mirada confundida a Frederick. ¿Qué se estaba perdiendo? ¿Su amigo estaba cortejando a Charlotte? Pero Frederick jamás cortejaba. Además, era enemigo del matrimonio. Lo que le pasó por la mente casi le hace soltar una exclamación nada agradable.

—Me quedaré en casa de la señora Banes —resolvió y las demás la miraron preocupadas. Con todo lo desplegado en los periódicos solo serviría para alimentar más los rumores si se llegaba a conocer.

—Pero, amigo mío… —insistió Ettie y se quedó sin concluir la frase.

La mirada de Ettie sobre Frederick fue más efectiva que mil palabras. Bastó para decirle que no se atreviera a comprometer a su amiga, menos en un momento en que estaba vulnerable por completo.

—Charlotte, insisto. La señora Banes es una buena mujer de intachable reputación, pero tiene un hijo soltero —añadió la duquesa lanzando una miradita acusatoria en dirección de Frederick, que le devolvía la mirada en son de protesta, como si él no rompiera un plato y aquella pretendiera acusarlo injustamente.

—Tampoco lo creo prudente con todo lo que estás pasando —se sumó Bonnie a tratar de hacerla entrar en razón.

—Iré con Frederick —sostuvo Charlotte.

Valery tomó a Bonnie y a Ettie de las manos.

—Es hora de irnos. Charlotte nos convocará en cuanto seamos necesarias.

—Pero, ¿tú apoyas esto, Valery? —preguntó Bonnie muy preocupada.

Ettie con dos dedos señaló sus ojos y después los de Frederick para darle a entender que lo estaría vigilando.

—Querida amiga, cuidaré a Charlotte —le aseguró Frederick, mientras no podía disimular la dicha que sentía. Ella lo había elegido de apoyo para enfrentar ese difícil momento de su vida.

25



Al fin se quedaron completamente solos. Se miraron por unos segundos y después ella se le acercó.

Frederick todavía asimilaba que ella se había quedado con él. No quería la protección del duque de Hayden, esposo de una de sus mejores amigas. Y también recalcó que no deseaba el amparo del poderoso e irrebatible duque de Norfolk, mentor de su hermano.

Había sido muy enfática al elegirlo a él para esa misión, así que eso calmaba la desazón que le quedó en el pecho, cuando ella no correspondió a su efusiva declaración de amor.

¿Cómo demonios me atreví a tanto? ¿A hablarle del sentimiento más profundo?, pensó.

Ni había reflexionado consigo mismo para darle nombre al maremoto de emociones que esa mujer le hacía sentir; y su lengua desatada se había adelantado, incluso a su análisis exhaustivo.

Era un hombre determinado, pero previo a esto era frío y calculador. No estaba acostumbrado a dar pasos en falso.

¿Y ahora qué haría con la revelación de ese sentimiento? Amor era una palabra inmensa, la miraba y no tenía dudas. Desde que la conoció le había parecido atractiva. Atractiva, pero también inalcanzable.

Era la sangre gaélica que recorría las venas de esa gloriosa pelirroja, que lo hechizaba, que lo invitaba a seducirla, que enardecía su pecho con el anhelo creciente de hacerla suya… Sin

embargo, se preguntaba: ¿qué pasaría después de satisfacer el deseo primigenio que lo estaba enloqueciendo?

La estudió por un instante.

Charlotte era una dama casadera, pero no parecía indefensa o necesitada. Era una mujer que tenía las riendas de su vida y que, a pesar de que su padre intentaba arrebatárselas, ella seguía manteniendo el equilibrio encima del corcel, decidida a no ceder.

Y él le había hablado de sus sentimientos en un momento de debilidad para los dos. Sin embargo, ella tuvo más temple que él, no se dejó llevar por las atribuladas circunstancias, dándole valor a lo que tenía en su interior. Era simple y por ello la admiraba más. Charlotte no regalaría sus afectos a quien no se los mereciera.

Pero al aceptar quedarse en casa de su madre dejaba abierta una ventana para conocerlo más, para probar su valía.

Y él, de pronto, recordó que ella era la hija de un marqués, y que cuando la conoció puso freno a la admiración que le hizo sentir porque consideraba que no estaba a su altura.

La hija de un marqués se casaba con un igual. Casi nunca la dejaban en manos de un segundo hijo y él ni siquiera alcanzaba para eso.

Y ella, no era una mujer de las que se enredaran con un hombre solo por capricho, se le veía en los ojos. No importaba el motivo por el que *La Voz del Decoro* la estuviera acorralando, si su traspié tenía que ver con un hombre, Charlotte parecía haber aprendido la lección.

Frederick era un zorro muy astuto y sabía que por ahí venía el asunto escandaloso. Se le veía en la mirada, Charlotte había vivido algo que no tuvo un final feliz y la experiencia la hizo más fuerte.

—¿Estás seguro de que deseas estar ahora aquí? —La voz de ella lo sorprendió en medio de una encrucijada mental.

—Sí —asintió para reforzar ese acto.

Por Dios, cómo quiero besarla, nunca me había sentido tan hambriento. Pero si me lanzo a su boca, ella creerá que me aprovecho de sus circunstancias, pensó.

—Te quedaste muy callado y serio.

—Lo siento. Hay tanto que considerar. ¿Y tú estás segura de que no deseas casarte con mi primo malvado? —Era un maldito celoso, necesitaba volver a escucharlo.

—Completamente.

—Pero eso no quiere decir que lo rechazas porque tu interés está sobre alguien más —lanzó una pulla mordaz.

Ella negó y esbozó una sonrisita sardónica.

—Eres incorregible, Frederick Banes. Ni siquiera había pensado en las razones de mi rechazo a ese partido tan poco estupendo.

—Creo que fuiste muy directa al decir que ese libertino te da mucho asco. —Oh sí, adoró ese momento triunfal. Marcus no tenía oportunidad.

—Sí, entonces esa es una razón de peso. Pero no es la única. —Se tomó un par de segundos para analizar lo que sentía y lo que iba a decir—. Aunque no tuviese interés por alguien más, aunque fuese el último hombre soltero en el mundo no lo desposaría. Marcus no me agrada, incluso si no fuera un libertino. No tenemos los mismos valores y no me parece atractivo. Así que no me entrará ni por los ojos ni por el corazón. Está completamente descartado.

—Es un alivio saberlo. —Sonrió con los ojos, muy descarado—. ¿Te parecería muy atrevido que te invite al periódico?

—No atrevido, pero sí muy concurrido. Todos tus empleados nos verán entrar.

—Querida, mis empleados están muy bien pagados. Ninguno habla sobre mis visitas, ya están acostumbrados.

—Oh, señor Banes —agregó con ironía y un poquito de decepción, tratándolo con cierta formalidad solo para enfatizar su sarcasmo—. ¿No me diga que lleva a sus conquistas al periódico o a la casa que tiene más arriba? Se me caería de un pedestal si admite que usted también es un libertino. He sido muy clara al decir que no me agradan.

—No me considero un libertino, pero tampoco soy casto. Lamento decepcionarte —bromeó—. Pero, ya que quieres saber al respecto, te confieso que mi intimidad ha sido sana. He tenido mujeres, pero han sido relaciones largas, que por cuestiones de la vida no han prosperado. No frecuento burdeles, tampoco suelo tener

relaciones de una noche. —La miró y ella se sonrojó ligeramente—. Quizás, ninguna ha sido la indicada. Tampoco son tantas. Terminaron dejándome porque tardé demasiado en proponer matrimonio. Como dije, no estaba listo para dar ese paso.

—¿Martha Day? —Le clavó la mirada con firmeza. Era ahora o nunca. Martha no le desagradaba, no le parecía oportunista ni descarada. Jamás la vio comportarse de modo indecente ante él, y hablaba con genuino amor de su esposo. Pero tenía esa espina clavada y deseaba arrancarla.

—¿Martha Day? —reflexionó con cuidado.

—También tengo mis informantes… —contraatacó, hacía rato quería darle una lección en su propio terreno.

Él exhaló largamente. Eran arenas movedizas. Debía decir la verdad y lidiar con las consecuencias, lo contrario haría que la perdiera antes de tenerla.

Fue otra época de su vida…

—Yo tenía veinticuatro años… Ella es solo uno menor. Fue un descuido y me arrepiento mil veces, es una buena mujer. Los dos éramos solteros, yo con mis necesidades humanas, ella llena de ilusiones… Creí que había una chispa, pero muy rápido me di cuenta de que los leños estaban verdes… Jamás tuve un *affaire* con una empleada, ni antes ni después. Hablamos al respecto y quedó resuelto. Nunca la llevé a la cama. Fue una inclinación que pude frenar a tiempo, antes de que las consecuencias fueran más difíciles de manejar para alguno de los dos. No me pareció ético despedirla y después de ese momento ha primado el respeto. Incluso, creo que nos hemos tomado cariño, como amigos. El esposo de Martha lo sabe. Todos hemos dejado ese capítulo atrás.

—Oh, es usted muy directo.

—No me queda más que la franqueza si deseo obtener lo mismo de mi contraparte. —Su mirada fue tan sincera que ella bajó los párpados y suspiró.

—¿Y la fama de conquistador?

Él se alzó de hombros.

—Tal vez es consecuencia de mi larga soltería.

—Como sea, gracias por estar aquí, Fred.

A él casi se le detiene el corazón cuando ella le llamó de nuevo de esa forma tan íntima y cariñosa.

—No iré a ningún lado, querida, si no es contigo. Solo me apartaré si ya no me quieres cerca.

—Me encantaría conocer tu periódico, sentarme en tu silla y poder tocar tu escritorio. Pero tampoco quiero suscitar más rumores de los que ya me persiguen.

—Cuando me refería a la discreción de mi personal no lo decía por alguna mujer. Hay informantes que exigen absoluto silencio sobre su visita a mi redacción.

—Oh, entiendo —dijo al fin, y se notó que experimentó alivio.

—Hay algo que debo revelarle, que tal vez ayude… Tengo unas cartas firmadas por alguien que se hace llamar *La Voz del Decoro*. Creo que hacen alusión a ti, porque el nombre de tu padre aparece claramente identificado. Quiero mostrártelas, pero aquí no hay donde sentarse y ya llevamos mucho tiempo de pie. Y tú te ves agotada.

—Sí, eso es muy cierto. Ya me duelen las piernas.

—Mandaré mi carruaje a buscarte. De manera muy conveniente, no tiene emblema alguno. Para un periodista lo contrario sería poco práctico. —Y añadió eso último para que ella no sacara conclusiones con respecto a conquistas previas.

Nunca había conocido a una dama con tanta aversión a los libertinos, pero la entendía. Su padre había sido infiel muchas veces a su madre desde que ella era muy niña. Seguro, en la mente de Charlotte, quedaron huellas imborrables del dolor que su madre sufrió.

—Continúa.

—Mi carruaje entrará por detrás. Hay un patio posterior que une los edificios. Hace mucho acondicioné un espacio para mi vehículo y mis caballos. Nadie más que el mozo de cuadra y el cochero lo usan, y son muy discretos. Te invito a mi morada, allí podremos relajarnos y leer las cartas. Creo que estás interesada en descubrir quién está detrás.

—La última vez que accedí a una propuesta semejante, todo se salió de control y acabé herida —confesó sin dudar, mirándolo para

estudiar su reacción.

Frederick la examinaba, pero no se mostró escandalizado por la confesión a medias. Con aquellas palabras, Charlotte le hizo confirmar sus sospechas, y aunque acrecentó su curiosidad, no dejó que fuera más fuerte que lo que en el fondo importaba.

—De verdad quería que conocieras mi espacio. Pero respeto que consideres que no es una buena idea. Tal vez, cuando esté aquí tu hermano y su esposa como carabina, pueda atreverme a invitarlos. Espero que no sea muy humilde para lord Moray.

—Mi hermano se casó por amor. Y su esposa era posadera, y lo digo con orgullo, es mi hermana también. No nos importan ni el estatus, ni los títulos y menos la fortuna a la hora de elegir amistades o un compañero de vida.

—Mandaré el carruaje para que te lleve a la casa de mi madre. Me ocuparé con Stevens de dejar todo en orden por aquí. ¿Te gustaría que te visite más tarde? —Trató de sonar como si nada, y a ella le encantó.

—Sí —contestó y le puso la palma de la mano sobre la chaqueta, en un gesto que a él lo conmovió. Pero después añadió para no alimentarle el ego—: Necesito leer esas cartas. Tal vez yo pueda adivinar quién se esconde detrás. Es un hecho irrefutable que esa persona me conoce muy bien, para saber tanto de mi pasado.

Ella no se defendía de las acusaciones. Sus respuestas confirmaban que había un secreto muy escandaloso guardado herméticamente. Debió ser así hasta que *La Voz del Decoro* se enteró o se cansó de ocultarlo, y decidió hablar.

—Hay algo que tienes que saber antes de leer. Esa persona no tiene intenciones de pedir un beneficio a cambio. Cuando me escribió a mí lo hizo con una finalidad, que yo publicase la nota para dañar tu reputación. Creo que pensó que un periodista de mi estilo hurgaría hasta dar con la verdad.

—¿Y no lo hiciste?

—Ya te dije que no es mi especialidad contribuir a arruinar la reputación de una señorita. Me parece detestable.

—Lo es. Los caballeros se comportan peor y la sociedad muchas veces decide ignorarlo. Algo me da curiosidad. ¿Por qué no darte mi

nombre y toda la información si solo perseguía arruinarme?

—No lo sé. No lo había pensado. Es una buena observación.

—Tal vez no pretendía esclarecer los hechos, sino alimentar los rumores para obligar a mi padre a actuar.

—Habla.

—También he recibido cartas de *La Voz del Decoro*. No las tengo aquí, pero me ponían varias exigencias. Y mi padre me reveló esa vez que me dio una bofetada…

—Voy a matarlo —la interrumpió.

—No, es un ser autoritario, despreciable, pero sigue siendo mi padre. De nuestras diferencias me ocupo yo. Te prohíbo ensuciarte las manos. Tampoco quiero que cargues con una responsabilidad que no te corresponde.

—Tal vez deseo que me corresponda.

—Oh, Fred… —Eso la hizo sentir ternura. Él la defendía con tanta firmeza.

—Continúa hablando sobre la misiva que él recibió.

—Me reveló que le escribieron también… Por eso volvió a Londres. Vi la carta, pero estábamos en medio de una funesta discusión, así que no pude leer más que la firma: *La Voz del Decoro.*

26

Frederick se llevó la mano a la frente, cansado. Tras un rato en su despacho poniendo en orden sus asuntos, vio a Broc aparecer con cara de pocos amigos. El escocés no toleraba que lo hicieran esperar, pero entendió las razones cuando le llegó el mensaje para que abandonara la residencia de la señora Banes.

Tomó asiento frente a Frederick, decidido a resolver cuanto antes la desaparición de lady Blair.

—Pensé que ibas a ir directo a The Crest Stud. Detesto que hayas perdido la mañana y parte de la tarde —le dijo Frederick.

—Zachary no es solo mi socio, también es mi amigo y ya te he dicho que no estaré feliz de quedar como un idiota, si llega y no tengo noticias sobre su madre. Mi intención es controlar el caos antes de su regreso. Tus informantes no son tan astutos como me imaginaba —protestó enarcando una ceja oscura—. ¿Cómo es posible que no hayan dado con el paradero de la marquesa? No puede haberse desvanecido de la faz de la Tierra sin un alma que viera o escuchara algo.

—Parece que Blair es más hábil de lo que imaginaba. Tampoco estoy tranquilo, menos feliz. Redoblaré la búsqueda. Ofreceré un incentivo mayor.

—Hay un fondo en The Crest Stud para emergencias, cuenta con ello.

Era lo que menos le importaba a Frederick en ese momento, aquella lucha se estaba volviendo personal y lo enardecía dentro del pecho reconocer el motivo.

—Amigo, creo que hoy tú y yo no podemos hacer nada más. También investigaré, pero por mi cuenta. Charlotte sabe más de lo que me ha contado, hablaré con ella. Tal vez si se abre conmigo aparezcan las pistas que nos han pasado desapercibidas. Hay algo turbio con Blair, necesito saber quiénes son todos los involucrados.

—¿De qué estás hablando?

Le contó de manera rápida y concisa sobre las cartas que había recibido, sin mencionar algo que pusiera en entredicho la reputación de la señorita implicada —que para él estaba cada segundo más claro que se trataba de Charlotte—. Blair era un libertino, pero en su haber sus amantes nunca fueron tan jóvenes, no se fijaba en damas casaderas. Le gustaban las mujeres con experiencia y de una edad similar a la suya. Lo había estudiado durante bastante tiempo para descubrir sus deslices políticos y económicos, y el tema privado había salido a relucir, sin proponérselo.

—¿Qué te traes con lady Charlotte? —El escocés se inclinó hacia delante y lo miró fijamente.

—¿A qué te refieres? —Con falso cinismo trató de disimular sus afectos. Incluso carraspeó para alejar el agudo olfato de Broc sobre lo que de verdad ocurría entre Charlotte y él.

—Zachary no tolerará ninguna conducta ligera con su hermana.

Y Frederick lo sabía, era un amigo que no podía perder por no aclarar sus sentimientos. Lo que se removía en su interior por la bella dueña del establecimiento de enfrente, debía ser muy sólido antes de mostrar su interés en público.

—¿Me acusas de tener intenciones livianas con Charlotte? —arremetió para defenderse.

Broc gruñó por toda respuesta y negó.

—En realidad no quiero saber qué se traen los dos. La dama no es de las que escuchen consejos y tú… Espero que tengas bien medido el terreno en el que te estás metiendo. Zachary no tolerará que mantengas un *affaire* con su hermana.

—Jamás me ha pasado por la cabeza. No mezclaría las cosas.

—¿Entonces tus intenciones son serias? —Volvía a escrutarlo con la mirada, como si pretendiera escarbar para descubrir lo que no se atrevía a decir en voz alta—. Blair no se quedará de brazos cruzados. Tú y yo no somos la clase de hombres a los que un marqués le entregaría la mano de su hija.

—¿Ya nos ves desfilando al altar?

—Solo digo, que no veo otra opción si no quieres un *affaire* con ella, lo cual considero poco probable si estimas tu vida. Zachary se pondría como un desquiciado. A fin de cuentas, Blair jamás bendecirá esa unión. Tendrían que escaparse a Gretna Green.

—Oh, no, eso no va conmigo… Ni siquiera he pensado en el matrimonio como algo cercano. Tal vez en un futuro, no lo tengo claro. No sé si sería un buen esposo.

Broc gruñó de nuevo.

Frederick mostró su disgusto. Lo que le faltaba, tener que dar explicaciones. Eso le pasaba por poner los ojos en la hermana de uno de sus amigos.

—Haz tus averiguaciones, Frederick. Es un hecho que no podemos continuar a ciegas, y si lady Charlotte nos oculta algo es tiempo de que lo suelte, si desea colaborar para que encontremos a su madre —arremetió para zanjar el tema y dar por concluida la discusión—. Mañana retomaremos la búsqueda.

—Tienes mi palabra. Mañana tendré los detalles que nos pasaron por alto para encontrar a la marquesa y saber quién está detrás de las cartas. Solo así estaremos en el camino correcto para descubrir quién es el enemigo, además del despreciable de Blair.

Cuando Broc se fue revisó todas las cartas de *La Voz del Decoro* que tenía bien guardadas en los bolsillos internos de su chaqueta. Se cubrió con su abrigo de vicuña, se colocó el sombrero de copa y solicitó el carruaje. Necesitaba hablar con alguien, cuanto antes.

El cochero detuvo a los caballos frente a una propiedad color crema de la calle Harley. A cada lado tenía dos magníficas lámparas de gas. La elegante construcción guardaba cierta uniformidad con

las demás de la cuadra. Ventanas altas y estrechas con marcos blancos se extendían por los cuatro pisos.

Tras despedir al conductor subió los tres escalones de mármol. Una puerta negra con aldaba de latón, a la que no tardó en llamar, le dio la bienvenida. Junto a esta, una placa de bronce pulido tenía el nombre del doctor Edward Raleigh.

El secretario le abrió la puerta. En cuanto lo vio lo saludó, casi seguro de que no venía a pedir una cita.

De inmediato, Frederick se dio cuenta de que había sido una pésima idea acudir sin avisar. Tres personas más aguardaban en el salón de espera. Edward era un médico muy solicitado, sobre todo, porque había ampliado los servicios que ofrecía.

Las personas no solo acudían con él para que les tratara las dolencias del cuerpo, también depositaban en él sus atribulaciones o malestares del corazón —los que en muchos casos ocasionaban dolores o molestias físicas—.

El doctor Raleigh los atendía sin juzgar y sin tacharlos de enfermos mentales, sino que les brindaba comprensión, escucha y la mayoría de las veces alivio.

—Creo que debí sacar una cita con mi amigo para una hora menos concurrida.

En ese momento la puerta del consultorio se abrió y el paciente que había estado atendiendo salió, listo para dirigirse al secretario para pagar sus honorarios. Antes de atenderlo el secretario le dijo:

—Está de suerte, señor Banes, el doctor tiene media hora antes de que venga el siguiente paciente.

—¿Y estas personas? —preguntó confundido.

—Dos vienen para curación y el otro para remover un vendaje. Los atenderán las enfermeras. —Se refería a dos jóvenes estupendas formadas en el hospital de Saint Thomas que trabajaban con Edward.

—¿Y dejaré a mi amigo sin su media hora de descanso?

Consideró que Edward trabajaba demasiado, sin contar con los cursos que siempre tomaba. Vivía en constante preparación, dedicado a su carrera.

—Les enviaré un té y unos refrigerios.

—Oh, eso será formidable. —Él también llevaba buen rato sin probar bocado.

—Lo anunciaré.

—Por favor, déjeme darle la sorpresa.

El secretario dudó, pero sabía que el médico y Banes eran muy cercanos, así que se dejó convencer.

Cuando entró al consultorio, Edward terminaba de lavarse las manos.

—¿Frederick? —dijo asombrado y se acercó para darle un abrazo.

—Parece que nos estamos viendo más que de costumbre. No solo lady Abbott te aleja de tus pacientes, ahora vengo también a robar tus pocos minutos de descanso. ¿Cuántas horas trabajas al día, Edward?

El médico le ofreció asiento con un gesto y ocupó su lugar.

—No me hagas esa pregunta. Bien sé que también trabajas más de las horas recomendables. Deberías aprovechar que estás aquí y dejar que te examine.

—Oh, creo que eso lo hiciste hace tres meses y he tomado los remedios que me aconsejaste para mantenerme fuerte como un toro. No me ha dado ni un resfriado. Vengo por otro asunto.

—Te escucho.

—Me refiero a esos asuntos por los que vienen algunos de tus pacientes. —Enarcó una ceja para darse a entender.

Edward se puso de pie, bordeó el escritorio y se apoyó en el borde de la madera para quedar más cerca de su amigo.

—¿Te sucede algo? ¿A qué te refieres?

—No vas a creerlo. Mientras tu tía la casamentera busca una forma ingeniosa de convertirme en un corderito que marche al altar, yo… he comenzado a sentir un afecto intenso y a la vez desconcertante por una mujer.

Edward lanzó unas lozanas carcajadas.

—No es la primera vez que te oigo entusiasmarte con una mujer. ¿Hay avances? Oh, no me digas que es casada o está a punto de comprometerse. Frederick, eres un insensato, no aprendes.

Aunque juegas a seducir a algunas, al final eligen al que les hace la corte y les ofrece estabilidad. Ejemplo la señora Day.

—Bah. —Hizo un ademán con la mano—. Lo de Martha no fue serio para ninguno de los dos. Y se volvió irrelevante para ambos. La estimo como persona, es todo. Y me alegra su felicidad. Además, de eso ya quién se acuerda. Solo Daisy y tú insisten en recordarlo. Nadie en el periódico lo supo. Fuimos discretos.

—¿Quién te trae con el ala caída? Porque por tu cara aún no ha sucumbido a tus encantos.

—Estoy por creer que tu tía, lady Abbott, en realidad es una bruja.

Edward rio a sus anchas, lo necesitaba, juraba que era medicina para el alma.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó todavía más intrigado.

—Creo que me estoy enamorando. No es solo un interés carnal, quiero protegerla, ponerla en la palma de mi mano y que nadie la toque, que nadie pueda lastimarla. Además, me he descubierto sonriendo como un idiota en situaciones que, incluso, le he criticado a otros por parecerme ridículas o absurdas.

—¿Quieres protegerla? —preguntó más intrigado, sin que la sonrisa se borrara de su rostro.

—Sí. A pesar de que ella no es de las que necesitan ser rescatadas. Tiene una fiereza interna… Es tan desafiante de las normas. Más que yo. Creo que juntos seríamos explosivos. Nunca había conocido a una mujer que admirara y a la vez sintiera la necesidad de exigirle que se calmara. No puedo creer que he terminado justo como Hayden, babeando por los rincones por…

—Me gusta más la frase suspirando por los rincones. —Su carcajada llena de júbilo debió escucharse en la recepción.

—Babeando por los rincones y con riesgo de tropezar y resbalar con el charco enorme que dejo a mis pies.

—Qué melodramático, Fred. Solo estás enamorado.

Frederick suspiró.

—¿Es tu veredicto como médico?

—El amor no se diagnostica, amigo. No es una enfermedad, aunque puede doler tanto como una, sobre todo cuando no es correspondido.

—Hablas como un poeta porque aún no te he dicho quién me inspira esos sentimientos. —Miró al cielo raso a punto de decir su nombre, como si fuese a revelar un secreto que no debería ser jamás confesado.

—Dilo. Vamos. Siempre has sido valiente. ¿Qué tan malo puede ser? Oh, ya sé, esa actriz de la que escribiste como tres artículos. A lady Agnes no le gustará, pero tu madre es más indulgente. La señora Banes estará feliz si algún día te casas, no se pondrá exigente.

—No, quién se acuerda de eso. Y mi madre o mi tía no son las que me preocupan. Al contrario, estarían felices de saber quién es. Creo que hasta la aprobarían.

—Oh. Entonces es alguien elegible desde la visión de las damas de tu casa. ¿Cuál es el problema? ¿Tu predilección por aferrarte a la soltería? ¿O el no encontrar una forma decorosa de proponerle un trato respetuoso a una mujer que, según la poca información que me has dado, parece decente?

—Sucede que quien no soy conveniente soy yo. Es hija de un noble. Yo no estoy a su altura.

—¡Por Dios, Fred! ¿Cuándo te han importado esas tonterías?

—Es a ti a quien jamás te ha importado que te miren por encima del hombro los que se creen de una clase superior, con sus títulos rimbombantes.

—Por supuesto, porque todos somos iguales, simples seres humanos y no me dejaré incomodar por el complejo de superioridad de algunos obtusos. Me resbala y sigo concentrado en lo que de verdad es valorado por mí.

—A ti te resbala, a mí me enerva.

—No me digas, ahora, que toda esa estupidez que te decían los amigos de Marcus te sigue llenando la cabeza. Marcus tiene el título de cortesía y la posibilidad de heredar y continúa siendo infeliz. ¿De qué le ha servido ser el primogénito de un primogénito? Tú y yo

podemos dedicarnos a lo que deseemos, con la entera libertad de no estar al servicio de un linaje. Eso no tiene precio.

—Lady Charlotte Moray —dijo el nombre y con eso logró que su amigo dejara de hablar.

—¡¿Estás loco?!

—Te dije que era un sinsentido.

—Odias a su padre, son archienemigos.

—En mi defensa diré que su hermano es mi socio y amigo.

—Zachary es formidable. —Edward también había labrado una gran amistad con aquel, tras ayudarlo a resolver los problemas que le atormentaron durante años, por la pésima relación que tenía con su padre.

—Aunque tampoco celebrará, seguramente, que un plebeyo se case con su hermana. —Frederick expuso sus temores.

—No. Zachary no es de esos. Él se casó por amor. En él tendrás un aliado siempre que tus intenciones sean honorables. Lo que el escocés jamás toleraría, sería que pretendas tener una relación con la hermana similar a las que acostumbras, sin ataduras o compromisos.

Frederick le lanzó una mirada de fastidio a Edward, jamás había tenido una relación convencional y su amigo tampoco.

El aviso del secretario sobre la llegada del próximo paciente los interrumpió.

Edward se despegó del escritorio y Frederick se puso de pie. El doctor solo tenía un par de minutos, trató de concluir y ser útil para su amigo.

—Fred, si encuentras el amor no lo dejes escapar. No permitas que la oportunidad pase por tu lado sin tomarla.

—Todavía me pregunto, ¿cómo sucedió esto? Recuerdo cómo nos conocimos… No éramos muy amables el uno con el otro. Sin quererlo, pasamos de ser opuestos, a sentirnos poderosamente atraídos. Porque sí, ella trata de disimularlo, pero sé que tampoco le soy indiferente. Todo mi cuerpo se estremece cuando estoy cerca de Charlotte. Traté de luchar contra el sentimiento. Todavía lucho. Y he percibido que ella también. Al principio, yo no le agradaba. No me soportaba por el asedio de mis notas a su familia, y por mi estilo de

vida. Me lanzó varias frases irónicas que no me pasaron desapercibidas. Y yo no me quedaba atrás. Tampoco la aguantaba por mimada, caprichosa y encumbrada. Ya me conoces. Pero eso fue hasta que la conocí un poco más, y descubrí que Charlotte tiene todo lo que esperaría encontrar en una mujer, en una con la que me gustaría compartir mi vida entera.

—Haces que me emocione, Fred. ¡Demonios, amigo, si la dejas escapar, yo mismo me subiré al *ring* contigo a darte un par de puñetazos! —Le dio dos palmadas en el hombro—. Creo que llegaste aquí con una duda lacerando tus entrañas, pero ahora veo que te vas con una certeza inquebrantable.

Frederick asintió e hizo un gesto de resignación con los labios, después exhaló con fuerza.

—Gracias, Edward, no sé cómo diablos lo haces.

—No hice nada, solo escucharte. Tú llegaste a la conclusión que necesitabas.

—Hablar contigo se siente bien. A veces tus palabras o tus silencios oportunos son la mejor medicina.

Se despidieron con la seguridad de que su amistad de años continuaría por el resto de sus vidas.

Frederick oyó con satisfacción a Edward llamar al próximo paciente, mientras él se dirigía a la salida a solicitar su carruaje.

27



Charlotte no dio crédito a la persona que la visitó esa tarde, justo una hora antes de la cena. Cuando el recién llegado —que aguardaba en la sala de estar— la vio aparecer se puso de pie, como un caballero. La señora Banes y lady Agnes, que la acompañaban, también recibieron los saludos del aristócrata.

—Parece que toda la nobleza británica se dará cita en nuestro salón, querida —le dijo lady Agnes a la señora Banes, como si los demás no pudieran escucharla—. Excelencia, sea bienvenido en nuestra morada.

—Milady, señora Banes, lady Charlotte…

La madre de Frederick, Eloise, correspondió el saludo.

—A mi hijo le habría encantado verlo.

—¿Ha venido a visitar al señor Banes o a mí, excelencia? —preguntó Charlotte sin entender por qué el duque de Hayden había solicitado entrevistarse con ella, sin que Ettie lo acompañara.

—¿Nos podrían dejar a solas, estimadas damas? —preguntó ceremonioso Hayden, dirigiéndose a las mujeres de más edad. Aunque parecía una cortesía, en realidad, era una orden que se permitía desde su magnificencia ducal.

—Por supuesto que no, excelencia, la joven dama está bajo nuestra responsabilidad. Aunque usted sea un exponente respetado de la sociedad, no podemos permitir que converse con una joven

casadera sin una carabina. —Lady Agnes dijo con su voz suave y algo ronca por la edad.

La señora Banes sintió un sobresalto por la forma en que la tía abuela le hablaba al duque, pero en el fondo estaba de acuerdo, a pesar de que era menos rígida con las costumbres.

—¿Desea quedarse a solas con su excelencia, lady Charlotte? —preguntó Eloise—. Podemos dejar abierta la puerta del salón, estaremos cerca.

—Insisto —contestó Charlotte—. Si su excelencia ha venido en persona a visitarme es porque debe tener algo urgente que decirme. Y no se preocupen, es el esposo de una de mis mejores amigas. Eso puede darles tranquilidad.

—Querida, más sabe el diablo por viejo que por diablo —insistió la tía abuela.

—Lady Agnes —la amonestó bajito la señora Banes.

—El duque no es tampoco un santo, sabe que nuestra petición es legítima. No será el primer esposo de una amiga que traspasa los límites de la decencia —arremetió llena de dignidad la dama mayor, dispuesta a defender el honor de la joven que Frederick dejó a su cuidado.

—Le prometo, lady Agnes, que me comportaré —insistió Hayden perdiendo la paciencia.

—Lady Agnes, sé que confía en mí —intervino Charlotte en voz alta y después le susurró—: Le avisaré si el duque falta al decoro y juntas lo pondremos en su lugar.

—Frederick tendría que retarlo a duelo porque es el caballero de esta casa y responderá por su honor, querida.

—Si algo impropio ocurriese, delo por hecho. —Charlotte le guiñó un ojo con total complicidad.

Hayden exhaló para calmar los ánimos y miró con ternura a la dama, mientras pensaba cuántos berros habrá que ingerir para llegar a su edad con tal lucidez. Frederick siempre decía que su tía le confería propiedades casi mágicas a ese alimento; pero él por más que trataba no podía encontrarlo apetitoso.

En ese justo momento, el ama de llaves anunció la llegada de Frederick y este no tardó en reunirse con ellos.

—Ahora sí lo puedo dejar a solas con lady Charlotte. Mi querido Frederick la custodiará, mientras usted le expone lo que sea que ha venido a decir. Un trato justo. ¿No le parece, excelencia?

—Lady Agnes, dígame una cosa —le preguntó Hayden entrando en el juego, lleno de intriga—. ¿Por qué dejar a la dama a solas conmigo es incorrecto, pero no si está Frederick? Hasta donde sé, mi amigo, no tiene vocación de carabina.

Frederick miró a su madre de reojo sin entender qué sucedía, interesado por saber qué debatían antes de que llegara.

—Mi Fred es un santo varón, un caballero en toda la extensión de la palabra —reveló lady Agnes.

—Oh, ya entiendo —exclamó el duque disimulando las carcajadas que amenazaban con desbordarse. Le provocó ternura la lealtad de la anciana mujer hacia su amigo, quien era el más descarado de los tres: Fred, Edward y él mismo. Y, además, quien más romances clandestinos había tenido.

—Querida tía Agnes, no te merezco —le susurró Frederick con afecto a lady Agnes, quien sonrió llena de cariño hacia su sobrino nieto.

Cuando la señora Banes logró llevarse a lady Agnes, los caballeros tomaron asiento después de Charlotte.

—Disculpe la bienvenida, su excelencia —pidió Charlotte tras suspirar.

—Querida lady Charlotte, estoy muy acostumbrado a lady Agnes —le explicó el duque, no era su primera vez en esa casa—. Creo que secretamente le agrado, porque siempre tiene un motivo para no querer prescindir de mi presencia cuando estoy aquí. Le encanta contender conmigo.

—Oh —dijo ella divertida.

—Tal vez eres su tipo o te pareces a algún antepasado —bromeó Frederick—. Supe que casi pide su mano un caballero de los Hayden, hace muchos, muchos años. Pero mi tía era una rebelde en su tiempo, no quería dejar en manos de un esposo su fortuna.

Los tres rieron para aligerar el momento.

—Como sea, estoy aquí para brindar mi apoyo, lady Charlotte. Ettie me ha puesto al tanto de todo lo que ocurre. Mi esposa está

muy afligida.

—Gracias, su excelencia. Lo que más me angustia es mi madre. Mi padre ha dejado una nota, si no me caso con Marcus no le permitirá volver, o eso pretende.

—Su padre delira. Usted no puede ceder. —El duque negó estupefacto.

—Mañana Broc y yo continuaremos la búsqueda. Aprecio tu apoyo, Valentine. —Frederick lo palmeó en el hombro, pocas veces lo llamaba por su nombre de pila, solo en los momentos de más camaradería. Y no era por falta de confianza, era la costumbre.

Hayden los miró, primero a Charlotte y después a Frederick, como si algo que le hubiese revelado su esposa lo pusiera sobre aviso acerca de lo que estaba germinando entre los dos.

—Me uniré a la búsqueda. Tres haremos más que dos. También tengo mis medios.

—Gracias, excelencia.

—Sin más, me retiro. No están solos.

Después que el duque se marchó tras solidarizarse con ambos, llegó la hora de la cena que fue amenizada por la tía abuela Agnes, quien estaba radiante por compartir la mesa con su sobrino nieto y una dama soltera. Dejó caer una o dos pullas sobre la hermosa pareja que podrían formar, si alguno se decidía a mirarse con otros ojos. Intervenciones que ruborizaron más a la señora Banes que a quienes iban dirigidas.

Pero cuando lady Agnes sugirió pasar al saloncito de música para que Eloise los deleitara con el piano, con la intención de continuar sus intentos de emparejar a aquellos dos, Frederick tuvo que intervenir.

—Tía, ya es un poco tarde para usted y lady Charlotte debe estar cansada. No fatiguemos a nuestra invitada.

—Tienes razón, querido.

El ama de llaves la llevó hasta su habitación, y la señora Banes decidió retirarse.

—¿Lady Charlotte, también dormirá temprano? —preguntó la dama.

—Sí, enseguida la sigo, milady. Pero necesito revisar unos documentos con Frederick, es sobre la desaparición de mi madre. —La angustia en Charlotte era evidente.

La señora Banes respiró hondo y añadió:

—Por favor, no tarden.

—Exageras, querida —los secundó lady Agnes—. Frederick es digno de confianza, respetará a la joven. Seguro tienen asuntos ineludibles. No seas tan rígida. —Después le susurró a Eloise, sin darse cuenta de que todos podían escucharla—: Hay que darles un poco de espacio para que surja el cortejo. Frederick necesita un empujoncito.

Frederick y Charlotte rieron muy bajo, mientras Eloise negaba muy resignada.

—Hijo, ¿te quedarás a dormir? —Trató de cambiar el tema.

—Prefiero pernoctar en mis dominios. Alejará cualquier situación que se pueda malinterpretar a futuro. Me iré en un rato más.

Tras despedirse con un beso de su madre, Charlotte se les quedó mirando. Fue una escena que la conmovió por dentro, se llevaban tan bien. Se notaba que la señora Banes confiaba en él por completo. Y a lady Agnes lo unía un lazo muy estrecho. Incluso, descubrió que esa forma particular que tenía Frederick de decir «querida», la había heredado de la tía abuela.

Cuando las mujeres se retiraron, él le ofreció el brazo. Al tomarlo, una corriente eléctrica la recorrió entera por dentro y sus rodillas se sintieron menos firmes que de costumbre. Suspiró, sin darse cuenta y él sonrió al escucharla.

—Traje las cartas —dijo Frederick para imprimirle seriedad al momento. De lo contrario, también se dejaría vencer por el deseo y la rodearía por el talle. Ansiaba probar de una vez esos labios irreverentes que tanto lo habían desafiado cuando se conocieron.

—Me habría encantado tener las mías. —Pero en el fondo no estaba segura.

Las cartas que a ella le escribieron no la dejaban muy bien parada y le daría vergüenza que él las leyera. Sin embargo, tenía pocos aliados a los que pudiera entregárselas y sentir que trabajaban en conjunto para encontrar a quien se escondía tras *La Voz del Decoro*.

—¿Prefieres que las leamos en el antiguo estudio de mi padre o la biblioteca?

—La biblioteca es fascinante, pasé toda la tarde descubriendo las lecturas que te acompañaron mientras crecías. Lady Agnes me dio un recorrido y me mostró tus libros favoritos de tus años mozos.

—Oh, mi tía. Está convencida de que será una buena idea atraparte para su sobrino soltero, quien ya tiene edad para casarse desde hace varios ayeres.

—Es muy divertida.

—Con ella jamás me aburro.

—Hay un saloncito al fondo, con una chimenea. Me he refugiado en él en un par de ocasiones.

—Di la verdad, te escondías de mi tía —bromeó para aligerar el momento. ¿En qué estaba pensando? ¿Quedarse a solas con Charlotte y sus ojos pícaros llenos de chispas? Ella era un volcán y le recomendaba el sitio más privado de la planta baja.

—Necesitaba… llorar para liberar la tensión… Disculpa por ser tan franca.

Él tragó en seco cuando la escuchó, esa franqueza, que no había encontrado en otras damas de la condición de Charlotte lo desarmaba, lo impulsaba a quererla.

Charlotte sintió el peso de la mirada de Frederick. A él le importaba cada palabra que ella decía y eso fortalecía la confianza entre los dos.

—Es un sitio excelente.

—¿Crees que abusaríamos de los sirvientes si les pedimos que nos enciendan la chimenea?

Los escasos sirvientes —un ama de llaves y dos criados, más la cocinera y la doncella de Charlotte— ya estarían deseosos de terminar sus ocupaciones y retirarse también.

—Aquí tienes a un experto en encender la chimenea. Puedo hacerlo. —Frederick no creció con los lujos de la aristocracia—. Desde muy temprana edad aprendí todo lo necesario para ser independiente.

A Charlotte le encantó saberlo.

Cuando estuvieron cómodos e instalados en un enorme y mullido sofá frente al fuego ardiente de la chimenea, él dejó las cartas en el espacio en medio de ambos.

—Este sitio es muy acogedor —dijo ella para volver a romper el hielo que ya empezaba a formarse de nuevo entre los dos. Más con las cartas ahí, señalando, seguramente, los pecados más vergonzosos de ella.

¿Qué tanto sabía *La Voz del Decoro*?

¿Qué tanto le habría revelado a Frederick?

—Lo es. Aunque consideré que te inclinarías por la biblioteca, creo que aquí estamos mejor.

—Fue interesante curiosear en el sitio donde supongo que comenzaste a interesarte por las letras.

—¿Lo fue? —preguntó queriendo saber más.

—Muchísimo.

—Tal vez me habría vuelto escritor de grandes novelas si mi pasado en Eton, y el desprecio que sufrió mi padre cuando fue tratado como ciudadano de segunda clase, en la finca familiar de los Cumberland, no hubiese forjado a fuego lento mi descontento.

—*El Látigo* —recordó ella con un bonito gesto que a él lo enamoró aún más.

—Cuando era niño visitamos a lady Agnes en la finca del título. Mi padre quiso mostrarme la galería para que conociera a nuestros antepasados. El padre de Marcus, Wulfric, se negó. Dijo que la galería no estaba abierta ese día para visitantes. Y lady Cumberland lo secundó.

—Oh, qué grosero. ¿Te he dicho que mis amigas y yo le llamamos Bruja?

—Ettie me lo confesó. —Esbozó una sonrisa ladina.

—Es que es una bruja de la peor calaña. Y su hermana la señora Sable es una arpía. Lord Cumberland no se queda atrás. ¿Entonces, tu lazo con los Cumberland definió tu carrera?

—Eso marcó con tintes negros mi relación con mi primo lejano de por vida. Marcus se encargó de recordármelo cada deprimente día que pasé en Eton. Ponía a todos en mi contra, sembrando mentiras sobre mi carácter con la intención de que me hicieran a un lado, de que me dejaran solo como un apestado. Cada vez que intentaba ganarme un nuevo amigo, Marcus hablaba o susurraba a mis espaldas. Su objetivo era que me rechazaran y me apartaran. Eso aprendió de su padre. Yo no tenía título, no valía nada.

—Por supuesto que eso es una estupidez —dijo encolerizada y lo miró a los ojos. Adoró ver el fuego en la mirada de él cuando se defendía de una injusticia—. Nadie debería crecer así. ¿Nunca le dijiste a tus padres para que te cambiaran de escuela?

—Mi padre lo habría hecho en cuanto yo le dijera lo que sucedía. Pero no quería que me privaran de lo que ahí podía aprender. Solo Hayden me brindó la mano, mucho después conocí a Edward. De cierto modo, éramos tres parias, dos sin título y el otro con un carácter huraño marcado por su solitaria infancia, que no acababa de encajar.

Ella cubrió la mano de Frederick con la suya, reconfortando al niño que fue.

—Lo importante es que te erigiste sobre su acoso y diste batalla, Fred.

—Abrirme paso en la sociedad no fue fácil, trabajé mucho para ganarme el respeto del que hoy gozo. Hasta que mi periódico tuvo gran alcance todos me consideraron. Quienes me miraban antes por encima del hombro, comprendieron el poder que comencé a ostentar por situarme al frente de *The Golden Gazette*. De ahí en adelante, lo pensaron dos veces antes de señalarme. Ahora yo tenía el poder para destruir a quien se llenara de valor para enfrentarme.

—Te ganaste el respeto con valentía —le reveló admirada. Le quitó los guantes y acarició las manos fuertes del hombre, los nudillos se recuperaban de la lesión anterior que se ocasionó él

mismo practicando boxeo—. Y además boxeador, no solo tu pluma es peligrosa.

—No podía escribir sobre hombres poderosos sin tener una buena derecha. Es regla básica de supervivencia.

—Las cosas que dices, Fred, siempre me hacen reír.

Ella le habló con cariño y él entrecerró los ojos como deseando entrever qué significaba su tono afectuoso.

Frederick no se contentó con recibir la caricia de Charlotte, le atrapó las manos sin dejar de mirarla a los ojos, y acortó más el espacio entre los dos.

Casi olvidaron por un segundo que las cartas seguían ahí, mientras el deseo latente de conocer esos labios los fustigaba a los dos.

Charlotte sintió que si dejaba que se alargara el momento ese hombre iba a besarla y ella no podía permitirlo sin también desnudar el alma. Y, sobre todo, sin saber cómo la miraría él cuando supiese toda la verdad.

Él había hablado de amor. ¿La seguiría queriendo si desenterraba el pasado?

Y, si de verdad la amaba, ¿fueron palabras honorables las que brotaron de un genuino sentimiento, o Frederick, tras esas cartas, ya conocía los pasos en falso que ella dio?

De ser así, ¿pensaría, tal vez, que podía tomarse ciertas libertades con ella?

No iba a besarlo, aunque los labios le dolieran, hasta averiguar cada una de esas interrogantes.

Resignada, tomó las cartas entre los dos y las leyó en orden.

Él se dedicó a contemplarla y esperar.

Las emociones desfilaron por el rostro de Charlotte

—Me imagino que tendrás preguntas —agregó ella desafiante al fin.

—No me corresponde tenerlas. —Ladeó la cabeza, preocupado.

Charlotte sintió que él continuaba sin juzgarla, pero cómo podría no hacerlo después de lo que decía la última, la que él recibió tras la cena de los duques de Hayden.

Leyó en voz alta:

6 de enero de 1875

Señor Banes:

Es el momento de exponer los hechos que le relato a continuación. Lord Blair cometió un acto infame desde su posición privilegiada y quedó impune. Años después aún continúa viviendo sin pagar el daño ocasionado por su culpa.

¿Y por qué cree que, impulsivamente, y de manera despreciable como un ególatra y déspota hombre acostumbrado al poder, se sintió en el derecho de cometer la falta? Para salvar a su joven hija del escándalo.

Le exijo que mañana salga publicada una nota para ponerlo a temblar. Quiero que exponga que un poderoso marqués ha incurrido en una falta enorme para salvar a su única hija de las garras del ostracismo social. Asegure que, si no se retracta de inmediato de casarla con el innombrable que le está haciendo la corte, aparecerá su nombre en estas páginas.

No es un hombre honorable de la sociedad. Su hija debe retirarse al campo en un matrimonio modesto. Y solo corresponde a mí, quien guardo celosamente su secreto, darle el nombre del candidato ideal.

La Voz del Decoro

—Y tú no publicaste esa nota, evidentemente.

—Nunca, Charlotte. Jamás podría exponerte.

—¿Y todos los demás periódicos?

—Supongo que al día siguiente *La Voz del Decoro* decepcionada porque no estuve a la altura de sus expectativas, buscó otros aliados.

—Muchos. ¿Crees que a ellos les haya dado el nombre de mi padre y el mío?

—No lo sé, pero puedo averiguar.

Ella bajó la mirada, avergonzada y llena de angustia. Sería su ruina en cuanto lo hicieran público.

—Si hubiese dado tu nombre o el de tu padre, algunos pasquines de dudosa reputación que sacaron la nota habrían develado la identidad de los implicados. No juegan limpio.

—Me aferraré a esa esperanza. Necesito encontrar a quien se esconde tras *La Voz del Decoro*.

—¿Quién es John? —soltó directo como un rayo, sin irse por las ramas.

A Charlotte se le heló la sangre cuando lo escuchó pronunciarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—La carta que recibiste durante la cena de los duques de Hayden, logré leer…

—Sospechaba que lo hiciste.

—¿Quién es? —Trató de que su rostro no se transparentara y los celos fueran notorios. Le preocupaba que significara algo para ella.

—John es el error…

Dos lágrimas bajaron por las mejillas de nuevo, las secó de golpe. Esa noche estaba más susceptible que nunca. Al día siguiente ya no se permitiría ser frágil.

—Si no quieres hablar no tienes que hacerlo, pero tal vez nos ayude a averiguar quién se esconde detrás de *La Voz del Decoro*.

—John está muerto.

28



Frederick se sintió un infame por obligarla a hablar de cuestiones del pasado que al parecer ella no estaba lista para desenterrar.

—Olvídalo, buscaré a *La Voz del Decoro* por mis propios medios. No tienes que confesar… Lo que sea que haya ocurrido… No tengo derecho alguno a pedirte que hables.

—Gracias, Fred. —Lo miró sorprendida, pese a lo que decían esas cartas y lo que él podría pensar al respecto, no se sentía juzgada.

Ella quiso continuar hablando y Frederick ya no pudo resistir un segundo más la necesidad de contenerla, de amarla, de besarla. Acortó la brecha y la cercó entre sus brazos de músculos duros y atléticos. Cuando su boca probó los labios de Charlotte, el sabor se mezcló con la sal de dos lágrimas que bajaron silenciosas.

La sintió responder al beso con una entrega absoluta. Se aferró al cuerpo de Frederick y enterró sus dedos en su cabello, besándolo con furia, con deseo, como si el momento de recorrer sus labios también le hubiese parecido eterno.

—Fred, oh, Fred, bésame, sigue besándome.

Él no se detuvo. Exploró cada recoveco de su boca, que hasta ese instante le estuvo vedado.

—Sabes a miel tan dulce…

—Es el bálsamo de Florence —dijo para recordarle que su amiga había ganado junto a ella el monto del Premio Cumberland-

Hayden, gracias a ese ungüento. Así que sabía a miel por el bálsamo para los labios que se ponía tarde y noche—. También lo usan mis amigas.

—Ahora entiendo por qué Hayden cayó rendido ante su duquesa.

—¿Y tú, Fred? ¿Caerás rendido ante mí?

—Charlotte. —La separó lo suficiente para mirarla a los ojos mientras acariciaba su cabello, tratando de domar unas hebras rebeldes de su melena rojiza, que pugnaban por escapar de su recogido—. Ya he caído.

Las palabras se alargaron en el tiempo, al igual que el silencio que siguió después, donde ambos se tomaron los segundos necesarios para asimilar el peso de la revelación.

Entonces fue ella quien buscó con desespero la boca masculina… Con una pasión irrefrenable saboreó los labios del dueño de esa sonrisa que tantas veces la enloqueció, y ahora no tenía que contenerse.

—¿Sabes cuántas veces reprimí las ganas de besarte así, maldito canalla? Disfrutabas de llevarme al límite, siempre con una respuesta tan afilada como una espada.

Él sonrió descarado mientras ella le devoraba la boca. No se había equivocado, Charlotte era fuego, un fuego muy seductor en el que él quería arder para siempre.

Esa mujer no se ruborizaba y no era porque tenía una historia antes de él —o eso creía—. La razón de su desmedida pasión tenía raíces más profundas que la práctica del arte de besar. No importaba cuántos labios Charlotte hubiese conocido, ella era indomable, el ardor corría por sus venas, y eso era lo que la hacía más atractiva a sus ojos.

—Espero que hayan sido las mismas que tú me llevaste al filo de la cornisa a mí, porque nunca te quedaste atrás. Charlotte, hermosa, escúchame, porque si no lo digo ahora va a aplastarme.

—Te escucho, mi sinvergüenza favorito. ¿Ahora con qué crees que vas a sorprenderme?

Frederick la separó de nuevo de sus labios y tomó su rostro entre sus manos.

—Creo que… —Su voz segura y letal, que nunca temblaba, lo hizo esa vez—. Estoy enamorado. Estoy enamorado.

—Oh, Fred… —Lo acercó por la cintura y se embebió de su rostro, de la cercanía, de la delicia de escuchar esas palabras—. También estoy enamorada.

Tras la frase que removió algo profundo en las entrañas de Frederick, ella hizo un puchero, como si le hubiese costado revelar sus sentimientos, pero era más fuerte la necesidad de desahogarse.

—No, querida, no vayas a llorar… Al fin somos libres de nuestros secretos. Yo ya no podía respirar si no te lo decía, que estoy enloqueciendo por ti, por tu olor, por tus miradas, te necesito.

La besó en la frente con ternura y la tomó sin aviso por las caderas, elevándola del asiento y haciéndola aterrizar sobre sus piernas.

—¿Qué sucede? —insistió él, al temer que las palabras de ella se hubiesen desvanecido. No podía permitir que el silencio volviese a alejarlos.

—Nunca experimenté en el pasado lo que me haces sentir.

—Yo tampoco —dijo lleno de esperanzas, con el corazón exaltado, era solo eso…

Entonces ese John a quien ella había llamado error no era… No había llegado… No podía llegar a sus talones. Sintió el ego inflarse de golpe y experimentó aquel momento, de los dos, confesando lo que sentían como único e inolvidable. Era como llegar a la cima de una montaña después de haber escalado una pendiente casi imposible.

—No me has comprendido. No quiero decir que esto que siento por ti jamás lo había sentido —dijo atormentada.

Y a él casi se le detiene la respiración al pensar que ese John…

Maldito sea ese John, espero que esté pudriéndose en el infierno. *Entonces lo que siente por mí no es tan importante o poderoso como lo que sintió por el muerto,* pensó.

—¿No? —Se atrevió a preguntar, tragándose su orgullo despedazado.

Encontraba por fin a la única mujer que ponía de cabeza sus estrictos principios internos sobre pareja, matrimonio y futuro… Y,

para su infortunio, ella le decía que lo que sentía no era tan grande.

Bajó la cabeza, algo derrotado, pero aún con ganas de luchar, de continuar cortejándola, de demostrar que podía ser más amado que la memoria del susodicho John a quien ya empezaba a detestar…

—Fred… Fred… —Le puso un dedo en la barbilla y le alzó el rostro para que sus ojos volvieran a encontrarse—. No me has dejado terminar de hablar.

—Habla… —El corazón latía desbocado. Jamás le había dicho a una mujer que estaba enamorado. Peor aún, creyó que nunca se pondría en esa tesitura.

—Quise decir que siempre me sentí segura de mí misma, con derecho a reclamar lo que sea. Si un hombre me parecía atractivo, jamás me sentí pequeña o que no merecía su atención. Y no es lo que me sucede justo ahora, siento que un peso me aplasta y que todos esos rumores no me hacen digna de ti…

Frederick tomó tanto aire de golpe que los pulmones le dolieron.

—¿Era eso? —soltó en voz baja, volviendo a la vida.

Él sabía cómo se sentía, porque se percibía exactamente igual, indigno de merecer el afecto de Charlotte.

Ella asintió.

—Era eso. Que jamás me sentí indigna, sin derecho a merecer… hasta ahora. En cuanto a lo otro, por supuesto que nunca amé a nadie como estoy enamorada de ti. Por eso siento temor, por eso necesito que lo sepas todo y me digas de una vez si te quedas o te vas. No puedo con la angustia.

—No hay nada que me haga dejar de quererte. Salvo que hayas cometido un hecho atroz que vaya más allá de mis principios. Y no creo que sea el caso.

—No soy virgen.

—¿Y piensas que me he reservado para el matrimonio?

—No es tan simple… Sé que no eres de los que juzgan a una mujer por llegar casta al altar. —Suspiró profundo y él tembló.

¿Qué tan terrible es su secreto y por qué John está muerto?, pensó.

—Habla si es lo que deseas, mi amor. —Con esa última palabra trató de infundirle confianza.

No quería escucharla para valorar si era digna o no de su cariño, necesitaba constatar el tamaño del daño para tomar previsiones y unir esfuerzos con ella. Solo así conseguirían enfrentar lo que vendría, si *La Voz del Decoro* seguía adelante con su amenaza.

—El ayer… ¿Cuántas estupideces hacemos cuando tenemos dieciséis o diecisiete años? Sabes que yo crecí en Normandía, con el sonido de las olas del mar y mis pies enterrados en la arena. Y, lo más importante, estaba lejos del ojo vigilante de la sociedad londinense. Mi madre no era tan estricta como otras madres inglesas, y allí menos. A veces salía sin carabina. No siempre fui la joven medida y ambiciosa que conoces hoy. Nunca fui fácil de guiar, creía que la libertad estaba ahí para disfrutarla y quería tomar las riendas de mi vida, así como todas las decisiones. Mi padre pretendía traerme a Londres para ingresar en English Roses School, y eso para mí era sinónimo de cortar mis alas… El internado era una prisión para mis aspiraciones.

La escuchaba admirado, esa jovencita libre y sin ataduras… Podía imaginarla, y le gustaba que hubiese crecido con esa autonomía. No quería una mujer sumisa a su lado, jamás la hubiese mirado dos veces.

—Me habría encantado ser tu vecino, crecer en un entorno similar y no hostigado en Eton por mi primo malvado.

—Como decía y no con el afán de justificarme, era una joven muy apasionada, libre, soñadora, sin ataduras, resultado de crecer lejos del encorsetado Londres. Mis amistades no eran de la posición de mi familia. Y sí, mi madre era muy laxa con sus reglas y exigencias. Me volví desafiante. Mi padre era tan estricto, desafiarlo fue la única forma que encontré de rebelarme contra los cercos que trataban de aprisionarme.

—No veo nada terrible. Solo siento mucha envidia de que hayas podido crecer así.

—Se pone peor. —Abrió bastante sus ojos azules.

—No veo cómo podría ponerse peor. —La abrazó aún encima de sus piernas para animarla a proseguir, para asegurarle que no iba a atreverse a juzgarla.

—Mientras mi padre luchaba por devolverme a donde según él yo correspondía, a Londres, para que me preparara con la intención de debutar, yo soñaba con alejarme de mis supuestas responsabilidades como la hija de un marqués. Mi rebeldía feroz nació como respuesta a las imposiciones de mi padre.

—¿Y entonces?

—Fue así como causé algunas desgracias que aún guardo con arrepentimiento. Bebía… A mi edad… Salía de fiestas… Las hacíamos a plena luz del día, así era más fácil burlar a carabinas y padres. No siempre fui una rosa inglesa.

—Oh, querida, tal vez te culpas en exceso… Quizás ya es hora de que comiences a perdonarte.

—Había un joven, encantador, indolente, sin ambición, sin futuro claro, que no seguía ninguna regla, que las rompía con convicción…

—¿John?

Lo definió encantador y a él los celos despiadados volvieron a golpearlo. ¿Por qué no conseguía dominarse? Solo era un fantasma, estaba muerto y él podía ser más maduro y controlado que un imberbe celoso por una historia pasada en la vida de esa magnífica mujer.

—Sí, John Arlington. Era hijo de la baja nobleza, desobligado y sin el futuro que mi padre quería para mí. Y justo era eso lo que más me atraía de él —confesó con vergüenza.

—No, no te sonrojes. A esa edad nadie piensa en las responsabilidades que vienen con la adultez. Todos queríamos dejarnos llevar por los impulsos.

—Ambos éramos jóvenes y rebeldes, la atracción no fue inmediata, fue poco a poco, formábamos parte del círculo de amigos irreverentes. Saber que éramos prohibidos nos tentó aún más. La atracción surgió de lo que teníamos en común, un desafío compartido.

Frederick aguantó estoico. John había sido importante en la vida de Charlotte y debía aceptarlo de una vez.

—Supongo que juntos eran como dinamita, una pasión volátil. También tuve de esas experiencias que nos marcan de por vida.

Entonces fue ella quien mostró la mirada salpicada por los celos.

—¿Nada que sea relevante hoy?

—No, cariño, no. De haberlo sido las estaría abrazando a ellas, y eres tú la que está entre mis brazos.

Lo miró tan celosa que volvió a sentirse tan poderoso como un dios. Ella le tomó el rostro entre sus suaves dedos y lo contempló con tanta sed de retenerlo para siempre, que Frederick la habría tomado en aquel mismo sofá para demostrarle el tamaño de su pasión, pero ella había marcado la pauta y él decidió respetar.

Charlotte aún no había terminado.

—John estaba predestinado a un matrimonio en Londres que no quería. Yo estaba consignada a matricularme en una escuela para señoritas, debutar tres años después y aspirar a un matrimonio con un buen partido, según los estándares de mi padre.

—¿Y sucumbiste a los brazos del delicioso y prohibido pecado carnal? Tú te rebelabas al futuro impuesto, él al matrimonio concertado. Dime, Charlotte, ¿ese es tu pecado? ¿Te entregaste a un hombre sin la bendición de Dios?

Era lo que imaginaba, y no la culparía por ello.

—Oh, no, Fred… Yo lo quería para siempre… Y John aseguraba lo mismo… Sabíamos a quién nos enfrentábamos.

Él supo que se refería a Blair.

—¿Entonces? —dijo cada segundo más intrigado.

—Cegados por la juventud y la rebeldía, nos casamos a escondidas de todos, sin testigos de peso y consumamos la unión, confiados de que este hecho, por sí solo, haría nuestro matrimonio irreversible.

—¡¿Te casaste con John?! ¡Maldito infierno! —gritó sin soltarla y la miró con reclamo.

Ella había dado el paso, había considerado la relación con el estúpido John tan definitiva como para firmar un lazo sagrado, que

la ataba de por vida.

No le importó sentirse mezquino por dar gracias a Dios porque ese hombre ya no respirara.

—No me mires así, no te conocía. —Ella sintió que los celos de Frederick se salían de control.

Lo peor era que él, en su vida, jamás había sentido celos y se odiaba por sentirse así, más por demostrarlo.

Él no podía negar que el hecho de que ella hubiese llegado al altar le molestaba más que una espina gigante en el pie.

Jamás pensó siquiera en la posibilidad de proponerle matrimonio a ninguna de sus conquistas. Aquellas relaciones no fueron tan importantes. Y que Charlotte no hubiese titubeado para dejarse conducir al altar por John le dolió muchísimo, porque significaba que ella había amado… Amado de verdad.

Tragó en seco y apeló a su fuerza y su madurez. Tenía que aceptarlo y dejar de solo pensar en su propio ego herido.

Lo único que importaba en ese momento era Charlotte. Ella y el dolor que se veía en sus ojos al contar su historia.

—Discúlpame por ser un idiota. Tal vez, ese John era un hombre estupendo, merecedor de tu afecto.

—Yo lo creía. Emily no —se refería a su cuñada, su mejor amiga desde que las dos eran dos niñas que retozaban entre las olas de las hermosas playas de Normandía.

Emily le caía cada segundo mejor a Frederick, necesitaba saber por qué no le agradaba.

—¿Y enfrentaron a Blair con la noticia?

—No, mi padre estaba en Londres.

—¿Con tu madre, entonces? ¿Era más fácil hablar con ella?

—Tampoco, creímos ser más astutos. Seguimos fingiendo que nada había ocurrido a la espera de la llegada de mi padre días después, cuando John lo encararía y revelaríamos la verdad.

—Inteligente de parte de ambos.

—En realidad no. Mi padre como lobo astuto descubrió todo en cuanto pisó Normandía. ¿Cómo le hace para oler los problemas? Como sea, movió los hilos para buscar la manera de anular ese matrimonio sin decirme nada.

—Supongo que Blair consideró que sobre su cadáver su hija iba a terminar sus días con ese infeliz —arremetió con desdén.

—¿Llamaste infeliz a un hombre que ya no está entre nosotros?

—Solo imagino lo que habría pensado tu padre —soltó y simuló su sarcasmo, pero fue evidente para Charlotte que, aunque ella había tratado de retratar dignamente el recuerdo de John, hasta esa parte del relato, a Frederick no terminaba de simpatizarle.

Ella entrecerró los ojos sin juzgarlo, Frederick jamás cambiaría, era un cínico sin remedio.

—Resumiré lo más que pueda lo ocurrido, pero fue más intrincado, doloroso y dramático que esto. John, ebrio, enfrentó a mi padre, quien se negó a reconocer el casamiento y mostró los papeles de la anulación que estaba tramitando. Tenía elementos de peso que pasamos por alto: mi minoría de edad, falta de conocimiento y aprobación paterna, irregularidades del rito. Ese matrimonio iba a desaparecer de todos los registros. Incluso me dijo que jamás sería reconocido en Londres. Mi padre gritó, amenazó, nunca lo había visto despotricar con tanta irritación.

—Tu padre tenía razón, el matrimonio era válido, pero legalmente anulable. No seré justo con Blair jamás; sin embargo, a ningún padre le hubiese gustado enterarse, y menos de último, que su joven hija que ni siquiera había debutado y para la que tenía grandes planes, se casó, lo consumó y destruyó su futuro.

—¿Eso piensas, que destruía mi futuro?

—Otra vez solo estoy siendo práctico al imaginar lo que tu padre debió pensar. —Claro que eso consideraba, pero ella ya cargaba con mucho dolor y arrepentimiento para agregarle más peso con su opinión al respecto—. ¿Con eso te amenaza *La Voz del Decoro*? ¿Con exponer que una vez te casaste, que ya no eres la joven casta que espera desposarse por primera vez?

Él suspiró, era terrible el secreto. Pero estaba decidido a luchar contra los demonios que se autodenominaban como líderes de la moral.

Así todo saliera a la luz, él iba a quedarse a su lado. Aunque el mundo se desmoronara, aunque le cerraran todas las puertas de Londres.

No iba a dejarla. No había poder humano que lo obligara a apartarse de Charlotte.

—Eso no es a lo que más le temo… Hay cosas más terribles… Desesperada, le sugerí a John que huyéramos. Él se negó a llevarme sin la dote que me correspondía.

La decepción y el dolor que desfilaron por el rostro de Charlotte conminaron a Frederick a encerrarla con más fuerza entre sus brazos.

Él lo sabía.

El maldito fantasma era un ser vil y le había roto el corazón a su guerrera. Ella recostó su espalda sobre el pecho de Frederick y su cabeza sobre su hombro. No pudo ver como él tensaba la mandíbula.

Estaba tan irascible que podría levantar a John de su tumba y sacudirlo con furia para reclamarle por cada lágrima que, seguramente, ella derramó en el pasado por ese bastardo.

—John hizo lo que jamás previ… Si me amaba, ¿cómo pudo rebajarse a tanto? Exigió la gran suma de mi dote por completo, así dijo, que no falte ni un penique. Sus palabras hicieron que me desencantara por la forma en que él mismo se desenmascaró. Sí me quería, creo, pero yo no le servía sin la dote. Necesitaba el dinero para continuar con su vida de holgazán sin responsabilidades. Y yo… yo no sabía que todo se podía arreglar con una simple anulación.

—Maldito imbécil, débil, arrogante, cobarde —masculló muy cercano a la oreja de ella. Omitió decir en voz alta que ese horrible ser no podía quererla si anteponía el dinero a defender legítimamente su amor por Charlotte.

—Entonces vino lo peor…

—¿En serio todavía puede ser más grave?

Ella asintió y él solo percibió cómo movía su cabeza aún recostada a su cuerpo.

—Mi padre le ofreció una suma por renunciar a mí, y así se encargaría de desaparecer el matrimonio. Aseguraba que no tenía validez. En realidad, pretendía alejar toda posibilidad de que mi indiscreción se volviera pública.

—¿Y qué hizo John ante la propuesta?

—Ningún monto inferior a la dote parecía aceptable para él. Cuando entendí que John estaba dispuesto a recibir dinero y dejarme a mi suerte, comprendí que solo me vio como el medio para librarse del matrimonio impuesto por sus padres que tanto rechazaba.

—Oh, infeliz.

—Durante la discusión entre mi padre y John comencé a sangrar por las piernas. Yo no sabía qué ocurría… Mis padres, menos… Ellos se gritaban de un modo violento, proferían amenazas letales. Mi madre lloraba desconsolada… Blair la culpaba, la responsabilizaba de todo. No sabíamos, ni John ni yo, que estaba embarazada. Mientras escuchaba aquello de los labios de John, sospeché que el fruto de nuestra unión podía estar abandonando mi cuerpo. Sentí una angustia inmensa. No quería perder a mi hijo. Después el médico lo corroboró, la sangre… anunciaba que estaba perdiendo el bebé.

—Amor mío. —Se compadeció de manera honda. No era un hombre sensible, nunca le había dolido tanto el dolor de alguien más.

—Era tan joven e inexperta que no sabía que estaba embarazada de esa única vez, hasta que sangré profusamente con un dolor insoportable. Mis padres parecían confundidos, pero terminaron por darse cuenta de lo que sucedía. Y en un giro que no vi venir mi padre sacó la pistola que siempre lleva consigo a la espalda y sin contemplaciones gritó: «¡ya no hay necesidad de esperar por la anulación, el problema está resuelto!». Disparó directo al pecho de John y él cayó de inmediato. Tampoco lo vio venir.

—Troya ardió, ¿no? —murmuró reflexivo—. Blair… Siempre supe que a Blair no le temblaría la mano de verse en la encrucijada. ¿A eso se refiere *La Voz del Decoro* cuando dice que Blair tiene una cuenta con la justicia que jamás fue saldada? ¿Qué pasó después?

—Los padres de John decidieron no enfrentar al mío y vivieron con discreción su dolor. Supe que con los años murió la madre y hace alrededor de seis meses falleció su padre. Con ellos se fue el secreto.

—Y, por lo tanto, ninguno puede ser *La Voz del Decoro*.

—Eran tranquilos, callados, muy nobles personas. No los creo capaces, a pesar de sufrir tan terrible pérdida.

—De saberse que tu padre le quitó a sangre fría la vida a un joven, por las razones que sean, sería más grave que el escándalo que ocasionaría un matrimonio clandestino. Terminaría extraditado para el juicio, en la cárcel, o incluso, podría ser ejecutado si no consigue una defensa excepcional… Tu hermano como heredero del título podría verse afectado. Las consecuencias morales para el título en Inglaterra serían devastadoras…

—Ojalá lo único que tuviese que temer fuera haberme entregado a los brazos de un hombre… Pero todo lo que sobrevino después solo ha complicado mi situación y la de mi familia.

—¿Qué hizo tu hermano?

—Mi amado Zach… Lo obligamos a volverse cómplice de este terrible secreto. A Emily también.

—Supongo que serán fuertes por ti.

—Darían lo que fuera por mí y yo por ellos.

—¿Qué pasó con el bebé? —preguntó tanteando el terreno, no quería ser insensible.

—Desde ese día el sangrado se fue haciendo cada vez más prominente. Visité doctores entre aterrada y llena de vergüenza por mi situación. Mi padre me sorprendió. A pesar de no estar de acuerdo ni solapar mi comportamiento, no me soltó la mano hasta que me supo fuera de peligro. Mi madre menos. Sangré y sangré hasta que perdí por completo al pequeño. Y mi padre no añadió más reproches a mi atribulada existencia. Por eso a mi regreso a Londres acepté sin reparos entrar a English Roses School. Tenía que encauzar mi vida.

—Lo lamento muchísimo.

—El dolor de mi alma fue más devastador que el físico. Jamás lo podré olvidar. El bebé no tenía culpa de nada.

—Por supuesto. Te acompañaré honrando ese recuerdo.

—Hay algo más.

Frederick palideció. Cada vez que ella añadía esa frase se destapaba un acontecimiento más impactante.

—Dilo de una vez.

—Una carta, escrita de mi puño y letra, donde yo misma me condeno. Una que le escribí a John donde hablo de nuestro matrimonio, de mis sentimientos, de hechos irrefutables… Se menciona todo, dónde nos casamos, los planes que teníamos, que desafiamos a nuestros padres. Y párrafos cargados de emociones donde narro lo feliz que me sentí cuando consumamos nuestro amor. No sé en manos de quién habrá terminado.

—Una carta —repitió aguantando las ganas de gritar de frustración.

Un papel que empeoraba todo. Le besó la coronilla para no angustiarla más.

Era la primera vez que la veía tan frágil, por eso la arropó todavía más entre sus brazos. Ya no podía seguir penando por lo que ella sintió en el pasado, menos con el terrible final que tuvo aquella historia y lo mucho que Charlotte sufrió a consecuencia de ello.

—¿Te acuerdas lo que dije en mi presentación cuando defendía mi idea de negocio para ganar el premio? «Las cartas significan todo. Con una carta se puede enviar noticias de todo tipo: sellar alianzas, declarar la guerra, negociar un compromiso, invitar a una celebración, consolar a un amigo. Incluso, se puede iniciar un cortejo. ¿Qué hay más romántico que una carta de amor*?*» Me faltó agregar que una carta también puede destruirte, es una prueba fehaciente e irrefutable de errores cometidos en el pasado.

—Charlotte, hermosa mía, haré todo lo que está en mis manos para paliar el daño. Mientras más notas escandalosas salgan al respecto, más escribiré para contrarrestarlas. A fin de cuentas, ¿quién domina por completo la verdad? Un rumor no vale por el contenido real que posee, y sí por la posición que toma la opinión pública acerca de si es verídico o solo un chisme sin fundamento.

—Por eso he temido no ser digna de ti…

—No vuelvas a repetirlo, amor mío. Quiero a la joven rebelde de la playa, valiente contra el mundo, y madura ahora, tras adquirir experiencia de vida que solo la ha hecho más fuerte.

—¿Eso quieres? ¿Eso ves en mí?

—Sí, te admiro. Has pasado por tanto y nada te ha roto, has sabido reinventarte y renacer entre las cenizas. Ahora serás la nueva dueña de la más célebre Casa de Correspondencia de Londres.

—Si los rumores no me destruyen antes. ¿Quién habrá heredado la casa de los padres de John? Tal vez dio con la carta, las pruebas o quizás alguno de sus padres confesó en vida el horrible secreto que decidieron guardar. ¿No te parece irónico que una carta en poder de quién sabe quién pueda terminar siendo mi sentencia, justo cuando quiero entregar mi vida a la correspondencia?

—No. Me parece irónico que creyera que yo no era digno de ti, y tú que eres perfecta a mis ojos, estabas pensando que no eras apropiada para mí. ¿Hemos sido tan idiotas?

—No me hables así. Aún nadie se ha atrevido a llamarme idiota. ¿Y se puede saber por qué no serías digno?

—Pensaba que, aunque me sentía muy atraído hacia ti, no había futuro para esta relación. Pero el deseo era cada vez más fuerte y la conexión que sentía hacia ti era cada vez más devastadora. Me preguntaba constantemente: ¿Se conformará con un periodista? Y, además, está el otro detalle.

—¿Cuál detalle?

—No tengo un título —soltó sin pensar porque era algo que tenía muy presente, a pesar de que ella ya le había quitado importancia a la carencia de un título nobiliario.

—¿Un título? ¿Qué demonios haría yo con un título?

—Ya hasta usas improperios como yo, no estoy siendo una buena influencia.

—Seguro que no. Que te quede claro: te quiero a ti, periodista sinvergüenza. Me enamoré justo de eso, de tu irreverencia, de tu mordacidad, de tu descaro, de tu cínica sonrisa…

—No sé si eres muy justa conmigo, amor —bromeó—. De John dijiste que era encantador, indolente, sin ambición, sin futuro claro, que no seguía ninguna regla, que las rompía con convicción…

—¿Cómo puedes recordarlo?

—Sentí unos celos enfermizos con cada palabra. No sabía que podía ser un hombre celoso.

—No seas sinvergüenza, Fred. No eres celoso, solo muy pagado de ti mismo. No soportas que resalten las cualidades de nadie más si crees tener alguna desventaja.

—¿Y la tengo?

—Con John me falló el juicio, era ambicioso y mezquino. Contigo estoy en otro nivel, he aprendido a juzgar, a cuestionar, ya no me engañan tan fácil.

La depositó con suavidad sobre el sofá, tomando el cuidado de poner un mullido cojín bajo su cabeza, y después se recostó encima de ella, teniendo la delicadeza de no aplastarla con su peso. Necesitaba tanto sentirla con cada fibra de su cuerpo, aunque fuera con la montaña de tela del vestido de ella y el exceso de ropas de él entre los dos.

La besó con ternura, saboreando el dulzor de los restos de la exquisita miel sobre sus labios y comenzó a presionar para calmar las ganas de poseerla que le hacía hervir la sangre.

Ella no esperó sumisa a recibir caricias, lo despojó de la chaqueta, desanudó su corbata, desabotonó el chaleco y lo fue despojando de cada pieza hasta dejarlo vistiendo solo la blanca camisa de la cintura hacia arriba.

Exploró por encima de la delicada tela la espalda de Fred, como si reconociera la geografía de su cuerpo. Incluso, bajó hacia la retaguardia bien formada de él y apretó a conciencia.

Esa atención inesperada lo llevó al límite de excitación.

Frederick creyó que era el momento, también cedió a su deseo de recorrerla.

—¿Puedo tocarte más íntimamente? ¿Estás segura de dejarme avanzar? —Tomó sus precauciones. El pasado no había sido gentil con Charlotte.

—No te detengas —soltó mientras buscaba el frente de los pantalones de Frederick para liberar la dureza que sentía contra su cuerpo.

Para él eso bastó como consentimiento.

Besó el nacimiento de sus pechos, embriagado por su delicado olor, y mientras lo hacía, bajó la mano y acarició la pierna de

Charlotte por encima de la media, con intención de llegar a su muslo y aventurarse hasta su centro de máximo placer.

Ella jadeaba sobrecogida y él se complació en la respuesta a sus caricias.

Pero, cuando Charlotte sintió que los dedos de Frederick avanzaban hacia el vórtice de sus piernas, se tensó.

Él se detuvo de inmediato, lo último que deseaba era incomodarla. Se atrevió a llegar lejos porque ella también se tomaba libertades con su cuerpo, como invitándolo a proseguir, incluso le preguntó y ella aceptó la incursión romántica.

Sin embargo, por alguna razón Charlotte titubeó en el último minuto y Frederick lo consideró comprensible. Le dolió que ella se separara con brusquedad, era innecesario, él se habría retirado con respeto.

—No estoy segura de que deba continuar quedándome aquí, Fred.

—Puedes quedarte. Tienes mi palabra de que no voy a presionarte —soltó apagado.

—Ya me equivoqué una vez. Y, aunque confío en ti, necesito ir con calma y no solo ceder a mis impulsos como hice en el pasado. No es a ti a quien le pongo freno, ¿comprendes? Es a mí misma. No puedo controlarme cuando estás cerca de mí.

Aquella revelación hizo que Frederick se encendiera aún más, sintió su dura erección palpitar dentro de sus pantalones. Ella lo deseaba tanto como él, solo estaba siendo prudente —si esa palabra cabía entre los dos—.

Gracias a Dios, pensó aliviado. No era rechazo, era que Charlotte había madurado tras las experiencias negativas del pasado. No pudo negar que eso le gradó, aunque su hombría protestase dentro de los pantalones.

Para él ya era una tortura no satisfacer las demandantes exigencias de su virilidad.

No obstante, hizo acopio de su entereza.

—Entonces seré fuerte por los dos. Tendré paciencia —le aseguró y se asombraba.

En cuestión de piel, no era un hombre paciente. Por eso, jamás posaba sus ojos en damas casaderas, siempre quería acción y la quería rápido. Conquistaba y se dejaba cautivar solo por almas tan traviesas como la suya. Pero Charlotte era más compleja que el simple acto de seducir.

—No sé si es conveniente que pasemos tanto tiempo solos.

—Ve a tu habitación, querida, descansa. —La besó en la frente —. Me quedaré esta noche porque ya es muy tarde, pero a partir de mañana dormiré en mi casa. Te daré todo el tiempo que necesites. Sin embargo, no te vayas a dormir enojada conmigo, no soportaría que esto nos separe. Puedes decirme siempre lo que piensas, trataré de ser lo más razonable que pueda.

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas, después lo besó en los labios, pero ya sin tanta exaltación. Como último paso recogió la ropa de él que quedó desperdigada, hizo un bulto con ellas y se lo entregó.

Él le tomó la mano con la suya libre y volvió a llevarla a su retaguardia, la instó a volver a tocarlo de ese modo indecente.

—Ninguna mujer había tenido inclinación por mis posaderas. Soñaré con eso, querida.

Ella sonrió y lo empujó por esa zona para pegarlo a su cuerpo, lo besó con un descaro absoluto y después le dio una palmada en la parte trasera.

Frederick le regaló su más seductora sonrisa. Charlotte era compleja, sí… Y todavía más traviesa que las mujeres que conoció en el pasado. Aguardaría el momento, se armaría de paciencia hasta que ella decidiera subir al siguiente escalón: estaba completamente seguro de que valdría la pena.

La acompañó hasta los pies de la escalera. Cuando la vio perderse en la cima, recorrió en silencio las estancias de la casa donde creció, no podía dormirse con el deseo quemándolo, sabiendo que compartían el mismo techo.

Su pecho subía y bajaba ante la necesidad que lo consumía, ante la obsesión de tenerla.

Así que, sin importar la hora, decidió hacer algo útil con su tiempo, se estaba cansando del juego de Blair.

Salió a buscar a Marianne en persona. Charlotte estaría muy feliz y aliviada si su madre regresaba con ella.

29



Cuando Charlotte despertó a la mañana siguiente tuvo un motivo para sonreír, Frederick la quería. El recuerdo de la noche anterior, la forma en que la besó y la tocó hizo que se encendieran sus mejillas. No era sonrojo de vergüenza. Era rubor de exaltación, de deseo, de felicidad en medio de la crisis: un rayo de sol en su atribulada vida.

Esa mañana tuvo apetito y en cuanto su doncella abrió las ventanas para dejar pasar la luz, quiso adecentarse y bajar a desayunar cuanto antes.

No albergó esperanzas de verlo en el comedor, sabía que él madrugaba para atender sus responsabilidades del periódico. Pero ella también quería ocuparse cuanto antes, tenía una conversación pendiente con su padre.

Hayden le había ofrecido su ayuda y la tomaría. Quería ir escoltada por él para enfrentar a Blair. Con Frederick de testigo su padre se pondría a la defensiva y empeoraría todo en cuestión de minutos. Además de que su presencia arrojaría indicios de donde se estaba refugiando.

En cambio, con el duque su padre se mediría. No podía sacar su pistola y amenazarlo como hizo con John con trágicas consecuencias. Un final así sí podría esperarle a Frederick si se atrevía a enfrentar a Blair. A su padre le sobraba frialdad para creer que siempre se podía salir con la suya.

Bajó al comedor y lo que encontró la dejó boquiabierta. Tres hombres con ojeras profundas y caras de trasnochados, desayunaban abundantemente. Sobre todo, el escocés que tenía una montaña de costillas de cordero asadas en su plato.

Lady Agnes no dejaba de sonreír, adoraba recibir a tan ilustres personajes: un duque y el emergente dueño de un criadero de purasangres.

—Lady Charlotte, discúlpanos por no esperarte. Creímos que era mejor dejarte dormir —dijo la señora Banes.

—Gracias.

El duque de Hayden y Frederick se pusieron de pie en cuanto la vieron, este último tuvo que propinarle un discreto codazo a Broc MacKenzie para que no olvidara ser cortés con la dama.

Cuando volvieron a sentarse, Frederick arrojó luz sobre qué hacían ahí reunidos.

—Pasamos toda la noche buscando a tu madre y, como agradecimiento, los invité a disfrutar de un desayuno muy hogareño.

—Gracias, excelencia. Gracias, MacKenzie.

Ambos correspondieron y volvieron a sus puestos. Era una magnífica oportunidad para comunicarle a Hayden sus planes, pero visitar a su padre ese mismo día sería un error, el duque se veía agotado.

—Lamentablemente, no hemos dado con ella —comunicó con disgusto Fred—. Sin embargo, de club en club y casa de juegos tras otra, cada uno abarcando una parte del terreno nocturno de Londres, dimos con un hecho muy interesante.

A Charlotte se le aceleró el corazón.

—Habla, por favor —lo instó.

—Lord Blair tiene hospedada a una dama de alta cuna en la suite de uno de sus hoteles —intervino el duque.

—¿Creen que pueda ser mi madre? —preguntó desesperada.

—Desde su convalecencia no me ha llegado rumor alguno de que tu padre haya vuelto a las andadas —aclaró Frederick.

—Sobrino, no hables de amantes indecentes delante de tu tía abuela, que me puede dar un soponcio —se quejó lady Agnes.

—Usted lo ha dicho, no yo, querida tía. Intenté ser más sutil.

—Tanto como un elefante en una cristalería, querido. Mis oídos ya no están para esos sobresaltos.

—Según escuché en una mesa de bridge —informó MacKenzie —, la dama que Blair oculta es de muy alta cuna y gustos refinados. Tiene a dos guardias apostados día y noche a la salida de sus aposentos. Y una modista francesa acudió a la suite a tomarle las medidas para encargarle unos vestidos.

—Mi madre no se llevó más que la ropa que tenía puesta. Hasta donde sé su doncella aún sigue en Blair House. —El corazón de Charlotte parecía una locomotora al límite máximo de su velocidad.

—Estás en lo cierto, querida —confirmó Frederick—. Según mis fuentes la doncella de tu madre continúa en Blair House y los criados aún desconocen el paradero de la marquesa.

—Cuando todo esto termine, tendremos que remover esos elementos que sustraen información en Blair House. No me parece ético —sostuvo ella.

—Pero en estos momentos está resultando útil —apostilló MacKenzie en defensa de su amigo, anotando un punto.

Por lo que Frederick le agradeció con el gesto, y Charlotte, contrariada por el grandullón, lo reprendió con un mohín.

—Yo había pensado ir hoy a Blair House —soltó ya sin poder contenerse, la urgencia por averiguar si esa dama era su madre comenzó a carcomerla por dentro.

—No hemos avanzado tanto para retroceder, Charlotte —la regañó Frederick en público y ella sintió el disgusto arder en su pecho. ¿Cómo se atrevía a hablarle así delante de sus amigos?

Hayden y Broc intercambiaron miradas cómplices y unas risitas mal disimuladas. Al parecer algo había cambiado. ¿Los habría hecho partícipes Frederick del vínculo que los unía?

—¿Es idea mía, o Frederick y lady Charlotte pelean como prometidos, querida? —inquirió lady Agnes al límite del entusiasmo a la señora Banes, ignorando que todos en la mesa la escuchaban con claridad—. Me dará un vahído. Pronto nos darán la noticia de la fecha del matrimonio. Y después de la boda, pequeñas réplicas de Fred y diminutas pelirrojitas estarán corriendo por los pasillos de la casa, enloqueciéndonos de amor.

—Querida Agnes, pueden oírte —le susurró la señora Banes.

Broc y Hayden no soltaron las carcajadas por respeto a la edad de la dama; pero se notaba que la estaban pasando fenomenal.

—Tía, por favor, me convertirá en la comidilla de estos dos.

—¿Pero la estás cortejando o no? —indagó la tía mientras Charlotte la contemplaba con cariño, esa dama le resultaba cada día más querida.

—Hago el intento, todavía no sé si Charlotte me corresponderá —aceptó para darle un poco de felicidad a su querida tía abuela.

—¡Oh, lo sabía! —exclamó satisfecha con un brillo en la mirada.

—Querida Agnes, veo que ya has terminado tus alimentos, ¿te parece si los dejamos ocuparse del asunto tan importante que los concierne y nos retiramos a la sala de estar a discutir tus interesantes apreciaciones? —La señora Banes trató de sacarla de allí, antes de que continuara insistiendo con el tema del compromiso.

—Sí, querida. Vamos, ardo en deseos de comentarlo contigo.

Cuando lady Agnes y la señora Banes se retiraron, Broc MacKenzie soltó la carcajada que se había aguantado. Hayden no fue tan evidente, pero sonrió a medias ante tan maravilloso espectáculo.

—Lo siento —indicó Broc—. Es que las ocurrencias de tu tía abuela no tienen desperdicio.

—Pequeñas réplicas de Fred y diminutas pelirrojitas estarán corriendo por los pasillos de la casa, enloqueciéndonos de amor —repitió Hayden en tono burlón.

Charlotte lo amonestó con la mirada, alzó su barbilla y repuso:

—¿Ya terminaron de reírse, caballeros? No estoy pidiendo permiso, estoy informando que iré a interrogar a mi padre sobre el hallazgo. —Su mirada fue directa hacia los ojos de Frederick, debía ponerlo en su lugar de inmediato, porque si lo que tenían seguía su curso era importante que él supiera que no era mujer que bajara la cabeza ante un hombre, jamás.

—Charlotte, no te reclamo porque pidas o no permiso, pero por consideración a nuestros avances y nuestras horas sin dormir, creo conveniente que tengas paciencia —sugirió Frederick—. Tu padre ha demostrado con creces que es impulsivo y no le importan las

consecuencias, detestaría que no te deje marchar. Me obligarías a correr a su puerta y exigirle por la fuerza que te libere. ¿Eso te gustaría que suceda?

—Muchacha, no olvide usted que su padre siempre está armado y que odia a Frederick —intervino Broc muy serio—. Si mi amigo decide ir a rescatarla a la casa de su padre me vería en la urgencia de acompañarlo.

—Y yo también… —secundó el duque.

—Sé que mi padre es impulsivo, pero si solo voy acompañada de su excelencia, tal vez, no tenga más remedio que replegarse. Nunca haría algo que ponga en riesgo su lugar dentro de lo más selecto de la aristocracia.

—¡No! —Frederick no podía arriesgarse. No podría vivir si aquel hombre capaz de disparar a sangre fría y de golpear a su propia hija, se descontrolaba y era dominado por la ira.

Hayden no quiso intervenir, aunque de buen grado habría aceptado. Pero entendía el temor de Frederick.

—Muchacha, yo puedo ir solo y ajustar las cuentas con Blair como los escoceses estamos acostumbrados —terció Broc—. ¿Eso quiere? No respondo por lo que a su padre pueda pasarle.

—No soportaría si algo terrible le sucede a usted, MacKenzie —sostuvo ella. Tampoco arriesgaría al escocés, aunque en el fondo dudaba que su padre pudiera derribarlo; sin embargo, estaba el asunto del arma. Broc parecía infranqueable, pero al final era de carne y hueso.

—Blair no tendrá ventaja conmigo, ni siquiera sabrá qué lo ha golpeado —bramó orgulloso Broc.

—A los hombres como Blair no se les vence por la fuerza. —Frederick no quería que sus planes se arruinaran—. Anoche discutimos y decidimos qué hacer, continuemos con lo pactado.

Los dos hombres asintieron y se pusieron de pie, tras despedirse de los dos, Hayden pidió su carruaje y MacKenzie salió a buscar su caballo.

Charlotte respiró hondo cuando volvió a quedarse a solas con Frederick.

Se puso de pie para abandonar la mesa, cuyos comensales habían huido poco a poco, y él hizo lo mismo.

—¿Vamos a pelear por esto? —preguntó con unos ojos de cordero que a Charlotte le provocaron arrepentimiento de inmediato.

Él estaba haciendo una pausa en su rutina, en sus responsabilidades en el periódico para ayudarla mientras ella atravesaba por ese atolladero. No era justo que le hubiese hablado así frente a sus amigos. Los dos tenían que darse cuenta de que no fue la mejor forma de dirigirse al otro delante de la visita.

—Perdóname si fui brusco o grosero —comenzó él, y ella sintió alivio porque lo notara—. Si algo te ocurriera yo me volvería loco. No fue la manera correcta de expresarme.

—Tampoco la mía.

Ella ya no quería discutir. Buscó el abrigo de su cuerpo y sin importarle que algún criado apareciera de pronto, se refugió en el abrazo cálido y poderoso de Frederick.

Lo deseaba tanto, tanto; pero sus errores del pasado le exigían dar pasos firmes y no dar rienda suelta a la pasión, a los impulsos cegadores… No le habían traído nada bueno tiempo atrás. Suspiró mortificada, consumida por el deseo, abrumada por el peso de la contención.

Frederick la entendió porque él también se quemaba. Lo único que le impedía alzarla en brazos, llevarla a su habitación para hacerle el amor de todas las formas posibles era, precisamente, el amor, el respeto… No podía presionarla y manchar el sentimiento más puro que había sentido.

Contrario a la urgencia que lo incineraba, buscó una manera de brindarle afecto, pero con ternura y calma.

Frederick le besó la frente y ella sintió que sus labios contra su piel sonreían.

Y algo los sacó con sobresalto de su momento idílico.

—¡Oh, por el Altísimo en el cielo! —La voz exaltada de lady Agnes los sorprendió—. ¡Yo sabía, yo sabía!

La madre de Frederick estaba a su lado y dio una clase magistral de prudencia.

—Querida, es hora de escoger los berros que servirán en la comida —le propuso la señora Banes para distraer a lady Agnes, mientras intentaba alejarla de allí—. Recuerda que exiges hacerlo en persona.

Cuando las dos mujeres se fueron —con lady Agnes insistiendo en el tema del compromiso y la señora Banes intentando distraerla —, Charlotte sonrió y se volvió para mirar a los ojos a Frederick.

—Qué vergüenza con tu madre, creo que nos solapa. Me siento terrible por ponerla en tan incómoda situación.

—No deberías, mi madre está feliz de tenerte aquí. He sido sincero con ella, sobre lo nuestro, sobre tus circunstancias…

—¿Le has hablado de lo que conversamos anoche? —Se ruborizó al pensar qué opinaría sobre su casamiento, su embarazo…

—Por supuesto que no le revelé todo. Jamás invadiría así tu privacidad. Me refiero a que nos queremos, la desaparición de tu madre y que tienes desavenencias con tu padre. Le dije que pretende casarte con Marcus. Quedó horrorizada. Está de acuerdo con que te hospedes aquí todo lo que haga falta. Eso sí, me ha exigido que te respete, en especial bajo el techo de esta casa.

—Es lo justo, ambos debemos respetar la residencia Banes y la hospitalidad de tu madre. ¿Hayden y el highlander lo saben?

—Y también Edward. Mis amigos fueron más comprensivos, pero Broc me dio un tiempo para sincerarme con Moray y hacer lo correcto. Jura que no quiere que tu hermano y yo nos enemistemos por mis bajas pasiones.

—Ese escocés es medio huraño, pero me agrada.

—A mí también, aunque la tarea que me encargó tu hermano de volverlo más sociable va a tener que esperar. Simplemente no se deja. En cualquier caso, ya le aseguré a Broc que tengo las mejores intenciones contigo.

—¿Y de verdad las tienes? —Lo miró embelesada.

—Estoy muy sorprendido del giro que han tomado mis planes personales para el futuro, pero te aseguro que estás en ellos. Claro, si estás de acuerdo.

—Si así lo decides, también estás en los míos.

—Sé que es importante para ti encontrar a tu madre, cuanto antes. No he cejado en mis intentos.

—¿Cuáles son tus planes con Hayden y Broc?

—El baile para recaudar fondos para el Premio Cumberland, tu padre no faltará, más porque le haremos saber que tú estarás ahí. No va a tocarte delante de todas esas personas…

—Tienes más fe que yo en el autocontrol de mi padre…

—Estaré ahí para protegerte, Hayden también. Pero Broc se colará discretamente en el hotel para rescatar a lady Blair.

—i¿El highlander?! El plan va muy bien hasta el baile, pero para la incursión en el hotel creo que han elegido al peor soldado. Ese grandullón con cara de miedo no puede ser sutil ni discreto. Ni aunque se disfrace de botones pasará desapercibido. No creo que haya uniforme capaz de vestirlo.

—Querida, deberías tenerle más fe a nuestro amigo. Él mismo se ofreció para rescatar a tu madre.

—¿Entonces yo debo quedarme aquí cruzada de brazos, sin poder moverme para que mi padre no me encuentre? Escondida no podré lidiar con los rumores ocasionados por el periódico, menos averiguar donde mi padre ha ocultado mis muebles.

—Te equivocas. Escondida estás jugando un papel muy importante. No te dije, pero tu padre está desaforado completamente imbuido en tu búsqueda. Blair ha peinado medio Londres buscándote, no imagina siquiera donde te ocultas. Sabe que tu hermano está por llegar a Inglaterra, y que cada día que transcurre, es uno que él pierde en la carrera contra arreglar tu vida, antes de tu mayoría de edad.

Se quedó sorprendida, no sabía que ella estaba siendo de tanta utilidad. Frederick era un estratega después de todo, no solo en el terreno de las letras. Tenía una mente muy privilegiada.

—Mi padre necesita estar perdiendo su tiempo en algo, así nosotros podríamos ocuparnos de encontrar a *La Voz del Decoro*.

—Supe que tu padre está tras la pista de la persona de las cartas también. Ha estado haciendo averiguaciones. Lo peor es que soy uno de sus principales sospechosos.

—Creí lo mismo al principio.

Él hizo un gesto de fastidio, ella sonrió con complicidad.

Un nombre apareció en la mente de Charlotte como una epifanía.

—Oh, por Dios. ¿Cómo no lo pensé antes? Creo saber quién podría estar al corriente de mi romance con John.

—Odio que le llames a romance eso. Él fue un patán y no se portó bien contigo —dijo elevando los ojos al cielo raso con molestia —. Vamos a nuestro lugar secreto, y me lo cuentas.

Volvieron al saloncito de la chimenea y el amplio sofá. De día era todavía más acogedor. Paredes forradas con motivos otoñales, grandes ventanales cubiertos con cortinas marrones y doradas con vistas al pequeño jardín invernal.

Él tuvo la gentileza de encender la chimenea para calentarlos en esa fría mañana de enero.

Charlotte se sentó en el extremo del sofá y él no tardó en acompañarla. Se miraron a los ojos mientras a ninguno le pasó desapercibido que estaban solos, de nuevo.

A ella se le aceleró el corazón, ya no podía tratar de dominar el deseo que la abrasaba mintiéndose, asegurándose que debía esperar. Su mayor temor ya no le importaba, porque había dejado de creer que Frederick era un hombre peligroso para su reputación. Su confianza en él había crecido, tanto que no deseaba estar con nadie más en los peores momentos.

Él la miró a los ojos buscándole la boca y no tardó en apoderarse de sus labios. Al parecer, luchar contra las ganas era todavía más difícil para el periodista.

Las manos de él viajaron sobre su escote y allí hicieron una parada, para acariciar y apretar mientras sonidos roncos de placer abandonaban sus labios.

Era un atentado contra el propósito de Charlotte de mantenerse firme, no era una roca. Sentía, sentía tanto. Y es que ese hombre era experto en hacer sentir. Pero cuando pellizcó la punta de sus senos a través de la tela del corpiño, ya no pudo contenerse, y

también comenzó a gemir, lo que alimentó la valentía de Frederick para seguir explorando sus cimas y valles.

Charlotte sentía el fuego en el pecho, y cómo palpitaba la zona íntima entre sus piernas, exigiendo atención. Y Fred, era mago o clarividente, porque no tardó en llevar su mano hacia ese sitio, y presionarlo.

En ese momento, mientras disfrutaba su toque envolvente sobre su centro de placer, su mano tropezó sin querer con la erección masculina, tan dura como el granito de Escocia. Se mordió el labio, ya rayando en la desesperación. Y un gemido demasiado alto, que llamaría la atención de los demás habitantes de la casa abandonó sus labios.

Él trató de acallarla con un beso, pero continuó asediando su intimidad con más brío.

—Oh, Fred… Fred, prometiste ser fuerte.

—¿Lo prometí? —Y no era que no tuviese palabra, era que esa mujer lo estaba llevando al límite. Necesitaba introducirse en el cálido refugio entre sus piernas o se le detendría el corazón por culpa del descontrol de sus latidos.

—Aquí no puedo… —murmuró casi mordiéndose el labio inferior. Ella quería, su cuerpo se lo estaba gritando, pero había un impedimento que la carcomía.

—¿Por qué no puedes? ¿Qué garantía necesitas de mi parte? ¿Quieres saber que te amo, que mis intenciones son honorables?

—Tu madre me ha puesto un cinturón de castidad, figuradamente. —Gimió de dolor ante tan fuerte necesidad de tener a ese hombre para sí de una maldita vez—. Ha sido tan comprensiva con nuestra situación, que no puedo contravenir su única exigencia: que respetemos el techo de su casa.

—¿Me sugieres que te rapte, que te lleve a mi ático?

Ella asintió y después acalló una carcajada nerviosa.

—Aunque no sé qué tan prudente será entrar en *The Golden Gazette* por la puerta principal. ¿Además, no estás cansado? Mira tus ojeras, no dormiste nada.

Frederick exhaló con fuerza.

—¿Me estás pidiendo que me calme?

—Al menos mientras estemos bajo su techo… No voy a estar aquí eternamente.

—Seguro que no. Buscaré otro sitio donde resguardarte. Uno donde tengamos más privacidad.

Gruñó fastidiado y se acostó cuan largo era en el sofá, reposando su cabeza sobre el regazo de Charlotte. Tuvo que doblar las piernas, pues no le cabían. Ella lo cubrió con una suave manta de lana con olor a hogar, sobre todo para no seguir tentada al contemplar la protuberante erección que marcaba con descaro la tela de sus pantalones.

Nadie los iba a interrumpir con discursos moralistas, en esa casa estaban a salvo, pero decidieron respetar.

—Di lo que sea para distraerme, para no llevarte ahora mismo a mi casa y actuar como un imprudente y echar por tierra todo por lo que hemos trabajado.

Ella le acarició los cabellos castaños, salpicados de hebras doradas, como las chispas de sus ojos.

—Deberías descansar, insisto. Déjame cuidarte.

—Eres la única mujer que me convence de comportarme de modo honorable, y a la única que complaceré por lo mucho que la quiero.

Comenzó a acariciarle las sienes, a sosegarlo para que el cansancio de la noche en vela le recordara a su cuerpo que estaba agotado.

Él se habría dormido así arropado, pero cuando ella dijo algo que no había logrado sacarse de la cabeza, la curiosidad lo mantuvo despierto un rato más para escucharla.

—¿Te acuerdas de lady Warrington, Fred?

—Como olvidarla, la madre de lady Susette y lady Lavinia. Esas dos pobres infelices que fueron engañadas por Marcus y Cornelius.

—Lady Warrington fue una amiga muy íntima y antigua de lady Cumberland, pero también fue la amante de mi padre durante un tiempo importante. Pensé que ese romance nunca iba a acabar. En las narices de mi madre, llevándola con su esposo y toda su familia a interminables comidas en mi casa. Incluso se pasaron una temporada con nosotros en Normandía.

—Claro que lo sé. El romance de ellos no fue público, pero tengo mis fuentes.

—Por supuesto, esas fuentes que removeremos si todo se arregla.

Él gruñó en señal de protesta.

—Lo que sí fue de dominio público fue que Blair arruinó a lord Warrington sin importarle los años de amistad entre las dos familias.

—Así es. Y por ese golpe bajo de mi padre a lady Warrington fue que ella, indignada, lo abandonó. Mi padre y la dama terminaron muy mal, como muchas relaciones que sostuvo él, tiempo atrás. Siempre mi madre, mi hermano y yo teníamos que lidiar con los deseos de venganza de sus amantes a las que repudiaba cuando se aburría.

—¿A ella la quiso? Fue la única que lo despreció cuando se enteró del saqueo de sus arcas.

—Creo que a mi padre no le importó ese lazo, porque no le tuvo ninguna consideración cuando se aprovechó para arruinar económicamente a lord Warrington. Sin embargo, mi padre es un ser muy complicado, no sé qué pueda florecer dentro de su árido corazón.

—¿Qué estás queriendo decir? ¿Cómo lady Warrington podría estar detrás de las cartas?

—¿Y si lady Warrington, aprovechando la proximidad con mi padre, escuchó a sus espaldas lo que él hizo con John? Tal vez estamos lidiando ahora con su sed de venganza.

—Uhmmmm —reflexionó y tuvo que incorporarse. Aquello se ponía todavía mejor.

—Interesante, ¿verdad?

—Suena lógico pensar que lady Warrington no soportaría que su amiga prefiriese casar a Marcus contigo en vez de con Susette, a la que, además, había arruinado, sabiendo que tú también diste un mal paso.

—Igualmente la perpetradora de las cartas podría ser lady Cumberland. ¿Y si, desesperada, lady Warrington le reveló mi secreto a lady Cumberland con el fin de presionarla para que Marcus

hiciera lo correcto con Susette? Casarse con la joven que arruinó y no conmigo, quien, de cierta forma, también estoy arruinada.

—Estás pensando que pueda ser lady Cumberland quien mandó las cartas? Hallo más lógico que sea lady Warrington.

—Lady Cumberland se ha opuesto con énfasis a las reformas que Ettie y Bonnie están haciendo en English Roses School.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Marcus me dijo que su madre me quiere como nuera para tener una aliada en el Comité Rosas Inglesas, del que formo parte. Así podría sabotear todas las reformas. Desde que Ettie y Bonnie quedaron como dueña por matrimonio y directora de la escuela, respectivamente, quitaron autoridad al antiguo Comité de Damas que hacía y deshacía a su antojo con las decisiones importantes del colegio. Lo anterior en la época cuando la difunta tía de Hayden estaba al frente.

—Qué orgullo me das, mi amor, aportarás mucho en ese joven comité. Las ideas de las viejas damas del antiguo comité ya están obsoletas. Continúa.

—Lady Cumberland quiere casarme con Marcus sin importar mi renuencia a estar con su hijo, sin importar mi pasado solo para acceder a las decisiones de ese colegio que le ha obsesionado desde que estudió en el internado.

—Estás leyendo muchas novelas de misterio. ¿Crees realmente que lady Cumberland es la sospechosa principal y la gran villana de esta historia, quien dejaría sorprendida hasta a su propia amiga, y a tu padre en el proceso? No, la conozco más que eso. Mi diabólica tía…

—Oh, esa bruja.

—Como decía, esa insana mujer jamás aceptaría que te cases con Marcus si supiese tu pasado, así que lady Warrington sigue siendo mi principal sospechosa. Lady Cumberland quiere que su cachorro se case contigo para limpiar el nombre de su libertino vástago, no se arriesgaría a que un escándalo mayor a la conducta indecente de su hijo lo opacara. Cuida mucho las apariencias.

—Subestimas a la bruja, créeme. No sé cómo, pero ella está detrás de esto.

30



Febrero abría sus puertas a la temporada social con un gran baile de recaudación de fondos. Lo reunido estaría destinado al patrocinio del siguiente concurso que se realizaría, casi al final de la temporada.

El Premio Cumberland se nutriría de lo que donaran esas *almas caritativas*. Hasta para los poderosos y muy ricos Cumberland, así como las acaudaladas integrantes del Comité de Damas, se volvía un reto contar con treinta mil libras cada año, para dotar de fondos el certamen.

Y, en particular, porque no solo recolectaban la suma del premio. Frederick sabía que, las damas de ese antiguo comité financiaban los estudios de jovencitas de alta cuna, cuyas familias —en la ruina o con las arcas al borde de la desgracia—, no podían sufragar los gastos de su permanencia en uno de los colegios más caros de Londres.

Todo un plan elaborado para que las hijas de la aristocracia no fueran perjudicadas a la hora de enlazarla con pares del reino. Competían con la horda de señoritas burguesas, que venían a tentar con sus cuantiosas dotes a los lores con bolsillos empobrecidos.

Pese a estar informada de ese proceder, la nueva dueña de la escuela, la duquesa de Hayden, junto a su recién instaurado Comité Rosas Inglesas, no pudieron hacer nada al respecto. Apenas habían comenzado a funcionar como comité y tenían mucho camino por delante.

Aunque estuvieran a favor o en contra de las bases del premio, o de la forma de regirse el antiguo Comité de Damas, no podían dejar sin esperanza a las alumnas que tenían puestas todas sus ilusiones en las becas para los estudios y el concurso, tal y como había funcionado hasta la fecha.

Frederick observó la invitación que lo haría entrar por la puerta principal a Cumberland Place, una propiedad que tenía una fachada deslumbrante y que, al traspasar a su interior, siempre le producía sentimientos encontrados.

Si la había pisado en dos ocasiones era demasiado. Y fue gracias a la presión del duque de Hayden, que exigía que Frederick cubriera las noticias del concurso donde participaban las estudiantes de su escuela.

Y en cada momento, terminaba escabulléndose, aludiendo a algún pretexto que lo sacara del paso. Reunía los elementos para redactar sus notas de fuentes cercanas.

Era más fuerte que él, no podía permanecer en ningún sitio que perteneciera a su estirpe, sin recordar que una vez fue prácticamente echado de las tierras del emblema familiar, con un desprecio que aún no superaba.

Respiró hondo e hizo su entrada al amplio recibidor, donde un mayordomo con un atuendo exquisito, hecho a la medida, le dio la bienvenida.

Quedó deslumbrado como las veces anteriores al estar dentro. Sentimientos encontrados. La sensación de haber llegado a la cuna de su linaje se mezclaba con la impotencia, el rechazo y el rencor.

Bufó al contemplar el esplendor de la estancia en comparación con la sencillez en la que había crecido. Estaba en contra de las arcaicas leyes que designaban que solo el primogénito tenía derecho a heredar el grueso del legado.

No tardó en observar a la condesa de Cumberland, la Bruja, que como una directora de orquesta, iba y venía de un sitio a otro, para cerciorarse de que sus exigencias para el gran evento fuesen cubiertas.

El conde de Cumberland, no lejos de allí, departía con los más poderosos. Lo odiaba. Jamás le perdonaría por humillar a su padre.

Eran unos hipócritas.

Él sabía que en algún punto de la historia sus antecesores instauraron el premio con buenas intenciones, pero estas se desvirtuaron al caer en manos de los actuales poseedores del título.

Los condes desviaron el concurso para que sirviera a su propósito: controlar la escuela para señoritas, propiedad de los Hayden.

Era un secreto solo conocido por pocos: quien dominaba la escuela tenía la red de espías más agradecida de Inglaterra.

La explicación era simple. Muchas señoritas de cuna noble pasaban por las aulas de English Roses School. Y, después, se convertían en las esposas de los miembros del Parlamento con más jerarquía.

Por esa razón la aristocracia respetaba tanto a los Hayden. Quienes controlaban la admisión a English Roses School, tenían en sus manos la posibilidad de influir en el resto de los exponentes más poderosos de la nobleza.

Los Cumberland lo comprendieron pronto y no se quedaron atrás, ese premio a su nombre, dotado de muchas libras, también podía servir a sus intereses para apoderarse de un trozo grueso de esa tarta.

Treinta mil libras —cantidad con que se dotaba el premio—, podía salvar de un mal matrimonio a una lady, y eso granjeaba el agradecimiento de ciertas familias bien conectadas.

Frederick suspiró y trató de reflexionar por qué Blair insistía de manera obstinada en casar a su única hija con el cachorro de los Cumberland.

Blair era estratégico y con grandes aspiraciones de escalar, había dedicado su vida a ello. Estaba al corriente de lo que significaba ser un Hayden o un Cumberland en la sociedad. Frederick estaba seguro de que era la razón por la que el padre de Charlotte deseaba emparentar con los Cumberland.

Edward no tardó en divisarlo y acercarse a su lado.

—¿Te quedarás en la entrada del gran salón toda la noche? Llevo rato observándote sin dar un paso.

—Oh, Edward. —Su amigo siempre aparecía en el momento preciso. Adentrarse en Cumberland Place era tortuoso para Frederick.

—Es tan raro verte aquí.

—Ettie insistió en que si no me daban una invitación no honraría el evento con su presencia, dijo que solo mi periódico tiene la misión oficial de cubrir el destino de las rosas inglesas de su colegio.

—Nuestra amiga es imparable —apostilló Edward—. Y ahora que es duquesa, más.

—Está en guerra contra el antiguo Comité de Damas. Es muy astuta. Ya sabe que, en la siguiente temporada, esas gárgolas tratarán de presionar al jurado para que elijan a quienes ellas decidan.

—Como han hecho cada año. —Edward, los Hayden y Frederick no tenían secretos.

—Solo les importa el linaje, la sangre y que las hijas de nuevos ricos no sigan colándose en los círculos de la aristocracia —masculló. Un músculo se tensó en su sien—. Lord Cumberland y el duque de Richmond están detrás de todo. Y las gárgolas les sirven sin saberlo, usan la decisión del jurado para fines más siniestros relacionados con la política, el dinero, el poder…

—Que no te oiga lord Cumberland… —advirtió serio. Necesitaba calmar a Frederick o su amigo terminaría por decir algo inconveniente. Se inclinó hacia él y, para aligerar el ambiente, bromeó—: Que no te escuche mi tía lady Abbott llamarla gárgola, ella se unió el año pasado a ese Comité de Damas.

—Tu tía no está al tanto de esas maquinaciones. Está obsesionada con casar a todos los solteros de Londres, pero tiene buen corazón. —Nada lo hizo cambiar su humor.

—¿Hablaste con lady Charlotte? ¿Le revelaste tus sentimientos?

Frederick asintió aún con la mandíbula tensa.

—Ella ya sabe que la amo…

Edward sonrió apenas, complacido, y su intención comenzó a surtir efectos. Frederick relajó su rostro al pensar en ella.

—Ahora de quien tengo que cuidarme es de su padre. Blair vendrá para encontrar a Charlotte y ella se ha ofrecido como carnada para salvar a su madre.

Le contó todo, que Broc MacKenzie iba a rescatar a la marquesa, aprovechando que Blair estaba distraído.

—Lady Charlotte es muy valiente. Sobre todo, después de esas notas escandalosas de la prensa, y con los más cotillas de Londres detrás de la identidad de la damisela en dudosos pasos.

—Odio no ser yo quien rescate a lady Blair, pero no puedo dejar a Charlotte en manos de su padre. Siento la imperiosa necesidad de estar aquí para protegerla, por si Blair fuese más astuto que nuestro plan.

—Eso es amor. Lo han orquestado bien, sería más sospechoso que faltaras al baile. Es un tipo de evento al que no sueles faltar. Aunque casi nunca en la casa de los Cumberland. —Edward hizo una pausa para exhalar suave—. Si de algo te sirve, me quedaré al lado de ambos. No tengo un título rimbombante, pero mi apoyo es absoluto.

—Te lo agradezco mucho, amigo.

Al fin ambos fueron hasta el centro del salón y allí la vio, rodeada por sus amigas: Ettie, lady Bonnie, lady Valery y Florence, la nueva esposa de Cailean MacAlister, el mejor amigo de Zachary. El matrimonio, al parecer, había viajado desde Escocia para darle soporte.

Frederick sintió orgullo, Charlotte era querida, incluso si él no existiese, ella tenía a las damas del Comité Rosas Inglesas, a Cailean, a Broc, a su hermano y su cuñada, que lucharían a su lado como un ejército nacido del afecto, de la hermandad, de la lealtad.

Como habría deseado acortar la distancia para besarla en los labios, para estrecharla entre sus brazos y reiterarle que la quería.

Todos la miraban. *La Voz del Decoro* se había encargado de dar pinceladas aquí y allá para levantar suspicacias en su contra. Sin embargo, su guerrera escocesa tenía la cabeza erguida y, con valor, enfrentaba tanto rumores, como miradas despiadadas o burlonas.

Frederick notó que, las habladurías y los señalamientos no se le escapaban, pero ella prefirió refugiarse en el lazo de complicidad

que tenían. Se perdió en su mirada y él le sonrió apenas, una sonrisa que solo ella entendía.

Carraspeó, y aún con Edward a su lado, se acercaron al grupo. Estaba decidido a pedirle el primer baile, así tendrían el refugio perfecto delante de todo Londres para poder intercambiar palabras de aliento.

Por suerte para ambos, o quizás no, teniendo en cuenta sus planes, Blair no había llegado.

Saludó a sus amigos. A ninguno le pasaba desapercibida la chispa que se hacía cada segundo más brillante entre Frederick y Charlotte. Sus expresiones pícaras se endurecieron cuando Marcus apareció ante ellos.

—Bienvenidos a mi morada, excelencias —dijo a los duques de Hayden, después se volvió al resto para ejecutar una reverencia—. Damas, lord MacAlister, señor Raleigh.

Frederick se tensó ante el atrevimiento del cachorro Cumberland que lo ignoró deliberadamente.

—Lady Charlotte, ¿me pregunto si tiene espacio en su carné para concederme una pieza? Es usted la dama más célebre esta noche, con respeto a las demás damas. He notado que muchos miran en su dirección, no quiero quedarme sin un baile o dos.

Frederick no pudo simular que los celos estaban a punto de nublarle el juicio, y antes de soltar un disparate sintió que una pinza gigantesca le apresó el brazo y lo alejó del resto. Fue un acto ejecutado con una rapidez limpia y precisa. No tardó en descubrir que el alto escocés pelirrojo era el responsable. Lo apartó lo suficiente para hablarle bajo sin que los otros lo escucharan.

—No olvide que está en la casa de ese hombre, señor Banes —le susurró Cailean MacAlister y continuó reteniéndolo por el brazo con discreción, pero sin ceder en la fuerza que ejercía para no dejarlo moverse.

Vaya que ese otro escocés era sagaz. ¿Cómo estaba al corriente de lo que sentía por Charlotte? Debía ser por las mujeres, seguro su Florence ya sabía del lazo cada vez mayor entre Frederick y Charlotte. Vio que aquellas se sostenían de la mano.

—No lo olvido —masculló—. Me estoy aguantando para no darle un gancho directo al hígado. Pero no sé si podré contenerme si se atreve a importunar a lady Charlotte.

—Marcus es tan insoportable como un mosquito impertinente, no deje que lo saque de sus casillas. Quizás es su objetivo. Ahora volvamos al grupo. Confío en que sabrá comportarse. Después de todo, usted es *el Látigo*, no me decepcione. Sé que puede manejarlo.

Frederick solo asintió. Volvió a tiempo para ver como su astuta Charlotte le daba una excusa magistral a Marcus para alejarlo sin contemplaciones. Se sonrieron de satisfacción.

—De acuerdo. Es una pena que he llegado tarde. Está muy solicitada, como me ha informado. Su excelencia —dijo para referirse a Hayden—, lord MacAlister, el señor Raleigh y él…

Ni siquiera pudo pronunciar el nombre de Frederick; si lo hacía iba a atragantarse.

—Así es, lord Ashworth. Pero no en ese orden. El señor Banes se le adelantó, bailaremos la primera pieza.

—Supongo que tendré que conformarme con el quinto baile —persistió Marcus tras lanzar una mirada venenosa en contra de su primo. Claro, para él era imposible manejar el rechazo si Frederick iba primero.

—El quinto baile también está reservado. El señor Banes volvió a adelantársele.

La sonrisa cínica de Frederick lució como nunca, ella sabía manejar al desgraciado cachorro.

—Me pregunto cómo. ¿Acaso no acaba de llegar? —protestó Marcus.

—Sí, pero el señor Banes fue muy rápido y discreto. Tal vez estaba usted muy distraído para notarlo, milord. —Ella sonrió con descaro.

—Me muestra su carné, me gustaría anotarme en la sexta pieza o en la que sea que queda libre. —El hijo de los condes se dio cuenta de las intenciones de Charlotte y no estaba dispuesto a quedar en ridículo.

Frederick apretó el puño, era evidente que Marcus no le creía y quería humillarla delante de todos, aunque los presentes estaban al corriente de lo que ocurría.

Trató de pensar en algo rápido para sacarla del embrollo… O en palabras de Cailean MacAlister «manejaría muy mal la situación».

—No lo soportaría, milord. Manías de una obsesa de la caligrafía. Mi carné de baile debe tener los nombres escritos en perfecto orden. Nadie más que yo puedo profanarlo. No se preocupe, lo anotaré. Sexto baile, espero que sea experto en la mazurca. Odio removerme como pez fuera del agua, me habría encantado dejar esa pieza para descansar o tomar una limonada —soltó Charlotte y sus amigas acallaron sus risitas. Era como ver en acción a la Charlotte del internado, experta en sacar canas verdes a la autoridad de la institución, ahora se lo aplicaba a Marcus—. Pero si usted insiste tendré que bailar. No soportaría que se vean afectados mis modales por negarle un baile.

—En ese caso, si no quiere bailar podemos beber limonada juntos cuando llegue mi turno —arremetió ofuscado, pero negado a dejarse vencer.

—Será un placer, milord —continuó ella—. Ahora, si me disculpa debo ir a la pista, el primer baile está a punto de comenzar. Su madre ya ha dado la bienvenida, nos distrajo usted de sus palabras.

Frederick le extendió el brazo y ella lo tomó ante la cara impávida de Marcus, que estaba a punto de echar vapor y humo como una locomotora.

Cuando al fin estuvieron solos, Frederick y Charlotte, suspiraron a la vez. Era un vals, era una bendición que fuese un vals.

Él le colocó la mano sobre la espalda sin dejar de mirarla a los ojos azules, siempre calmados, en medio de la tormenta.

—*Te amo* —esbozaron los labios de Frederick, sin voz.

Ella sonrió y él se sintió pleno, era como presenciar la gloria de un amanecer.

—¿Broc? —susurró apenas, no era necesario terminar la frase.

—Está todo en orden —murmuró.

—¿Cómo te sientes?

—Lady Cumberland me molestó al preguntarme dónde está mi madre… Se hizo la sorprendida por verme llegar acompañada de los duques de Hayden. Como si no supiera que mi madre supuestamente viajó a Escocia. Ella estaba en ese desayuno donde mi padre y los Cumberland, con su hijo incluido, trataron de acorralarme. No entiendo. Si Marcus es el heredero de los grandes condes de Cumberland, ¿por qué insisten conmigo? Mi dote puede ser impresionante, pero ahora mismo estoy en el centro de las especulaciones. ¿Por qué el temor de mi supuesto escándalo no los disuade?

—Me he hecho la misma pregunta mil veces. ¿Has notado que Marcus está parado en un rincón sin bailar con ninguna señorita?

Aprovechó que giraban para mirar en su dirección.

—Raro, ¿verdad? Es el hijo de los anfitriones, debería ser el más asediado por las matronas.

—El dinero y la posición pueden ser atractivos para quien desea casar a una hija, querida. Al parecer, nadie está dispuesto a sacrificar a la suya por lo que ofrece la dinastía Cumberland.

—Excepto mi padre —dijo con angustia.

—Lo siento mucho. Las especulaciones sobre el destino de Susette son la sentencia de muerte social de Marcus. Tarde o temprano tenía que llegarle su merecido. Él fue demasiado lejos al dañar a la hija de la mejor amiga de su madre. Se interpreta como un acto vil, repulsivo y tan desleal que nadie se arriesgará a dejar a su hija en su poder.

—Excepto mi padre —repitió más dolida aún.

—No voy a permitir que continúes con ese semblante. Piensa en la posibilidad de reencontrarte con tu madre. Y algo más, esperaba un momento menos turbulento para decirlo, pero ya no puedo callar. Disimula tu impresión. Stevens ya dio con los muebles y demás artículos de la Casa de Correspondencia.

Ella no había terminado de asentir cuando tuvo que romper la armonía del baile para cubrirse la boca y acallar un grito de júbilo que casi se le escapa. Se recompuso rápido y Frederick la hizo girar para que nadie notara su euforia.

—¿Dónde? —inquirió al fin.

—En los muelles, en una bodega. Tratarán de sustraer esta noche hasta el último papel de carta.

—Gracias, Frederick. —Sonrió y tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos y besarlo con tanta pasión que dejarían a todos escandalizados.

Entonces él se propuso hacerle olvidar, por los minutos restantes de aquel vals, las dificultades por las que ella atravesaba. La hizo girar, disfrutar con cada movimiento, mientras su aura poderosa la envolvía y la hacía sentirse amada y protegida, aunque Charlotte no fuese de las damas que lo necesitaran.

—Te quiero tanto, Fred… Gracias —dijo de nuevo.

—Pronto los malos ratos pasarán y estaremos juntos para siempre. Nadie podrá evitarlo.

—¿Estás considerando…? —No se atrevió a pronunciarlo, pero los dos sabían que se refería al matrimonio.

—Contigo lo quiero todo, mi cielo. Viví creyendo que no me importaba firmar documentos ni dar el sí frente a un altar para formalizar un sentimiento… Pensaba que bastaba con tener una convicción de estar juntos… Sin embargo, cuando te conocí comprendí que me volví egoísta… Tengo una insana necesidad de que lleves mi apellido… De que todos te reconozcan como la señora Banes… De que seas mi esposa para el resto de mis días…

—Oh, Fred… —Trató de disimular su emoción, pero para esas alturas los rumores se habrían disparado. ¿Cómo esconder en sus gestos, en sus acciones de esa noche entre sus brazos, en sus movimientos, que estaba perdidamente enamorada?

—Aunque entendería si prefieres seguir usando tu título de cortesía por ser hija de un marqués… Lady Charlotte.

La mirada castaña salpicada de oro se oscureció. Quizás ella prefería continuar abrigada bajo el nombre que le dio su padre, por el estatus que traía implícito.

—Seré la orgullosa señora Banes, por supuesto. No permitiré que nadie me diga lady Charlotte si me caso contigo. Por el Altísimo, ¿esa es tu forma de proponerme…? —No pudo terminar.

El oro en los iris de Frederick se diluyó y fundió con el castaño, haciendo su mirada más brillante: orgulloso, feliz… Ella lo elegía por

sus dotes naturales, por el hombre que era por encima del asedio de un sujeto con título: Marcus Banes-Ashworth, lord Ashworth. Ella valoraba el verdadero amor, no las poses sociales. Lo amaba, así sin más adornos.

Y él estaba perdido por ella. Era imposible que no se le notara, y que los allí presentes no comprendieran que entre Charlotte y Frederick se estaba dando un cortejo, un acercamiento que crecía.

—Lo haré como se debe cuando llegue el momento, tendrá que ser especial, con tu madre libre para que festejen juntas la noticia. Y antes le pediré la mano a Moray, debo ser transparente con él.

—Solo alimentas mis ansias. Pero es casi perfecto como lo has planeado.

Y él supo que dijo casi, porque tendrían que escalar juntos una montaña para vencer los obstáculos que impedían que fuese perfecto.

Justo cuando la última nota indicó que la orquesta había terminado de ejecutar la pieza, ellos acabaron sonrientes y agitados, mirándose a los ojos.

Algo los llamó desde un rincón, como si una fuerza oscura los estuviera observando, entonces se encontraron con la mirada iracunda de Blair.

Ahí estaba, una de las piedras en el camino.

31

Blair los contempló lleno de sospechas. Y ellos le sostuvieron la mirada. La atracción entre los dos no le pasaba desapercibida, pero al verlos comprendió que el vínculo era cada segundo más poderoso.

El marqués acortó su distancia y los siguió a la pista de baile.

—Querida… Es tan grato verte —ironizó.

—Blair. —Seco, frío, contundente.

—¿Blair? —Exhaló tratando de contener su ira.

—No pienso llamar de otra forma a quien mantiene prisionera a mi madre.

La miró entendiendo por dónde venía y decidió deliberadamente ignorarlo para concentrarse en quien acompañaba a su hija.

—Es grato verte, pero hallarte de la mano de este arribista no es tan agradable para mí. Suéltalo, jamás estará a tu altura. No debes ni concederle un baile. Te hará descender al submundo donde habita —masculló con desprecio hacia Frederick, tratando de que solo ellos lo escucharan para no dar otra vez un espectáculo.

—Un submundo que usted ha pisado con fuerza, milord —espetó Frederick entre dientes.

—Blair, no —advirtió, renuente a permitirle que intentara separarla de él.

Avanzaría de su brazo hasta el borde de la pista, cuando su padre dejara de franquearles el camino.

Mientras Charlotte buscaba la manera de librarse de la presencia de su padre que volvía a la carga, Marcus apareció de la nada, inclinado a sus pies.

Para suerte o desgracia, estuvo minutos atrás tan absorta con las atenciones de Frederick, quien esa noche lucía más atractivo que nunca, que no se percató de su torpeza.

Justo antes de que su padre llegara a asediarlos había dejado caer su carné de baile y este terminó sobre el mármol, cerca de su falda.

¿En qué momento Marcus se aproximó sin que ella lo viese? Seguro mientras estaba entretenida repeliendo a Blair.

Como fuera, Marcus debió advertir que la tarjeta de baile terminó rezagada y corrió a corroborar su teoría, que Charlotte lo había engañado como un tonto.

Antes que Frederick o Charlotte pudieran reaccionar, Marcus alzó el carné y estudió los supuestos nombres anotados. El único que aparecía era el suyo en el número seis.

—Parece que de pronto la segunda pieza ha quedado disponible. ¿Bailamos? —Tuvo el atrevimiento de decir.

Frederick tensó la mandíbula y Charlotte temió lo peor, aún tenían que distraer a su padre para que Broc rescatara a su madre, no podían claudicar. Aceptarlo alejaría a Blair y le haría ganar tiempo.

—Entonces está usted de suerte, lord Ashworth. Una contradanza es más edificante que una mazurca, ¿no cree? —le dio una estocada sin que se viera afectado su humor, al menos en público. Su interior libraba una batalla.

Blair sonrió complacido y se cruzó de brazos, apartándose para dejarlos danzar. Su mirada triunfal recayó sobre Frederick, confiando en que el yerno que había elegido —Marcus— haría que Charlotte recobrara la razón con respecto a lo que le convenía.

—Tampoco pienso renunciar a beber una limonada con usted cuando toquen la mazurca —siguió Marcus—. Me complacerá acompañarla mientras se repone del baile. Será menos alarmante eso. Si nos ven bailar dos veces esta noche, quizás comiencen a

murmurar que le estoy haciendo la corte, aunque sería un acierto total.

Charlotte buscó el rostro de Frederick, quien con la mandíbula tensa le hizo una seña casi imperceptible para que prosiguiera. En ese momento lo más importante era distraer a Blair para que Broc pudiese rescatar a Marianne.

Sin embargo, ella no podía quitarle los ojos de encima. Lo vio pedir permiso y alejarse directo hasta un lacayo con una bandeja de plata que tenía copas de champán. Aunque, seguramente, necesitaba algo más fuerte, el periodista decidió refrescarse con sus burbujas o terminaría quemándose en su propia ira.

—Bailemos —dijo Charlotte simulando una sonrisa. Mientras antes finalizara mejor. ¿Qué tan terrible podría ser bailar una pieza con él? Le haría ganar tiempo con su padre, que aún no le quitaba los ojos de encima.

—Será un placer —convino Marcus, haciendo gala de su arte de seducir, como si creyera que cuando ella lo escuchase iba a caer rendida—. Está usted especialmente hermosa esta noche, querida Charlotte. ¿Me permite llamarle así? ¿Cómo alguna vez lo hicimos?

—No lo sé, lord Ashworth. Me gusta como suena su título.

Él sonrió. No era un hombre de apariencia desagradable, al contrario, y creía que le funcionaría con todas, si tocaba las teclas precisas.

—Su padre parece más relajado, ahora que usted está entre mis brazos y no bailando con *el Látigo*. Tal vez hemos iniciado mal, pero no soy un mal partido, querida Charlotte, quizás si me diese la oportunidad cambiaría la opinión que tiene sobre mí.

—¿Cómo sería eso posible, milord? —Quiso agregar que tendría que volver a nacer, pero se contuvo.

—Mi madre ha planeado un fin de semana en nuestras tierras, vendrán amistades selectas. Me haría un gran honor si nos acompañara. Lord Blair ha dado su bendición.

—Me encantaría, pero como sabe, mi madre continúa de viaje, no tengo una carabina.

—Seguro alguna dama de la confianza de su familia podría ejercer ese papel con distinción.

Lo miró con picardía…

—¿Con usted en la ecuación? La dama que se preste para ello correría un riesgo muy alto. Más si se vuelve público que me está haciendo la corte. ¿A cuántas señoritas inocentes ha engañado con similar oferta? —soltó sin poder contenerse ya.

—¿Lo dice por lady Susette? Las cosas no son como se ha especulado.

—No lo digo por alguien en particular, usted tiene un repertorio muy amplio de corazones rotos y reputaciones arruinadas.

—Es diferente con usted… Si así lo desea podemos no volver a vernos hasta el altar ¿De qué otra forma puedo asegurarle que mis intenciones son serias? No me iré por las ramas, tengo un ultimátum, debo casarme y usted me gusta…

—¿O soy la última opción disponible?

—Me gusta demasiado y lo sabe. No es la primera vez que muestro mi interés.

—Lo siento, lord Ashworth… Quizás alguna vez fui ingenua, ya no.

—No voy a rogarle. He decidido que será mi esposa y nuestros padres están de acuerdo. La asediaré, la cortejaré de forma pública hasta que no tenga más remedio que sucumbir. Le aviso.

—¿Ha enloquecido?

—No perderé el tiempo con una damita malcriada. Sabe lo que está en juego… Su madre solo regresará cuando estemos casados…

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Charlotte. ¿Cómo estaba al tanto? Era lo mismo que su padre escribió en aquel papel que dejó en su establecimiento cuando lo saqueó.

Pero, mientras intentaba comprender qué tenía que ver Marcus con los motivos de Blair en ocultar a Marianne, vio que el rostro de él se acercaba al suyo.

El idiota cerró los ojos y fue evidente que pretendía besarla en los labios… ¡Delante de todos!

Marcus quería propasarse con Charlotte, comprometerla para que no le quedara otro remedio que casarse con él de una vez.

A pesar de que la sujetaba con fuerza, ella lo esquivó con precisión… No obstante, el forcejeo llamó la atención y captó un par

de miradas. Los espectadores empezaron a preguntarse qué sucedía.

Él volvió a la carga y ella aguardó lista para defenderse. A su izquierda, Frederick ya venía hecho una tromba para detener al energúmeno indeseable. Y, de súbito, una voz alta y clara los hizo mirar a los tres en la dirección del sonido.

—Lord Ashworth…

La recién llegada hizo que las miradas que estaban sobre Marcus y Charlotte se volvieran hacia la dueña de la voz. Era lady Susette, o una versión de lady Susette muy desgastada. Amplias y oscuras bolsas debajo de sus ojos hablaban de sus horas de insomnio y de llanto.

—¿Lady Susette? —esbozó Marcus un tanto descompuesto.

—Tal vez aquí te dignes a recibirme, tu casa está llena de invitados.

—¿Cómo te dejaron entrar, Susette?

—Te doy la última oportunidad de enmendar tus actos, Marcus. Ella y yo nos lo merecemos… No somos descartables… No puedes echarnos de tu vida como si fuésemos más insignificantes que el suelo que pisas.

—¡Cállate! ¡Calla de una vez!

La orquesta se detuvo y los presentes se quedaron contemplando muy escandalizados el espectáculo, sobre todo, los anfitriones.

Cuando Charlotte sintió que Marcus la soltaba, aprovechó para alejarse y buscar a Frederick, que estaba a pasos de ella. Sabía que su padre podría valerse de la confusión para sacarla de la recepción a la fuerza. En medio de la gente que se aglomeraba para escuchar cada palabra de reclamo entre lady Susette y Marcus, ella palideció al no encontrar a Frederick. Entonces una mano enguantada tomó la suya y temió que fuera Blair, su semblante comenzó a recuperar el color cuando vio de quien se trataba.

—Fred, no me sueltes… No me sueltes… Deberíamos aprovechar la confusión para escapar.

—Tal vez deberíamos… Si sigo aquí terminaré enfrentando a Marcus delante de todos. Siento que solo busca molestarme… Cada

vez que me acerco a ti se interpone. Sin embargo, no podemos irnos aún. Broc necesita más tiempo. Si te vas tu padre podría abandonar el baile…

—No creo que la recepción dure mucho con lo que está sucediendo. ¿Qué le ha pasado a Susette? Se ve tan consumida.

Los dos, igual intrigados que los demás, giraron en dirección a donde acontecía la discusión sin soltarse las manos.

—No, no me callo. ¡Ya estoy cansada de callar! —gritó Susette exasperada.

—Cada palabra que pronuncies en voz alta solo cavará más hondo tu ruina, insensata —le rebatió Marcus con desprecio.

Los lagrimones corrieron implacables por el rostro devastado de Susette. Se veía perdida, confundida, como si no tuviese salida, como si en medio de su desesperación no lo hubiese pensado dos veces antes de cometer aquella locura.

No sabía qué más hacer para librarse de los ojos que la asediaban.

Su madre, lady Warrington, apareció como invocada por una mala noticia. Lo que arrojó señales de que le había seguido el rastro sospechando lo que tramaba. La condesa tenía el rostro rojo por la vergüenza, también sollozaba.

Se acercó a su hija que era humillada por las palabras y la mirada inclemente de Marcus, solo impulsada por su amor maternal, aunque con esa aparición pública terminara de sentenciar a su familia a un destino peor que el ostracismo social que ya sufrían.

—Hija mía, vámonos, te lo suplico —susurraba, pero muchos pudieron escucharla.

—Él tiene que hacerse responsable. No es justo que yo esté arruinada y él siga pavoneándose aquí… Responde, Marcus, ¿es cierto que le haces la corte a lady Charlotte?

—¡No! —intervino Charlotte sin temor a verse envuelta en las habladurías—. Jamás aceptaré en matrimonio a lord Ashworth y espero que todos lo sepan.

No era lo más apropiado, pero le bastó darse cuenta de que Frederick aplaudió para sus adentros sus palabras.

—Eso es imposible, porque yo, Frederick Banes, le estoy haciendo la corte a lady Charlotte, y no toleraré tener un rival.

Cuando las intenciones de Frederick —no solo de defenderla de Marcus, sino de exponer sus sentimientos en voz alta— fueron muy públicas Blair gruñó horrorizado y todos pudieron presenciarlo.

Que las miradas pasaran de Marcus y Susette a ellos, hizo que los asistentes al baile los sorprendieran juntos de la mano. Pero no se soltaron, menos en esas circunstancias.

Comenzaron a rumorear en voz baja sobre el hecho insólito: la hija de Blair era cortejada por el periodista y su padre era el último en enterarse, cuando debió ser el primero en ser informado.

Ella lo miró sorprendida, ¿qué espíritu posesivo se había apoderado de Fred?

—¿Has enloquecido? —le susurró mientras se alejaban caminando con los dedos entrelazados del centro de las atenciones.

—Solo reforzaba tu revelación.

—Oh, Fred, acepta que te morías por soltarlo en la cara de Marcus —alegó con ternura. Frederick volvía a ser ese niño que se defendía con uñas y dientes.

—También —dijo pagado de sí mismo.

—¿Sabes que no era necesario?

—Lo sé, pero quería que el cachorro Cumberland lo supiera, que no necesito un título para llegar al corazón de una mujer entera, valerosa, llena de convicciones.

Exhalaron nerviosos y no tardaron en ver como lady Warrington sacaba a Susette a regañadientes.

La conversación en pequeños grupos de los invitados comenzó a girar en torno a lady Susette. Todos los señalamientos con respecto a las notas malintencionadas de la prensa de pronto situaron a Susette como la principal sospechosa de las acusaciones.

Nadie entendía nada. La opinión pública estaba escandalizada y ya no tan dividida entre las posibles candidatas de la ofensa. ¿Sería una salida para Charlotte?

—¿Crees que Broc ya haya rescatado a mi madre?

Bonnie y Ettie no tardaron en acercarse a ellos y brindarles su respaldo, Edward las escoltaba.

—¿Quieren escabullirse? Podemos ser la distracción que necesitan —propuso Ettie—. Es hora de dar el resultado de lo recolectado. Eso podría distraer a los anfitriones y retener a Marcus. A pesar del mal pronóstico debido a este escándalo, se logró recaudar una suma importante.

—Es buena idea —aceptó Frederick—. Los distraerás un rato, Ettie, después volverán con más fuerza sobre lo que dejó en ese estado a lady Susette. No obstante, me preocupa Blair, todavía es necesario retenerlo aquí.

—Yo me encargo —sugirió Edward y todos lo miraron.

—Mi padre es un hueso duro de roer, ¿cómo logrará retenerlo, doctor Raleigh?

—Aunque nadie se resiste al ingenioso sentido del humor de Edward, creo que tu padre no sucumbirá ante su encanto. —Ettie lo quería, habían forjado en el pasado una gran amistad llena de complicidad, pese a ello dudaba que retuviera al indolente marqués de Blair.

—Fui su médico alguna vez, algo se me ocurrirá.

—Sé que podrás. —Confió Frederick y le susurró a Charlotte que saliera primero, se reuniría con ella en la entrada.

Todos fueron a sus posiciones, Ettie y Bonnie acudieron con las damas del antiguo comité para instarlas a dar la noticia de lo recaudado para tratar de salvar el evento. Edward Raleigh inhaló con fuerza para ir tras Blair, si cumplía su cometido, Charlotte se le escurriría entre las manos. Padre e hija aún no habían tenido la oportunidad de quedar a solas. El médico lo interceptó justo cuando la buscaba entre el gentío alborotado.

Charlotte sabía que tenía pocos minutos para escapar, y en su huida, lady Cumberland le salió al encuentro.

Se paralizó. A lo lejos oía las voces de Ettie y Bonnie y algunas damas del antiguo comité. En su discurso solemne informaban sobre lo recaudado y agradecían a los asistentes. Un intento valiente para rescatar la desastrosa velada.

Lo último que imaginó fue verla en el recibidor. Creyó que estaría con aquellas como miembro selecto del Comité de Damas. Lo peor fue la osadía de la condesa de Cumberland, quien la tomó del

brazo con brusquedad y casi la arrastró, con ayuda de uno de sus lacayos, a una sala cercana.

—Necesitamos hablar —le dijo y vio al lacayo perderse por la puerta que cerró tras de sí—. La única oportunidad que tiene de salir de su embrollo escandaloso es casándose con Marcus. Ya lo sé todo… Lady Warrington acaba de echarme en cara que la he elegido a usted, quien tiene una indiscreción sobre sus espaldas peor que la cometida por Susette. Ya sé que usted es la dama que dio el mal paso y Blair es el padre que perpetró un crimen por salvar su honor.

Charlotte dejó de resistirse y tratar de abandonar el lugar. Ya no había secretos, no con esa mujer y no estaba dispuesta a correr. Si la condesa se atrevía a desafiarla estaba decidida a defenderse.

Con aquella revelación de lady Cumberland se cumplió una de las teorías de Charlotte: fue lady Warrington quien le contó a la amiga sobre su boda con John. Pero si la Bruja Cumberland se acababa de enterar no podía ser la autora de las cartas.

—La única manera de salvarse de lo que los periódicos intentan sacar a la luz es casándose con mi hijo.

—¿Por qué no lo casa con Susette?

—Lo que Susette hizo esta noche solo la aleja más de la posibilidad de algún día ser condesa.

—¿Y cómo podría ser yo idónea todavía? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Blair y mi esposo tienen el suficiente poder para resolverlo, siempre que se casen antes de que los periódicos terminen de dañar su reputación, milady.

—¿Ellos o usted? —la retó con valentía.

Lady Cumberland se defendió con su mirada más soberbia.

—¿Qué importa si con eso consigue salvarse?

—Y salvar a su hijo… No es un secreto que ya nadie lo quiere como yerno. Dígame, ¿a quién se refería Susette cuando dijo «Ella y yo».

—Ese hombre está muerto… Y lo que sea que usted hizo fue bajo la bendición de Dios… Podría ser un escándalo, pero todavía podríamos tergiversarlo para que la vean como una triste viuda, y no

una pecadora. Eso me sirve más que la desatinada muchacha en la que se ha convertido Susette. Solo tiene mi lástima.

—No la entiendo. ¿Qué le ha prometido mi padre?

—Es el único que está dispuesto en estos terribles momentos a darnos la mano de su hija. Es un hombre previsor, sabe que con el paso del tiempo todo quedará olvidado, cuando nuestros nietos comiencen a llegar.

—¿Entonces, su amiga lady Warrington, está detrás de la información de los periódicos? Por eso tiene la soberbia de asegurar que nadie le dará mi nombre a la prensa.

—No sé cómo tuvo el valor de llegar tan lejos. También sospecho de lady Warrington. Jamás me ocultaría tras una treta semejante para intentar hacer justicia.

—¡¿Justicia?! —gritó indignada.

—Lady Warrington es un alma en pena, solo quiere salvar a su hija. Pero yo elijo salvar al mío. Susette solo podría hundir el futuro de Marcus. No debió actuar de esa forma y presentarse aquí a avergonzarnos con su proceder. Si hubiese hablado de frente, tal vez sus demandas se habrían cumplido. Como sea, muchachita, le ordeno casarse con mi hijo y salvarnos a todos del escándalo, el tiempo borrará las huellas. Yo le pagaré una generosa cantidad a los Warrington para que salden sus deudas. No tienen más alternativa que aceptar. Cerrarán la boca, lo aseguro o dejo de ser la condesa de Cumberland.

—¿Está segura de que tiene ese poder? Es evidente que lady Warrington no pudo cerrar la boca de su hija.

—Ambas sabemos que Susette nunca ha tenido mucho control de sus emociones, tendrán que encerrarla en el campo o tomar medidas más drásticas. Ella sola se ha desgraciado, ya no podrá regresar a la sociedad, ni aunque consiga desposarse.

—Se equivoca, ella sola no se desgració, lo hizo su hijo, pero la sociedad será más indulgente con él.

Lady Cumberland la miró con su rostro de piedra. Con tal de rescatar a su hijo del abismo social donde se hundía, no le importaba hundir más a la hija de su antigua mejor amiga.

—Al menos tiene usted carácter y algo de sentido común. Si se esfuerza podría ser mi sucesora.

—No me atrae en absoluto.

—¡Cómo se atreve!

—Usted es la que debería estar encerrada, bruja. Ahora déjeme proseguir por mi camino…

—¿Acaso no ha comprendido que la tengo en mis manos?

Charlotte se irguió con más orgullo y desprecio si cabía, le dio la espalda sin dudar y abandonó la estancia…

Cuando se topó con el lacayo que custodiaba la puerta, lo miró enardecida.

—Si me toca, haré que mis amigos lo hundan, y no sabe cuán poderosos son… No arriesgue su futuro por esa mujer…

Corrió con todas sus fuerzas hacia la salida, mientras rogaba para sus adentros que el doctor Raleigh hubiese tenido éxito en la misión de distraer a Blair.

Otro lacayo en la puerta le preguntó:

—¿Le pido su carruaje, milady?

Negó sin detenerse a darle una explicación. Tampoco podía preguntar si el señor Banes ya había salido, los sirvientes eran los primeros en diseminar ese tipo de indiscreciones.

Salió al pórtico, bajó corriendo los amplios escalones de mármol sin siquiera sostenerse de la balaustrada.

Los carruajes a veces se estacionaban lejos, pero entre un mar de vehículos lo divisó muy cerca de allí, como si estuviese esperando.

Inspiró hondo y no se detuvo hasta tomar ella misma la portezuela y abrirla para introducirse, sin darle tiempo al cochero de ofrecerle su ayuda.

Solo tenía un pensamiento, rogaba para sus adentros que él estuviera allí, o en su defecto, que no tardase en llegar.

Cuando lo vio sentado sobre el mullido cojín con la impaciencia dibujada en el rostro, sintió cómo la inundaba el alivio.

—Por Dios, Charlotte, cuando vi que no estabas en la salida volví a entrar a buscarte y no te hallé en el baile. Me sentí al borde de la desesperación. Vi que Blair seguía hablando con Edward y que

Marcus estaba discutiendo con su padre. Eso me dio un poco de tranquilidad, pero ni Florence ni Valery sabían de tu paradero. —Sin esperar respuesta y exhalando su ansiedad, golpeó el techo del carruaje y le indicó al cochero que partiera cuanto antes—. ¡Al periódico!

—¿Al periódico? —inquirió Charlotte.

—El cochero tenía un mensaje de Broc…

—Habla —suplicó con los nervios a flor de piel.

—Mandó a decir que no pudo recuperar a tu madre, pero que no todas las noticias son malas. Nos ha citado mañana temprano en Watherby House, ahí nos dará razones.

—¿Mañana?

—Supongo que habrá que esperar —dijo resignado, pero ella no entendió por qué iban directo a *The Golden Gazette* si la cita con Broc era hasta el siguiente día. Él continuó hablando—: ¿Por qué tardaste tanto?

—Me retuvo lady Cumberland. Lamento que mis noticias sean malas del todo. Ella ya sabe sobre John, la boda y lo que sea que alcanzó a escuchar lady Warrington.

Frederick la miró intrigado.

—¿Entonces esa mujer podría ser la que nos ha estado escribiendo? Quien se oculte detrás, no quiere que te cases con Marcus.

—Como temía lady Warrington debe haber descubierto lo que mi padre hizo cuando supo de mi enlace con John… Quizás lo guardó mientras lo quería, si es que lo amó. Pero, cuando pudo usar esa información a su favor no dudó en remover las cenizas para destapar un secreto enterrado. Por eso mi nombre aún no está en boca de todos. Ella tiene una exigencia. Pretende que, tras las amenazas, mi padre y yo rechacemos a Marcus. Ambiciona que Marcus restaure el honor de Susette…

—Ya nadie podrá salvar a Susette. Quizás solo exiliarse en algún lugar donde los rumores no la alcancen. Si es que eso es posible.

—¿Sabes algo? —Lo conocía tanto. Él tenía una forma de mirar cuando poseía más información de la que quería conocer. Tal vez los efectos adversos de su profesión.

—Lady Susette tuvo una hija con Marcus.

—A eso se refería cuando dijo: «Ella y yo nos lo merecemos… No somos descartables».

Frederick asintió y después la encerró entre sus brazos, pegó su frente con la suya y suspiró sobre sus labios. Charlotte se sintió tan cercana a él, ya no podría renunciar a ese hombre ni aunque su reputación tambaleara encima de una cuerda floja. Por eso no se atrevía a decirle qué le había exigido lady Cumberland a cambio de callar a lady Warrington.

—Es urgente que detengamos a lady Warrington… —En ese momento la preocupación de Frederick se dibujaba en su rostro.

—Si lo que la motiva es que no me case con Marcus, debo hacerle una visita y asegurarle, jurarle sobre lo más sagrado, que no voy a desposarlo.

—Tal vez eso la calme un poco, pero si ha llegado tan lejos no sé si quiera detenerse. No puedes obligar a Marcus a desposar a Susette, el verdadero motivo que está detrás de su asedio. Y está también el odio que lady Warrington debe sentir por tu padre. Si es una mala mujer, quizás le cause satisfacción vengarse dejándote hundida en el lodo, ya que no tiene forma de resolver su problema.

—Deudas…

—Sí, tu padre dejó a lord Warrington lleno de deudas. Pero no solo eso, lady Warrington arriesgó su matrimonio y su respetabilidad por su amante, uno que la traicionó.

—Me refiero a algo que dijo lady Cumberland, ella me aseguró que, con dinero para pagar sus deudas, tal vez podría conseguir frenar a lady Warrington. Aún me queda una cantidad de lo ganado, puedo dárselo todo a cambio de que cierre la boca.

Frederick exhaló fuerte y la besó en la frente, después en los labios, sin profundizar, algo corto, pero lleno de ternura, para después añadir:

—Yo le pagaría lo que fuera, Charlotte. Sin embargo, ¿qué nos garantiza que lo olvide para siempre? En mi experiencia pagar para que alguien mantenga los secretos guardados, despierta el hambre de la bestia. Después quieren más…

—¿Lo dices por algún secreto tuyo…

—No, solo gajes del oficio.

—¿Entonces? —Trató de protestar porque él parecía tener respuesta para todo.

—Lo resolveremos, amor, lo resolveremos.

Acto seguido la aferró más a su cuerpo y le robó un poco más la cordura cuando introdujo su lengua dentro de su boca abierta. Estaba cansado de seguir discutiendo, y era devorado por la urgencia de besarla con ímpetu, reclamando su atención.

Ella no pudo continuar hablando, también necesitaba un respiro y Frederick le estaba ofreciendo uno muy delicioso. De pronto entendió todo, se dirigían al periódico, no a la residencia Banes.

—¿Me estás secuestrando, Fred?

—Solo si tú no quisieras ir conmigo. En ese caso, le ordenaría de inmediato al cochero cambiar el rumbo y llevarte a la casa de mi madre.

—Todavía no entiendo cómo ir a tu periódico está relacionado con la noticia que tiene Broc para mañana. ¿O solo buscas estar lejos del techo de tu madre? —Lo miró con picardía. Él ya sabía que ella no contravendría lo único que la señora Banes había exigido.

El hombre carraspeó al comprender que lo había pillado. No obstante, trató de componerlo. Ella tenía una chispa curiosa en la mirada, quería saber cómo lo resolvería.

—Después de nuestras revelaciones delante de tu padre ya no sé qué tan seguro sea para ti. Quiero cuidarte, no soportaría que Blair te desaparezca como ha hecho con tu madre.

Ella trató de reflexionar al respecto, pero los besos de él eran cada vez más atrevidos y la opción que le daba le estaba dando una salida.

Después de todo las circunstancias la arrojaban al hogar que Frederick había logrado crear encima de *The Golden Gazette*.

—¿A dónde te llevo? Si tienes una idea mejor, soy todo oídos —dijo entre beso y beso, acercándola más a su cuerpo para embriagarse de su olor, de la tibieza de su piel.

—Quiero conocer donde vives.

—¿No vas a arrepentirte? No quisiera acelerar lo nuestro.

—Frederick, creo que hemos sido más que cuidadosos, más que precavidos. Ya no quiero estar lejos de ti.

—¿Contra toda regla?

—No contra las reglas de mi corazón.

—Escandaloso y arriesgado —le susurró seductor y un poco descarado, mientras sus manos exploraban su cintura de un modo arrebatador.

—En este punto no me importa.

—Podría darte un recorrido privado por el periódico, antes de que lleguen los demás. Hay algo que debo escribir con urgencia para dejarlo a tiempo en la imprenta. A ese edificio sí no podrás acompañarme o terminarás haciendo sonrojar a mis empleados.

—Ya no sé si creerte. Como si fuese la primera vez que tientas a una mujer con darle un *tour* privado.

—Eres… —No terminó la frase, ella no tenía intenciones de oír sus esfuerzos por no verse descubierto.

A esas alturas, no iba a juzgar a Frederick por su pasado, solo quería formar parte de su presente, así como dejarse llevar por la fuerza y el brillo de su idílica sonrisa…

Y la complicidad con la que abandonaron el carruaje la hizo estremecerse, al imaginar lo que esa noche podría pasar.

32

El corazón de Frederick parecía que iba a explotar dentro de la coraza que lo resguardaba. Le tomó la mano y como cómplices risueños, nerviosos, entraron justo por la puerta trasera de *The Golden Gazette*, que era el acceso usual de Frederick cuando venía en su carruaje.

—Comenzamos por el área de distribución y con mucho cuidado, un descuido haría que el edificio completo comience a arder. —Buscó una palmatoria para guiarse en la oscuridad, hasta que pudo encender una lámpara de aceite.

—Oh, pues seamos cuidadosos. —Ella contempló impresionada las montañas de periódicos.

—¿Esos se repartirán mañana?

—No, esos son parte de una tirada que no se terminó de imprimir. —Serán descartados—. Los de mañana se imprimirán en un rato más, así que por eso debo apurarme para que reemplacen la nota que tenía prevista. Hay algo más urgente que compartir. La otra tendrá que esperar.

—¿Siempre trabajas bajo presión?

—No sé funcionar de otro modo, me hace sentir vivo.

—Pero podría acortar tus días, insensato. —Le puso una mano en el pecho duro como una roca y lo tentó con sus labios. Cuando él se lanzó por su boca, lo detuvo—: Cuidado con la lámpara, no queremos incendiar este lugar.

Ella le guiñó un ojo e intentó tomar un ejemplar de los supuestos descartados en una mano, pero él la distrajo.

—Es otra cosa lo que está a punto de incendiarse. Será un recorrido muy breve —añadió él con picardía y bajó la vista hacia sus pantalones.

—Tal vez —jugó ella mientras se alejaba de él lo suficiente para explorar, descartando la idea de tomar el periódico. De todos modos, con la escasa luz sería un incordio leerlo.

—Iniciemos por el principio: el vestíbulo. En la planta baja está la recepción y la administración.

A pesar de la escasa iluminación porque las lámparas de gas permanecían apagadas, ella admiró el suelo de mosaicos, donde se reflejaba la luz de la luna que se colaba por los amplios y altos ventanales de cristal.

El mostrador de la recepción era imponente, le daba carácter al establecimiento, al igual que las estanterías con ejemplares y los tablones con anuncios.

—Supongo que aquí el conserje recibe a los lectores indignados por encontrarse protagonizando alguna de tus notas. —Soltó unas divertidas carcajadas.

La miró insidioso, a ella le gustaba espolearlo.

—Y también exigen entrevistarse con el dueño, pero pocos tienen tal privilegio. Sigamos. A tu derecha la oficina de anuncios, ganamos mucho anunciando a todo aquel que desee publicitarse.

—Interesante, pero respira pausado. Parece que estuvieses en una carrera contrarreloj.

Él la miró con los ojos entrecerrados, el deseo lo carcomía vivo… Era la primera vez que quedaban completamente solos, sin necesidad de darle una excusa a nadie más para encerrarse a besarse, y ella estaba tan apetecible como la manzana de Eva.

Sin embargo, estaba empeñada en que le mostrara las instalaciones.

¿Por qué demonios tuvo que ofrecerle ese recorrido?

—Tu Casa de Correspondencia podría servirse de ello —dijo lo que fuera para continuar avanzando y distraerla del evidente deseo que lo quemaba vivo.

—¿Estás vendiéndome tus servicios? —Ella mostró sus ganas de jugar. Era Charlotte, no podía ser de otra manera. Esa mujercita bribona no tenía comparación, lo enloquecía, tal y como era.

—¿Te gustaría? —Pero lo que imaginaba era más excitante.

—Quiero conocer la redacción.

—A tu izquierda, avancemos.

Estaba impaciente por terminar el recorrido y arrepentido de haberlo propuesto. Habría sido más práctico subir directo a la última planta.

Charlotte estaba revolucionando cada célula de su cuerpo, que vibraba deseándola.

Pero no quiso apurarla, sus ojos resplandecían con un brillo cegador. Suponía que el premio al final sería más delicioso si la dejaba elegir el momento propicio.

Ella sonreía y eso hacía que Frederick sonriera en espejo, embobado por la tormenta cobriza que había dejado entrar en su corazón.

Parecía atrapada por cada cuadro en las paredes, por cada escritorio repleto de hojas, tinta y plumas, y por el romanticismo y el olor que desprendía el papel.

—Debe ser mágico vivir en el último piso. —El aroma de la redacción se coló por sus fosas nasales, sintió añoranza de su Casa de Correspondencia, un sueño que se le escurría entre los dedos.

—¿Cómo sabes en qué piso vivo?

—Presto atención cuando hablan de ti.

Él negó como un tonto enamorado, esa mujer lo estaba enloqueciendo con cada revelación.

—Vivir aquí es práctico, pero a veces ruidoso. Es una suerte que resida encima de la redacción y no sobre la imprenta.

—Supongo que tiene su encanto.

Era el momento preciso, ardió en deseos de que expusiera su interés por conocer dónde vivía Frederick.

—¿Cuál es tu despacho? —soltó de pronto.

—¿Te gustaría conocerlo? —Se humedeció los labios, pero no pudo evitar sonreír. Allí estarían a salvo, nadie llegaría a molestar.

Ella asintió ansiosa, como un niño que entraba en una juguetería por primera vez.

Lo alimentaba a cuentagotas, y él ya no podía dilatar la espera que se le estaba haciendo eterna. Nunca había aguardado tanto por una mujer. Solía ser tan sagaz como un halcón, y las damas se rendían bajo su mirada afilada. Sin resistencia.

Charlotte, en cambio, fijaba las pautas.

La tomó de la mano y la condujo por un ancho pasillo lleno de muebles altos de ébano, donde se archivaban notas antiguas de gran importancia. Secretos. Muchos secretos.

Después tomaron un corredor más discreto y se detuvieron frente a robustas puertas a dos hojas de la misma madera oscura, con cerradura y pomo de bronce.

—Siempre he querido descubrir tus secretos, Fred —reconoció Charlotte, mientras él le otorgaba el honor de tomar la llave y abrir, y ella entraba primero—. Admito que la figura del periodista irreverente y dueño de la redacción, desafiante de las normas, siempre me cautivó.

—¿Te gustaba desde entonces? —preguntó interesado, curioso, incluso impresionado.

La llevó de la mano hasta el escritorio de patas torneadas, cuya superficie estaba ocupada con documentos, pluma y tintero, papel secante, y otros ornamentos organizados de forma meticulosa.

—La verdad es que no estoy segura, jamás siquiera me lo planteé; pero había algo en ti que me atraía, a la vez que me parecía irritante. Tú, Fred, sacabas lo peor de mi humor a relucir con tu cara de «no me importa nada». Pero al mismo tiempo, no podía dejar de mirarte, aunque fuese con el rabillo del ojo. ¿Cómo se sentiría ser besada por un hombre así?

Una mujer que no temía confesar sus deseos.

—¿Y ya esclareciste esa duda? ¿O aún necesitas un beso más ardiente?

¿Cómo conseguía esa valiente escocesa poner su mundo de cabeza? El hombre prudente, de pasos de acero para no trastabillar en el complejo y crítico universo de la sociedad londinense, estaba dispuesto a que su meticulosidad ardiera. Sin importarle ir en contra

de los preceptos de la cúpula de Londres, donde cada pieza encajaba con una exactitud milimétrica.

El poder que el deseo ejercía sobre su cordura, lo estaba empujando al borde del risco, y lo peor era que no le importaba.

Todo lo que había trabajado por su periódico, por ganar un lugar entre los poderosos y su respeto, podía colapsar junto al escándalo que se cernía sobre Charlotte como una boa constrictora.

Pero en ese punto, él no podía detenerse a pensar, estaba dominado por algo más contundente.

El recuerdo de los suaves labios de Charlotte sobre los suyos, la osadía de esa muchacha traviesa que no temía a nada ni a nadie.

Y podía continuar enumerando en su pensamiento miles de deseos por ella: conocer los recovecos de su cuerpo que todavía eran un misterio para su exacerbada curiosidad, atraparla entre sus fuertes brazos y dejarla pegada a su pecho para siempre.

La mirada de ella al quedar dentro del ordenado caos de *The Golden Gazette* hizo a Frederick sentir orgullo de lo que había logrado.

—Esto es impresionante. Me quito el sombrero. — La admiración era muy sincera—. Es una pequeña ciudad… Ahora entiendo cómo escriben, editan, imprimen y distribuyen… Necesito saberlo todo. Edificios contiguos, es ingenioso. Supongo que antes de ampliarte la imprenta estaba…

—Atrás, donde ahora está distribución. Hicimos grandes cambios. No imaginas todo el dinero que he tenido que desembolsar para mantener la ubicación y no tener que trasladarnos a otra área como Fleet Street, por ejemplo. Las damas de la aristocracia son mis primeras detractoras. Se quejan del ruido, entre otras cosas. Eso sí, pero en secreto son mis más fieles clientes.

—¿Cómo convenciste a tus vecinos de vender? ¿Cómo era cuando recibiste la propiedad y cómo pudiste crecer tanto en tan poco tiempo?

—Los vecinos querían huir del ruido. Define poco tiempo, llevo nueve años sin casi poder dormir.

—¿Desde los veinte?

—De manera oficial, pues desde los trece comencé haciendo todo tipo de trabajos cuando salía de Eton en períodos de descanso. Incluso fui mensajero…

—¿Y cuándo empezaste a escribir?

—Desde los quince, aunque mi padre no lo aprobaba… Después de leer tres de mis escritos, juró que mis letras me meterían en problemas…

—¿Y sus palabras fueron proféticas?

—¿Tú qué opinas, querida?

—Que los problemas te dieron mucho dinero.

La tomó por la cintura y la hizo caer sentada sobre su escritorio. Sin apelar un segundo más a la contención enterró su rostro en su provocador escote que lo estaba enloqueciendo. No era su plan tomarla allí, pero la urgencia de sus pantalones lo estaba matando.

Aspiró el aroma dulce: perfume cautivador, sedoso encaje… Pero él necesitaba más piel al descubierto y se ayudó con sus hábiles dedos. Zafó tres botones que le impedían llenar de besos su generoso pecho.

Ella lo tomó por la corbata, obligándolo a mirarlo a los ojos, con Frederick entre sus piernas…

—Dijiste que debías redactar una nota antes de que subiéramos a tus aposentos… Si es urgente, hazlo ya de una vez…

—Solo era un capricho… Podría esperar…

—Me gusta que seas caprichoso. Escribe. Siempre he tenido la fantasía de observarte mientras lo haces. ¿O acaso no me espiabas tú desde esas ventanas? No es necesario ser adivina para saber que dan justo hacia mi Casa de Correspondencia.

—Adoraba verte llegar en tu cabriolé. Como una diosa pelirroja con el pelo en llamas tirando de tus imponentes frisones… Excitante.

—Escribe —murmuró.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz ronca, porque lo que a él se le antojaba era verla acostada con el cabello desparramado sobre su escritorio, mientras él saboreaba cada trozo de su piel.

El deseo lo estaba privando de la cordura.

—Sí, ahora es mi turno —contestó con la voz rasposa.

La hizo girar sobre el escritorio para que quedara de frente al sillón de cuero que él solía ocupar, aunque muchos de sus artículos o adornos terminaron hechos trizas sobre el suelo de mármol.

Una bella ensoñación.

Solo sobrevivió el papel y su sofisticada pluma estilográfica.

Así que escribió mientras ella lo contemplaba embelesada.

Cuando Frederick puso el punto final, agregó casi sin aliento…

—Vamos a dejarlo en el segundo piso, nos queda a medio camino. Te advierto que hay trabajadores.

—¿No te importa que me vean tus…?

—Aquí nadie va a hablar. Ninguno de mis empleados se atrevería. Ven. Lo que verás te va a impresionar mucho más.

Se elevó de la silla para pegarse a su cuerpo y besarla hasta robarle un gemido. Parecía que ella había caído en la espiral de su propio juego de seducción, y ya no pudo resistirse a los encantos del varón.

—Bésame, bésame, Fred… Te necesito. —Lo rodeó con sus piernas, buscando fricción tan desesperada.

El ego del hombre palpitó dentro de sus pantalones, tan excitado que dolía. Ella sería suya, lo estaba pidiendo.

—No puedo tomarte aquí… —gruñó. Era una promesa y no vio timidez en sus ojos, todo lo contrario—. Necesito que estés cómoda y los redactores llegan antes del alba. A la mañana siguiente no te querrás parar y quiero disfrutarte sin tener que mirar el reloj… Una cosa es que sean discretos, otra que… —Casi se muerde la lengua, ahora era él quien se ponía quisquilloso. Pero temía de lo que iba a suceder cuando la pasión que pulsaba por salir se desatara.

—No digas más. También lo quiero. Donde se te ocurren todas las ideas es tentador, pero ya lo he conocido. En el fondo, muero por ver donde duermes cada noche, donde te refugias cuando quieres descansar del mundo y que lo compartas conmigo, aunque sea por un rato.

—No he llevado a mi apartamento de soltero a ninguna mujer… —De pronto necesitó confesarlo. Para él era imperioso que ella supiera que, aunque era un hombre de mundo, ella era diferente de cualquier conquista pasada.

—No era necesario que lo corroboraras, pero supongo que lo hará más especial.

La alzó para devolverla al suelo, y con la nota en la mano se dirigió hacia donde trabajaban en la composición tipográfica.

Disfrutó al verla admirada frente al mundo técnico que conformaba el esqueleto del periódico. Las lámparas de gas dejaron que todo quedara descubierto ante sus ojos.

Los compositores recibían los artículos escritos y formaban las páginas en galeras colocando las letras de plomo una por una.

Cajas de tipos, tinta, papeles, murmullos y pasos acelerados se conjugaban con el sonido de metales chocando.

El hombre de mediana edad que recibió la nota echó la cabeza hacia atrás.

—¿Otra vez, Frederick? Ya habíamos terminado. Estaba por pasar a imprenta la composición. Los chicos esperan —bufó y comenzó a rebuscar letras dentro de los compartimientos de una bandeja.

Después, al descubrir a Charlotte de su mano, alzó su gorra y le hizo un gesto con la cabeza para saludarla, acompañado de una breve sonrisa. Sin juicios, sin comentarios innecesarios.

—Sabes que solo hago cambios a destiempo cuando vale la pena, George. Y Stevens no tarda en llegar, hará que todo funcione.

—Las canas que tengo las he ganado por ti, no por tu padre. —Llevaba muchos años a su servicio. No era un reclamo, George disfrutaba de su trabajo y le hablaba con familiaridad.

—Cuando la leas, verás que no tiene desperdicio. Además, indirectamente va a favorecer a la dama que me acompaña.

—Por supuesto. Pensé que era tu acompañante, no una cliente importante. Cuente con ello, milady —dijo quitándose la gorra y estrujándola.

Frederick rio con cinismo y el hombre no tardó en comprender que sus conclusiones iniciales tal vez no iban por mal camino.

—Ella no es una cliente, es mi futura esposa, si me acepta. Pero todavía no me armo de valor para pedírselo. No le arruines la sorpresa.

—Muchacho, no cambias. —Rio y después se volvió a Charlotte —. Milady, si lo acepta no va a arrepentirse. Jamás he conocido a un hombre más fiel, aunque entre usted y yo, no siempre es cabal. Sin embargo, eso le da sabor a la vida, ¿no cree?

—Meditaré en su consejo, George —le respondió Charlotte—. Pero lo haré sufrir un poco más. Tiene que esforzarse si de verdad desea mi mano.

Tras despedirse se dirigieron a las escaleras que los llevaron al último piso.

Antes de atravesar el umbral de la puerta, él dijo:

—Solo hasta que te conocí, Charlotte, reflexioné acerca de mi morada. Dudé si sería apropiada para… una esposa. Aún no tenía la seguridad de si lo nuestro iba a prosperar, pero una fuerza en mi interior me impulsó a volverme idóneo… Comencé a remodelar el último inmueble comprado para que fuese una vivienda más acorde a una dama.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó asombrada.

Él se puso serio, no daría el siguiente paso sin sincerarse.

—Cuatro edificios: redacción, imprenta, editorial y nuestra casa, si… me aceptas. —Tragó en seco y lo que añadió a continuación parecía más un pensamiento en voz alta—: Aunque lady Abbott me aseguró que no era una idea inteligente. Tengo enemigos, a quienes no debería facilitarle mi dirección, si deseo que mi esposa y mis hijos estén protegidos.

—Oh, Fred, no tienes que cambiar absolutamente nada para que yo te acepte. Viviría contigo en una cabaña perdida en el bosque si me lo propones. Y cuando lleguen los hijos, entonces podríamos tomar las decisiones pertinentes…

Frederick se puso de rodillas tomándola por sorpresa.

—Esto no es solo un *affaire*, un impulso…

—¿Qué estás haciendo? —Trató de que se pusiera de pie, hasta que entendió que era lo que parecía.

Frederick estaba a punto de pronunciar esas palabras. Se estremeció conmovida.

—Charlotte Moray, mi pelirroja indomable, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? Ahora lo que necesito saber es: ¿si

pido tu mano te opondrás a tu padre para casarte conmigo? Porque conozco a Blair, no le agrado. Va a rechazarme en cuanto me plante frente a él con mis intenciones. Si te persuade, si intenta alejarte de mí, ¿lucharás?

—Hazle la pregunta. Sabrás mi respuesta cuando al fin te decidas si es a mí a quien ves en tu futuro, Fred. —Ella también titubeó—. Porque ni siquiera deberías preguntártelo. ¿No ves la seguridad de lo que siento por ti en mis ojos?

—Si entramos a mi recinto sagrado, quiero saber que estamos juntos, unidos en corazón y alma para siempre… Porque hasta un hombre como yo conoce sus límites. Y tú, Charlotte, no eres de las que se dejan domar… Tu padre te presiona con algo que nadie puede reemplazar, tu familia. Aún podría exigirte que me abandones si quieres recuperar a tu madre, aunque no te cases con Marcus.

Era su forma de protegerse, de no entregarse si ese huracán de mujer que parecía tener el mundo a sus pies, terminaba por arrepentirse después, rompiéndole el corazón.

Nunca albergó tal temor, pero era adulto y siempre se protegió para no sufrir de desamor… Hasta que la conoció a ella y se volvió una carrera contra reloj.

—Mi madre va a aparecer, estoy segura de que juntos la vamos a encontrar. Estamos unidos, en eso también. Si somos una fuerza inquebrantable nadie podrá usar una treta para separarnos, ni siquiera Blair.

—Prometo que haré todo por encontrarla.

—Fred, te quiero, no necesitas prometerlo. Confío en ti. Lo siento muy adentro. De lo contrario, no me entregaría al hombre más peligroso de Londres para la reputación de una mujer… Las cosas que te he contado me sepultarían en vida en manos de un periodista. Pero tú eres mi hombre.

Él se puso de pie y la estrechó por la cintura. Ella emocionada giró entre sus brazos y sujetó el pomo de la puerta.

—Entonces hagamos las cosas bien —le susurró sobre la nuca y después le depositó un tierno beso.

Ella se estremeció entre sus brazos.

—¿Vas a retractarte? ¿Vas a pedirme que esperemos hasta el matrimonio?

—No, cariño. No. —Sus suaves carcajadas aún sobre su nuca la erizaron por completo—. Quise decir otra cosa. Acéptame como tu esposo, sin leyes de hombres o de Dios sobre nosotros. Quiero que entres a mis aposentos como la señora Banes… Lo que venga después serán solo trámites para formalizar, pero lo que importa es el lazo único e invisible que nos atará con fuerza desde hoy hasta que tú decidas desatarlo. ¿Me aceptas?

—Te acepto… Por supuesto que te acepto.

Charlotte intentó girarse para buscar su boca, pero él se le adelantó, la alzó en sus fuertes brazos y así, como si fueran recién casados se introdujeron a la modesta estancia, repleta de rincones acogedores.

Frederick caminó con ella hasta la habitación donde dormía cada noche…

—Mañana te daré el recorrido. Te aseguro que no hay mucho que ver.

—Tu cama… Llévame hasta tu cama, esposo, no tardes más.

33



Caminó con ella en brazos hasta depositarla en el lecho mullido vestido de blanco, con sencillas sábanas de algodón, que olían a limpio. Y sin dar tiempo a más, la besó enamorado, casi pletórico…

La boca femenina era suave, dulce. Sus labios y los suyos se sincronizaban con cada movimiento.

Gemían sobrecogidos, sedientos, hambrientos, desesperados.

Había soñado con ella tantas noches en su cama, que tenerla allí era una fantasía hecha realidad.

Se estaba incinerando vivo en su propio deseo, y por fin estaban solos, completamente solos.

Ya no aguantaba un segundo más, la necesitaba, estaba desbordado de ganas. La pegó más contra su pecho para calmar su corazón desbocado que exigía más fricción.

En los ojos de ella también brillaba la ansiedad de sentirlo por completo.

De pronto, Frederick notó que tanta ropa estorbaba. Maldijo para sus adentros. Se despegó un segundo a regañadientes, solo para liberarse de chaqueta, chaleco, corbata, camisa y pantalón, quedando en su ropa interior.

Ella lo miró fascinada, se complacía en aquel delicioso espectáculo ante sus ojos. Tampoco perdió el tiempo, mientras maldecía por la interminable fila de botones, trataba de zafarlos todos.

Él era experto en desvestir a una mujer, y aunque no quería que ella lo increpara por su habilidad, le brindó presto su ayuda.

Charlotte exhaló de alivio cuando el enorme y pesado vestido abandonó su cuerpo, le siguió el corsé entre besos osados y caricias atrevidas.

Quedó solo cubierta por la camisola, de rodillas sobre la cama. Su piel estaba erizada y no de frío, eran las ganas empujándola a entregarse.

Él se estaba consumiendo, así que, por último, le pidió con la mirada autorización para librarla de su camisón…

Esa delicada tela que los separaba.

No obstante, ella no esperó a asentir, con una prisa que ardía tanto como su impaciencia, se desvistió de las últimas prendas que la cubrían, incluidos los calzones de batista y encaje.

Frederick tuvo que tragar. La contempló agradeciendo la luz de las velas y los destellos de la luna que se colaban por las ventanas de cristal, solo parcialmente cubiertas por las cortinas.

Pero algo faltaba para que aquella ensoñación fuera como la había imaginado.

Con premura, le quitó las horquillas, y la cascada pelirroja cayó sobre la cremosa piel desnuda que era salpicada por los tenues reflejos plateados de la luna y los dorados de las llamas.

Espoleado por su escaso autocontrol se liberó de su ropa interior también, y se acercó para abrazarla. Se arrodilló cerca de ella en la cama. Y se miraron absortos de descubrirse cómo eran en realidad.

Charlotte recorrió los pectorales desnudos del hombre… Algunas cicatrices menores dibujaban su torso…

—Heridas de combate —dijo esperando que ella no anhelara la perfección. Cuando boxeaba se entregaba por completo.

—Eres precioso, Fred… Cada parte de ti. —Continuó acariciándolo. Pasó las yemas de los dedos por los hombros, los brazos torneados.

—Tú eres preciosa, mi guerrera escocesa. Yo solo soy un hombre…

—¿Y acaso los hombres tienen prohibido poseer belleza? Eres tan atractivo que duele. Ahora soy yo la que tiene miedo de perderte, mi amor. No quiero renunciar a esto —musitó con sinceridad sin dejar de acariciarlo.

Sus bocas no pudieron estar más separadas.

Así que el torso masculino terminó cubriendo las generosas colinas de Charlotte.

El encuentro de sus pieles desnudas y tibias, aquella fría madrugada, fue un choque restaurador. Calmó la insana necesidad que ya estaba a punto de consumirlos. No obstante, solo sirvió para avivar más la hoguera.

—Te ofrezco todo lo que soy, sin rimbombancia, pero sólido y legal, si para ti es suficiente.

—Por supuesto que lo es. Más que eso, te necesito tanto como al aire que respiro, Fred…

—Mañana mismo hablaré con tu padre. Exigiré que no se interponga entre nosotros. Una boda rápida frenaría el escándalo antes de que todos lo sepan, si *La Voz del Decoro* se atreve a llegar más lejos.

—No quiero que te cases conmigo solo para salvarme.

—No, querida, me casaré contigo porque te amo y si te salvo, será algo que ocurrirá como consecuencia de mi amor.

Charlotte lo rodeó por el cuello y le obsequió sus labios.

—¿Cómo no amarte? —le dijo entre beso y beso, mientras se sentía afortunada por tener el afecto de Frederick.

—Túmbate a mi lado, quiero recorrerte entera —ordenó, pero ella no se movió, continuó de rodillas como hipnotizada por la presencia masculina.

Él deslizó la mano entre sus cuerpos e incursionó hacia el sur, hacia los suaves rizos y lo que encontró lo dejó sin habla, la piel era lisa, suave, sedosa…

—Cera. Aprendí ciertas cosas en Francia. —Se preparó anticipándose que tarde o temprano se entregaría a él, y ese baile parecía un momento probable.

—Me encanta —confesó fascinado.

Sí, ella era atrevida, más de la cuenta y por eso era perfecta para él.

Se llevó a la boca una de las turgentes colinas, después la otra, dándole una atención inigualable a cualquier cosa que ella hubiese conocido en el pasado. Pero la mente de Frederick estaba obsesionada por probar la suavidad que había explorado con las yemas de los dedos: húmeda, tibia…

Espoleado por el placer, la tumbó con delicadeza de espaldas sobre el lecho y bajó presto hacia su ombligo.

Salpicó de besos profundos cada lugar donde iba probando el sabor de su amada. Finalmente, llegó hasta la delicada intimidad y también la probó. Era tan sedosa y resbaladiza. La chupó a conciencia como una fruta madura, jugosa, que lejos de saciar su apetito, cada segundo que la acariciaba con la lengua, le apetecía más. Su boca entera estuvo a su merced. La excitación lo desbordaba con cada lametón. Su dura longitud creció todavía más, hasta doler, solo de imaginar cómo se sentiría introducirse en ella.

Le obsequió un reguero de caricias húmedas y ardientes, mientras Charlotte se aferraba a sus hombros. Su amada gemía, abrasada por el apremio. Tan necesitada. Nadie la había procurado así.

—Oh, por Dios, Fred, tómame ya. Mañana podemos jugar todo lo que quieras, pero ahora hazme tu mujer. Me estás enloqueciendo de placer, ya no puedo soportarlo.

Él se sentía justamente igual, se habría saltado cada incursión, cada beso, cada caricia, necesitaba poseerla con despiadada urgencia.

—Entonces, ven —ordenó, mientras se sentaba con la espalda recostada al respaldo de madera maciza.

Sus pupilas se agrandaron y sus iris se ensombrecieron ante la anticipación, dándole una apariencia más oscura.

La alzó por las caderas para invitarla a montarlo.

Frederick tomó su hombría en la mano para guiarla al interior de su amada. Los dos jadearon cuando sintieron el primer contacto, un roce suave primero, después comenzó a presionar.

—¿Estás segura?

Rogó para sus adentros que así fuera.

Aunque tenía la intención de acariciar y besar cada centímetro de su cuerpo, hasta que estuviera preparada para recibirlo, ella se sentía tan desbordada de ganas como él. El juego de seducción de los días previos, el recato al que tuvieron que replegarse para respetar la casa Banes, todo les estaba cobrando un alto precio.

—Sí, por Dios, sí…

Frederick gruñó cuando introdujo la punta, ella tiró la cabeza hacia atrás y se impulsó hacia abajo ávida de sentir cada trozo que iba invadiendo, conquistando su intimidad…

—¿Ya está? —preguntó temblando sobre el eje masculino, moviéndose de arriba abajo para disfrutar de su ardiente invasión.

—Apenas vas por la mitad —reveló y ella abrió los ojos, asombrada—. Pero si crees que va a lastimarte, podemos continuar así, hay tiempo…

No quiso decirle que por hacerlo un par de veces o menos ya era suficiente, que tras tanto tiempo sin entregarse a un hombre, su cuerpo podía poner cierta resistencia, como si fuera virgen otra vez, —si algo así era posible—.

—No —protestó—. Quiero tenerte entero. Todo.

Charlotte se empujó hacia abajo y él trató de retenerla por las caderas; pero cuando su mujer acogió su gruesa longitud hasta la base, un grito gutural abandonó su garganta.

Nunca lo había golpeado el placer así y ella jadeaba sin dejar de montarlo, sobrecogida, excitada, llena de bríos…

Entonces lo sorprendió. Ella tomó el control como una amazona, como una que sabía lo que hacía porque se guiaba por las necesidades que dictaba su carne.

Lo cabalgó con desenfreno, como si él fuera un corcel imposible de domar —que lo era— y ella fuera una amazona dispuesta a conquistarlo.

Se agitaron uno contra otro, más pegados, si se podía, abrigándose en el calor que desprendían sus cuerpos, hasta que entre gemidos ahogados alcanzaron la meta desenfrenada que ambos perseguían.

Al mismo tiempo, el placer los cubrió con su manto, enseñándoles que era mejor la pasión cuando se experimentaba con amor.

—Te amo —balbuceó con las escasas fuerzas que le quedaban.

Languidecía sobre la roca de los músculos de Frederick, satisfecha, extasiada.

—Te adoro, mi vida.

Se movió lo necesario para buscar sus labios y sentirse en la gloria, de nuevo, al besarlos.

34



A la mañana siguiente, Frederick abrió los ojos y lo primero que vio fueron los rizos cobrizos desparramados sobre su almohada. La besó en la coronilla con una sonrisa.

¿Por Dios, qué hora es?, pensó. Jamás se despertaba tan tarde.

Ella le daba la espalda y él la abrazaba, habían dormido así. Su redonda retaguardia estaba justo pegada a su hombría, que se despertó lista para la batalla.

Los rayos del tímido sol se colaban por los cristales de las ventanas. Pero no le importó no madrugar, en ese instante ya no quería correr. La necesidad de quedarse en la cama con ella era imperiosa y demandante.

La escuchó bostezar y fue lo más tierno que vivió desde que la conoció. Estaba dispuesto a despertar así cada mañana; es más, se lo demandaba a la vida.

¿Por qué fue tan idiota al extender su soltería, si amanecer con alguien que producía esos sentimientos era una sensación que no podía compararse con nada?

Después entendió la razón, la vida o Dios lo habían hecho esperar hasta que ella llegara.

Y sí que lo hizo, Charlotte se coló hasta el último recoveco sin pedir permiso.

—Dormilona —le susurró—, ¿tienes hambre?

El estómago de él gruñía, pero el apetito de tenerla de nuevo como la noche anterior pugnaba más fuerte que el vacío de sus tripas.

—Tengo una necesidad más imperiosa.

Los ojos de él brillaron ante la insinuación, se pegó más a su cuerpo y su virilidad palpitó contra las posaderas femeninas.

—También yo —rugió excitado.

—Necesito el servicio. ¿Por favor, dime que no tendré que salir delante de tus criados?

—Hay uno justo en la habitación. Un lujo que me di cuando hicimos la remodelación.

Charlotte abandonó la cama de un salto y corrió a buscarlo.

—¿Dónde? —Miró por doquier. Había tres puertas enormes, entró por una y quedaban dos más.

—La de la izquierda —aclaró mientras miraba su monumental erección que se negaba a relajarse.

Al menos se consoló de verla correr ante su urgencia, como Dios la trajo al mundo. Era hermosa y aquel atrevido tratamiento francés que le hizo a su intimidad la hacía lucir como algunas esculturas de diosas griegas.

También se puso de pie, sin afán de cubrirse su desnudez para guiarla hacia donde era. Ella llegó primero, pero él le abrió la puerta.

—¿Tienes un baño completo en tu habitación? —preguntó asombrada—. No me sacarás de aquí. ¿Puedo sumergirme en esa enorme bañera?

La bañera estaba pegada a la pared, recubierta de mosaicos y era muy profunda. Cabían los dos ampliamente y el agua caliente llegaba por la instalación de tuberías que había mandado a actualizar.

—Por supuesto. ¿Puedo tomar un baño contigo?

Ella le sonrió traviesa y asintió, mientras corría al sanitario forrado en madera y se sentaba a vaciar la vejiga.

Para Frederick era una novedad tener a una mujer allí, una que no se cubría por pudor ante respuestas tan naturales de su fisiología, una que hablaba del tema como si tal cosa, a diferencia de la mayoría de las damas.

Era tan desenfadada, tan única. Se consideró afortunado.

No estaba seguro de que él pudiese orinar después de ella con tanta soltura. Entendió que era más quisquilloso y remilgado, pero la necesidad fue mayor, porque ella continuó examinando cada pieza del baño con entusiasmo.

Más cuando el agua caliente comenzó a fluir y caldear la habitación.

—Buscaré toallas y batas para salir del baño.

—Adelante —dijo asombrado, sentía que Charlotte había llegado a revolucionar su propiedad y que lo hacía como si no fuese la primera vez, como si fuese muy cotidiano—. En la otra puerta que te falta por explorar encontrarás mi guardarropa y otro mueble destinado a esos enseres.

Cuando ella curioseó lo que quiso y trajo dos batas de Frederick y las toallas, se metieron juntos a la bañera.

Suspiraron al unísono por la temperatura ideal del agua. Ella recostó su espalda al pecho de Frederick mientras él la enjabonaba con pereza.

—Te amo, Charlotte —le susurró tras exhalar con fuerza.

¿Cuándo se volvió tan frío en su día a día? ¿Cuándo se creyó tan distante de las necesidades humanas, que no se percató de que esto, que ahora compartían, también podía hacerlo feliz a él?

¿Cómo pudo ser tan soberbio que se creyó inmune al amor?

—Te amo, Frederick.

Le besó la coronilla y también buscó un jabón para pasarlo por su cuerpo. Ella no tardó en darle otra lección, comenzó a enjabonarlo con énfasis en las zonas donde sus caricias lo hacían sentir más deleite.

Cuando estuvieron limpios, solo restó deleitarse en la relajante agua y la deliciosa compañía.

—Se siente tan bien —murmuró en paz, tal vez no podrían disfrutar mucho tiempo de esa tranquilidad cegadora, pero mientras pudieran permanecer ahí ocultos del mundo, iba a regocijarse a tope en las atenciones de su mujer.

—Como ya calmé mis urgentes necesidades, me pregunto si pudiéramos retomar lo que iniciaste cuando despertamos. Me refiero

a cuando me aguijoneabas con tu bayoneta por la espalda.

Él tuvo que reírse, ella era insuperable.

—Me encantaría. —Trató de sonar cortés, como lo habían educado, para también seguirle el juego.

Y sin que ella pudiera preverlo, la tomó y la hizo girar entre sus brazos. Recorrió la longitud de su cuerpo hasta que su mano terminó explorando entre sus pliegues, quería tomarla así, sin más, pero ese tratamiento francés lo estaba matando…

—La necesito en mi boca.

La alzó por las caderas y la hizo aterrizar sentada sobre el borde de mosaicos de la bañera, y con precisión militar le abrió los muslos, como si ella fuese el capitán de ese barco y él estuviera obligado a obedecerla.

Buscó su humedad con desespero y succionó de ella dándole especial atención al tenso botón que palpitaba bajo el asedio de su lengua.

—Oh, por todos los santos, Fred… ¿Fred?

—Dime, amor mío —le respondió entre lametón y lametón, que perseguía satisfacer no solo su hambre, sino también llevarla hasta el cielo.

Él sonrió mientras continuaba asediándola con su boca, disfrutando como nunca. Entendió sin que ella tuviese que explicarse. Charlotte dejó de hablar y se entregó a las sensaciones. El ego de Frederick se henchía de gozo al verla jadear, sorprendida por la maestría que ese hombre desplegaba en las artes amatorias.

Ella no necesitaba palabras para decir que acababa de comprender que la experiencia de él la superaba con creces. Quería aprender todo lo que pudiese enseñarle, rendirse a sus pies…

—Me llevas al cielo —admitió sobrecogida, ante los latidos del nudo de nervios que Frederick devoraba hambriento. Entonces tuvo necesidad de decirle algo más—. Oh, Fred, ¿Fred? Yo quiero…

Pero ella se quedó sin palabras ante la intensidad del asedio. Se sintió poderoso cuando Charlotte metió sus dedos dentro del copioso cabello castaño de Fred y se aferró a él, mientras gemía a la par de un violento orgasmo.

—Aún no me dices nada, amor —jugó provocándola. Ambos respiraban muy agitados—. ¿Qué querías?

Ella abandonó el borde de la bañera y volvió a sumergirse con él.

Temblaba entre sus brazos, mientras intentaba acompasar el ritmo de su respiración.

—Ahora es mi turno —le susurró. Y decidida a robarle la cordura lo montó. Tomó la firme virilidad entre sus dedos y la condujo a su interior—. También quiero hacerte perder el sentido.

Él recostó su espalda al borde, entrecerró los ojos y la dejó hacer…

¿Esa mujer no sabía que ya estaba enloqueciéndolo?

Él podría llevarle ventaja en experiencia, pero Charlotte tenía algo que no se encontraba con facilidad: coraje, ganas, curiosidad y decisión.

Gruñó extasiado cuando ella lo tomó en su interior hasta la empuñadura, ahora sí consciente de su longitud. Lo acogió entero y comenzó a cabalgarlo sin prisas… Y cuando la urgencia femenina indicó que estaba cerca del punto de no retorno, agitó con más fuerza sus caderas, con la intención de vaciarlo hasta la última gota.

Al límite del placer que ella le hacía sentir, no pudo más, la abrazó contra su cuerpo con pasión desmedida, y se dejó ir por completo, abandonado al deseo, llenándola sin reservas con su simiente.

Charlotte logró agotarlo tanto que se quedó en silencio unos minutos. Solo disfrutando de la temperatura de su piel y la del agua. Ella también se quedó callada, respirando entrecortado, tratando de acompasar los latidos de su corazón.

—Ahora más que nunca voy a luchar por ti, mujer, amada mía. No puedo perderte.

—No vas a perderme… Yo ya no podría vivir si me faltaras.

Y en medio del arrobamiento sintieron unos leves toques en la puerta.

El estómago de Charlotte rugió… ¿Cuántas horas estuvieron sin probar bocado?

—Debe ser mi criado —advirtió Frederick.

Tomó las toallas y le ofreció dos, una para su largo cabello, otra para él.

—Qué vergüenza, pero supongo que tendrá que pasar. Mejor que sea rápido.

—Es discreto, también su mujer es de fiar. Llevan tantos años a mi servicio que ya los considero familia. Y no podemos ocultarnos para siempre, tenemos que comer.

Tras quedar secos, con una ladina sonrisa cubrió su desnudez con la bata de color burdeos de seda y terciopelo, extendiéndole la otra a Charlotte.

Caminó hacia la puerta. Ordenaría un suculento desayuno si es que no lo habían traído ya al comedor.

Cuando Frederick llegó ante la cerradura y la abrió, el sirviente continuaba del otro lado.

—Espero que vengas a avisarme que el desayuno está listo. Podría comerme una vaca completa.

—Señor Banes, el desayuno está listo. Pero no lo habría interrumpido de no ser por algo importante. Stevens necesita una orden suya, para saber cómo actuar.

—Habla —mandó arqueando una ceja altiva.

—Hemos recibido en la recepción la intempestiva visita de lady Cumberland. Se ha puesto tan impertinente que Stevens tuvo que pasarla a su despacho. No esperaba que los objetos de su escritorio estuvieran desperdigados por el suelo. La mujer ha blasfemado a sus anchas. Stevens quiere saber si la echa sin contemplaciones o… La hizo pasar porque estaba a punto de ahuyentar a otros clientes que venían a solicitar anuncios.

—¡Maldita bruja! ¿Cuáles son sus demandas?

—El artículo que salió esta mañana sobre su hijo. El susodicho ha venido acompañándola.

—¡Demonios! —rugió lleno de furia. Justo en ese momento que Charlotte estaba ahí.

—Lo único que los ha calmado es prometerles que hablará con ellos. Porque el tal lord Ashworth parece una fiera fuera de control. Ha amenazado con hacer trizas todo a su paso hasta encontrarlo dentro del edificio, con palabras más ofensivas.

—¿Cómo me llamó?

—Maldita rata. Aseguró que lo sacará de la alcantarilla en la que se esconde. Se expresó así delante de clientes y demás empleados. Stevens está tratando de contenerlos, no sé cuánto aguante.

—Mark, mantén la serenidad. Marcus es un idiota. No se le ha ocurrido una ofensa más elaborada que la que usaba cuando estábamos en Eton. Iré a atender ese problemita. Pero antes debemos resolver otro. Ella no puede quedarse aquí. Señaló con la barbilla a Charlotte—. Y no estaré tranquilo si no va acompañada. La llevarás con Broc MacKenzie en The Crest Stud. Él vive en Watherby House y debe estar esperándola.

—Oh, perdón, milord… No sabía que tenía visitas.

Charlotte apareció detrás de Frederick enfundada en otra bata, con el cabello húmedo en cascadas sobre su espalda. Menos comprometedor sería imposible.

—No es una simple visitante, es mi esposa —agregó solemne y ella sonrió con total complicidad.

—¿Se casó?

—Fue una boda muy rápida. —Tuvo que toser para no atascarse y poder terminar la frase.

—Pensé que si un día se casaba iba a invitarnos, que no era de esos estirados. Pero seguro sí invitó a George o a Stevens.

—Mark, no invité a nadie. Fue una boda secreta. —Le guiñó el ojo y el hombre sonrió—. Pero cuando podamos sacarla a la luz, haremos una fiesta muy íntima y por supuesto que serás invitado.

—Tiene mi palabra, señor —intervino Charlotte conmovida por la forma en que Frederick se relacionaba con sus sirvientes y empleados.

—Charlotte no puedes bajar. Tendrás que escabullirte, pero antes debes ponerte decente. —La puso al corriente de lo que seguía—. Mark, pídele a tu esposa que ayude a la señora Banes a arreglarse mientras yo hago lo propio. No puedo recibir a lady Cumberland y a su cachorro con estas galas.

Cuando estuvieron listos, bajaron unas escaleras y continuaron por pasillos enrevesados que conectaban los edificios hasta el segundo de ellos, donde tenían la imprenta.

El ambiente era caliente, con el efluvio del olor a tinta por doquier, pero estaba vacío y silencioso. Los trabajadores dormían en la mañana, justo cuando los redactores y los repartidores hacían su faena.

Mark continuó escoltándolos hasta llegar a distribución por otro corredor, donde los de la imprenta llevaban los periódicos que salían a la calle a venderse o a los distintos establecimientos.

Los enamorados se despidieron con un beso apasionado, ante el sonriente criado.

Mark y Charlotte se enfilaron a la salida posterior. Él la guiaría hasta el carruaje de Frederick y la acompañaría para que Charlotte pudiera reunirse con el escocés.

Cuando por fin lograron escaparse sin ser descubiertos por la bruja, Frederick respiró hondo y lleno de fastidio se dirigió a su despacho.

Ya estaba avisado de las demandas que lady Cumberland le hizo a Charlotte la noche anterior.

Tal vez no era *La Voz del Decoro*, pero ejercía cierta influencia sobre quién sí lo era: lady Warrington. Una dama en desgracia que no tenía nada más que perder con ambas hijas arruinadas.

Para Frederick estaba claro que no importaba cuánto dinero o promesas le hicieran a la condesa de Warrington, la mujer en una situación como la que vivía a lo que más aspiraba era seguramente a vengarse de Blair. Y para ello Charlotte era el blanco más vulnerable, el que más le dolería al intransigente marqués.

Con valor enfrentó la mirada airada de Marcus, y la enloquecida y furiosa de su madre. Tomó asiento en su lugar, mientras la dama permanecía sentada frente a él y Marcus pululaba cerca de la ventana, enterándose de qué podía verse desde ahí, al otro lado de la calle.

—Banes, ¿cómo pudo atreverse a escribir algo así? —comenzó lady Cumberland. Su voz todavía mantenía un tono adecuado, pero Frederick sabía que solo era una treta para conseguir aquello por lo

que había venido—. Debe escribir otra nota que salga mañana mismo donde se retracte sin dejar lugar a dudas. Solo ha escrito calumnias.

—Permítame rebatirle, milady. En el baile todos escucharon lo mismo que yo —pronunció Frederick sin que la voz le temblara, lo suficiente alto para que les quedara claro a los dos—. Ni aunque me desdiga, alguien podría creerlo.

—Pero usted omitió el nombre de esa desquiciada de Susette y la trata como víctima, mientras que a mi hijo lo dejó en una pésima posición.

—Usted está ciega, su hijo es el sinvergüenza aquí. —Frederick aún moderaba su voz.

Marcus se atrevió a recostarse contra el alféizar y cruzar sus brazos mientras su madre peleaba la batalla por él. Sin embargo, Frederick sabía que no era cobarde, solo estaba esperando el momento idóneo para dar el zarpazo.

—Usted ha dado el tiro de gracia con ese artículo, añadiendo esas cosas absurdas sobre Marcus. ¿Cómo pudo contribuir a la caída de su propia sangre?

—¿Ahora somos de la misma sangre? Qué ironía. —Habría gritado de furia, pero se contuvo. No iba a ser él, el condenado a ser plebeyo de por vida por causa del orden de nacimiento, quien perdiera los papeles.

Entonces, el destinado a convertirse algún día en conde de Cumberland, cuando su encumbrado padre pasara a mejor vida, no pudo continuar guardando la compostura.

Corrió hasta Frederick y lo agarró por las solapas, con la intención de arrancarlo del cómodo sillón de cuero, desde donde los miraba con desprecio.

—¡Le exijo detener este escándalo! —gritó Marcus casi en las narices de Frederick.

—¡¿Me exige detener algo que no inicié?! —lo retó igualmente tomándolo por sus vestiduras y acercándole su rostro al suyo, como un lobo furioso, ya sin poder contenerse. El odio que había cosechado por años pugnaba por salir y exigir un coste.

Parecían dos cánidos que mostraban sus colmillos para probar cuál iba a liderar la manada.

Y sin que la condesa, llena de sobresalto, pudiese frenar la brusquedad con que los dos Banes comenzaron a agredirse, se desató el infierno en *The Golden Gazette*.

Los primos comenzaron a discutir y reclamarse por viejas rencillas que venían desde la niñez…

Frederick sacó a relucir viejas heridas y desplantes. Marcus antiguos desprecios.

Un fuerte empujón de Frederick hizo que Marcus lo soltara, pero este último no tardó en arremeter de nuevo. Sin más, se enredaron a golpes como jamás había ocurrido, mientras lady Cumberland gritaba por ayuda.

Frederick usó toda la frialdad que lo dominaba de pies a cabeza cuando boxeaba. Era lo mismo, pero sin guantes, sin reglas. Asestó un golpe tras otro en su contrincante, que también sabía luchar. Logró esquivarlo en repetidas ocasiones, hasta que Marcus afinó su concentración y le dio un golpe en la ceja que lo hizo perder el equilibrio.

Pero no era la primera vez que le pegaban en el rostro. Se sacudió y respiró hondo y volvió a la carga con más ferocidad.

Un puñetazo en el estómago hizo que Marcus soltase el aire de golpe, mientras Frederick lo observaba con dureza, dispuesto a llegar a las últimas consecuencias.

¡Cuánto lo había esperado!

Stevens apareció con dos hombres grandes y fuertes, George y su compañero. Pero, aunque trataban de separarlos las ganas de golpearse el uno al otro, retrasada por años, pesaba más que los intentos de despegarlos.

Lady Cumberland estaba al borde del soponcio.

—¡Deténganse! ¡Los caballeros no se van a los golpes, se retan a duelo! —continuó con su voz chillona de bruja e *ipso facto* se arrepintió de la sugerencia—. Aunque tampoco es algo que quiera ver. Son familia. ¡Por el Creador! ¡Frenen de una vez!

Los golpes que se propinaban terminaron haciendo parecer pequeño el despacho. Salieron para continuar pegándose a gusto

hasta la redacción, la que terminó convertida en un ring de boxeo.

Siguieron hasta que otros de los hombres se llenaron de valor. Entre varios sujetándolos para apartarlos, lograron detener la pelea.

—¿Crees que no sé lo que mirabas desde la ventana de tu inmundo despacho? —bramó Marcus, envalentonado.

—¡Suéltenme, infiernos, o los despediré a todos! —rugió Frederick con tanta fiereza que terminaron por dejarlo en paz—. ¡Y suéltenlo también a él!

Los hombres obedecieron de inmediato, pero se quedaron al acecho por si volvían a la carga.

—¿Crees que no lo sé? —continuó Marcus, mientras empujaba a los trabajadores que al fin lo liberaron de sus agarres.

—¡Qué demonios te importa lo que vea por mi ventana! —atacó el hombre de letras y puños de acero.

—Charlotte jamás te mirará dos veces, infeliz.

—¡No te atrevas a decir absolutamente una palabra sobre ella!

—No eres nada para la dama, no estás a su altura. —Su altanería había sobrevivido a la paliza que le dio su contraparte. Se sostenía el estómago adolorido. Se veía en peores condiciones que Frederick—. Un periodista jamás estará al nivel de la hija de un marqués.

—¡Calla tu hocico cachorro Cumberland o no respondo!

—¡¿Cómo me llamaste?! ¡¿Cómo me vas a callar?!

Marcus le lanzó un golpe con furia directo a la cara, tentándolo para continuar la pelea; pero Frederick fue más ágil y logró esquivarlo.

No importaba cuanto berreara lady Cumberland instando a los hombres a separarlos, ninguno iba a contradecir a Frederick.

—Jugará contigo, pero se casará con un aristócrata —continuó Marcus sobrado de arrogancia—. Solo te usará porque le alimentas la curiosidad, pero una dama de su posición no monta un caballo de tiro, elige a un purasangre para mostrarse en Hyde Park.

Frederick no pudo más escuchar cómo hacía quedar a su futura esposa delante de empleados y amigos. Arremetió con todas sus fuerzas y le estampó un puñetazo a Marcus en el rostro que lo hizo caer de bruces de inmediato, sin conocimiento.

—¡Eres un bruto, Banes! —gritó entre gemidos lady Cumberland —. Avisaré a las autoridades.

—Milady, llévese a su hijo de aquí o no respondo. Y haga la acusación formal donde estime conveniente, pero no olvide que Marcus, e incluso usted, invadieron mi propiedad. Y no han sido muy amistosos. Los testigos de que llegaron con intenciones de causar estragos son más de los necesarios.

—Mi esposo…

—Su esposo no es el único noble de Londres, tengo amigos muy poderosos también. Veamos quién es más fuerte.

Stevens apareció con un paño de lino impregnado en whisky para intentar contener la sangre que le brotaba de la ceja. Frederick lo despojó de la suave tela para limpiarse él mismo. Mientras, observaba que cuatro de sus hombres alzaban a Marcus para llevarlo de vuelta a su carruaje.

—¿Mando a llamar al doctor Raleigh, Frederick? —preguntó el secretario.

—No. No estoy peor que tras una pelea, puedo resolverlo por mi cuenta. Tengo asuntos más urgentes de los que ocuparme.

35



Charlotte llegó a The Crest Stud con la esperanza de que Broc tuviese noticias de su madre. El cochero la dejó justo en la escalinata frente a Watherby House.

Bajo el brazo traía dos periódicos que tomó del área de distribución, uno de la tirada que jamás se vendió —por curiosidad— y otro del día, para leer la nota que tanto había enfurecido a Marcus.

—Insisto en acompañarla hasta que esté con el señor MacAlister —le dijo Mark.

—Por favor, no. Aquí estoy a salvo, vuelva por Frederick. Lady Cumberland y su hijo no me dan confianza.

—No puedo fallarle al señor Banes.

Y para no retenerlo más del tiempo suficiente, Charlotte no persistió. Permitió que la acompañara hasta que estuvo instalada en una cómoda sala, la misma de la chimenea que ella ocupó la última vez que estuvo ahí.

Mark se retiró cuando la dejó en compañía del ama de llaves, a la espera del escocés.

Mientras tanto, no perdió el tiempo.

Tomó el periódico de ese día, y pasó las páginas hasta llegar a la nota que Frederick escribió la noche anterior y que hizo enardecer a lady Cumberland.

LORD ASHWORTH ¿RECIBE SU MERECIDO?

The Golden Gazette

Escrito por Frederick Banes

3 de febrero de 1875

Estimado lector, si fue uno de los invitados en el baile de recaudación de fondos que tuvo lugar anoche en la mansión Cumberland Place, le diré que la suma donada por la honorable asistencia cumplió con las expectativas. Sin embargo, habrá podido disfrutar en primera fila de un espectáculo sin precedentes.

Los libertinos que devastan reputaciones y que esperan salir indemnes ya están avisados. Las damas arruinadas ya no se conforman con vivir en su papel de víctimas condenadas al ostracismo social. Ahora, llenas de valor, se enfrentan con la frente en alto a quienes comparten con ellas la responsabilidad del traspié dado.

Tal es el caso de lord Ashworth, el ilustre hijo de los condes de Cumberland, quien se robó la atención de la noche, cuando un alma —trastocada por la pérdida de sus expectativas— lo enfrentó cual leona infundida de valor, delante de lo más selecto de la aristocracia.

Mi mensaje es para la prensa que se regodea señalando a las jóvenes que dan un resbalón social. También para esos que están de cacería tras las identidades de dichas señoritas. No les conviene jactarse de poseer superioridad moral.

No juzguen a las inocentes damas desprovistas de armas para enfrentar a estos sinvergüenzas. Mejor edúquenlas para que aprendan a reconocer a los calaveras de los que deben huir. Ya es hora de subir al estrado de los acusados a estos crápulas carentes de honor.

Charlotte negó muy entretenida. ¿Por qué no se le ocurrió la noche anterior leer la nota? Claro, estaba más ocupada en desnudar al periodista que la escribió. Suspiró imbuida en una nube de emociones al recordar cómo Frederick la había amado, cómo recorrió cada trozo de su piel… Jamás se cansaría de ese hombre…

Debía componerse o Broc notaría que el amor se le escapaba por los poros. Y, aunque Frederick y ella se habían supuestamente unido en matrimonio, ninguno pronunció voto alguno… Solo se tenían en el corazón.

Para tratar de enfriar sus ideas y que su rostro no reflejara el sentimiento, decidió leer el siguiente periódico. Lo había tomado a escondidas de Frederick, curiosa. ¿Por qué ese número no salió a la luz?

Revisó la fecha, era la misma de aquel día que Frederick publicó la nota donde narraba cómo la salvó de ser atropellada por el carruaje.

UN MARQUÉS PODRÍA ESTAR A ESCASOS DÍAS DE CAER

The Golden Gazette
Escrito por Frederick Banes
6 de enero del 1875
Estimado lector:

A esta redacción ha llegado el sórdido anuncio de que está cercana la fecha de la caída de un renombrado marqués. No será difícil identificarlo. Destacó en el Parlamento durante un largo período, pero no por sus valiosos aportes. Todo lo contrario.

Tras su retiro a Escocia pensamos que nos íbamos a librar de su presencia, pero sin previo aviso ha regresado a Londres dejando a los miembros más respetables de la ciudad llenos de curiosidad. ¿Estaremos hablando de lord Blair?

Una fuente muy reservada ha informado que el ferviente deseo de unir a su hija soltera con un heredero de una familia aristócrata ha sido la razón que lo ha sacado de su madriguera.

Una jugada arriesgada, según la fuente emisora, porque el marqués tiene asuntos muy cuestionables en su pasado que dejaría su reputación por los suelos.

Si la fuente se llena de valor, no tardaremos en saber por qué dicho marqués no merece emparentar con un par del reino.

Charlotte se quedó helada. Frederick había cancelado esa publicación por un motivo particular, y no era por favorecer a su padre.

Quiso protegerla a ella de la ira de su propia pluma.

Oh, Frederick, desde entonces ya tu corazón te advertía que lo nuestro se fortalecía, incluso a pesar de nosotros mismos, pensó.

Y si lo que pretendía era concentrarse en otra cosa que no fuera el amor valiente que latía en su pecho, solo consiguió que la pasión corriendo por sus venas fuese más evidente.

Charlotte ya no podía disimular que era una mujer enamorada.

Cuando Broc apareció en la estancia y la saludó le respondió con un brinco, como si el grandullón pudiese develar sus secretos mejor guardados.

—¿Usted está bien?

—Ahora sí, Highlander. —Trató de calmarse—. Cuénteme qué sucedió. ¿Por qué no pudo rescatar a mi madre?

La miró de reojo como si no creyera que pudiese estar bien. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban con una intensidad poco habitual.

No obstante, el escocés prosiguió:

—Lo que los informantes descubrieron es verdad, Blair tiene a una mujer oculta en la habitación principal de su hotel más caro. Era

cierto que había mucho secretismo al respecto, tuve que esforzarme para llegar hasta ahí.

—¿Qué sucedió cuando llegó a ella?

—No era su madre, muchacha. De lo contrario, ya estarían juntas.

—MacKenzie, no tengo cómo agradecerle sus esfuerzos —dijo pesimista—. Era mi última esperanza.

—Lo lamento.

—¿Puedo tutearlo? —preguntó, porque si eran aliados en la búsqueda, podrían comunicarse más fácil sin tantos tratamientos de por medio.

—*Nae* —contestó hosco con la mirada oscura afilada y el cabello del mismo tono enmarcando su rostro—. Es mejor que mantengamos la línea de respeto.

—Eres un buen amigo de mi hermano, y de Frederick… —dijo tomando la iniciativa—. Dudo que en tus planes esté no respetarme.

—Ya no lo llamas señor Banes —replicó con los ojos entrecerrados.

—Si vas a comportarte como mi hermano mayor, en su ausencia, y vas a darme un sermón, será mejor que prescindamos de tantas formalidades.

Él gruñó por respuesta.

—Me encantaría darte un sermón, muchacha. Pero se lo daré a tu hermano en cuanto vuelva. No puedo cuidarte si eres la primera que me pone obstáculos. La siguiente vez que Zachary viaje, no me comprometeré a cuidarte.

—Eres muy rudo. Pero no olvides que soy escocesa, así que he visto rostros más huraños que el tuyo.

Él volvió a gruñir y después aceptó lo que ella proponía.

—¿Quieres saber qué ocurrió en el hotel de tu padre o no? —bufó con nula paciencia y ella asintió receptiva—: La susodicha no era inglesa, era de Escocia, de una belleza indiscutible. Jamás había visto un cabello tan exquisitamente negro, ojos como enormes lingotes de oro que parecían desentrañar todos los secretos. No sabía que Edimburgo albergaba tales tesoros. Lástima que se haya

dejado seducir por un viejo marqués sepultado en libras. Supongo que eso es atractivo para algunas féminas.

—No digas más. ¿Cómo no me sorprende? Mi padre siempre se las arregla para tener una amante.

—*Och, aye*. Una muy descarada, cuando me vio en los aposentos, sugirió guardar el secreto si yo… Si yo… Creo que usted no necesita saber todo —agregó muy serio—. Tal vez su padre está muy ocupado buscándola y la belleza de ojos dorados está muy desatendida. Es lógico pensar que se aburra.

—Con lo que has dicho me basta. Solo espero que no te hayas sacrificado para que esa mujer nos guardara el secreto. —Lo miró con el entrecejo fruncido.

—*Nae*, ¿qué te hace pensar lo contrario?

—Exaltaste demasiado sus rasgos. —Trató de guardarse una sonrisita. No quería avergonzar a ese grandullón que tanto había arriesgado por ayudarla.

—Yo…

—Eres un hombre soltero, Broc, sin compromisos. No te juzgaría.

—No me atrae una dama que se contenta con ser la amante de un viejo… —soltó sin más.

—Pues ella perdió un probable admirador por caer ante la tentación con mi padre.

—Ahora es mi turno, muchacha.

—¿Tu turno de qué?

—De dar el sermón. Ahora que soy el reemplazo de tu hermano mayor hasta que Zachary esté de vuelta.

—¿Vas a regañarme? —inquirió preocupada.

—*Och, aye*. No lo dudes. Tu cabello está húmedo, *lass*… Es como si hubieses salido huyendo de algo.

Ella se abrazó con más fuerza a los dos periódicos, la esposa de Mark trató de ayudarla a secarlo encendiendo la chimenea del sitio donde vivía Frederick, pero con las prisas que tenían solo alcanzó a que perdiera el exceso de agua.

—Tuve que salir muy rápido. Yo…

—Te traeré una manta, pega más tu silla a la chimenea no vayas a pescar un resfriado.

—Claro —dijo creyendo que lo había despistado.

—Es raro que la señora Banes te haya dejado salir así… —Entonces, el rudo escocés enarcó una ceja y volvió al ataque—. No estoy muy familiarizado con las costumbres inglesas, pero aseguraría que tu vestido es de fiesta, de noche o como sea que las damas le llamen.

La boca de Charlotte hizo una O, y así se quedó sin saber cómo contraatacar.

¿Le contaría a Zachary en cuanto arribara?

—¿Se casará contigo? No quiero tener que responder por algo más delante de tu hermano —contraatacó y no se veía feliz de hacerlo.

—¿Casarnos? —Se quedó perpleja.

—No soy idiota. Sé que se agradan y que tienen intensiones de comprometerse. Y, hasta cierto punto es aceptable. No que se tomen libertades debido a las circunstancias.

—¿Libertades?

—Sé en lo que andan. Y no es que yo sea puritano. Zachary tampoco si hacen las cosas bien, de lo contrario, Frederick se meterá en un problema peor que el que tiene con Blair.

—Vamos a casarnos por si quieres saberlo. Y si nos delatas, ya no te contemplaré entre los amigos favoritos de mi hermano que al menos me caen bien. Como Edward, Hayden y Cailean, por supuesto.

—Por hacer lo correcto, me importa poco no agradarle a nadie, incluso a ti. Basar la felicidad en agradarle a otros es una estupidez. Me rijo por mis principios y estoy tranquilo con eso.

—Ya veo… Así y todo, has tenido suerte, tienes amigos.

—Caliéntate en la chimenea, mientras pienso que es lo más sensato que debo hacer con mis sospechas.

—¿Qué estás pensando *hacer con tus sospechas*? —repitió titubeando.

—Podría encerrarte en una torre hasta que Zachary arribe, así no te meterías en tantos problemas.

Ella hizo un mohín y se envalentonó.

—Hazlo, y yo me regodearé en la torre con la información que tengo sobre ti.

—¿Cuál si se puede saber? —Abrió mucho los ojos con suficiencia.

—Que querías cortejar a la amante furtiva de un viejo marqués —lo pinchó.

Él gruñó por lo bajo.

—¿Sabes que eres un incordio? La siguiente vez que mi amigo vaya de viaje, sería bueno para mi propia cordura que te llevara consigo. Cuidarte es una tarea muy ardua.

—La belleza de pelo negro y ojos como lingotes de oro… —agregó tratando de parecer desinteresada—. Ya quiero conocer a la amante de mi padre solo para valorar que tan atinado es tu ideal de belleza. No es que dude de tu capacidad de juzgar lo realmente hermoso, pero tengo la sensación de que no debo fiarme de tu juicio. Por cierto, conozco a una soltera con ojos como la miel. Parecen dorados cuando les da el sol, podría interesarte.

—*Nae*… No necesito sugerencias en ese aspecto. Mejor, deberías agradecerme porque los muebles fueron encontrados en vez de seguir burlándote. Estaban en unas bodegas en el puerto a nombre de tu padre.

—Me lo dijo Frederick, que los informantes dieron con ellos.

—Pero lo que no te dijo fue que mientras ustedes disfrutaban del baile…

—Si a eso se le puede llamar disfrutar…

—¡¿Me dejarás terminar de hablar, *lass*?! —Se veía sobrepasado.

—Termina, grandullón. Y no me mires como si me quisieras asesinar.

El escocés exhaló para optimizar el uso de su paciencia, Charlotte lo llevaba al límite.

—Ahora entiendo por qué enloqueces a mi amigo Frederick. Ustedes son iguales… Tienen la habilidad de sacar de quicio hasta el más sereno de los mortales.

—Espero que no te refieras a ti mismo como al más sereno de los mortales —bufó.

—¿Puedo por fin terminar?

—Habla, pues.

—Ayer mientras estaban en el baile, con la ayuda de Stevens y algunos hombres de los que trabajan para mí, devolvimos todo a su sitio.

—¿A qué te refieres con todo?

—Tus muebles y los artículos de la Casa de Correspondencia.

—i¿Por qué no me avisaron antes?! —Casi saltó de la silla por la sorpresa.

—Ayer fue un día muy arduo, muchacha. Ya no podía más, necesitaba descansar. Stevens le iba a avisar esta mañana a Frederick y este a ti.

—Nos fuimos a dormir y Fred aún no había visto a Stevens, tuve que salir muy temprano…

Cuando se dio cuenta de que había hablado de más, se sonrojó.

—Muchacha, tampoco creas que soy tan moderno. Y estoy seguro de que Zachary menos, deberías decirle a mi amigo, el letrado, que la furia de un escocés es de cuidado. Lo mejor es que te pida matrimonio y te lleve al altar antes de que tu hermano arribe. Y ya queda poco. Puedo ser tu testigo.

—Fred y yo tenemos todo bajo control —resolvió e hizo un mohín—. Ahora, si me disculpas tengo que ir a mi Casa de Correspondencia.

—Mejor espera a Frederick.

—Está ocupado, dijo que nos reuniríamos aquí. Pero no puedo esperar. Será mejor mandarle una nota en cuanto llegue a mi establecimiento.

—Muchacha, no puedes salir de aquí. El carruaje de Frederick se ha ido, y no tengo uno apropiado. Tendría que pedir el de tu hermano, pero no estoy seguro de que sea buena idea.

—Puedo ir en mi cabriolé. Aún está en Watherby House.

—No. Tu padre está tras tu rastro. No puedes arriesgarte.

—Lo sé, pero ayer nos la ingeniamos para salir del baile sin que nos viera. Pondré el mismo empeño.

Broc se arrepentía de haberle develado que los muebles estaban de vuelta, ahora tenía que lidiar con ella.

—Es una suerte que te hayas escabullido ayer sin que te haya arrastrado por la fuerza a Blair House. Aunque claro, Frederick no lo permitiría. —La miró suspicaz, ella bajó los ojos.

—Iré a la Casa de Correspondencia. Me reuniré allí con Frederick. Si viene a verte, solo dile donde puede encontrarme. Supongo que su secretario, Stevens, podrá darme razón de las nuevas llaves.

—Te escoltaré.

—Eso sería más sospechoso, además que podrías comprometerme. Una dama a solas en un cabriolé con un hombre de dudosa reputación.

—También podría comprometerte andar a solas en tu cabriolé… Y mi reputación no es dudosa.

—Tal vez no, pero nadie que te vea a solas con una dama pensaría en tus nobles intenciones.

—Lleva a mi criada. —Él gruñó a punto de reconsiderar sus planes de encerrarla hasta que regresara su hermano.

—Si me prestas una de tus enormes capas estaré encubierta y te quedarás más tranquilo. Soy escocesa, Broc, no te pongas sobreprotector, sé cómo cuidarme.

Cuando por fin logró convencerse se tapó con la gran capa oscura y pidió al mozo de cuadra su carruaje.

Extrañaba tanto a sus caballos… Tras dedicarles unos mimos se subió y volvió a desear sentir el aire despeinarla mientras conducía.

Sin embargo, tras atravesar el portón de The Crest Stud un muchacho de unos quince años le hizo señas para detenerla.

—Al fin, señorita, llevaba siguiéndola desde *The Golden Gazette*.

A Charlotte se le heló la sangre, la había seguido y ni ella ni Mark o el cochero se habían dado cuenta.

—¿Qué quieres? —inquirió con sequedad. ¿Lo habría mandado Fred?

—Tengo una carta para usted. —Extendió la mano para hacérsela llegar.

—¿Quién te la dio?

El muchacho se escabulló corriendo entre unos arbustos hasta perderse de vista.

Charlotte la abrió desesperada, pero tenía un mal presentimiento, todo en el sobre apuntaba que había sido escrita por el remitente de las anteriores amenazas que recibió.

La Voz del Decoro. Leyó la firma. Como discutió el día anterior con lady Cumberland estaba segura de que era de lady Warrington. Probablemente, su amiga la había puesto sobre aviso. Existía esa posibilidad. La nota era breve, la estaba citando para verse frente a frente de una vez.

¿Qué debía hacer?

36

Frederick estaba frente a la Casa de Correspondencia. El ama de llaves de Broc MacKenzie lo puso al corriente de la visita de Charlotte y de que partió hacia su establecimiento.

No se explicaba por qué ella no había arribado antes que él. Lo único que se le ocurría era que hubiese pasado primero a la casa Banes a cambiarse. Llamaría mucho la atención su vestido de noche. Y era algo que Charlotte tomaría en cuenta.

Decidió no perder tiempo y buscar soluciones. En ese momento debía cuidarla, antes de que su padre diera con ella y tomara medidas que a ninguno iba a gustarle.

Usó la llave que tenía. Él mismo mandó a cambiar la cerradura, después de romperla.

Pero solo estaban los muebles traídos de regreso y los artículos desorganizados por doquier.

Fue en busca de Stevens y le dio órdenes certeras… Martha y el resto del personal que Charlotte contrató, y a los que le seguían pagando, debían volver ese mismo día. No había tiempo que perder. Ya había pasado la fecha de inauguración planeada. No permitiría que se retrasase más. Pero para continuar primero tenía que aparecer Marianne.

Un soplo de felicidad pasó por su semblante. Ella tenía todo de vuelta y él se ocuparía de que siguiera en su lugar.

Se quitó la chaqueta y quedó en mangas de camisa, que dobló hasta los codos. Mientras esperaba a Charlotte y a los empleados, comenzó a ordenar él mismo el lugar.

En cuanto pudiese hablar con ella, haría lo que le estuvo dando vueltas en la cabeza desde que la hizo suya por primera vez.

Iría a enfrentar a Blair en persona…

No había otra opción.

Blair tendría que aceptar cuando pidiese la mano de su hija.

Después de lo que hicieron no había retorno.

Y como estaba seguro de que Blair era quien tenía oculta a Marianne para presionar a Charlotte de casarse con Marcus, cuando el marqués entendiera que aquello jamás iba a ocurrir, tendría que dejarla en libertad.

Ya sabía que Blair solía estar armado y dónde guardaba la pistola, no iba a tomarlo desprevenido como a John.

En ese momento llegó Martha, quien se maravilló al encontrar todo, aunque no en su lugar.

—¿Señor Banes?

—Señora Day, me alegra que pudiese venir. Hay mucho que hacer. Los demás deben estar por llegar, es necesario que tome las riendas de una vez, hasta que lady Charlotte pueda presentarse. Coordine a los demás empleados para acomodar todo en su sitio. Mañana debemos retomar labores.

—¿Ahora trabaja aquí? —inquirió con una sonrisa.

—Martha, son cosas que no debe preguntar. —Negó, tal vez se le veía el amor y no podía disimular.

—Me complace por usted, señor Banes. A todos nos llega la felicidad.

Él negó y se guardó la sonrisa. No podía mentirle. Quizás a esas alturas, lo que sentía por Charlotte se reflejaba en su rostro y ya no engañaba a nadie en Londres. Sí tenían que casarse cuanto antes para que ella no sufriera las consecuencias de otro rumor.

—Espero que también esté feliz con su familia.

—Mi esposo y mi hijo son mi pequeño paraíso en la tierra, señor. Solo espero que el negocio de lady Charlotte pueda despegar. Es el empleo ideal para mí.

—Tampoco la tratamos tan mal en *The Golden Gazette*.

—Por supuesto que no, pero el horario es más exigente.

—Lo sé, señora Day.

Entonces notó que otros de los empleados comenzaron a llegar y ella necesitaba distribuir el trabajo.

Sin embargo, aunque Martha estaba ahí quiso cerciorarse que el personal entendiera la importancia de apurarse para abrir en una fecha cercana.

—Señora Day, ¿qué pendientes quedaron sin resolver cuando el marqués hizo de las suyas?

—Claro, lo pongo al tanto.

Ella no tardó en explicarle, traía una libreta con todo anotado minuciosamente, lo que hizo más fácil que Frederick pudiera darle los consejos pertinentes.

Quería poder disfrutar la sonrisa de Charlotte en cuanto regresara y comprobara que, a pesar de haberse retrasado por los obstáculos creados por Blair, iban a reponerse e inaugurar antes de San Valentín.

—Traeré personal extra del periódico.

Y lo hizo esa misma tarde. Sin perder un minuto dio órdenes, movilizó a cada empleado y cuando vio que todos estaban ocupados volvió a consultar su reloj de bolsillo.

¿Cuánto tardaba una dama en cambiarse un vestido? La intriga por la tardanza comenzó a carcomerlo por dentro. Más que intriga ya era preocupación.

Blair habría estado al acecho. ¿La habría interceptado? De ser así le haría la visita en el acto, aunque ya no pudiera discutirlo con ella. No iba a permitir que volviera a ponerle una mano encima.

—Señora Day, creo que la dejaré encargarse de sus responsabilidades. También tengo que hacer. Por favor, avíseme cuando el cabriolé de lady Charlotte llegue.

—Mandaré a alguien de inmediato.

Agradeció y salió directo a enviar a uno de sus mensajeros a la casa de su madre, la tardanza de Charlotte ya lo estaba angustiando.

Trató de tranquilizarse ocupándose de revisar el desastre que quedó en la redacción tras la pelea que tuvo con Marcus.

Se sorprendió de ver lo rápido que sus empleados habían acomodado en su lugar los muebles y objetos desperdigados.

Pero se asombró más cuando a medida que se introducía a su periódico, todos se ponían de pie y comenzaban a aplaudirle. Las frases y los saludos de mano o palmadas en el hombro vinieron de boca de cada uno:

—Muy buena pelea, señor —dijo el recepcionista.

—Es todo un orgullo trabajar para usted —indicó uno de los redactores.

—Tremenda derecha, señor Banes —comentó el editor jefe.

—¿Quién iba a decir que presenciaríamos semejante pelea en la redacción? —inquirió un reportero.

Negó sonriente ante los comentarios.

Los últimos vinieron de la boca de sus empleados de más confianza, George, quien trabajaba en el periódico desde los tiempos de su padre y al que le tenía especial afecto, y también de su leal secretario Stevens.

—Tu despacho ya está arreglado, Frederick. ¿Cuándo será el siguiente *asalto*? —Stevens chocó los puños como un boxeador listo para comenzar la pelea.

—Muchacho, ponte un ungüento en esa ceja antes de que te quede una marca —sugirió George—. Pero no te ves tan mal. El otro terminó peor. Así se hace. Tu padre estaría muy orgulloso de ti. Yo lo estoy, y no solo porque andas de pendenciero dándole su merecido a ese sinvergüenza de lord Ashworth. Lo digo por lo grande que has hecho el nombre de *The Golden Gazette*. Y por ella… La señora Banes. —Un guiño fue suficiente para saber que se refería a Charlotte.

Después entró a su despacho y quiso escribir el artículo que tenía pendiente para la siguiente mañana. Pero no pudo, su mente no estaba en paz hasta que no le avisaran que el cabriolé estaba de vuelta.

Llamó a Stevens y le comunicó:

—Usen el artículo que escribí y quedó descartado por sacar la nota sobre Marcus.

—¿Algo más, Frederick?

—Que esté listo mi carruaje. Si en media hora ella no ha regresado saldré a buscarla.

¿Por qué diablos la dejó irse? ¿Por qué Broc no la retuvo?, pensó mortificado.

Golpeó la mesa, devorado por la impotencia y la rabia.

Pero cuando el mensajero volvió un rato después, supo la verdad y se puso de peor humor: Charlotte nunca regresó a la casa Banes.

37



¿Por qué me citó lady Warrington a las afueras de Londres? ¿No había otro sitio privado más decadente que esa residencia real medieval?, pensó con sarcasmo.

Tardó una hora conduciendo hasta Eltham envuelta en la capucha enorme de Broc. Cada kilómetro que se alejaba, su imprudencia le devolvía con pujanza la incertidumbre del miedo. Primero, cuando dejó atrás el ruido y la algarabía de la ciudad. Después, cuando el escenario se hizo más rural y solo veía propiedades aisladas. Y, por último, cuando estuvo a las puertas de Eltham Palace.

Era de conocimiento popular que el palacio fue golpeado por la ruina, pero había un dueño y ciertas áreas estaban destinadas a los cultivos. Sin embargo, gran parte de la edificación llevaba años desolada.

Era probable que hubiese un guardián que vigilara la propiedad.

¿Cómo me atreví a viajar sola tan lejos? Si sobrevivo, mi padre me matará al regresar a Londres, pensó.

Como los caminos estaban llenos de salteadores o bribones a la espera de una presa fácil, fue una locura monumental. Podrían robarle las joyas de gran valor con las que iba ataviada, el carruaje, sus amados frisones; pero por lo que más temía era por su vida.

No obstante, jamás había sido cobarde. Respiró hondo y solo se lamentó de no haber tenido un arma consigo para protegerse de ser

necesario.

Lady Warrington tendría que oírla. Le ofrecería dinero, la seguridad de que Marcus jamás sería su esposo. Estaba dispuesta a negociar con ferocidad para librarse del asedio de la madre de Susette.

Cuando el cabriolé llegó ante la entrada principal tragó en seco, nadie salió a recibirla. No vio ningún custodio del palacio olvidado que yacía parcialmente en ruinas.

Se adentró con el cabriolé por el único sendero que encontró paso, un acceso secundario probablemente para el servicio, lejos del inestable y estrecho puente que atravesaba el foso que bordeaba la construcción principal.

El deterioro evidente le hizo preguntarse por la verdadera razón que aquella dama tuvo para citarla en un sitio tan apartado. Pero ya estaba ahí y no daría marcha atrás.

Se apeó en un claro, llena de resolución. Amarró a los caballos a un árbol próximo y continuó avanzando a pie por un camino cubierto de grava.

Observó los jardines descuidados, el encanto de la piedra revestida de musgo y los arcos antiguos. Negó, considerando si era su oportunidad de dar marcha atrás. Los caballos resistirían el viaje de regreso de inmediato, aunque lo más sensato sería dejarlos descansar.

Se detuvo al llegar a los arcos derruidos y, entonces, escuchó una voz llamarla por su nombre de pila.

Recuerdos de antaño, que se obligaba a olvidar, la recorrieron como oleadas…

El tiempo se le notaba.

Más hombre.

Con la madurez surcándole el rostro, pero lleno de lozanía y sobre todo de vida…

Vivo.

Ella sintió que algo se rompió en su interior… Tan profundo que la hizo estremecer…

El recuerdo de la sensación del corazón roto de antaño. Se sintió frágil y perdida de nuevo.

—¿John? —Esbozó con un nudo en la garganta.

—Charlotte.

Su voz, trazos de memoria, también se había engrosado, pero ni el paso de los años le harían olvidar al hombre al que un día quiso unir su vida. En aquel entonces, cuando no tenía suficiente edad para saber qué quería, en realidad, para el resto de sus días.

Ella cayó de rodillas, sin importarle que la tierra manchara su vestido. La impresión fue devastadora.

—¿No moriste?

Era evidente que no, estaba parado ahí frente a ella, de carne y hueso. Pero le costaba asimilarlo por eso su mente solo atinó a hacer esa pregunta.

Él despegó los labios con la mirada afilada, mientras caminaba hacia ella. Tras detenerse a dos pasos de Charlotte, repitió de memoria aquella carta mandada en un momento de desesperación, con los ojos inyectados en sangre.

John:

Si mi padre intentase separarnos con todo el poder que le confiere ser el marqués de Blair, no lo conseguirá. Soy tu esposa ante Dios y ninguna amenaza o gestión que lleve a cabo borrará lo que ocurrió entre nosotros esa noche.

No me arrepiento de haberte aceptado en santo matrimonio, y menos haberme entregado a ti. Prefiero mil veces cargar con el peso de los reclamos de mis padres que vivir separados una vida entera.

Si debo abandonar a mi familia para estar contigo, lo haré. Si debo renunciar a mi apellido y los honores que me confiere, también lo haré.

Tuya para siempre,

Charlotte

La había memorizado. ¿Cuántas veces la había repasado para conseguirlo? El peso de aquellas palabras serían su condena.

¿Y dónde la tenía guardada?

—Estás vivo —dijo ahora como una afirmación, mientras el alivio de ver que una vida no había sido arrebatada por su culpa, se mezclaba con la incertidumbre de no saber qué esperar de su regreso.

—¿Acaso no lo notas? —Abrió sus brazos para que ella lo observara e hizo una mueca de decepción, como si enfrentara de una vez su peor pesadilla—. Estás más bella que nunca, los años te han favorecido, y sigues siendo mi esposa. Tuve tiempo de averiguar, tu padre jamás anuló el matrimonio.

—¿Por qué lo haría? Para él estabas muerto.

El cuerpo de Charlotte estaba ahí. Sus ojos, que miraban al hombre, y su boca, que buscaba palabras desesperadas, estaban presentes… Pero no su mente, que corría a kilómetros de distancia, tratando de armar el rompecabezas de lo que aún no lograba comprender.

—¡Sí, porque él mismo me mató! —estalló lleno de furia y dolor entremezclados, como si recordara el infierno que vivió después de recibir el disparo.

—¡No, no lo hizo porque estás ahora aquí! —También gritó y en medio de su desesperación tuvo el tino de pensar que aquel reencuentro podía terminar muy mal si los dos perdían el control. En voz baja pero firme se sinceró—: Me alivia saber que estás vivo, y que puedo quitarme la enorme culpa que cargué todos estos años sobre mi alma. Me sentía miserable por arrebatar una vida tan joven, por continuar respirando mientras tú estabas…

—¡¿Muerto?! Oh, Charlotte, no perdiste el tiempo. Pretendes casarte con el hijo de esos condes y en la noche te escabulles a los aposentos de un hombre soltero, el que debía ser el verdugo de Blair. *El Látigo*, el único capaz de redactar una nota con nombre, apellido, título… El único insolente que no tiene miedo de enfrentarse a un poderoso lord de la aristocracia. ¿Es algún tipo de venganza en contra de tu padre? Porque solo si fuera un castigo para Blair podría perdonar tu conducta casquivana. ¿O es una

estratagema para engatusar al periodista, para impedir que su pluma letal hunda a tu familia?

—¡¿Por qué ahora te atreves a presentarte ante mí?! —le gritó decidida a no contestar su pregunta. Jamás le daría razones sobre Frederick, él no tenía que ver con las trazas de su torcido pasado.

—¿Así recibes a tu esposo después de tanto tiempo? Pensé que sentirías más que alivio por la culpa. ¿Ya no me amas?

—John… Oh, John… Mi amor comenzó a desmoronarse cuando preferiste mi dote por encima de huir conmigo, cuando entendí que sin un penique no te servía.

—No confundas mis palabras con lo que en verdad ocurrió.

—Mientes… Si me hubieses amado no habrías permanecido en las sombras durante tantos años… ¡Explícame cómo, demonios, estás aquí si yo te vi en suelo cubierto de sangre, inconsciente, y el médico juró que habías abandonado este mundo!

—Jamás hubo una acusación formal hacia Blair. ¿Acaso creías que mis padres me querían tan poco para permitir que quien me arrebató la vida escapara sin pagar a la justicia?

—Supe que mi padre les dio dinero a los tuyos para… —Era tan sórdido que no pudo repetirlo.

—Para pagarme un doctor cuando me sacaron de ahí malherido, moribundo… Entonces sí que tu padre les dio un monto muy elevado para comprar su silencio.

—Para que pagaran al doctor, para que intentaran salvarte la vida.

—¡Para callar bocas! ¡Para tapar su inmundicia! —masculló lleno de resentimiento. De sus ojos brotaron lágrimas gruesas, y con los puños apretados continuó—: Pero no morí, y mis padres conscientes del enemigo que me había granjeado decidieron usar ese dinero para cubrir mi restablecimiento, y mi huida de Normandía, así como para sellar la boca del médico que logró salvarme.

—¿Por qué no te presentaste de una vez ante mí? ¿Por qué el maldito juego de las cartas?

—Porque no vengo con buenas intenciones. Huir del marqués me condenó a vivir lejos de los míos. No estuve ahí cuando mi madre abandonó este mundo, tampoco cuando lo hizo mi papá.

Sufrían de terror ante la posibilidad de que Blair descubriese la verdad y tomara represalias.

—Mi padre —respiró profundo y dijo lo que sabía a continuación —. Mi hermano…

—Otro cómplice.

—Zachary llegó cuando tus padres ya te habían llevado. No tuvo nada que ver con las decisiones que se tomaron cuando fuiste herido. Sé que todos los meses mandó una suma considerable a tu familia para que jamás les faltara nada.

—Sí, hasta que mi padre falleció y ese suministro que me permitía vivir decentemente, mientras necesitaba esconderme, dejó de llegar.

—¿No podías buscarte la vida sin exprimir a nadie más? Como no te saliste con la tuya y no obtuviste mi dote, lucraste con tu muerte para que mi hermano continuara dándoles dinero. Te aprovechaste de su buena voluntad.

—No podía tener un perfil público. ¿Cómo iba a ganarme la vida?

—Nunca tuviste intención de hacerlo más allá de lograr un matrimonio ventajoso o vivir de las rentas de tus padres, las que jamás te parecieron suficiente.

—Sabes que no navegábamos en bonanza.

—Ahora entiendo.

—No tuve más remedio que volver a mi casa cuando el dinero se acabó y estaba esa carta…

—¿Mi carta?

—No, esa otra firmada por *La Voz del Decoro*, dirigida a mi padre. Exhortaba a papá a acusar formalmente a lord Blair por haberme quitado la vida. Decía que, mientras mi existencia fue arrancada en plena juventud, tú estabas a unos pasos de casarte con el hijo de los condes de Cumberland, y Blair libre sin responder por el crimen. Se me hizo bastante oportuno usar esa firma para llegar a ti, para asustar a tu padre, para poner a temblar al gran marqués de Blair. —Lo último lo añadió en son de burla.

Solo una persona sabía, según los supuestos que fueron corroborados después por lady Cumberland, que Blair había

atentado contra John y, a su vez, que pretendía casarla con Marcus.

No era necesario atar cabos, quien usó primero la firma de *La Voz del Decoro* era posible que hubiese sido lady Warrington, de ahí la suposición de su amiga. Pero John se había atrevido a llegar más lejos.

—¿Qué es lo que deseas, John? ¿Cuál es tu precio ahora?

—Esta vez tu padre no me tomará desprevenido —dijo mostrando la pistola dentro de su chaqueta—. He venido a recuperar a mi esposa. No me importa cómo Blair quiera dar la noticia, como un reciente matrimonio o reconociendo que llevamos años de casados. Te daré tres días antes de que hagamos la entrada triunfal.

—No vales nada, John. ¿Acaso sabes que perdí a tu hijo y fue lo más doloroso que he experimentado, no solo físicamente? Me costó mucho superarlo.

—No, no lo sabía. —La miró asombrado…

—Por respeto a esa vida que no llegó a nacer, te pido que actúes con honorabilidad por una vez. Vete lejos, a donde quieras iniciar tu vida. Aprovecha la oportunidad que Dios te dio salvándote esa vez y vuelve a empezar. Eres muy joven.

—Eso no borra el hecho de que estamos casados.

—Tengo aliados aún más poderosos que mi padre que me pueden ayudar a conseguir la anulación. Hubo muchas irregularidades que pasamos por alto por las prisas, la inexperiencia, la juventud. En eso mi padre no se equivocó. No le diré que estás vivo.

—¡No! ¡Solo te daré tres días! ¡Sin trucos! —amenazó y volvió a mostrar la pistola—. O restableces mi estatus como tu esposo o daré la carta escrita de tu puño y letra a los periódicos, junto a las pruebas que tengo sobre nuestro casamiento. En tu carta fuiste muy específica, detallas que el matrimonio fue consumado. No hay posibilidad de anulación.

Entonces, sin que ninguno de los dos lo previera, se escucharon unas pisadas sobre la grava. Una pistola apuntó directo al corazón de John.

—¿Y tú quién eres? —preguntó John mirando al highlander.

Charlotte respiró hondo al saber que no estaba sola con John en ese lugar solitario. Después de todo, los amigos de su hermano eran su salvación.

—Pregunto lo mismo, ¿quién demonios eres tú? —soltó Broc, maldiciendo en voz baja, sin quitar el ojo de su objetivo.

John intentó llevar la mano a su arma.

—No lo hagas, John… Este hombre no fallará como mi padre y no dudará en mandarte de una vez al infierno.

38

Tras un viaje de regreso hasta la residencia Banes al ritmo agotador que marcaba el highlander, quien la escoltaba, Charlotte sentía todo su cuerpo engarrotado. Tardaría varios minutos para lograr desentumecerse.

Jamás terminaría de agradecer a MacKenzie por aparecer cuando su esperanza de librarse de John era cada más lánguida. El enorme escocés había desarmado a su atacante en un abrir y cerrar de ojos, y había dejado a John maldiciendo por no salirse con la suya.

Fue duro el reproche del escocés, que la juzgó en silencio durante todo el trayecto por su imprudencia. Tuvo la fortaleza para no enumerarle las posibles dificultades que pudo encontrar en el camino.

Pero lo peor fue la mirada de Frederick cuando llegaron a la casa Banes.

Ella bajó la guardia y se mostró agradecida porque lo contrario habría sido lo mismo que pecar de soberbia.

—Te lo agradezco, Broc, aunque podía haberme cuidado. Soy escocesa. ¿O piensas que soy una rosa indefensa? —No pudo evitar pecar un poco.

Los dos hombres arrojaban lava como volcanes en plena erupción.

—Las rosas tienen espinas, no son tan indefensas. A pesar de ello hay poderosas tormentas que las despedazan. Por tal razón tuve que seguirte a distancia. Fue una suerte que llevé a mi mejor caballo. Jamás habría imaginado hasta dónde íbamos a llegar. No quiero verte por una semana, muchacha —le dijo señalándola con el índice. Después reflexionó y añadió con el entrecejo fruncido—. Salvo que estés en peligro de muerte, solo así tienes derecho a invocarme.

Frederick volvió a negar.

Charlotte notó su ceja lastimada y quiso acariciarla, revisarla…

—¿Fue Marcus? —preguntó horrorizada.

—Estoy bien. —Frederick le rozó la mejilla y percibió su temperatura, tampoco se veía mejor.

—¿Pelearon?

—No te preocupes por mí, estoy entero. En cambio, estás tiritando y fría… —advirtió que no se había quitado el abrigo ni la capa aún, pero sus labios, ligeramente azulados, temblaban.

Ella se quitó la capa de Broc y se la entregó, aquel la tomó y lejos de hacer un pacto de silencio con ella actuó según le dictaban las normas internas de su honor.

Para el escocés lo único que importaba era salvarla, incluso de sí misma… Y él tuvo que rescatarla de un hombre con una pistola en la mano.

Broc no dudó en contarle todo lo que había visto, con ella observando calladamente, como una criatura reprendida.

—¿Charlotte en un palacio parcialmente arruinado a las afueras de Londres? ¿Conversando con un hombre con cara de pocos amigos? ¿No vas a decirme nada más, Broc? —Frederick echaba chispas por los ojos, mientras trataba de contenerse y entender qué le pasó desapercibido.

Ella jamás lo había visto tan enfurecido, parecía que estaba a punto de golpear a algo o alguien. El hombre que en muchas ocasiones le costó leer el rostro por el control férreo que tenía de sus emociones, cuando lo conoció, estaba hecho una furia.

—Charlotte, sé sincera con Frederick, si no lo haces me veré en la penosa tesitura de tener que entrometerme, y contarle también lo

que alcancé a escuchar. Y entrometerme es algo que detesto, pero necesitas ayuda. Y Frederick, Fred parece que te ama.

Ella soltó de golpe el aire que había retenido en los pulmones, miró de soslayo a Frederick y el amor en su rostro era tan evidente como profundo.

—Lo haré, Broc. Siempre fue mi intención hacerlo. Yo… Oh, Frederick, no sé cómo decírtelo… Es muy serio. Más de lo que te puedas imaginar.

Broc negó y sin dar o pedir más explicaciones se alejó en dirección a la salida, sin necesidad de que lo acompañaran.

—Aguarda, Broc —dijo Frederick sin aún tener una dimensión completa de lo sucedido. Lo alcanzó a medio camino y murmuró—: Gracias, amigo.

Con un movimiento de cabeza, el escocés se despidió de ambos y les dio espacio para tratar el asunto.

Cuando Frederick recorrió la distancia que los separaba le extendió el brazo.

—No tienes que hablar… No es mi intención presionarte… Ahora lo importante es que te calientes. ¿Cómo se te ocurre recorrer esa distancia en un cabriolé? —Hizo una pausa para maldecir, pero no contra ella, sino devorado por el temor de que algo irreparable le hubiese ocurrido—. Déjame acompañarte a tu habitación, yo mismo encenderé la chimenea para ti.

Ella lo tomó conmovida, él no se veía contento, menos tranquilo; sin embargo, aún podía controlar sus emociones y comportarse como el hombre razonable del que se había enamorado.

—Es importante que hable… Por el bien de los dos —aceptó—. Y no en mi habitación, aún respeto la casa de tu madre. No quiero que le dé un soponcio a lady Agnes; bastante tolerante ha sido incluso a sus años.

—Pero no tiene que ser ahora, vienes de Eltham, conduciendo tu cabriolé con este frío.

—Llevaba mis guantes más gruesos, este abrigo de lana y la capa de Broc. Por suerte no ha nevado y ni siquiera había niebla.

—Pero fuiste sola.

—Sí. Sola. —No continuó insistiendo, fue una negligencia y punto.

—Por favor, descansa.

—Es urgente, Fred —confesó y él exhaló hondo—. Dame solo unos minutos para ir al servicio.

Él asintió muy serio.

—Te esperaré en nuestra salita… Ordenaré un té y unos *scones*. Prenderé la chimenea y llevaré unas mantas para que te calientes. Tendremos suerte si no te enfermas. Llamaré a Edward para que te revise.

—El té con miel, las mantas y la chimenea serán suficientes, al menos para mí. No creo que pueda tragar nada sólido. Y no molestes a tu amigo. Si me sintiera mal yo misma visitaría al doctor Raleigh. —No le dijo que no podía tragar no solo porque estaba conmocionada, triste y preocupada. La verdad era que le dolía muchísimo la garganta, pero no quiso alarmarlo por el momento.

El semblante de él quedó más taciturno y lleno de neblinas. Podía ver que algo había cambiado y que era irreversible.

Sí que la naturaleza llamaba, pero igual necesitaba el tiempo para mojarse el rostro, aunque el agua no estuviera tibia. No tardó en llegar al servicio y vaciar la vejiga que estaba a punto de explotar. El alivio fue necesario. Después salpicó sus mejillas, enjugó sus ojos que comenzaron a lagrimear y casi se derrumbó.

Podía luchar contra las consecuencias de sus actos, los rumores, las miradas indiscretas, los reproches…

Pero, ¿cómo lucharía contra un esposo vivo?

Eso no solo la alejaba para siempre de Frederick, la alejaba de sus sueños… Una mujer casada no tenía derecho a poseer nada. Su esposo sería el nuevo dueño de su Casa de Correspondencia.

¿Cuáles eran los planes de John, ni siquiera tuvo tiempo de preguntar? Pese a que era lo más importante. El impacto de verlo con vida aún la recorría entera.

Se llenó de valor y se encaminó hacia donde Frederick la esperaba.

Él se puso de pie en cuanto ella apareció bajo el umbral, no obstante, se quedó como congelada, recostada a la jamba de la

puerta. Sin decidirse a introducirse.

Observó el té que humeaba en una pequeña mesa redonda, la chimenea encendida y a Frederick invitándola al sofá con unas mantas de lana sobre el regazo.

Todo le pareció como un sueño lejano a punto de esfumarse con la llegada del nuevo día.

Tenía que decirle que sus planes pendían de un hilo.

—¿Vas a hablar? Me estás poniendo nervioso. Por favor, ven y siéntate.

Lo hizo, temblorosa. Aún no podía aceptar lo que ocurría, menos resignarse a la realidad: él estaba vivo.

Tomó asiento a su lado y Fred la cubrió con las mantas y preparó la taza de té con leche tibia y dos cucharadas de miel, para después acercarla a sus manos.

Pero no la besó en los labios, ni le repitió cuánto la amaba, ni la rodeó entre sus brazos para hacerla entrar en calor.

—Ya sé quién es *La Voz del Decoro* —soltó ella sin dilatar la noticia.

—¿Nuestras sospechas eran ciertas o…? —Dudó, porque era imposible que no tuviese algo que ver con lo que la hizo tomar su cabriolé y partir hasta Eltham sin pensar en los riesgos a los que se expuso.

—Lady Warrington… Quien de decorosa no tiene nada fue la primera en usar esa firma… Su intención era instar a los padres de John a que acusaran formalmente a mi padre por el crimen cometido, o que al menos, lo confrontaran en público y lo expusieran.

—¿Ella te lo dijo?

—No. —Suspiró—. Pero no hay otra explicación. Lady Warrington le confesó a lady Cumberland todo lo que sabía.

—¿Estás suponiendo?

—Uno los cabos sueltos. Aquello con lo que no contaba lady Warrington era que su última acción para que los Cumberland rechazaran a mi padre y, por ende, a mí, como la futura esposa de Marcus, estaba a punto de desplomarse. Alguien tuvo acceso a esa

carta, y de esa forma se enteró de las intenciones de mi padre de casarme. Alguien que estaba cansado de huir y ocultarse.

Frederick enarcó una ceja en esa parte del relato, confundido; tanto que hizo una mueca con la boca.

—¿Alguien del pasado? ¿De la familia de él?

Charlotte notó que no quería, siquiera, nombrarlo.

—Cuando mi padre le disparó a John, este quedó herido de gravedad, sus padres lo llevaron a su casa donde lo atendió uno de los médicos del pueblo…

—¿Murió días después? ¿El médico es quien quiere cobrar por el silencio? ¿O uno de los médicos que te atendieron cuando perdiste a la criatura? ¿Es con quien te encontraste en ese palacio medieval medio en ruinas? —La incertidumbre se reflejaba en su rostro.

Charlotte ya no pudo dilatarlo, tuvo que soltarlo como fuera. Era un golpe que se sentiría devastador, aunque intentara suavizarlo.

—John no murió, está vivo. Es él con quien me reuní.

Frederick quedó impactado con la terrible noticia. Tuvo que ponerse de pie y deambular de un lado a otro mientras su mente trabajaba, sin poder entender qué sucedía, ¿cómo no lo vio venir? ¿Cómo su inmensa e intrincada red de informantes, a los que envió como perros ávidos tras un hueso, no pudieron dar con ese dato tan importante?

De pronto, se detuvo y la miró receloso, recobrándose de la sorpresa de que ese hombre estuviera vivo, pero inundado por una nueva preocupación.

Sus ojos parecían dos dagas afiladas cuando preguntó:

—¿Él te escribe y conduces tu cabriolé sin importar exponer tu vida con tal de encontrarlo?

En su rostro no solo se vislumbraba la incertidumbre en ese momento, también el resquemor… Incluso el miedo a perderla, pero no por las razones que debía temer.

—No sabía que era él; recibí una carta de *La Voz del Decoro* —contestó sin juzgarlo por dudar por un segundo de ella.

Trató de ser comprensiva, no era fácil asimilar que un muerto abandonaba su tumba para venir a cobrar venganza, y menos que la

mujer que amaba se lanzase en su búsqueda, sin siquiera avisar de su paradero.

Le dio tiempo para asimilarlo y también se puso de pie, mirándolo de soslayo para que nada le pasara desapercibido. Mientras él maldecía en voz baja, lanzando improperios hacia John, ella se acercó al tarro de miel y vertió en su tacita de té dos generosas cucharadas y mucha leche tibia. No tardó en beberlo. Su garganta se sintió menos árida.

Frederick negó, pero no quiso ocupar su mente en ese instante en la razón por la que ella bebía la miel a pulso. Estaba concentrado en despreciar los actos bajos del maldito fantasma que no tardó en regresar a la vida.

—¿Ese sinvergüenza era quien nos escribía las cartas a los dos? —preguntó y comenzó a zafarse la corbata con desespero, como si lo estuviera asfixiando.

—Le pareció interesante usar la misma firma que utilizó lady Warrington…

—¿Ellos están juntos en esto?

—No lo sé. No lo creo… A John no parece interesarle unirse con alguien más. Solo le importa su reclamo…

—¿Sabe que estamos juntos? Porque cuando comenzó a escribirme nosotros aún no habíamos dado el paso.

—Lo sabe, aunque no que nos amamos de verdad. Y no olvides que también le escribió a mi padre.

—¿Qué te ha exigido? —Parecía un interrogatorio, Frederick estaba irreconocible. Más cuando rugió en medio de un estallido—: ¡Voy a golpearlo hasta que no quede la sombra de lo que fue! ¡Se arrepentirá tanto de haber venido a Londres!

—Fred… Cálmate… Lo tengo todo controlado —susurró impresionada por la furia que lo dominaba ante el terror de perderla.

La sonrisa de él fue más cínica que nunca.

—Ya lo creo, mi bien. Pero no te dejaré sola en esto. —Su voz se transformó por completo cuando se dirigió a ella.

—Necesito volver a Blair House y hablar con mi padre.

—¿Qué estás diciendo? Ahora entiendo menos. No precisas a tu padre para sacarnos de este embrollo. Algo se me ocurrirá. Dame

unos minutos para pensar cómo anular ese matrimonio—. Meditó unos segundos y cuando estuvo listo, continuó—: Cásate conmigo ahora, Charlotte. Tú me dijiste que tu padre había consultado y había reunido los elementos que invalidaban el matrimonio. Ni siquiera creo que tendrá validez en Inglaterra.

—Pero no lo hizo porque creyó que él había muerto. Sin embargo, mi padre tiene los contactos en Normandía que nos podrían ayudar a agilizar el trámite.

—Solo lo haría con la intención de casarte con Marcus, no para allanarnos el camino…

—¿Qué importan las motivaciones de mi padre? Lo resolveremos después. Ahora lo primordial es conseguir la anulación o no habrá esperanzas para lo nuestro. Él hará público lo ocurrido, me hundiré y te llevaré a pique conmigo. No puedo permitirlo, después de todo lo que has trabajado para hacer grande tu periódico. Si John habla… Si me hundo, voy a soltarte… No me perdonaría jamás que te ahogues conmigo.

Sus lágrimas se derramaron gruesas sobre sus mejillas, y un hipido se le escapó, mientras luchaba por controlar su desasosiego. Al mismo tiempo, también ponía su mente a trabajar arduamente, para encontrar una solución práctica, eficaz e inmediata.

—Oh, Charlotte. —Acortó la distancia que los separaba y la abrazó con toda su fuerza, como si una ventisca brutal estuviera a punto de arrancársela para siempre.

Ella se entregó al cálido refugio de su cuerpo, aunque no supiese cuanto pudiese durar.

—Espero que hayas tomado toda esa miel porque te gusta demasiado y no por lo que sospecho. ¿Tu garganta? ¿Te duele?

Ella asintió y él volvió a maldecir, como si quisiera cobrarle al clima cada malestar que pudiese aquejar a Charlotte.

—La miel ayudó. Me siento un poco mejor.

—Deberías consultar, tomar algún remedio…

—Es lo que acabo de hacer. —Se sentía tan bien saber que, a pesar de las circunstancias, o de que él no aprobara los actos de Charlotte, la amaba y se preocupaba por ella por encima de todo.

Lo aferró por la chaqueta, igual temiendo que las malas noticias pudiesen separarlos.

—Frederick, te amo, si no quiero que resultes afectado es porque te amo.

—Perdóname por ser un idiota. ¿Cómo pude ser blanco de los celos y siquiera imaginar que fuiste a su encuentro sabiendo quién te esperaba al final del camino? Lo siento, mi cielo, no me reconozco. Te expusiste tanto al conducir lejos, no era solo tu reputación… Nadie sabía de ti… Tuve mil pensamientos con respecto a tu padre. Hasta creí que Blair te retenía a la fuerza.

—No te reprocho absolutamente nada, Fred. Solo no dejes de abrazarme, por favor.

Sorbió sus lágrimas y también lo abrazó, después le tomó el rostro entre sus manos y lo salpicó de besos. Cuánto lo quería. No dudaba ni un segundo que deseaba pasar con ese hombre el resto de sus días, pero no podía condenarlo al castigo que la sociedad le impondría a ella en cuanto aquel matrimonio quedara develado.

—No pienses en mí, Charlotte. —Le buscó la mirada con devoción—. Me las arreglaré para seguir, para salir a flote. ¿Acaso no soy el rey del escándalo? Si termino siendo parte de uno, tal vez solo aderece mi historia y mi reputación.

—¿Vas a arriesgarte? No quiero que lo hagas. No necesitas hacerlo para demostrarme que me amas.

—Por ti, siempre, mi amor.

—No…

—Basta, Charlotte. —La calló con un beso.

Ella no pudo seguir protestando, la boca de Frederick desprendía tanta sensualidad que le hacía perder la cordura, la envolvía en una seda suave y se perdía en cada movimiento de su lengua, de sus labios…

Y después, ya no hubo nada más que sus brazos fuertes y sus besos tibios…

39

Frederick estaba sentado en su escritorio, esperando a sus amigos: Hayden y Edward. Había logrado disuadir a Charlotte de correr de regreso a Blair House a negociar con su padre, para salir juntos del embrollo, donde los dos estaban metidos.

La invitó a acompañarlo una vez más a su apartamento de soltero encima de la redacción. Y la había cuidado y amado a la par.

Era arriesgado, incluso atrevido. Pero necesitaban tanto otra noche a solas, que los riesgos valieron la pena.

Adoró cada palmo de su piel, la cubrió de besos.

Hicieron el amor hasta saciarse y ella le juró cuánto lo amaba mientras llegaba a la cúspide.

Él se abandonó a sus caricias hasta vaciarse completo, hasta la última gota de deseo.

Se sentía el amo del universo.

Ahora podía pensar con más claridad.

Le había sugerido a Charlotte tomarse el día para organizarse y planear el siguiente movimiento. Estaban en guerra y la derrota no era una opción.

No era un hombre que diera pasos en falso o que actuara por impulso. Y la amaba tanto que no estaba dispuesto a perderla.

Ella accedió y se fue a la Casa de Correspondencia, a puertas cerradas, para continuar con los preparativos de la apertura, y Frederick dejó a uno de sus informantes más avispados en la

entrada de *The Golden Gazette*, con la mirada avizora puesta sobre el establecimiento.

Si Blair se presentaba para tomar algún tipo de represalias, él estaba justo cruzando la calle.

Con los ojos entrecerrados, su mente se afanaba en encontrar las razones legales para anular el matrimonio, pero necesitaba refuerzos, y por todo lo sagrado, no quería a Blair involucrado —aunque ya hubiese avanzado camino en ese aspecto—.

John estaba vivo y había que lidiar con ese hecho.

Por un lado, las consecuencias del escándalo serían otras, porque Blair ya no era un homicida. Pero la reputación de Charlotte de todos modos iba a terminar arruinada si se destapaba el avispero, con secuelas nefastas.

Los amigos no tardaron en llegar juntos, y los invitó a sentarse frente a él.

Hayden con su frialdad ducal y el rostro huraño y enjuto. Tronó sus dedos enfundados en unos guantes de piel oscura y los estiró. Parecía que supiera que el asunto era de sobrada seriedad. Lo dedujo debido al tiempo de conocerse y la profundidad del vínculo.

Edward, por su parte, frunció los labios y estudió a Frederick con agudeza y calma.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, amigo?

—Bien, pero Charlotte tuvo dolor de garganta anoche por conducir su cabriolé hasta Eltham, ida y vuelta. Cuando te marches, ¿podrías revisarla?

Los amigos se miraron con complicidad por la familiaridad con la que Frederick hablaba de ella. Pero ninguno juzgó u opinó, eran sólidos en su apoyo entre ellos, siempre y cada una de las veces, como una hermandad que nadie podía romper.

—Por supuesto, amigo. ¿Y tú? ¿Todavía te duele? —preguntó el médico observando la ceja inflamada y con una lesión que se recuperaba, y Frederick negó.

Parecía que Hayden quería intervenir y decir algo importante, Frederick asumió que sería alguna pregunta sobre el motivo por el cual los había citado con tanta urgencia.

Edward también miró al duque, como si ambos estuvieran conectados telepáticamente.

Pero Frederick no los dejó hablar.

Era mejor que lanzaran su avalancha de preguntas sobre el caso a debatir cuando supieran con exactitud los hechos. Y ya no pudo esperar, los puso al tanto sobre el matrimonio, y la vuelta a la vida del consorte incómodo, vengativo y malévolo.

—Infiernos —masculló el duque con los ojos muy abiertos y llevando una mano a su cabellera rubia oscura para alborotarla, sin entender cómo la situación se descontroló tanto—. Supongo que por eso lady Charlotte convocó al comité. Y yo creí que era algo de la escuela. Todas las rosas inglesas están ahora en su establecimiento. Yo mismo traje a mi esposa y mi hermana.

Frederick no opinó nada al respecto, pero le agradó saber que Charlotte pudiese refugiarse en sus amigas.

—¿Qué hacemos por ti, Fred? —sostuvo Edward muy serio, pero parecía que algo más le preocupaba, aunque no se atrevía a decirlo.

—Ese sinvergüenza está decidido a vengarse de Blair… ¿Quién lo diría? Que yo estaría planeando cómo evitarlo. Porque si arruina al marqués, se llevará a Charlotte entre las patas: el arma que tiene para destruirlo es develar los secretos del pasado de la mujer que amo.

—Hay que silenciarlo y mandarlo lejos de Londres con un escarmiento, uno que le dé tanto temor que lo obligue a no desear volver a intentar regresar a esparcir su veneno. —Hayden lo decía en serio, y en su mente ya ideaba cómo llevarlo a cabo.

—¿Crees que no lo he pensado? Incluso estoy dispuesto a finalizar lo que Blair no pudo. —La oscuridad de lo que estaba decidido a sacrificar Frederick, tiñó sus iris, cuando sus pupilas se abrieron de golpe. Apretó un puño y después el otro, imaginando cómo quería castigar a John.

—No, me niego a que te ensucies las manos por culpa de ese infeliz, somos más ingeniosos que eso. Solo estás ofuscado. —Se opuso Edward y se echó hacia atrás en su silla—. Si nos citaste aquí es porque sabes que hay una manera menos siniestra que esa. Eres

Frederick Banes, astuto, frío, estratega… No levantaste tu imperio del periódico por quitarte de encima a la competencia a puñetazos.

—Alguno que otro sí —recordó Hayden en voz alta que Frederick era mesurado, pero que si le buscaban los tres pelos al gato podían sacar a relucir su lado más impulsivo.

—Sé que nos citaste para encontrar la anulación de ese matrimonio, y lo veo bastante probable. Digo, no eran mayores de edad. —Alzó las palmas para darle peso a su punto.

—Pero no se salvarán del escándalo si ese malnacido abre la boca —señaló Hayden.

—Ese hombre debe tener un talón de Aquiles. Somos lo suficientemente inteligentes para encontrarlo —apostó Edward—. ¿En qué has pensado?

—Ninguno tenía veintiún años, no hubo testigos, sus padres no dieron la aprobación; pero hubo consumación y una carta que lo prueba. Sin embargo, el matrimonio fue en Francia, solo por la vía religiosa, no legal —explicó Frederick todos los supuestos que había revisado—. Por ende…

—Inglaterra solo reconoce matrimonios en el extranjero si son válidos según la ley local —concluyó Edward y tomó aire para continuar—: En Francia, desde el Código Napoleónico, el matrimonio religioso no tenía validez si no tenía registro oficial y una ceremonia civil previa, lo cual era obligatorio.

El duque y Frederick negaron. ¿Qué no sabía Edward? No solo era inteligente, también era estudioso, ávido lector y sobre todo informado.

—Eso estaba por añadir —alegó Frederick—. Aunque fuera válido por la vía religiosa no lo era legalmente y, por tanto, jamás fue válido en Francia. Y están todos los demás elementos de la edad, los testigos y el permiso de los padres que podrían invalidar también el matrimonio religioso.

—Sin embargo… —Hayden no quería insistir, mas como aristócrata sumido en las reglas que tanto detestaba, resaltó lo que Frederick y Edward sabían, pero querían ignorar—. Aunque en el plano legal no haya matrimonio… Socialmente el escándalo arrasará con la reputación de lady Charlotte y toda su familia. Vendrán

tiempos difíciles, insisto en que investiguemos cuántas personas saben de la existencia de John.

—¿Ahora somos unos bárbaros? ¿Quieres desaparecerlo? —Edward estaba convencido de que quedarían muchos cabos sueltos. En esos años cuántos no sabrían de la existencia de John, empezando por el médico que le salvó la vida, la persona que le avisó que regresara cuando sus padres fallecieron.

—O lo desaparecemos o entretejemos una amenaza de miedo que lo disuada de no regresar jamás. —El duque no se privó de hacer el gesto con el dedo cruzando la garganta.

—Sabes lo que está en juego ahora para Frederick. No debería tomar una decisión sin poner todas las cartas sobre la mesa —sostuvo Edward que siempre era el más sensato de los tres.

Gracias a él habían evitado involucrarse en muchos problemas cuando eran más jóvenes y, con su ingenio, los rescató una y otra vez cuando cometieron una metedura de pata hasta el fondo.

—Si no callamos al tal John, en la nueva realidad de Fred, también le perjudicará… —Hizo hincapié el duque—. Porque si nos ha citado hoy aquí es un hecho que lady Charlotte es la mujer de su vida, como ha expuesto.

—Entonces pensemos cómo salvar a lady Charlotte sin meter a Frederick en un conflicto mayor. Más ahora que estará en la mira de todo Londres.

Frederick observó a Edward y estudió su rostro, después hizo lo mismo con Hayden. Ya no podía ignorar los gestos que intercambiaban, y la sensación de que ellos sabían algo que él todavía desconocía.

—Valentine, Ed, ¿qué es lo que han querido decirme desde que llegaron? —Pocas veces Frederick se refería a su amigo, el duque, por su nombre de pila y el momento lo ameritaba—. Pensé que era sobre el motivo por los que lo cité aquí. ¿Sucede algo conmigo?

—¿Amigo, no has visto las noticias? Es raro porque siempre eres el primero en enterarte de todo.

Frederick observó de inmediato un bulto de papeles donde Stevens le anotaba los acontecimientos más importantes recabados

por los informantes. Aquellos con los que los redactores de las diferentes áreas estarían ocupados en ese momento.

Tomó las hojas sueltas y leyó cada una casi saltándose las líneas que no consideró urgentes… Hasta que algo totalmente inesperado captó su atención.

Hizo un movimiento de cabeza sin entender nada… Pero, después, halló en su mente cierta lógica en ello. Miró a sus amigos.

Hayden se alzaba de hombros.

Edward asentía como quien confirma que a eso se referían.

—Escabroso, ¿no? —masculló Hayden con un gesto repulsivo, y después negó—. De verdad que era imposible que no terminara de esa forma. Lo buscó con ahínco, tarde o temprano alguien se cansaría de su falta de consideración con toda criatura con falda. Tuvo suerte de no cruzarse en el camino de mi hermana. Aunque Bonnie es más astuta que las pobres damas que sucumbieron antes sus supuestos encantos. Tanto así que asegura que no se casará porque no quiere tener que bajar la cabeza ante un hombre. Y no tendrá que hacerlo si encuentra a uno que la trate como su igual.

Hayden había hablado sin parar, más de lo usual en él, mientras Frederick intentaba asimilar y aceptar lo que acababa de leer.

—¿Frederick, estás bien? —insistió Edward con la primera pregunta que hizo al llegar al despacho esa mañana.

Ahora entendía por qué lo había preguntado.

No, no estaba bien.

Y los tres sabían lo que aquella noticia significaba.

—¿Odias la novedad? —inquirió Hayden, a ninguno le pasó desapercibido la reacción inesperada de Frederick, no esperaban que estuviera feliz, menos que llorara, pero se había cerrado por completo.

—¿No hay alguien más que pueda hacerse cargo? —inquirió Edward tratando de buscarle una salida a su disyuntiva—. Alguien de quien no sabías, pero que esté cualificado para…

—No. Estoy seguro de que no. El que había también murió: Cornelius Banes.

—¿Sabes lo que significa? —insistió Hayden, pero Frederick no quiso contestar, así que el duque prosiguió—: Ahora eres el presunto

heredero del duque de Cumberland.

Frederick no dijo nada. Su mente todavía giraba en torno al motivo por el que citó a sus amigos: discutir con ellos sobre las posibilidades de anular el matrimonio de Charlotte. No lo que Edward y Hayden trataban de hacerle comprender.

Un escalofrío lo recorrió entero.

Jamás creyó que tendría la posibilidad de aspirar al condado de su familia.

Había muchos antes que él.

Estaban el hijo del conde actual: Marcus. Después, el padre de Cornelius y este mismo. Seguido Thomas, su propio progenitor.

¿Cuántas personas eran? Cuatro, pensó.

Eran cuatro, pero el odio siempre lo hizo sentir que había legiones de Banes-Ashworth antes que él.

¡Cómo odiaba el apellido, cómo odiaba el título! Se lo debía al desprecio de Wulfric y Marcus.

Todos se fueron en los años anteriores, el último había sido Marcus.

—¿Están seguros de que Marcus murió? —Tuvo que insistir. Era tan inesperado.

Sus amigos asintieron.

Un pretendiente moría y otro se levantaba de entre los muertos.

Qué loco es el mundo, qué imprevisible, pensó.

—Fred, ¿quieres hablar? —interpeló Edward con ese tono de voz que usaba cuando más que médico era doctor de almas.

—¿Tengo que ver con esto? —Se preguntó en voz alta, pero no hablaba con sus amigos, sino consigo mismo—. Cuando escribí ese artículo para señalar a Marcus lo hice porque ya estaba en boca de todos, había arruinado la reputación de tantas señoritas. Sin embargo, con Charlotte en el ojo del huracán, sacar esa nota era una estrategia para salvarla.

Se mostró tan profundamente humano, con sus luces y sus sombras, con sus errores y sus aciertos.

—Marcus es el único responsable del final que encontró —insistió Edward.

—Traté de darle un giro a los acontecimientos. Si insinuaba más que afirmar, tras el escándalo dado por Susette en el baile, que era la joven caída en desgracia…

—Lo que todo Londres ya murmuraba tras la aparición de lady Susette en el baile —atajó Edward, ya sabía por dónde venía su amigo y no le gustaba.

—Podrían pensar que a ella se referían los diarios sobre la joven próxima a quedar arruinada delante de todo Londres y no a Charlotte.

—Tampoco eres culpable de la caída de Susette, Fred —continuó Edward—. Ella se desprestigió sola frente a todo Londres al mostrarse en público y hacer las reclamaciones.

—Es que es más intrincado que eso. De la relación entre Marcus y Susette hubo embarazo, y de esa gestación nació una niña, una pequeña criatura que ahora ha quedado huérfana.

—Frederick, reacciona. Tú no sabías que lady Susette tras verse deshonrada se quitaría la vida —arremetió Hayden sin tocarse el corazón como hacía Edward para no lastimar más a su amigo.

—Aún no puedo creer lo que dicen los informantes… Susette se quitó la vida llena de angustia por el rechazo de Marcus… Y él…

—Ella y su recuerdo manchado por la desgracia está en boca de todo Londres. Pobre muchacha, pero, amigo, tú no tienes vela en ese entierro —enfatizó Edward—. Ella decidió no vivir más y lo hizo en respuesta al rechazo público de Marcus, que tras deshonrarla no le importó dejarla a su suerte embarazada.

Los tres suspiraron al unísono, había piedad en los corazones de esos hombres.

Un duque huraño.

Un periodista sarcástico.

Un médico con un alto sentido del honor.

—Warrington lleno de vergüenza y sobre todo dolor, retó a duelo a Marcus la noche anterior. —Hayden relató lo que escuchó muy temprano esa mañana—. Marcus fanfarroneó, no solo despreciando la memoria de Susette, sino que renegó de sus responsabilidades. Se burló de Warrington, de su intento de hacer justicia. Eso dicen las notas de los informantes. En su infinita

soberbia, seguro creyó tener mejor puntería, y tal vez era así, pero el juicio no le ayudó.

Frederick seguía tan estupefacto que su mente era una nebulosa gobernada por el asombro.

—Yo escuché que llegó ebrio al alba al sitio del duelo, que se tambaleaba —informó Edward lo que oyó de la boca de su hermano —. Supongo que su padre lo habría regañado en cuanto supo hasta donde había llegado su libertinaje.

—No valoró el alcance de su enemigo el idiota —apostilló Hayden y frunció los labios—. Escuché que Warrington lo mató *ipso facto*. Un disparo en la cabeza. Y ahora el conde de Warrington está preso y el conde de Cumberland desconsolado.

—¿Irás a darle el pésame al conde de Cumberland? —preguntó Edward.

—Por supuesto que no, no soy un hipócrita —masculló Frederick —. Pensará que voy tras su título y es lo último que me interesa ahora. Lamento que los Cumberland y los Warrington estén pasando por estos sucesos tan desafortunados, pero no puedo quitar el dedo del renglón. John aún pretende arruinar a la mujer que amo.

Frederick se puso de pie y caminó hacia la ventana, miró por el cristal y constató que todo parecía estar bien en la Casa de Correspondencia.

—Concentrémonos en buscar a John, y averiguar cuál es su talón de Aquiles —propuso Edward—. Debemos entrevistarlo y…

—Yo lo haré y no es necesario que me acompañen. Solo cuiden a Charlotte en mi ausencia. —Frederick no necesitaba que le cubrieran las espaldas para ajustar cuentas. Sus amigos lo sabían.

—Resolvamos el asunto de modo civilizado —sugirió Hayden abriendo mucho los ojos para que sus amigos no lo tacharan de bárbaro—. Debemos entregarle a John algo que desee a cambio de las pruebas que posee y demostrarle que no tiene más armas que el escándalo. ¿Deudas de juego que necesite saldar? ¿Una propiedad para que se refunda en el confín del mundo? Pero, antes de que se marche, le damos un escarmiento de miedo, no sea demasiado listo y después regrese exigiendo más.

Los dos amigos le clavaron las miradas y bufaron, era incorregible.

Edward observó:

—Él no quiere solo dinero… Busca venganza. De lo contrario habría enfrentado a la familia. En cambio, negoció con los diarios.

—Entonces pasemos de una vez a la última parte de mi sugerencia: el escarmiento de miedo. —Consideró Hayden con el ego inflado, como si fuese poseedor de toda la sabiduría relacionada con demostrar el poder.

—Por primera vez en la vida no quiero tener un plan. Mis informantes están tras la pista de John, en cuanto sepan dónde se hospeda iré a buscarlo. Las palabras saldrán cuando lo tenga delante. No quiero arrastrarlos conmigo, pero no permitiré que ese infeliz continúe amenazando la tranquilidad de Charlotte. O lo entiende por las buenas o tendrá que hacerlo por las malas.

—Y por las malas eres terrible, Fred —siseó el duque—. Yo te cubriré las espaldas.

Stevens odió interrumpirlos, pero traía un mensaje urgente de la casa Banes.

Frederick le dijo que hablara delante de sus amigos.

—Tu tía abuela no está bien. Se enteró de lo de lord Ashworth y de cómo está de alterado el conde de Cumberland. Tu madre te pide que vayas cuanto antes a verlas.

—Te acompaño —le dijo Edward y se puso de pie.

Frederick ya estaba buscando su sombrero, su abrigo y su capa.

—Hayden, ¿puedes cuidar de Charlotte hasta que…? —Su mente no cesaba de trabajar. Su tía abuela era después de su madre su familiar más cercano.

—Tranquilo, amigo, Ettie y yo la llevaremos a nuestra casa —asumió Hayden con dignidad la misión encomendada—. Ni el tal John ni Blair podrán acercársele.

—Ella no es fácil, te dirá que puede cuidarse sola… —le advirtió Fred.

—Me las arreglaré para convencerla.

40



A Frederick casi se le queda atorado el aire en los pulmones, cuando su madre lo puso al corriente de lo acontecido. Lady Agnes había hecho un gran aspaviento y sin tomar en cuenta las advertencias de la señora Banes, se había escabullido sin avisar, en el carruaje familiar, rumbo a Cumberland Place.

Por un lado, su tía abuela, quien tenía cierta edad y no estaba para sobresaltos.

Por otro, ese sitio donde por nada de la vida habría querido llegar.

Edward le palmeó el hombro para darle a entender que podía con eso y más, y que estaría a su lado.

—Supongo que tarde o temprano, lord Cumberland y yo tendríamos que vernos las caras. Cómo quisiera evitarlo. Es como si la tía abuela Agnes supiera que es el último lugar en el que desearía estar hoy y me instara, a su forma, a ir a buscarla.

—Nadie desea una muerte, menos de un miembro joven de la familia. Sea como sea y pese a la distancia, tu tía abuela los vio nacer a ambos, a lord Cumberland y el difunto Marcus. Es natural que desee ir a presentarle sus respetos. Te acompaño.

—Será un incordio, Edward. Este día no parece que tenga intenciones de enderezarse.

Edward se alzó de hombros.

—¿Quién era dueño del destino? Más que uno mismo tejiendo los hilos del presente para mirar de cara a lo que vendrá.

—Así es, hermano. De todos modos, no es mi intención suceder a ese cretino, que, aunque haya perdido a un hijo jamás se comportó con entereza conmigo o con mi padre, solo por la diferencia del lugar del nacimiento dentro de la familia. No diré una palabra por respeto a su dolor, pero nunca olvidaré que él y yo jamás tendremos punto de convergencia. Solo iré por mi tía.

—¿Renunciarás a tu deber como presunto heredero?

—Por supuesto… No hay dudas. En cuanto pase el duelo, me encargaré de comunicárselo al conde. La Corona podrá disponer del título como lo entienda, según sus estatutos, después de Wulfric. No me considero su familia.

—Pero lo son, al menos de sangre. ¿Sabes que no puedes renunciar al título? Cuando ese hombre abandone este mundo, si no aparece un Banes-Ashworth con más derechos que tú, quedará en tus manos por más que protestes.

—Habrá mucho tiempo para encontrar alguna solución.

Cuando por fin estuvieron frente a la puerta de la residencia, Hamilton, el mayordomo se quedó mirándolo…

Por un minuto estuvo a punto de echarlo, sabía que lord Cumberland no se relacionaba con aquel miembro de la familia. Sin embargo, su lealtad era con el título más allá de un hombre. Y sabía que, aunque su señoría se opusiera la realidad de la línea sucesoria era irrevocable.

Así que lo dejó pasar con estas palabras.

—Señor Banes, qué bueno que está usted aquí. Lord Cumberland ha caído en una crisis por la muerte de su hijo, y lady Agnes se encuentra en la casa.

—Lo sé, por eso he venido. —Le sorprendió lo rápido que cambiaba el trato del mayordomo cuando la cercanía al título se acortaba.

Después dejó el rencor a un lado y tuvo un pensamiento para su querida tía abuela. Su corazón alimentado con berros era

gigantesco.

Cuánto la admiraba.

Sin importarle que lord Cumberland había sido cruel con ella, y que le abrió las puertas de la finca familiar para que se fuera cuando tomó partido por Frederick y su padre, acudió a darle el pésame y a consolarlo en una situación tan difícil de asimilar.

—Gracias al Creador que usted llegó, señor Banes —repitió Hamilton y después añadió con afecto a lady Agnes, a quien conocía de años atrás y de quien lamentó dejar de saber—. Su tía abuela me preocupa. A pesar de que llegó muy angustiada, quiso consolar a lord Cumberland, pero este no entiende de perdón o compasión, le ha reclamado por irse, por venir en estos momentos, por tener favoritos entre Marcus y usted. Temo que lady Agnes vaya a sufrir un colapso. La veo muy alterada tras los insultos del conde. Será mejor que se la lleve o lamentaremos otra desgracia.

El mayordomo ni por lealtad a su señor trató de justificarlo, poniendo como excusa el dolor de su pérdida. Lo que hacía con lady Agnes no tenía justificación, más tomando en cuenta sus años.

Frederick dejó en sus manos su capa, su abrigo y su sombrero, sentía que la ira lo quemaba desde adentro.

Tal vez era el día menos afortunado para presentarse, pero no iba a permitir que ese insensato causara un daño irreparable en la salud de su tía abuela.

Caminó con paso firme hacia la estancia donde pretendía guiarlo el mayordomo.

Edward avanzó también y el mayordomo quiso disuadirlo.

—Soy médico —informó y lo dejó pasar.

Cuando estuvieron con ellos, el conde tardó unos minutos en darse cuenta de que los observaban, tan sumido en la ofuscación estaba.

—i¿Qué haces, aquí, tía Agnes? ¿Vienes como ave rapaz a burlarte de mi desgracia?! —gritó lord Cumberland—. Me he quedado sin heredero, sin sucesor… A mi edad, mi esposa ya no puede darme un hijo… El título quedará desierto. Pasaré a la historia como el último conde de Cumberland, el que no pudo dejar asegurada la herencia.

—Lamento tu pérdida, sobrino, y haré de oídos sordos a tus insultos si de una vez reaccionas. Wulfric, estoy aquí para brindarte mi apoyo. Olvida las rencillas familiares. Bastante estás sufriendo ya para continuar insistiendo.

—¿Has venido como buitre de carroña? No lo pensé de usted, tía Agnes.

—i¿Me has llamado buitre, sobrino?! —chilló sobresaltada, a lo que le siguió un hipido.

Jamás la habían tratado de semejante manera. Toda la compasión en su corazón por aquel comenzó a extinguirse. No podía dar crédito a lo que oía.

—Buitre, la he llamado buitre, lo que es. ¿Qué parte de que seré el último conde de Cumberland no entiende? Mi padre y mi abuelo deben estar revolcándose en la tumba.

—No, ellos eran mejores que tú. Las divisiones familiares se agravaron desde que tomaste el título.

—Disfrute el golpe del destino: mi título quedará desierto en cuanto yo deje este mundo. No hay nada que me humille más que pasar a la historia como el causante de esta catástrofe. ¿Ha venido para restregarme en la cara que fui un pésimo padre? ¿O peor, que fui una terrible influencia para Cornelius y Marcus, y que por mi culpa ellos ya no están con nosotros?

Lady Agnes estaba convencida de ello, pero no quiso echar más sal a la herida. Además, comenzaba a faltarle el aire, se sentía mareada. Ni siquiera fue consciente del todo de la verdad irrefutable que salió de sus labios.

—El título no quedará desierto. Tienes un heredero aún. Ahora sigue Frederick en la línea de sucesión.

El conde la miró sorprendido. Aquellas palabras lo destrozaron. Era un hecho que no había valorado en medio de su dolor.

El hombre lloró como no lo hizo en años, mientras lamentaba la pérdida de Marcus, más por perder al sucesor que al hijo.

—No —negó como si tuviese poder en los estamentos de sucesión de la creación del título—. ¡No! ¡No soporto pensar que el hijo del primo que desprecié toda mi vida vaya a quedarse con el patrimonio que hice crecer! ¡Es una broma cruel del destino!

El conde rio como alguien que estaba a punto de perder la razón, y entonces descubrió a Frederick escoltado por el doctor Raleigh.

—¿Ha enloquecido, lord Cumberland? —preguntó Frederick con la mirada afilada. No había compasión para un hombre que maltrataba a su tía abuela.

—Eso quisieras, infeliz advenedizo, para encerrarme en Bedlam y quedarte con mi título. —Y de la risa pasó a la furia más encarnada —. ¡¿Por eso trajiste a tu amigo el doctor?! ¿Piensas que el pobre tío perderá la razón tras el deceso de su primogénito?

—No, el médico está aquí por la tía abuela Agnes. Pero sí estoy por pensar que usted ha perdido el juicio por acorralar a una dulce dama indefensa. —Omitió «anciana», sabía que lady Agnes no le gustaba que le llamaran así.

Lady Cumberland, que no había hecho acto de presencia mientras su marido vapuleaba a la anciana mujer, al oír el intercambio de voces masculinas apareció anegada en lágrimas llorando a su hijo.

—¡¿Has venido a gritarme en la cara que te quedarás con todo lo que es mío?! ¡¿Lo publicarás en tu diario de quinta?! —vociferó lord Cumberland con la ira reverberando dentro de sus venas.

Su esposa lloró de modo más desolador, causando un ruido inquietante.

Pero nada detuvo a Frederick.

—¡Para su información no quiero el condado! Jamás lo he ambicionado. Renegaré del título, aunque lo tengan que declarar desierto.

—Oh, Frederick, no —intervino lady Agnes con la respiración agitada—. Tendrás que recibirlo, aunque después ignores tus obligaciones. E, incluso así, no te lo permitiré. Apelo a la memoria de los grandes condes de Cumberland como tu bisabuelo, mi padre. Los estupendos hombres que nos representaron, nada tienen que ver con este hombrecillo rencoroso y lleno de resentimiento, que no puede siquiera llorar a su hijo con dignidad. Pareciera que lo que más lo ofusca es tener que dejar el título en tus manos. Los

anteriores condes no fueron como él, al contrario, resguardaron y protegieron a sus descendientes. Doy fe de ello.

—¡Este inservible mequetrefe no conoce el protocolo, la etiqueta! —bramó Cumberland.

—Basta ya, esposo —suplicó lady Cumberland al ver que el rostro y el cuello de su marido estaban muy rojos. Trató de sacarlo de la sala por el brazo.

Frederick lo miró con fiereza y cinismo a la vez, negó y solo masculló:

—Idiota, te crees el ombligo del mundo.

—¡Deshonrará el título porque no sabe comportarse a la altura de la nobleza! —continuó el conde alzando un dedo para batirlo como una espada frente a la cara de su tía.

—En eso te equivocas, sobrino. —Volvió a la carga la tía abuela con la respiración agitada y señalando a lord Cumberland.

Frederick no podía más de preocupación porque la experiencia estaba siendo muy inquietante para alguien tan mayor. La tomó del brazo y trató de sacarla de allí, pero la dama estaba fuerte y se negó a marcharse hasta que hablara.

—Tía Agnes, es hora de irnos —insistió Frederick con un tono de voz conciliador, pero solo con ella.

—No hasta que diga lo que me está quemando —chilló la mujer —. Uno nunca sabe las vueltas que da la vida, Wulfric. Frederick creció junto a mi regazo y fuera conde o no, a futuro, lo preparé para que se comportara como uno de ser necesario. Estoy segura de que hará un mejor papel que el que tu pobre hijo, ya no podrá hacer, aunque me duela decirlo. No quería añadir sal a la herida, pero tú no has tenido contemplaciones ni con mi salud ni con mis años, cuando lo único que perseguí al venir era darte un poco de consuelo. Pero no tienes corazón. Es una pena que hayas llenado la cabeza de Marcus de tanta soberbia, creyó que el mundo era su jardín, y que nunca tendría que pagar las cuentas de su falta de honorabilidad.

—¡Él no se quedará con mi título! ¡Primero lo estrangulo con mis propias manos! —gritó con la ira tiñendo todavía más de rojo su

rostro y corriendo hacia Frederick como una fiera—. ¡No se quedará con lo que le pertenece a Marcus!

Y a medio camino, antes de que Frederick esquivara su ataque, el conde de Cumberland se llevó las manos en forma de garras al corazón y cayó sobre la alfombra persa de manera estrepitosa.

—¡Un doctor! —gritó lady Cumberland con la desesperación reflejada en el rostro, en un desenlace que jamás vio venir.

—¡Doctor Raleigh, salve a mi sobrino, se lo ruego! —gritó lady Agnes muy afectada con la voz débil por el paso de los años, sin importarle los insultos recibidos. Apelaba a la vida, aunque él fuera un ser despreciable.

La condesa corrió a socorrer a su esposo, pero él todavía presa del odio, ni siquiera la miró.

El conde le lanzó una mirada desesperada a Frederick y sin poder evitarlo exhaló su último aliento.

Lady Cumberland sollozando, gritando, le golpeó el pecho. Hasta que Edward se acercó al hombre en el suelo y la apartó para revisar los signos vitales. Entonces, se dio cuenta de que lo peor para aquel ya había pasado.

—Ya no vive, no podré reanimarlo. Su corazón no pudo aguantar el sobresalto. Su ira condenó sus últimos segundos entre los vivos. —Edward se giró a la tía abuela que estaba muy impresionada—. Lady Agnes venga conmigo, no es una sugerencia médica, es una orden. La llevaré a otra sala, por suerte siempre traigo mi maletín. Usted debe tomar un remedio cuando antes y descansar.

—Edward, espérenme en el carruaje —le indicó Frederick—. Dejemos a lady Cumberland soportar su dolor con privacidad. Ya no somos requeridos.

Lady Cumberland se quedó observando a Frederick, y este sintió el peso de su mirada encima.

Ella parecía entender, en medio de su desolación, que Frederick, a quien habían humillado en cada oportunidad posible desde que solo era un niño, recibiría todo.

Comprendió lo que significaría para ella a futuro.

Ese hombre tenía su destino en sus manos.

Sin siquiera procesar todo lo que estaba viviendo, la bruja cayó de rodillas y comenzó a implorar:

—Tenga clemencia de mí, lord Cumberland… Tenga clemencia. —Mientras lloraba por la muerte de su esposo.

Frederick lo entendió unos minutos después que ella.

Ya no era el sucesor, ahora era el nuevo conde de Cumberland.

Nadie podría dudarlo cuando se hicieran las investigaciones correspondientes.

Acababa de heredar el título de una manera sorprendente, cuando situaciones imprevistas arrasaron con los dos que quedaban en la línea de sucesión.

El periodista primero, después conde, se fue sin dar respuesta alguna…

Se subió en el carruaje con la mente embotada, no quería pensar, no podía pensar…

Solo se sentó al lado de lady Agnes y le sostuvo la mano, mientras la dama sollozaba en silencio.

Al llegar a la casa Banes, no se apeó cuando lo hicieron Edward y lady Agnes, solo le hizo una pregunta a su amigo.

—¿Estará bien?

—Sí —asintió Edward—. Es tan fuerte como un roble. Aún aguantará duros inviernos y cruentas batallas.

—Por favor, cuídala. También a mi madre. Y no olvides pasar a revisar a Charlotte, estará con Hayden… Yo… No quiero dejar tanto en tus manos.

—Eres un hermano para mí, Fred, cuenta con ello. Pero me preocupas tú. ¿Qué vas a hacer?

—Dile a Charlotte que la amo, que la veré pronto.

Y sin más, golpeó el techo del carruaje para indicarle al cochero que se pusiera en marcha.

Inició el recorrido sin saber cuál sería el destino y terminó en la estación del ferrocarril.

Tras un largo y extenuante viaje, llegó al final del trayecto.

Cumberland Castle, la finca del emblema familiar.

Se preguntó si esa vez, los sirvientes también les negarían el acceso a ciertas áreas de la propiedad…

Pero, parecía que las noticias tenían alas veloces.

Las puertas se abrieron ante su presencia, y lo llamaron lord. Caminó hasta la galería con el ama de llaves y dos lacayos escoltándolo, dispuestos a satisfacer sus demandas.

Él solo quería observar los cuadros que de niño le negaron, conocer la historia de aquellos hombres que compartían su linaje.

Alguien le habló por el título, una vez más, y entonces aceptó una realidad de la que no podría, ni quería escapar. Tenía la oportunidad de hacerlo mejor y eso marcaría la diferencia.

Ahora todos sabían que él era el nuevo conde de Cumberland.

41



Charlotte pasó el día en la Casa de Correspondencia, poniendo sus problemas a un lado para revisar con Martha los pendientes en miras a la inauguración. Ya tenían los insumos, los muebles y el personal, y había redactado la lista de invitados.

Pero cuando sus amigas llegaron, todo se revolucionó, no solo se encerraron en su oficina para escuchar y mostrarle su apoyo sincero. Sino que cuando asimilaron a lo que se enfrentaban, se quitaron los guantes y colaboraron con los preparativos para ayudarle a recuperar el tiempo perdido.

Justificaron la ausencia de Valery con asuntos familiares que no pudo eludir.

Pero Florence llegó armada con bolsitas de tul, con lavanda seca en su interior, para dotar el establecimiento de un aroma inolvidable y reconfortante.

Y Bonnie se coordinó con Martha y las redactoras para escribir a mano las invitaciones. Nadie importante podía faltar.

Ettie la abrazó para calmarla y asegurarle que en cuanto resolvieran el asunto de John, y Frederick enfrentara a Blair para pedir su mano en matrimonio, el marqués tendría que hablar y decir de una vez dónde escondía a Marianne.

Incluso, el duque de Hayden había llegado con ellas, y dejó su chaqueta en un perchero, quedó en mangas de camisa y chaleco, y

trabajó como otro más.

Las rosas inglesas del comité conformado por su esposa siempre tendrían su protección.

Aquello debió advertirle a Charlotte que algo no iba bien y, claro, tampoco se le ocurrió leer los diarios.

Y aunque lo hubiese hecho, las noticias no iban a salir hasta un día después, porque el duelo entre Marcus y lord Warrington había sucedido al amanecer, cuando los periódicos de todo Londres ya estaban impresos y comenzando a circular para ser distribuidos.

Cuando el duque insistió para que, tras terminar en la Casa de Correspondencia, se fuera con ellos a Hayden House tuvo algunas dudas. Estas se convirtieron en preocupaciones cuando no vio a Frederick aparecer en el umbral de su puerta, para llevarla a la casa Banes.

Entonces, estuvo segura de que sabían algo que ella desconocía.

Sus amigas también la instaron para que acompañara a los duques.

Y no opuso resistencia…

Menos cuando a pocos minutos de llegar a Hayden House apareció el doctor Raleigh con la misión de revisarle la garganta…

—Frederick está preocupado por su salud, milady.

Y entonces, entre Hayden y Raleigh la pusieron al tanto de las noticias: la pérdida de Susette, el duelo, el fallecimiento de Marcus, el deceso del padre del anterior…

Se tomó unos minutos para asimilarlo.

La muerte era difícil de escuchar aun cuando las personas que se fueron no eran sus amigos, o ni siquiera simpatizaban.

—Pobre Susette —dijo, sin importarle que no se hubieran llevado bien en el pasado, cuando esta última intentó pescar a su hermano Zachary, y después, desesperada ante la idea de quedarse solterona, se arrojó a los brazos de Marcus.

—Sí, es lamentable —correspondió Bonnie que estaba a su lado —. Por eso Valery no pudo ir a la Casa de Correspondencia. Era su primo por parte de madre y aunque no se llevaban bien, la familia completa está devastada.

—Es entendible. Pero, ¿dónde está Frederick? —indagó esperando que le dijeran la verdad de una vez.

Edward frunció los labios y después se alzó de hombros.

—Cuando el cochero volvió tras dejarlo en la estación ferroviaria, Frederick le informó que iba a viajar a Cumberland Castle, a la finca familiar.

Ante eso no pudo contestar nada, para todos era un enigma.

El silencio se extendió unos minutos, después el doctor insistió en revisarla y ella dejó que constatara que se sentía mejor.

A la mañana siguiente, desde que abrió los ojos, vio a Ettie a su lado en un sillón, lista para darle los buenos días. Con ella al mando, Hayden House funcionaba como una gran fábrica donde cada criado conocía al dedillo cuál era su deber.

Su doncella, que había sido mandada a traer en el carruaje del duque, apareció a tiempo con un par de vestidos para ayudarla a cambiarse.

Cuando estuvo lista bajó a desayunar con Ettie y al terminar, el carruaje ya las esperaba para llevarlas a la Casa de Correspondencia.

Para su sorpresa, sus amigas ya estaban allí, con excepción de Valery que continuaba sumida en actividades luctuosas familiares.

Trabajaron junto a Martha y los demás empleados sin descanso, con la satisfacción de que podría inaugurar antes de San Valentín si su madre y Frederick aparecían…

No lo haría si ninguno estaba de vuelta.

El duque también estuvo presente, y no se dedicó a observar desde su frialdad ducal, sino que decidió ser útil, sorprendiendo a Charlotte.

Ettie era muy afortunada.

El grandullón de Cailean MacAlister también apareció de la mano de Florence. Juntos hicieron un equipo perfecto decorando las estancias con pequeños floreros de cristal repletos de ramitas de lavanda, que llenaron de vida el lugar. Era increíble ver cómo Florence había domado a su escocés, eran un matrimonio tan bien llevado.

Suspiró al recordar a Frederick.

¿Qué estaría haciendo? ¿Necesitaría de su ayuda?

Precisaba ver a Frederick, encontrar a su madre, librarse del asedio de John, que continuaba latente. Ya no podía seguir esperando.

Y sus nuevos guardianes, Cailean y Hayden, estaban ahí para impedir que ninguno de sus enemigos la importunara.

Sin embargo, se sentía estancada.

Un consejo de su madre sería tan necesario.

No bastaba que su padre asegurara que la marquesa estaba bien. Ya no sabía si creerle. Y, por otro lado, sentía que su padre debía ser puesto sobre aviso.

Solo así entendería que divididos no llegarían a ningún lado, debían unirse para enfrentar a John.

Cuando la extenuante jornada acabó y se despidió de sus amigas, la aguardaba la habitación que le entregaron los duques.

Se dio un largo baño y trató de dormir, pero ya no estaba dispuesta a esperar.

A la mañana siguiente, se despertó justo al alba. Ya le había avisado a su doncella que a esa hora la quería en sus aposentos en silencio total.

Sin imaginar lo que Charlotte tramaba, la mujer acudió a la hora indicada y comenzó a ayudarla a vestirse.

Le pidió que se apurara porque la prisa la consumía. La doncella fue tan eficaz que Charlotte estuvo en el comedor antes que los duques.

Ellos no tardarían en aparecer, ese lapso hizo que la decisión que tomó la noche anterior fuera factible.

Las casas no quedaban lejos una de la otra y estaba su doncella ahí para acompañarla. No tardó en comunicarle su plan.

—Milady, ¿no es mejor solicitar un carruaje?

—Si no partimos ahora, el duque aparecerá y pensará que lo que estoy a punto de hacer es una locura.

—Es que lo es.

—Frederick no está en Londres y, tal vez, ahora tiene problemas importantes de los que ocuparse. Entiende que no puedo llegar con

él del brazo, mi padre es de armas tomar. —Y lo decía muy en serio —. Vamos.

Cuando Charlotte llegó a Blair House los sirvientes acababan de reanudar su jornada. El mayordomo, muy sorprendido, le hizo saber que su padre aún dormía.

—Lo esperaré en el comedor.

—Como desee, milady.

—¿Aún no tiene noticias de mi madre? —preguntó sin renunciar a la fe.

—Su doncella también desapareció y buena parte de su ropa.

—¿Cómo?

—Hace bastantes días. Milady, su padre está irascible. Intenté mandarle el mensaje hasta Hayden House, con uno de nuestros lacayos. Sin embargo, lord Blair descubrió al muchacho y le propinó diez bastonazos sobre la espalda. El marqués jamás había golpeado al servicio.

Charlotte negó llena de ira. Sin su madre o ella para detener a Blair había terminado asediando a los sirvientes.

—¿Y a usted? ¿Lo reprendió a usted?

El hombre negó, como si no quisiera aumentar su carga de preocupaciones. Pero al final terminó hablando.

—Me aseguró que la siguiente vez que lo traicione por defenderla a usted o a su madre, me despedirá sin carta de recomendación.

—¿Y, sin embargo, no has dudado en decirme lo que sabes y lo que él hizo con ese valiente muchacho? No volveré a irme. Blair no puede continuar creyendo que puede actuar con impunidad.

—No se quede, milady, se lo ruego. Aproveche que el marqués aún no baja. Tome un caballo, huya, por el amor de Dios. Su padre ha perdido el juicio. Solo lo guía la furia. No soportaría que a usted también le ocurra algo. Cuando supo de la muerte del hijo del conde de Cumberland, pensé que le daría un colapso. Bebió, cosa que no suele hacer. Y gritó como poseído. Descargó su ira en cada criatura viviente en esta casa.

—No huiré más… —ratificó con una firmeza que no fue bien recibida por quien acababa de unírseles.

El marqués de Blair, cuan largo y fuerte era, pese a su mediana edad gruñó al escucharla. Con paso seguro se acercó a su silla, y con un gesto le ordenó a su hija ocupar un lugar en la mesa.

Charlotte decidió quedarse de pie. Y su padre, dándole poca importancia a su rebeldía, se situó en la cabecera.

Los lacayos aparecieron como por arte de magia y comenzaron a servir. Ella se sentó con recelo, sin quitarle la vista de encima a su padre.

Después de dar un largo sorbo a su té, Blair habló:

—Qué sensación tan extraña me embarga cada vez que me desafías. Primero, la irritación tras la necesidad de doblegarte para que aprendas a obedecer. Después, el orgullo, eres digna hija mía. Aunque no lo creas te admiro, Charlotte.

—Y a pesar de ello, no quitas tu bota de encima de mi cabeza, en tu desmedido afán de querer aplastarme.

—No, te equivocas. Solo quiero domarte. Eres valiente y resuelta, pero tu juventud no te hará tomar buenas decisiones.

Una seña del marqués previno al mayordomo para que abandonara el comedor junto con los demás lacayos. Los que dejaron los alimentos que tenían en las manos sobre la mesa.

—Según tú —lo desafió—. No creo que seas un ejemplo. Tomaste pésimas decisiones la mayor parte de tu vida. Es una suerte que Zachary y yo crecimos con valores, inculcados por nuestra madre. De quedar solo en tus manos muy probablemente habríamos torcido nuestro camino y hoy no fuésemos personas de bien.

—Zachary no es un santo, pero no tiene tantos pecados como tú. Tal vez, él salió a Marianne y tú te pareces más a mí.

—¡No!

No permitiría que volviese a manipularla. Nunca más. Ellos no se parecían en nada.

—¿Estás segura? Si te hubieses portado bien esos periódicos no amenazarían con arruinarnos y yo no sería un asesino. —Sus pupilas brillaron con el desprecio que lo recorría entero por el hombre que según él condenó.

Ella alargó el silencio lo suficiente, respiró hondo, y dejó a un lado su batalla personal con su padre. Otras razones la habían traído de vuelta a su hogar, y debía aunar fuerzas para conseguirlo. No se iría de Blair House sin saber dónde estaba su madre.

Él, aguardando a que ella se dignara a decir algo más, dio un sorbo a su taza de té.

—John está vivo —soltó a rajatabla, sin irse por las ramas.

Blair casi se atraganta con la bebida, tuvo que escupirla sin una gota de elegancia. La miró con la certeza de que, hasta ese instante, había creído que nada tendría la capacidad de sorprenderlo. En el acto reconoció lo contrario.

—¿A qué juegas, hija?

—No juego con las personas y sus emociones, Blair. Eso lo haces tú. John jamás murió. El médico dijo lo contrario para que pudiese huir lejos.

El marqués tensó la mandíbula al escucharla llamarlo otra vez «Blair» solo para castigarlo. Pero no se detuvo para amonestarla, de todos modos, ella haría lo que quisiera, era indomable. Y en ese punto, la gravedad del asunto era más urgente.

—¿Se fue con el dinero que le di a sus padres? Oh, Zachary. Le mandaba dinero todos los meses a ese par de viejos. Le dije que no lo hiciera.

—Mi hermano tiene conciencia. Quería apoyar a dos personas de cierta edad a los que les arrebataste al hijo.

—John Arlington era un sinvergüenza.

—Lo era. Pero no se equiparaba con quitarle la vida. Pudiste anular el matrimonio… Ahorrarnos problemas a futuro…

—Esos viejos… Seguro le daban el dinero a John —continuó como si no la hubiese escuchado—. Entonces, el malnacido se salió con la suya. Vivió de nuestro dinero todo este tiempo.

Charlotte aguantó con fuerzas, ya no importaba si su padre la lastimaba con sus palabras al recordar en voz alta que ese hombre solo la había querido por interés económico.

—John es *La Voz del Decoro*… Ha venido a vengarse.

—¡Maldito infeliz! ¡¿Venganza?! —Sus roncas carcajadas llenaron la estancia—. Si solo buscara venganza, tu nombre y el mío

ya estarían publicados en todos los diarios. No le ha entregado las pruebas a la prensa, ni lo hará si satisfacemos sus demandas. Quiere dinero.

—Cuando sus padres murieron, Zachary dejó de mandar…

—No te digo, quiere una cantidad importante —bramó—. Tal como hace años atrás.

—Pero no es lo único que exige. Quiere mi mano… No le importa si se restituye nuestro matrimonio…

—Ese matrimonio completamente irregular no sería reconocido como oficial por nadie.

—En su defecto quiere casarse conmigo… Y recuperar lo que en el pasado le negaste.

—Es un estúpido —agregó riéndose de forma estruendosa. Sin parar de lanzar sus sonoras carcajadas, que a Charlotte le provocaban rechazo, sacó el arma que escondía en su espalda y la puso sobre la mesa, al lado de su plato con los alimentos intactos. Y después repitió como si fuese una sentencia—. Es un estúpido.

Charlotte despegó los labios para replicar, y un sonido detrás de ella la hizo volverse.

Frederick entraba en tromba con el mayordomo y tres lacayos detrás, que parecía que no podían o no querían detenerlo.

—Lo siento, milord. —Al mayordomo no le importó si aquella última falta lo condenaba a perder su trabajo. Solo representaba el papel de contrariado. En el fondo agradecía a Dios por hacer que aquel caballero interrumpiera el desayuno. Seguía temiendo por Charlotte en manos de su despiadado padre.

Charlotte se puso de pie y corrió hasta Frederick, que la recibió con los brazos abiertos.

Sin importarles la presencia del huraño padre de ella, se fundieron en un conmovedor abrazo.

—¿Cómo estás, Fred? ¿Cuándo regresaste? ¿Cuánto me has preocupado?

—Bienvenido, lord Cumberland —dijo Blair con parsimonia, e hizo señas a los lacayos para que le pusieran un servicio.

Pero Frederick no se sentó

—¿Te casarás con mi hija? —inquirió el marqués en dirección al recién llegado, sin siquiera aderezar antes la pregunta.

—No estás en posición de exigir —espetó Charlotte exasperada.

—Sus circunstancias han cambiado. Si me lo pide, estoy dispuesto a darle la mano de mi hija —indicó Blair sin que su tono perdiese su soberbia habitual.

—Vaya. —Frederick negó con el cansancio de un largo viaje reflejado en el rostro—. Tras varias humillaciones recibidas de su parte, ocurre lo indecible. Mi estatus ya no le parece tan despreciable.

—Tampoco es lo que quería… Pero yo gano —Se alzó de hombros—. Charlotte gana y usted también. Los rumores sobre los dos están a punto de desatarse y cobrar fuerza. Más, después de sus muestras tan públicas de admiración hacia mi hija.

—No puedo dar crédito a lo que escucho. Si vine hasta aquí ha sido solo por dos razones. Recuperar a Charlotte y exigirle de una vez que libere a lady Blair.

Charlotte miró de pronto hacia el arma que continuaba sobre la mesa, y esperó que Frederick también se diera cuenta.

Su padre estaba dando el brazo a torcer solo porque su alfil había caído en batalla, y necesitaba un conde de Cumberland de repuesto. Pero si la discusión entre los caballeros se salía de control, quizás su padre —con problemas para contener su furia— no dudaría en usarla en contra de Frederick. Debía evitarlo a toda costa.

—Blair, John está vivo. No es momento de pensar en casarme con alguien más. Debemos solucionar ese problema que está a punto de arrasarnos —recordó Charlotte para hacerlo entrar en razón, pero su salida no fue aceptada por Blair que palideció por completo—. Ya te expliqué que está detrás de las cartas que recibimos Frederick, tú y yo. Concentrémonos en hacer algo al respecto.

—¿Qué tanto le has contado a tu futuro esposo? —masculló sin poder entender que su hija revelara datos tan delicados. ¡Cómo pudo ocurrírsele! Negó ofuscado—. Era nuestro secreto.

—Blair, pon los pies en la tierra, no seas iluso. Frederick me ha pedido matrimonio y sí, por supuesto, le he contado todo.

—¿Y te ha aceptado aún mancillada? —preguntó el marqués sin poder creerlo.

—Quizás soy yo ahora quien no está a su altura.

—Eso nunca, Charlotte, sabes que te amo —reafirmó Frederick delante de Blair, todavía sin poder entender al marqués. Hasta ayer lo despreciaba y ahora estaba dispuesto a aceptarlo como yerno solo porque tenía un título.

—¿Ves, cariño? Te ama. —Blair respiró aliviado—. ¿Cómo caballero alguno podría no enamorarse de ti? Eres hermosa y, además, podrías dirigir un imperio. Después de todo, serás condesa, condesa de Cumberland, uno de los títulos más antiguos y respetados. Un hijo marqués, como su padre, y una hija condesa. ¿Qué más puedo pedir?

Frederick negó repugnado de los escasos y equivocados valores de aquel hombre. ¿Cómo era posible que hubiese podido engendrar a dos hijos como los suyos?

—¡Imbécil arrogante, ¿acaso no entiende cuáles son las implicaciones de que John esté vivo?! —El nuevo conde no se aguantó más.

Charlotte sintió que aquel grito la ponía a la defensiva, pero para proteger a Frederick. Le hizo un gesto a su amado para que advirtiese la pistola —que seguramente estaba cargada— si es que no la había visto ya.

—¡No hay implicaciones! ¡Ese matrimonio nunca existió! —despotricó Blair, todavía sin poder creer que Charlotte le hubiese confesado su secreto.

—Fred, no voy a discutir con mi padre, voy a buscar a mi madre.

Solo le importaba encontrar a Marianne y sacar a su amado de allí.

—Te acompaño —ofreció Frederick, negando ante las necedades de ese hombre que no podía despreciar más.

—¿Me pregunto a dónde irán, si no tienen idea de donde encontrarla? —El cinismo de Blair hizo que Frederick se detuviera en

seco.

Ella no podía permitir un enfrentamiento, el hombre que amaba estaba desarmado.

—Blair, juraste que entregarías a mamá si yo me casaba con el futuro conde de Cumberland. Hoy estoy dispuesta a desposar a lord Cumberland si él me acepta. Por favor, ¡dime de una maldita vez dónde tienes a mi madre!

—Eres brava. Siempre me sorprendes. Es indudable que mi sangre corre por tus venas —pronunció Blair con una calma perturbadora.

Pero el brío en ella se congeló cuanto su padre tomó el arma después de ponerse de pie. Charlotte apretó a Frederick por el brazo y estuvo dispuesta, incluso, a interceptar la bala por él, como su escudo.

En esos segundos que parecieron eternos para Charlotte, el sonido de los cascos de varios caballos y de las pesadas ruedas de un carruaje sobre la entrada los hizo ponerse en alerta, más todavía.

—Parece que tendremos más invitados. Relájate, Charlotte, no voy a matar a tu prometido. Todavía quiero que seas condesa —siseó el marqués.

—Blair, ¿dónde demonios tienes a lady Blair? No me hagas repetirlo —preguntó Frederick con la paciencia al límite.

Zachary, con los ojos más azules que Charlotte había visto jamás, incluso más que los suyos y los de su padre, se presentó en el salón con su esposa de la mano.

Broc MacKenzie los escoltaba, había ido por ellos en cuanto avisaron que ya estaban en tierra. Se mantuvo distante, observando, por si era requerido. Pero sabía que no lo necesitaban.

Emily corrió a abrazarse a Charlotte y ambas le brotaron lagrimitas de los ojos. La distancia pareció tan infranqueable como la eternidad. Pero ya estaban juntas de nuevo.

Sin embargo, Zachary aún tenía la sangre hirviendo dentro de sus venas, no estaba listo para emocionarse por el reencuentro.

—Ya me informaron todo lo que has hecho —esgrimió con firmeza dirigiéndose a su padre—. Aprovechaste mi ausencia para olvidar nuestro acuerdo. Tú te refundías en Escocia y yo me

quedaba al frente de la familia. Sabes que de otra forma no funciona. ¡Así que te exijo que arregles todo lo que has hecho mal y regreses sin pena ni gloria por dónde mismo llegaste!

Blair hizo una mueca de disgusto, pero no se atrevió a rebatirlo. Sabía lo que estaba en juego. La sangre bullía dentro de sus venas, también, al escuchar las palabras. Y, sobre todo, al percatarse del tono usado por su primogénito, el que un día lo sucedería.

—Estabas lejos y una amenaza rondó a tu hermana. ¿Pretendes que me quedara cruzado de brazos? —Su tono era soberbio; sin embargo, no alzó demasiado la voz.

Charlotte se aferró a la mano de Emily, a quien no se le notaba aún, pero por las cartas, era probable que estuviese embarazada.

Rogó para sus adentros que Zachary recordase que su padre siempre cargaba con un arma. Suplicó en su interior para que no lo acorralase más. Al menos hasta que Emily y Frederick salieran de ahí.

—Banes acaba de preguntarte por algo concreto, alcancé a escucharlo mientras entraba. ¿Dónde está mi madre? Y no me salgas con idioteces que acabo de bajarme de un barco y no estoy de humor para oír tonterías.

—Parece que no escuchaste muy bien del todo. Él ya no es Banes, ahora es Cumberland. Una vuelta bastante inesperada del destino. Y ama a tu hermana. No solo la hará condesa, sino que está dispuesto a casarse con ella pese a ciertos detallitos que podrían habernos dificultado encontrarle un marido.

—¡¿Dónde está mi madre?! —gritó Charlotte ya sin poder contenerse. La frialdad de su padre para retener a una persona, a su propia esposa, era de una crueldad imperdonable.

—Es invitada en Cumberland Place. La condesa y yo sabíamos que tu madre no actuaba con sensatez. No estuvo de acuerdo con el matrimonio. Así que, lady Cumberland y yo, teníamos la solución perfecta para un hijo libertino que ya necesitaba casarse y una hija rebelde que, en vez de pensar en atrapar a un marido, estaba más preocupada de iniciar un negocio como le correspondería a un hombre. Solo dejamos a Marianne fuera de la ecuación. Después de casados, y cuando llegaran los nietos, sería la abuela más feliz.

—¡Cállate de una vez! —lo interrumpió Zachary, aquel hombre que le tocó como padre comenzaba a darle náuseas—. Haz tus maletas. Te quiero fuera de Blair House cuando llegue mi madre. Y ruega porque ella esté intacta, una sola lesión o desgaste y no respondo de mí.

—Lady Cumberland no se la entregará a nadie si no voy en persona —replicó Blair dándose importancia.

—¿Olvida que Cumberland Place ahora es mi casa? —Frederick lo encaró. Había estado ahí hacía un par de días. De haberlo sabido, la marquesa ya estaría de regreso.

—Ni un segundo —siseó Blair y se puso de pie.

—Nadie va a impedirme traer de vuelta a mi madre —dijo Zachary.

—Voy contigo —propuso Frederick.

42

Cuando arribaron a Cumberland Place, la condesa se quedó con los ojos azorados al ver a la comitiva entrar a su morada sin pedirle permiso.

Frederick no tenía intenciones de tomar posesión de inmediato, ni siquiera lo había meditado o estaba seguro de llevarlo a cabo, aunque fuese lo que se esperaba de él.

No obstante, algo que sí tenía claro era que no sería indulgente con quien se había prestado para retener en contra de su voluntad a la marquesa.

Lo que más le sorprendió fue verla con una pequeña en brazos, a la que intentó proteger en cuanto los vio.

—¿Es la hija de Susette? —preguntó Frederick y lady Cumberland se quedó sorprendida de lo bien informado que estaba.

—No —mintió deliberadamente—. Solo es una pequeña huérfana. Su familia ha renegado de ella. Yo la he recibido como… como mi pupila.

—Pobre criatura… —pronunció Charlotte—. Su propia abuela la criará como una huérfana, sin siquiera reconocerla como su nieta.

—Oh, qué horror —musitó Emily a su lado.

—¿Por qué no me asombra? —negó Zachary.

—¿Qué más puedo decir? Si le grito al mundo que es la hija bastarda de Marcus nadie tendrá clemencia con ella.

—Nadie la tendrá si usted que es la abuela es la primera que la llama de esa forma. —Emily se llevó las manos al vientre con pesar, decidida a proteger a su criatura.

—Lady Cumberland, ¿dónde está la otra abuela de la pequeña? —Frederick indagó al respecto, mientras meditaba sobre la familia atípica que venía por añadidura con el título.

—Lady Warrington la ha dejado en mi puerta antes de desaparecer. Con su esposo tras las rejas, su futuro es incierto. Y yo no tengo corazón para dejar a esta pequeñita en un orfanato.

—Usted ya echó muchas cosas a perder. Y le espera un largo viaje. El campo no será el mejor sitio para que la pequeña crezca. —Frederick se le acercó para contemplar a la pobre niña que tenía un destino adverso al lado de cualquiera de sus abuelas.

—¿El campo? ¿Piensa castigarme ahora que tiene el título? Soy la viuda, merezco una propiedad en Londres. Mi esposo seguramente lo dejó estipulado, al igual que una asignación bastante generosa.

—¿Cómo se llama la pequeña? —Frederick soltó sin escucharla.

—Ni siquiera tiene nombre…

—Charlotte, por favor, puedes tomar a Iris en brazos —continuó Fred, negando con la cabeza. Iris le parecía un nombre hermoso para la niña. Algo en su interior clamaba, no quería abandonarla a su suerte como hizo Marcus. Sabía en carne propia lo que significaba ser rechazado por su sangre.

—No… —Trató de rehusarse la condesa.

—Suéltela de una vez, lady Cumberland. Le toca hacer un largo viaje e Iris se quedará en Londres como mi pupila, como la hija de Marcus. Nadie la señalará, ni la despreciará en mi presencia. Y por supuesto, usted no la hará miserable como hizo con su hijo. Ahora, a lo que hemos venido, ¿dónde está lady Blair?

La mujer se quedó impávida… Entonces, sus ojos hicieron contacto con los del otro caballero en la sala, lord Moray, quien la incineraba con su mirada.

—Habla de una vez, bruja —le exigió Charlotte cuando tomó en brazos a la criatura.

—Yo… No tengo nada que ver en esto… Fueron tratos de mi esposo con Blair. —Quiso justificarse.

—No sea ridícula, nadie le va a creer. Su esposo solo era un peón en su juego de ajedrez. Todos sabemos quién era la reina. —Frederick masculló hastiado.

—Ya he dicho que no es mi asunto. —Se cruzó de brazos, recuperando la soberbia habitual, como si entendiese que pedir clemencia no le haría ganar los favores del nuevo conde—. Salvo que desee negociar. Le doy la ubicación a cambio de una propiedad decente en la ciudad.

—No puede ser más mezquina —arremetió Zachary.

—Yo le diré dónde está la marquesa —intervino el mayordomo, borrándole de golpe la sonrisa a lady Cumberland.

—¡Usted no sabe nada, maldito traidor! —chilló la condesa en contra del mayordomo.

Frederick le lanzó una última mirada, esperaba no volverla a encontrar en su vida.

—La quiero fuera de la propiedad antes de que llegue la noche. Las indicaciones las tendrá el cochero. Del personal solo puede llevarse a su doncella. Y no se preocupe por su asignación, la recibirá íntegra, merece tener una larga vida miserable, para que reflexione sobre su desgraciada existencia —sentenció Frederick y tomando de los brazos de Charlotte a la pequeña le dijo con suavidad—. Iris, yo me encargo de que esta bruja no envenene tu corazón. Tienes un hermoso futuro por delante.

Mientras lady Cumberland asimilaba la noticia que la dejó devastada, todos decidieron seguir al sirviente hasta la entrada, donde el hombre le susurró a Frederick una dirección. Una propiedad en Kensington que pertenecía al condado.

—No puedo creer que estuvo en Londres todo este tiempo. ¿Por qué los sirvientes no hicieron nada? —Frederick miró sin clemencia al mayordomo, si estaba involucrado no lo iba a conservar.

—Milord, lamento muchísimo habernos quedado cruzados de brazos. Se nos dijo que era una prima de la condesa que había perdido la razón y que la hospedarían en la casa de Kensington. Ni siquiera la he visto, pero estoy casi convencido de que debe ser

ella… Había mucho hermetismo con su identidad. La mucama que se llevaron para atenderla es muda, y desde ahí comencé a tener sospechas. Pero no había atado cabos hasta ahora que los oí discutir. El difunto conde se quejó una vez en mi presencia de que la prima de su esposa ya lo estaba hartando, que en mala hora aceptó hacerse cargo de su cuidado.

Sin perder un segundo más, volvieron al carruaje y le indicaron al cochero que los llevara a la dirección.

Cuando llegaron a la propiedad, Frederick le dio la niña a Charlotte, con la intención de que esperara en el carruaje con Emily mientras ellos se encargaban de investigar.

—Emily cuidará a Iris —dijo Charlotte resuelta—. Yo también quiero ir en busca de mi madre.

Ni su hermano ni Frederick pudieron disuadirla. Así que los tres se apearon del carruaje.

En una casa de apariencia normal, en un barrio lujoso de Londres, las sospechas del mayordomo se hicieron más evidentes, cuando la mucama que les abrió la puerta no podía comunicarse con ellos más que con señas.

—Lady Blair —le indicó Charlotte con el corazón acelerado a la mujer y los ojos de aquella mostraron terror.

La criada intentó despacharlos, pero el miedo se podía ver desfilar en su rostro.

Zachary sin apelar a la paciencia espetó:

—Hágase a un lado.

Ella lo hizo cuando vio al enorme escocés empujar la puerta y casi arrancarla de sus goznes.

Dos hombres de los que solían estar al servicio de su padre para los trabajos sucios, les hicieron frente. Zachary no tardó en ir tras uno, tomarlo de las solapas y tirarlo con fuerza sobre una mesa. Después lo golpeó hasta dejarlo en el suelo, alzando los brazos, en señal de rendición.

Cuando Zachary se volvió para neutralizar al segundo, lo que vio le gustó. Frederick lo había convertido en un saco de boxeo,

hasta que el hombre decidió huir por la puerta.

El otro en el suelo quiso seguir a su cómplice, pero Zachary no se lo permitió:

—¿Lady Blair? —inquirió y el individuo señaló hacia la segunda planta.

La mucama estuvo dispuesta a indicarles que la siguieran.

En la segunda planta, en los aposentos principales junto a su doncella, la encontraron encerrada.

La marquesa con lágrimas en los ojos se abrazó a sus hijos.

—Por favor, queridos míos, sáquennos de aquí. Se los suplico, volvamos a casa.

Zachary la ayudó a abandonar para siempre su cautiverio, guiándola con cariño por los escalones. Al salir de la propiedad, antes de subir al carruaje que los esperaba, aseguró para que su madre estuviese tranquila:

—Mi padre ya no estará cuando arribemos, le he dicho que debe regresar a Escocia. No volveré a dejarte, mamá. Viajarás conmigo desde ahora. Blair no actuará de nuevo como si tuviese derecho a disponer de ti.

—Quería quitarme del medio para casar a ese abominable de Marcus con Charlotte. Oh, Charlotte, ¿dime que no lo logró? —Marianne se volvió hacia su hija y la tomó del brazo.

—Marcus está muerto, madre, y nada tenemos que ver —le respondió la aludida y la marquesa se quedó consternada, sin entender qué había ocurrido—. Es una larga historia. Volvamos a casa.

No podían dejar de abrazarse y procurarse cariño en aquel reencuentro tan esperado.

Y tras ayudarlas a subir al carruaje, junto a la doncella, Zachary retuvo por el brazo a Frederick.

—Deja que las mujeres se adelanten. Nosotros podemos caminar. Tenemos una conversación pendiente.

Frederick le indicó al cochero partir. Justo al comenzar a avanzar se dirigió a Zachary:

—Te escucho, Moray.

Frederick sabía que había un tema que aún no tocaban, y que Zachary no lo dejaría pasar.

—¿Ahora pretendes a mi hermana? —Lo miró a los ojos demandando sinceridad absoluta. En el pasado cerraron negocios, fueron y eran aliados. Por eso no esperaba menos—. ¿Qué tan cercanos son?

Oh, sí. Zachary iba a investigar y tal vez encontraría cosas en el camino que no le gustarían, pero Frederick no se detendría, aunque el hermano mayor de Charlotte hubiese vuelto.

—Amo a Charlotte. No me preguntes cómo sucedió. Pero nos fuimos enamorando…

—He visto que te corresponde —lo interrumpió.

—Vamos a casarnos. Será mi esposa. Voy a cuidarla…

La determinación en sus ojos fue estudiada por su futuro cuñado. Quería dejar muy claro la seriedad de sus sentimientos, para que Zachary no dudara.

—Justo como la has cuidado todo este tiempo que estuve fuera. Me he informado. —Le palmeó el hombro a Frederick—. Mi hermana es una mujer de fuerte carácter, nada la detiene cuando tiene un propósito. Si la eliges conseguirás una esposa que te será fiel hasta la médula. Sé que no te arrepentirás. Gracias por protegerla en mi ausencia. Bienvenido a la familia, hermano.

Frederick curvó sus labios, complacido. Tanto le había hablado Broc de lo temible que era Moray con los pretendientes de Charlotte, que creyó que sería más difícil ganarse su aprobación.

—Jamás imaginé que tu hermana se convertiría en mi esposa. Bueno, tampoco pensé que yo sentaría cabeza tan pronto. Pero ella es ahora mi mayor razón de vivir.

Zachary le sonrió feliz.

—Vamos, alquilemos un carruaje para llegar rápido. Las mujeres nos están esperando y no quiero imaginar qué ocurrirá si Blair aún no se ha marchado cuando ellas lleguen.

Cuando arribaron a Blair House, vieron que las mujeres avanzaban hacia la entrada principal.

Frederick albergó la esperanza de que Blair ya se hubiese marchado. No tenía intenciones de encontrárselo, ni siquiera para hacer oficial el compromiso. Prefería la aprobación de Zachary.

El mayordomo salió a recibirlos, y al ver que llegaban con una criatura de brazos, hizo venir de inmediato al ama de llaves para que las auxiliara.

Las mujeres estaban encantadas con Iris. Mientras la llenaban de mimos y buscaban que sus necesidades fueran cubiertas, Zachary y Frederick llegaron al acuerdo de encerrarse en el estudio a tratar un asunto que no debía esperar.

Sobrevendría la carrera de ambos, para que nadie más hiciera pública la situación de Charlotte.

Sabían que por sí sola, la boda entre Frederick y Charlotte no alejaría el peligro. Tras las amenazas sobre su reputación había una persona que aún tenía oscuras ambiciones.

Sin embargo, lo que ninguno imaginó al introducirse en la propiedad fue que tenían un visitante. El mayordomo no tardó en ponerlos sobre aviso.

Charlotte contuvo el aliento, y dejó a la niña en manos de Emily.

—Por favor, lleven a Iris a mi habitación y procuren que se alimente.

—Necesitará una nodriza, pero mientras aparece, nos la arreglaremos. —Marianne tomó el control enseguida y le ordenó al ama de llaves que la siguiera, debían buscar soluciones cuanto antes.

Emily, con Iris en los brazos, las acompañó con la preocupación en el rostro. Con pesar, ella y su suegra le dieron la espalda a los demás para ocuparse de la pequeña.

Los hombres seguidos de Charlotte fueron hacia el estudio de Blair, donde el mayordomo indicó que se encontraba el visitante indeseado.

En una silla Chippendale que estaba cercana a la ventana, John lanzaba amenazas con un arma desenfundada. Blair, de pie, cerca de su escritorio observaba a su atacante con frialdad, sin caer en la batalla verbal que el otro pretendía.

—Charlotte, creo que debes ir también con Iris —sugirió Frederick, temiendo lo peor.

—No, es mi vida la que se discute aquí.

—Hay armas, Charlotte —intentó alejarla Zachary, aunque la conocía y sabía que su voluntad era quedarse y cuando se empecinaba en algo era inquebrantable.

—Tenemos público. Maravilloso —esbozó John blandiendo su pistola como si fuese una espada—. Así saldamos todas las cuentas de una vez. Sacó de su bolsillo dos papeles arrugados, el certificado de matrimonio y la carta de Charlotte, y las exhibió delante de los otros—. Vine a llevarme a mi esposa y la dote que me negaron. No exigiré nada más. Si se resisten, venderé la historia a los periódicos. La terrible historia donde lord Blair me disparó y sobreviví milagrosamente, donde Charlotte está casada, donde perdimos un hijo y todo lo demás… Tome nota, *Látigo*. Se haría más rico de lo que ya es.

John estaba convencido de que en esta ocasión tenía las de ganar, que con sus amenazas le tenía amarrada la lengua a Blair, si no aceptaba ese matrimonio…

—Vende lo que desees, John. Jamás me tendrás —atacó Charlotte—. ¿Esas son tus demandas? Pues es hora de irte y publicar lo que pretendes porque ya estoy cansada… Muy cansada de correr, de esconderme, de callar.

—¿No lo entiendes? ¡Eres mía! —John se puso de pie, cuan largo era, con la pistola entre ellos— Este documento dice que eres mía y nadie puede hacer absolutamente nada para rescatarte.

—Lord Cumberland es el único que tiene permiso para desposar a mi hija —dijo Blair envalentonado—. Sería un hipócrita si le pidiese perdón. Sin embargo, aunque siempre me sacó de mis casillas, debo reconocer que en secreto lo admiro, Frederick. Usted tiene temple. No creo que nadie más pueda hacer feliz a Charlotte. Así que John, vete de una vez y déjanos en paz. Ya viviste muchos años a nuestras expensas, es hora de que busques otra vaca de la que alimentarte.

—Marqués, ¿no entiende que no puede entregar la mano de su hija porque me pertenece?

—No estoy hablando contigo, idiota oportunista —lo retó Blair.

Frederick tomó a Charlotte del brazo, discretamente, y la puso detrás de su cuerpo. El arma balanceándose en el aire entre ellos lo estaba poniendo nervioso. Era tan terca como Zachary había asegurado. Si se hubiese ido con las mujeres, ya habrían tratado de desarmar a John.

—Ella me pertenece —desafió John a Blair que era quien le estaba haciendo frente.

Zachary con los brazos cruzados decidió intervenir:

—El acta de la boda por la iglesia únicamente posee valor en Francia, pero a medias, carece de constancia oficial para que legalmente surta efecto.

—Entonces me la llevaré, ella será mía en Francia junto con su dote y las ocho mil libras del premio. Exijo sea restaurada la cantidad que haya dilapidado en la estúpida Casa de Correspondencia o lo que sea. Venderé todo. Y en Normandía, terminaremos de hacer oficial lo que faltó. —John se sentía poderoso por tener una pistola en la mano.

—Sin embargo, incluso en Francia el matrimonio es anulable. Puedo hacerlo en un parpadeo, tengo los contactos —atacó Zachary, firme, seguro, con un tono elevado de voz, pero sin gritar.

—Tu padre no lo hizo esa vez, prefirió dispararme. —John retó a los demás caballeros con la mirada.

—No sabes, infeliz, cómo me arrepiento de no haber tenido mejor puntería —bramó Blair perdiendo el control. La furia se veía dibujada en su semblante.

—Hombre, retírate de una vez. No fue válido —intervino Frederick con cara de pocos amigos— Eran menores de edad, no tuvo autorización…

—Enfrentará cargos legales por dispararme, Blair. —John no desistía.

—No tienes pruebas. —El interpelado bramó con su paciencia al límite.

John, con los ojos inyectados en sangre, se abrió la ropa y mostró la cicatriz. Había esperado muchos años para clamar venganza contra quienes lo descartaron como un ser inferior.

—Sembraré la duda. Usted podría ir a la cárcel, Blair. ¿Acaso no se da cuenta de que ha perdido? Cuando el escándalo se desate a nadie le importarán los pormenores… Ella ya no será digna para desposar a otro par del reino. Lo acusaré, lo enviaré a las mazmorras, las aves de rapiña aprovecharán para hundirlo.

—John, ¿quién sabe que estás aquí? —preguntó Frederick con un puño apretado.

Él, Zachary y Blair compartieron una mirada desesperada. En su mente, ya estaba ideando cómo lo desarmaría. Pero cuando sus puños se encontrasen con el rostro de ese infeliz no pararía hasta regresarlo a la tumba de la que jamás debió levantarse.

John rio, no caería en el juego, no otra vez.

—Los herederos de mis padres han ido como devoradores de carroña por lo que me pertenece, creyendo que estaba muerto. Pero pronto, ellos también sabrán que estoy vivo y que mi suerte ha cambiado… Se caerán de bruces.

—Aguarda, Frederick —lo frenó Zachary como si le leyese la mente.

Antes de cometer una locura con ese hombre que pretendía hundir para siempre a su hermana y hacerla infeliz, Zachary decidió darle una salida.

—Si lo que buscas es dinero, John, puedo dártelo. Solo si me garantizas que vas a desaparecer para siempre.

—¿Cuánto estás dispuesto a dar? —John se envaró muy tentado —. Sé generoso, no en vano te dicen el Rey Midas.

—Él volverá por más hasta dejarnos secos. ¿Acaso no lo ves, hijo mío? Quiere venganza.

—Sí, Blair, es lo único que quiero, y usted es muy razonable al entenderlo de una vez. —Las carcajadas de John eran las de un hombre que había esperado por años acumulando resentimiento, y que por fin se había llenado de valor para cobrar la restauración que creía merecer—. Tendrá una vida miserable teniéndome como yerno. Eso me complacerá.

Blair se despegó del escritorio y dio dos pasos al frente, desafiando a John con la mirada. Un pensamiento cruzaba su mente y lo expresó:

—No puedo creer que mis hijos no verán el futuro que soñé. Y lo peor es que siento que soy el arquitecto de la desgracia que caerá sobre ambos. En ese caso, tendré que terminar el trabajo que no hice bien en Normandía.

Aunque John estaba armado y apuntándole, Blair no era de los que atacaban a traición o por la espalda. En su infinita soberbia, le dio los justos segundos para defenderse si es que podía. Y ahora sí, le disparó directo a la frente, decidido a matar.

Pero John ya tenía el arma en la mano y la había accionado primero.

Los dos hombres cayeron a la par.

John con una bala en el lugar donde le apuntó el marqués.

Blair con la sangre manándole del pecho, herido de muerte, y con el brazo extendido en dirección a sus hijos.

—Iré a buscar a Edward… —ofreció Frederick, todavía abrazando a Charlotte, a la que protegió con su propio cuerpo por si los proyectiles seguían otra trayectoria.

—Hijos… —La voz de Blair había perdido su altivez tan distintiva…

Charlotte cayó a su lado, manchándose los volantes de su vestido con la sangre de su progenitor, y a pesar de las desavenencias del pasado, tomó su mano.

—Ve por el médico, no tardes. —Ella le suplicó a Frederick—. Papá, aguanta, ya viene la ayuda.

—Perdónenme, hijos, se los ruego. —Una fuerte tos con borbotones de sangre siguió, y después, con su último aliento agregó—: Ambos tienen mi bendición…

Zachary también se hincó a su lado, y mientras su hermana lloraba, le revisó los signos vitales a su padre.

—Ya es tarde, Fred… No vayas. Él ya no está con nosotros. —Con los ojos humedecidos cerró los párpados de su padre, para dejar de contemplar esos ojos azules turbios que, con una dura mirada, tanto lo habían lastimado mientras crecía.

—Nunca comprendí a mi padre… Nunca… —Charlotte sollozó con pesar—. Ni siquiera al final.

Frederick ayudó a Charlotte a ponerse de pie y la abrazó con fuerza, mientras trataba de asimilar lo ocurrido.

—Blair todo lo que anhelaba era que sus hijos hicieran su voluntad… Como fuera… No le importó dar su vida por esa razón. Tal vez sabía que John nunca los iba a dejar en paz.

43



Cumplía veintiuno, pero no sentía la felicidad que solía elevarla hasta el cielo en otros cumpleaños. La mayoría de edad, tan añorada, llegaba con un sabor agridulce.

Las últimas palabras de su padre, contrario a lo que esperaría de él, trataron de exonerarla de la culpa, pero ella no lograba conseguirlo. Él había dicho que se sentía el arquitecto de la desgracia de sus hijos y, además, se sacrificó para permitirles ser felices.

Sin embargo, ella no podía dejar de sentirse culpable. Si no hubiese actuado con ligereza en el pasado, —lanzándose a los brazos de John, sin madurez alguna al elegir a un hombre carente de honor—, su familia no habría atravesado por este dilema.

Para la policía quedó registrado que un conocido del pasado había entrado armado a Blair House con la intención de matar al marqués, debido a discordias personales. Concluyeron que el aristócrata disparó en defensa propia, y que el incidente trajo consigo la lamentable pérdida de ambos.

Los presentes certificaron el hecho ante la autoridad pertinente y por respeto al dolor de la familia, los trámites derivados se manejaron con discreción.

Solo un periódico dio la nota a la mañana siguiente: *The Golden Gazette.* De ahí, los demás replicaron la información, tomándolo

como fuente principal, porque la familia rehusó dar informes a los diarios.

Según la prensa, el difunto marqués de Blair murió defendiendo a su familia de un ataque con arma de fuego.

Fue el último artículo escrito por Fred, antes de decidir tomarse un tiempo para pensar qué seguía para su vida, ahora que sobre sus hombros caían nuevas responsabilidades.

Así, cuando él marchó a Cumberland Castle, ella también se tomó un tiempo para reflexionar, trabajar en su Casa de Correspondencia y quedarse al lado de su familia, tras los sucesos que los mantuvieron distanciados.

Necesitaba reconectar con su esencia y aceptar que su vida había cambiado para siempre.

Su padre ya no los hostigaría nunca más con sus imposiciones, pero estaba muerto. La entristecía que todo hubiese terminado así y que, jamás, pudieron tener una relación basada en la confianza y la comprensión.

Sus amigas no la dejaron sola.

Inaugurar Lady Charlotte's Correspondence House era un triunfo compartido, y acudieron cada mañana con ella al establecimiento a colaborar con los preparativos para la inauguración.

—¿Estás segura de enviar las invitaciones? —indagó Bonnie—. Están listas.

Sabía por qué lo preguntaba. Al escucharla, sus amigas dejaron lo que estaban haciendo y la rodearon en círculo.

Vestía un atuendo azul tan oscuro que según lo mirabas podía confundirse con el negro. Así lo había decidido, ni siquiera gris o lila de medio luto. Y su familia lo había aprobado.

—Sí, estoy segura. Llevaré el luto en el corazón.

—Pero la reina… —Quiso replicar Valery, quien iba de lila, por el deceso de su primo; pero su luto no era tan riguroso como la pérdida de un padre. Valery sonrió con bondad tras interrumpir su frase y agregó—: Ya nos han catalogado como las rosas rebeldes…

—¿Las rosas rebeldes? —saltó Ettie—. ¿A quién se lo escuchaste decir?

—No sé si tenga valor viniendo de mi madre y mi tía la señora Sable —contestó Valery—. Tras irse mi otra tía, lady Cumberland, al campo, hemos heredado a la tía Sable.

—Por suerte siempre te quiso, Valery. En el internado nos oprimía para favorecerte y hacerte brillar —le dijo Florence, compadecida.

—Amiga, siento que hayas tenido que aguantar la opresión de mi tía por mi culpa —se lamentó Valery con afecto hacia Flor.

—A Valentine no le gustará que se quede en la ciudad. ¿Por qué no huyó con la bruja al campo? Así se harían compañía en la desgracia —bufó Ettie recordando cuánto odió a esa mujer cuando fue estudiante en la escuela que ahora le pertenecía.

—Dinos la verdad, Valery, ¿está enferma? —inquirió Emily—. Incluso he llegado a creer que solo fingió para regresar. Después de que el duque la desterró, ha sido muy conveniente la enfermedad que la hizo volver.

—No podría afirmarlo, pero tampoco negarlo —enfatizó Valery —. Mis tías son muy apegadas, y si prefirió quedarse en la ciudad que viajar con la hermana que más la necesita en estos momentos, debe ser por problemas de salud. El médico de la familia la visita con bastante frecuencia.

—Le diré a Martha que las invitaciones ya están listas para ser enviadas —intervino Bonnie, que siempre era precisa en optimizar el tiempo; mientras las demás continuaban discutiendo el regreso de la señora Sable.

—Gracias, Bonnie —le dijo con cariño Charlotte—. Pero hay algo que me preocupa más que romper el luto para inaugurar mi establecimiento… ¿Verá con malos ojos la reina si lo ignoro para casarme?

Las demás dejaron lo que hacían mientras hablaban y la miraron a la vez.

—En todo caso, lord Cumberland necesitará ganarse la aprobación de la reina, más ahora que recién recibe el título. No es que Su Majestad le prohíba casarse en absoluto, menos con la hija de un marqués; pero sí esperaría que el ascenso de Cumberland sea lo más ajustado al protocolo —dictó Valery sin siquiera procesarlo.

Era una de tantas cosas que había aprendido en el instituto—. Por un padre se espera uno o dos años de luto.

—No puedo darme ese lujo en mi condición —confesó Charlotte con timidez, acariciándose el vientre.

—¡Pero no han perdido el tiempo! Ni siquiera Florence y yo que nos apareamos como conejos… —bromeó Ettie entusiasmada y al comprender que su efusión era desmedida bajó el tono—. Pícara, ya veo que han estado muy ocupados.

Todas rieron a excepción de Valery que se sonrojó y Bonnie que se escandalizó por el desparpajo de su cuñada.

—Soy la más vieja y la más ignorante —se quejó Bonnie.

—¿Te estás replanteando no quedarte solterona para siempre? —inquirió Ettie, anhelando que Bonnie decidiera abrirse al amor y al matrimonio.

—Dios me libre de casarme. No. Sigo firme. Pero podría pecar un rato para no morir en la ignorancia.

Las carcajadas cantarinas alegraron la estancia.

—Oh, por Dios, hermana, nuestras criaturas nacerán con diferencia de meses. —Emily no podía estar más feliz.

—Tienen que casarse así escandalicen a toda la aristocracia —puntualizó Ettie—. Nos la arreglaremos para alejar cualquier rumor que suscite la boda apresurada.

—Tengo una nueva patrocinadora —dijo Valery con timidez—. ¿Se acuerdan cuando la duquesa de Norfolk me defendió de mi madre? Pues, hemos hablado mucho últimamente. Le conmovió mi situación. Dice que no me instará a romper las cadenas que me atan, pero que, si decido romperlas, me tomará de la mano y nunca me soltará.

—¿La esposa del mentor de mi hermano? —inquirió Charlotte sorprendida, recordando que la duquesa de Norfolk había sido muy solidaria con Valery.

—Considero que puedo hablarle en tu favor, y tu hermano a su excelencia, el duque de Norfolk. Sabemos que es el favorito de la reina. —Valery ofreció su ayuda desinteresada, quería poder ser de utilidad—. Tal vez así consigamos que vea con buenos ojos la unión.

—Es muy ingeniosa tu propuesta, amiga. Seguiré tu consejo —asumió Charlotte.

—¿Lo sabe Frederick? —preguntó Ettie mientras regresaba a la labor en la que había elegido apoyar: revisar que las estancias tuvieran un aire distinguido e inigualable. Estaba preocupada por su amigo, desde que heredó el título no habían podido conversar.

Todas sonrieron con complicidad, querían escucharla hablar de cuán enamorada estaba y de los planes que tenían.

—No. No quiero presionarlo, necesito que me elija libremente y solo entonces le daré la noticia.

—Pero podría ser contraproducente —explicó Bonnie preocupada—. Imagina que lord Cumberland desee aguardar por el luto, por respeto, o no sé, porque no tiene prisas. Sería un desastre para ambos, ¡para la criatura!

La emoción desbordante de alegría de las amigas se tornó en inquietud. ¿Charlotte no podría tener jamás una existencia sin sobresaltos?

—Respiren. Confíen. Como yo confío en él. Sé lo que me dijo antes de marcharse y eso es suficiente. Fue a poner sus asuntos en orden. Me ha escrito sin falta todos los días. ¿Lo haría si no estuviese enamorado hasta la médula?

—¿Cómo puedes mantenerte serena mientras sorteas la zozobra? —Bonnie se preocupaba por ella porque la quería.

—Frederick es increíble —continuó Charlotte como si nada pudiese arruinar su fe ciega en que esta vez todo saldría bien—. Se las ha arreglado para que las misivas lleguen cada día a mis manos, pese a la distancia.

—Sabía que Fred era un romántico, aunque estoy segura de que ni él lo sospechaba —bromeó Ettie tratando de calmarlas a todas—. Cuéntanos, ¿qué te ha escrito el nuevo conde de Cumberland?

—Ahora tiene grandes extensiones de tierras que administrar. Posee no sé cuántas ovejas, miles. Y, definitivamente, no es su terreno. Se ha llevado a Broc MacKenzie para ayudarle a entender cómo funciona la producción de lana.

—Todas hablan de ese escocés con tanta familiaridad. Aún no he tenido la fortuna de conocerlo —agregó Bonnie que venía de darle indicaciones a Martha.

—No creo que aguantes ni dos segundos a su lado —se mofó Florence y soltó unas hilarantes carcajadas—. Es más cerril que mi Cailean, y él despierta en ti el enorme deseo de reformarlo.

Todas rieron dejando a un lado las preocupaciones, Charlotte logró contagiarlas de su confianza en Frederick, de su amor por él.

—¿Y qué más dijo Frederick? —indagó Ettie cuando pararon de reír.

—Me aseguró que su periódico seguirá trabajando como siempre, pero que a su regreso anunciará a sus empleados que se retirará por una temporada. Va a nombrar director del periódico a su secretario. Un hombre que ha sido su mano derecha todo este tiempo y se lo merece.

—¿Cerrará su columna? —interpeló Emily asombrada.

—Ha reflexionado sobre lo ocurrido, las amenazas y demás… Se pregunta si necesita un perfil más privado ahora que vamos a casarnos y, eventualmente, tener familia.

Los suspiros por doquier no dejaron de oírse.

—Aquí lo escuchamos cuando te hizo esas revelaciones tan determinantes y románticas —le recordó Bonnie y le guiñó un ojo—. Lord Cumberland es tan elegante, con clase y educado… Has ganado el premio mayor, querida.

—Ahora *el Látigo* es lord Cumberland, y eso ha dejado a todo Londres perplejo. En especial, a mi padre —recalcó Valery. Su progenitor estaba rabiando porque su enemigo había subido a tan magnífico puesto en la escalera social—. Lord Cumberland ha ganado un escaño en el Parlamento, al que le sacará mucho jugo. Mi padre ya está despotricando, imaginando cómo será su injerencia en la Cámara de los Lores.

—Que se cuiden. Mi hermano como el nuevo marqués de Blair también ha decidido asumir su función parlamentaria. Frederick, Zachary y Hayden seguro darán de qué hablar. Escuché, incluso, que están pensando unirse al nuevo club para caballeros que está de moda, ese donde asisten los personajes de la sociedad más radicales

que no tienen membresía en White's. Lo que será un escándalo dentro de los círculos más selectos.

—Sí, Zachary se enfadó porque a Broc MacKenzie no lo admitieron en White's, pese a que extendió su más elaborada invitación, tras negociar con ahínco —aclaró Emily—. Fue propuesto por Zach y apadrinado por sus amigos. Y todos, en respuesta, han decidido aliarse y refugiarse en otro club, para tener un sitio donde reunirse.

—¿Cuándo dices «todos» a quiénes te refieres? —preguntó Valery, rogando para sus adentros que su padre no hubiese sido uno de los que rechazaron al aspirante.

—Zachary, Frederick, Hayden, Cailean, el doctor Raleigh y, por supuesto, Broc MacKenzie, al que apodan Highlander.

—Ese escocés está dando mucho de qué hablar —observó Bonnie—. ¿Me pregunto por qué, exactamente, no lo aceptaron en White's? ¿Será solo porque su ascendencia no es noble?

—No tengo idea de sus orígenes —contestó Charlotte—. Pero migrar de White's a ese otro club del que no recuerdo el nombre fue iniciativa de Frederick. Tal vez tampoco se sentía muy cómodo en White's. Me dijo que lo aceptaron a regañadientes, porque el conde de Pembroke y los caballeros de su círculo cercano se opusieron a las objeciones de algunos miembros antiguos. Un periodista en White's va contra toda regla y pronóstico.

—Frederick es asombroso —lo defendió Ettie—. White's se lo pierde.

—Lo es. Está ocupándose de su nuevo papel de conde como si toda la vida lo hubieran preparado para ello. No quería asumirlo, incluso se opuso al principio. Supongo que cuando ya tienes planeado el futuro, un cambio tan abrupto causa cierta resistencia —explicó Charlotte su punto de vista.

—Frederick nació para ser conde, se desempeñará excelente —auguró Ettie que lo conocía y sabía de qué madera estaba hecho—. Los próximos condes de Cumberland tendrán que esforzarse mucho para alcanzarlo.

—Tus descendientes —bromeó Florence—. Los siguientes condes serán tu hijo y tu nieto, querida Charlotte.

Más risas y suspiros de amor, mientras Martha las escuchaba sonriendo también, y feliz de que Frederick hubiese encontrado el verdadero amor en una mujer tan extraordinaria.

La mañana de la inauguración estaban todas listas para dar soporte a Charlotte, quien había llegado tan temprano que no había leído los periódicos, así que tuvo que escucharlo de la boca de sus amigas.

Tras los saludos, ellas lo soltaron de inmediato.

Las casadas lo habían hablado con sus esposos.

Y en cuanto Charlotte tuvo conocimiento, supo que él estaba detrás de la nueva predilección de la prensa por la apertura de una Casa de Correspondencia y su dueña.

—Todos los periódicos han publicado alguna nota sobre la próxima inauguración y además te elogian con creces. —La puso al tanto Emily.

—¿Qué estás diciendo? —Charlotte negó con la cabeza sin dar crédito a lo que escuchaba.

Hasta ayer la prensa estaba a punto de lapidarla socialmente, solo que John no alcanzó a revelarle su nombre.

—Incluso el *Times*. —Bonnie le sonrió orgullosa de lo que había logrado.

Aunque se llevaban muy pocos años de diferencia, si acaso dos o tres, Bonnie había sido maestra de todas en English Roses School.

Le complacía ver dónde se encontraban hoy:

Ettie revolucionando el currículum de la escuela que ahora le pertenecía

Florence al frente de la producción y comercialización de los productos sanadores de miel y lavanda.

Emily construyendo un hotel para sus padres en Normandía.

Valery en vías de hacer su sueño también realidad.

Y Charlotte a punto de ver realizado el suyo.

—Es asombroso que la prensa hable de mi inauguración, podría atraer a muchos asistentes —observó Charlotte.

Nadie le quitaba de la cabeza que cierta persona, a quien adoraba, había tenido que ver.

Tras cotillear solo un rato, ocuparon sus posiciones. Cuando las rosas inglesas se proponían algo lo tomaban muy en serio.

Charlotte, Martha y Bonnie revoloteaban como mariposas de un lado a otro para verificar que todo estuviera en orden antes de que llegaran los invitados.

Florence daba los últimos toques a los saquitos de lavanda, que había cambiado un día antes, para que el aroma del sitio los invitara a volver.

Ettie supervisaba con los lacayos, contratados para el evento, que a las once en punto comenzaran a servir los entremeses; así como las reglas de etiqueta que no debían saltarse.

Emily revisó con dos de las empleadas, que los obsequios estuvieran preparados.

Y Valery ya estaba cerca del enorme piano que habían instalado para la ocasión en uno de los rincones, donde iba a tocar tres piezas y cantar, lo que daría realce al evento.

Todas se reunieron alrededor del piano para darle unas últimas palabras a Charlotte antes de que se presentaran los familiares y los invitados.

Y mientras lo hacían, la campanilla de la entrada sonó, indicando que había llegado el primer asistente.

Las damas se giraron al mismo tiempo, curiosas de saber de quién se trataba, cuando vieron a Frederick.

Tras saludar con un movimiento leve de cabeza, se escurrieron hacia otra de las áreas para dejarlos a solas.

Charlotte caminó hasta él y en cuanto sus cuerpos hicieron contacto, se fundieron en un largo abrazo.

—¿Cuándo llegaste, mi bribón favorito? —Bromearían siempre.

—Ayer en la tarde, pero me dormí temprano. Quería estar muy despierto para disfrutar de este evento de inicio a fin.

—¿Tienes algo que ver con que casi todos los periódicos de la ciudad estén hablando ahora de mi inauguración?

—Tengo conexiones, me debían ciertos favores… Y la nota de *The Golden Gazette* no viene de mi pluma. No quiero que me acusen

de no ser imparcial, ahora que pronto será público nuestro compromiso.

—¿Por qué no me avisaste ayer de tu regreso, Fred? No sabes cuánto te he extrañado.

—Tenía algo ineludible que hacer…

Ella lo miró con una ceja arqueada, tratando de averiguar a qué se refería, pero sin intenciones de preguntarle.

Y él la sorprendió al poner una rodilla en el suelo.

Las rosas inglesas asomaron las cabezas sin poderlo evitar.

En esa Casa de Correspondencia habían escuchado las palabras más sorprendentes y atrevidas salir de la boca de Frederick.

—¿Qué haces, Fred? —inquirió, pero era evidente que ella sabía lo que él hacía.

La emoción del momento aderezada por los nervios, la hicieron preguntar lo obvio.

Pero, cuando él sacó una pequeña cajita de terciopelo negro, que abrió frente a los ojos de Charlotte, estos se le humedecieron.

—Perteneció a mi bisabuela… Espero que no te ofenda que te pida matrimonio con una reliquia…

Lo alzó por las solapas aún sin tomar el anillo de diamante.

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Fred? —Era todo lo que importaba, y lo besó en la boca llena de deseo y amor, negándose a esperar un segundo más.

Él la abrazó con la mano libre y se perdió en aquel beso que le borró el discurso que había ensayado antes de bajarse del carruaje.

—Sí. ¿Te casarías conmigo? —Su voz estaba ronca por las ansias, hasta olvidó que las damas husmeaban sin mucha discreción.

—¿Pero eso no lo habías pedido de mil formas ya? Incluso, nos habíamos casado secretamente encima de la redacción. —Adoraba seducirlo y a él también le gustaba.

—Quería hacerlo formal. Gritarle a todo Londres que estamos comprometidos.

—Me casaré contigo, amor mío, y no pretendo esperar.

—Escandalizarás a la reina si no cumples tu luto, como corresponde a la hija de un marqués. Pero algo debemos hacer, tampoco quiero esperar.

—Fred… —intervino una voz desde la otra estancia, era Ettie—. Su majestad es partidaria de que un conde, a tus años, está mejor casado y procreando herederos. Creo que aunará esfuerzos contigo para darte su aprobación absoluta.

—¡¿A mis años?! ¿Acaso soy un vejestorio? Aún tengo veintinueve.

Las amigas rieron y ellos volvieron a besarse llenos de ilusión.

—Oh, querida. Claro que deseo tener hijos, todos los que te animes a darme —continuó él y después bajó la voz para añadir—: Pero sin prisa, antes quiero retozar mucho contigo.

—Oh, Fred, entonces te recomiendo apurarte para que puedas retozar a tus anchas. —Lo miró con picardía—. No seremos solo dos por mucho tiempo.

Charlotte se quedó mirándolo, mientras él, boquiabierto, asimilaba lo que acababa de escuchar.

—¿Estás queriendo decir qué…?

—Seremos padres —soltó emocionada y una enorme sonrisa borró lo que quedaba de dolor, tras los sucesos de las últimas semanas.

Charlotte se sentía tan llena de vida. Un hijo lo cambiaba todo. Le entregaría su voluntad, su cuidado, su esmero… Quería tanto ser madre y proteger a ese indefenso ser…

—¿Padres? No sabía cuánto lo anhelaba hasta escucharlo de tus labios. Ahora es el momento perfecto, ahora ya no quiero esperar.

Ella suspiró llena de alivio. Frederick le tomó ambas manos y las sostuvo con fuerza, mientras con una mirada decía más que con mil palabras.

Quedó tan sorprendido como feliz, pletórico. Nacería una criatura de los dos, del gran amor que se profesaban.

Entonces, él volvió a recordar el anillo en su mano y se lo acercó para que Charlotte pudiera contemplarlo.

Era hermoso y antiguo… A ella le pareció encantador.

—Fue una odisea rescatarlo, lady Cumberland casi saquea las joyas del título… Mi tía abuela recordaba el anillo, y por suerte estaba en la relación de bienes del condado.

—Es perfecto para nuestra historia de amor…

Frederick muy galante se lo puso en el dedo con la ilusión reflejada en el rostro.

La campanilla volvió a sonar, interrumpiéndolos. Eran Marianne, Zachary y Emily, que se unieron a la celebración con entusiasmo.

Después, la madre y la tía abuela de Frederick arribaron, quienes también los felicitaron por el compromiso oficial.

Los caballeros no tardaron en hacer su entrada y bromearon a expensas de Frederick, quien se uniría al club de los casados.

Bonnie se acercó discretamente a Charlotte y le susurró:

—¿Dónde está el escocés? —Habían hablado tanto de él que la movió la curiosidad.

—Aquí hay dos escoceses —le dijo mirando en dirección de Zachary y Cailean.

—Me refiero al otro amigo. Ese que tanto estiman y que los ha motivado a renunciar a White's. Para mí es un fantasma.

—¿Oh, MacKenzie? —se entrometió Frederick que las escuchó sin dificultad desde donde estaba—. Se ofreció a quedarse a controlar el caos, que representa para un hombre de letras, ser dueño de la noche a la mañana de tantas ovejas. Es una suerte que el anterior lord Cumberland fuera responsable con sus obligaciones. Tras estudiar los libros encontré todo en orden.

—Qué buen amigo es MacKenzie, es una pena que se perderá la inauguración —apuntó Bonnie y los dejó para continuar conversando con las damas.

La voz de Valery se escuchó en medio de la algarabía, se dirigía a otro de los invitados de honor.

—Doctor Raleigh, ¿puedo molestarlo un segundo?

A Charlotte le produjo curiosidad, así que miró en dirección de Valery que había llamado a Edward.

—Dígame, milady —contestó el médico por educación, como siempre hacía. Pero cuando la joven dama llegó frente a él se quedó sin palabras. No pudo articular una sola y le resultó engorroso.

Charlotte desde su sitio no perdió detalle. Valery y Edward ya habían sido presentados durante la temporada del año anterior, pero no solían conversar. Es más, el doctor Raleigh no acostumbraba a

estudiar a una criatura a no ser que lo hiciera para valorar su estado físico de salud.

—¿Sabría usted si una persona está fingiendo una enfermedad? —preguntó Valery con timidez. Tener a su madre encima de ella todo el día era desesperante; pero que esa desesperación se multiplicara por dos en la persona de su tía, la señora Sable, era insostenible.

—Si la reviso clínicamente.

En el pasado, su tía fue desterrada al campo por declararle la guerra a la actual duquesa de Hayden. El duque no tuvo clemencia. También ayudó que la señora Sable tenía un historial de abuso de autoridad en English Roses School en contra de las estudiantes. Así que, el duque solo le dio una alternativa: abandonar Londres sin carta de recomendación.

Pero su tía se las había arreglado para volver alegando un estado convaleciente.

Las sospechas de sus amigas, que insinuaron que Sable solo pretendía tomar ventaja para volver, hasta que Hayden olvidara sus ofensas, la hicieron reflexionar.

—¿Quién cree que finge una enfermedad? —preguntó el doctor interesado.

—Es algo largo de contar… Y vergonzoso. ¿Me daría una cita para plantearle la situación en la que me podría colaborar? Pagaré sus honorarios, no quiero aprovecharme de su…

—Aquí tiene mi tarjeta —dijo intrigado.

—Acudiré por una cita. Ahora debo ir al piano. Los invitados están comenzando a llegar. —Y con la misma rapidez que se plantó frente a él, desapareció.

Esa fue la señal para Charlotte que estaba distraída observándolos. Caminó hacia la entrada para darle la bienvenida a sus invitados, quienes eran en su mayoría mujeres. Damas de la aristocracia que llegaban instadas por la curiosidad. Señoras de la burguesía que se habían sentido especiales, al ser requeridas para esa inauguración por la hermana de un marqués. Grupo al que estaba dirigido su negocio.

Frederick, Marianne y Zachary no tardaron en colocarse a su lado y comenzar a recibir a quienes aparecieron. Los recién llegados

mostraron asombro ante el acogedor lugar.

Los condes de Pembroke hicieron su arribo. Daisy elogió los avances y Charlotte le agradeció por sus sabios consejos, sobre todo por Martha, era una pieza clave en la consecución de su éxito.

Otras respetables damas hicieron acto de presencia, todas tenían curiosidad por conocer el lugar.

—Ahora sí comienza tu sueño, querida Charlotte.

—Mi sueño no se limita a la Casa de Correspondencia, Fred. Cuando me sonreíste con esa picardía que solo tú posees, desde la entrada de tu periódico, supe que aún tenía muchos horizontes que conquistar. Como, por ejemplo, al dueño de *The Golden Gazette*, a ese que apodaban *El Látigo*.

—¿Estás jugando conmigo? Porque en ese tiempo eras muy aguerrida. No me dejabas pasar una.

—Es que eras muy atrevido y alguien tenía que ponerte en tu lugar.

—Eso sí que lo has hecho muy bien.

Marianne sonreía discretamente ante lo que Frederick trató de decir muy bajo, pero que ella alcanzó a escuchar. Mientras, Zachary carraspeó. Fred tenía que entender que no podía decirle esas cosas a su hermana en su presencia. ¡Qué difícil era ser amigo de su futuro cuñado!

—Par de tórtolos, los invitados están llenando la estancia. Es hora de mostrarles el lugar —les dijo Cailean sorprendiéndolos y Zachary agradeció porque alguien los llamara al orden. No quería abrir la boca y quedar como un aguafiestas.

Frederick negó y Charlotte le dio una mirada al pelirrojo para que se metiera en sus asuntos.

—Está hermoso el anillo, hija —le susurró Marianne y Frederick se sintió como un pavo real. Había hecho la mejor elección.

—Lo atesoraré —dijo Charlotte y lo miró con amor— Ahora sí, querido, es hora de poner esta Casa de Correspondencia a funcionar. Solo será una pena que el seductor dueño del periódico de enfrente haya decidido retirarse, justo cuando iba a destinar mis ratos libres a disfrutar de las vistas.

—Tras esa confesión, tal vez deba replantearme la decisión tomada.

—¿Aunque todo Londres se escandalice de que *el Látigo* esté en el Parlamento y ostente un título de la alta nobleza?

—Qué dilema, querida —espetó él con ironía. Después curvó la boca, enloqueciéndola con esa sonrisa cínica y enigmática que parecía juzgar, burlarse y elevarla al cielo al mismo tiempo.

—¿Te retractas de dejar tu columna, Fred?

—No hay nada escrito aún. Tampoco deseo arruinar mis ratos libres. Había conseguido tener la mejor vista de todo Londres. Heredar un condado no tiene por qué arruinarlo.

De pronto la voz de Valery inundó el lugar, arropando también sus corazones. Sus dedos gráciles volaban sobre las teclas del piano, y su melodía pudo ser apreciada por los presentes, quienes comprendieron que la joven era un tesoro que había permanecido mucho tiempo guardado.

Lucía impecable, como siempre: rostro sereno, un pulcro recogido y un vestido lila muy claro que le daba un brillo angelical.

A Charlotte no le pasó desapercibido que Frederick se acercó a Edward y murmuró:

—Cierra la boca, Edward, te has quedado pasmado —se burló Frederick con afecto hacia su amigo, quien tenía un rostro muy transparente, pero jamás cuando se trataba de una mujer.

—Solo aprecio el arte —se justificó el doctor y quedó circunspecto.

La nueva dueña de la Casa de Correspondencia le dio un ligero codazo a su prometido, para que no siguiera fastidiando a su amigo. Cada segundo el médico le agradaba más.

Frederick estaba rodeado de personas que lo admiraban, que lo cuidaban y lo querían; y ella sabía la razón.

Detrás de la sonrisa de canalla de su futuro prometido, se escondía un corazón valeroso, solo descubierto por aquellos a los que él dejaba entrar a su vida.

Ella había encontrado el camino, ya no había vuelta atrás.

Charlotte miró el anillo en su dedo, después al hombre que amaba y negó recordando que tendría que renunciar a «señora

Banes» por «lady Cumberland».

Las vueltas que daba la vida.

No importaba cómo se dirigieran a ella tras desposarlo, siempre que el hombre que estuviera a su lado fuera Frederick… Él en toda su plenitud… En esencia, en cuerpo y alma, ostentando un título o escribiendo las notas más escandalosas de la temporada.

Epílogo



Las tierras que se extendían a lo largo de la propiedad de Cumberland Castle, ubicada en la frontera con Escocia, eran lo suficientemente indómitas y lejanas de la sofisticación londinense en la que Frederick se sentía como pez en el agua. Tendría que aprender a administrarlas y a alternar su estancia allí con la vida que ya tenía en Londres.

Desde que había retornado a aquellas montañas bajas y verdes, los lagos profundos y el aroma de esos bosques densos lo habían atrapado por completo. Era como si la sangre de sus antecesores, que corría por sus venas, estuviera conectada a ese lugar, y solo faltaba reconocerlo como propio para aceptarlo, amarlo y dejarlo meterse dentro de su pecho.

Charlotte lo amaría tanto como él ya lo estaba haciendo, sería de ambos, ahí crecerían sus hijos.

La sensación de libertad e inmensidad que se respiraba en la heredad era indescriptible. Sabía que ella lo apreciaría también. Podría cabalgar, conducir un cabriolé hasta el pueblo, durante las temporadas que pudieran abandonarse a la belleza del sitio, cuando Londres y las obligaciones de ambos no los absorbieran.

Tampoco privaría a Charlotte de llevar su Casa de Correspondencia. Quería verla feliz, sin ataduras, haría todo lo que estuviera en sus manos, y más.

Y la cita que tenía con la vida llegó, tal vez con prisas, en el momento exacto que los dos decidieron.

El mayordomo con un elegante atuendo negro, junto a su comitiva de lacayos acicalados como pavos reales con sus libreas azules, dio la bienvenida al reducido número de invitados.

Solo la familia más cercana y los amigos.

Para Frederick era un honor recibir a la madre de Charlotte, su hermano y su esposa, quienes escoltaron a la flamante novia hacia la propiedad.

Su tía abuela Agnes y su madre estaban cada una a su lado, para saludar a los invitados.

La tía había llorado al volver a pisar las tierras donde nació y creció. Esas de las que se marchó llena de dignidad por el trato inmerecido que el anterior conde les dio a Frederick y su padre, a quienes quería profundamente.

Después de recibir a la futura novia y sus familiares continuó el desfile de carruajes: primero los duques de Hayden, quienes venían acompañados por Bonnie y Valery.

Esta última había librado una batalla campal con sus padres para obtener el permiso. Pues los duques de Richmond reprobaban las amistades de su hija, al igual que el motivo por el que fue requerida en Cumberland Castle.

Acto seguido, llegaron los condes de Pembroke. Daisy no se perdería por nada del mundo ver cómo una dama conducía a su libertino amigo al altar. Le complacía que fuese Charlotte.

Cailean y Florence aparecieron junto a Edward. Este último no se libró de ser acompañado por su tía lady Abbott. La buena mujer fue invitada por lady Agnes, quien le atribuyó el éxito del enlace que estaba próximo a celebrarse.

Y por último y no menos importantes, arribaron Mark y su esposa, Stevens y George, quienes estaban maravillados con la inmensidad de las tierras que ahora pertenecían al dueño del periódico.

Mientras los recibía, Frederick recordaba que la inauguración de la Casa de Correspondencia había sido un éxito. Juntos, Charlotte y él, —más el apoyo de las rosas inglesas— lograron que todos los

periódicos de Londres hablaran del evento. Y no solo eso, también sobre cómo estaba funcionando el establecimiento desde que abrió sus puertas.

Y esta vez no porque Frederick Banes usara sus conexiones. No pudo ser de otra manera. Su futura esposa había dejado un trozo de su alma en su proyecto y, además, había trabajado con creces, y cuidado cada detalle para hacerlo prosperar con rapidez.

Charlotte lo abrazó sin sentirse cohibida por la presencia de todos, que murmuraban, llenos de asombro, por la belleza del lugar.

—¿Cómo está Iris, Fred? Apenas un par de semanas sin ella y ya la he empezado a extrañar.

—Mamá y mi tía la han cuidado de forma estupenda. Por suerte la nodriza que nos consiguió tu madre la atiende con esmero. Es una niña pequeña que habría crecido como la hija de un conde si su padre hubiese hecho lo honorable y correcto.

—Marcus no tuvo remedio. Se ha perdido lo mejor que la vida le obsequió.

—He pensado que… no quiero criarla como mi pupila, seguiría siendo huérfana y, tal vez, algo infeliz.

—Iris no lo merece. ¿Cómo lady Warrington tuvo corazón para abandonarla?

—Fui a visitar al abuelo a la cárcel. Me dijo algo que me dejó atónito, pero debes saberlo antes de que mañana lleguemos al altar. Aún quedan dos personas que están enterados de lo ocurrido. Lord y lady Warrington. Él fue el primero en usar la firma de *La Voz del Decoro*, quien le escribió a John.

—¿Él? —Su sorpresa fue gigantesca.

—Su esposa le contó tu traspié en un momento de desesperación. Querían disuadir a Marcus de casarse contigo y pensaron que los padres de John los ayudarían, si develaban lo que sabían.

—Jamás se conformaron. Y querían casar a Susette con ese canalla después de todo.

—Lord Warrington me ha pedido que cuide a Iris, la ha dejado en mis manos. Y su esposa me ha solicitado un dinero para irse a América con su otra hija. Me ha asegurado que guardará tu secreto

si le damos un futuro digno a la pequeña y una dote para lady Lavinia. Supone que en América podrá conseguirle un esposo.

—¿Le crees?

—Fui bastante convincente de lo que ocurriría si nos traiciona. Pero la vi destrozada. A esa mujer ya no le importa nada. Solo quiere desaparecer. También me rogó que cuide a Iris. Ella no podría ofrecerle un futuro digno.

—¿Qué has pensado, Fred? Si me has dicho todo esto sin siquiera esperar a que ponga un pie dentro, es porque te urge saber lo que opino.

—Quiero adoptarla… ¿Por qué los privilegios del título deben ser solo para unos descendientes? Yo…

—No se diga más… Lo haremos juntos, como matrimonio. Y nueve meses después nacerá nuestro hijo o hija. Crecerán como hermanos…

La besó en la frente con tranquilidad.

—Estaba convencido de que aceptarías… Por Dios. Pero necesitaba decírtelo mirándote a los ojos, para saber que también lo querías.

Se estrecharon las manos y se miraron con tanto afecto, que Marianne y Zachary que los contemplaban, suspiraron agradecidos. Charlotte haría un matrimonio por amor.

Ella estaba tan plena que no podía disimularlo.

—¡Es hermoso este lugar, Fred! —Volvió a retomar lo que quiso decirle cuando se acercó a abrazarlo y había aguardado hasta que él se desahogara—. ¿Estás feliz? Dime si estás feliz.

La emoción que la recorría por todo lo que estaban viviendo y lo que seguiría se le notaba en el rostro, y seguramente él tampoco lo podía disimular.

—Encantado… ¿Te gusta Cumberland Castle? Dime si te gusta. —Entonces era su turno de preguntar, porque no quería arrastrarla a un sitio tan remoto y alejarla de la rutina que ella amaba de Londres.

—Es precioso. ¿Acaso no te lo he dicho ya? —Se preguntó para sus adentros si no se lo había compartido, tan entusiasmada estaba.

—Lo dijiste. Pero está muy lejos de Londres. —Él titubeó.

—La casa de mi familia en Escocia queda aún más apartada, y peor cuando vivía en Normandía. No me asustan las distancias. Cuéntame de las ovejas…

—Son fuertes. No tienen un olor muy agradable, pero me ocuparé de que eso cambie. ¿La lavanda de Florence servirá? Serán las ovejas más aseadas de Gran Bretaña. Tienen su encanto, las estoy empezando a ver con ojos de amor. Quiero ovejas felices —añadió contento.

—Qué cosas se te ocurren, Fred. Solo espero que no te dé por escribir historias de ovejas.

Bonnie se les había acercado discretamente, estaba como el resto fascinada con el lugar. Por accidente los escuchó hablar sobre las ovejas, así que con respeto intervino.

—Las vi en las bajas colinas, como un manto de nubecillas blancas… Es una suerte que tu amigo escocés sea un experto en animales.

Frederick asintió, pero no le pasó desapercibido que Bonnie estiraba el cuello de un lado a otro, a Charlotte tampoco. Tal vez por eso, esta última preguntó:

—¿Se te ha perdido algo, querida?

—Pensé que su amigo, Highlander, estaría invitado. —Recordó que solo los más cercanos asistirían a la boda.

—Por supuesto —respondió Charlotte—. Supongo que debe estar ocupado con algún caballo o una oveja.

—Oh, no, querida. Es una pena que Broc se haya tenido que perder la diversión —explicó Frederick con seriedad—. Zachary no podía faltar a tu boda. Yo menos, voy a casarme. Nuestro amigo estuvo muy ausente de The Crest Stud ayudándome a familiarizarme con mis nuevas responsabilidades. Había una venta importante que cerrar, cita previamente pactada. Alguien tenía que sacrificarse y él se ofreció. Pero nos ha dejado sus enhorabuenas.

Charlotte se alzó de hombros.

—Es una pena. Merecía estar aquí. Casi podría decirse que fue nuestro Cupido. —Rio imaginando la cara que pondría Broc si la escuchaba.

—Parece que todos conocen a ese escocés, excepto yo. Es un fantasma.

Ipso facto, lady Abbott que estaba cerca se quejó con Frederick. Por suerte, Bonnie fue requerida por su hermano y su cuñada. De lo contrario, se habría escandalizado de las secretas intenciones de la tía de Edward.

—Dos damas casaderas y un solo soltero… —Lady Abbott alzó una ceja llena de intriga—. ¿Acaso no sabe, milord, que se debe emparejar el número? Lo dudo. Usted es un pícaro consumado. Pretende que Edward no salga soltero de esta. Casi todos sus amigos están casados y el ambiente no puede ser más inspirador con una romántica boda en puertas. Usted sí que sabe motivar. Además, hay invitadas de excelencia. Tanto lady Bonnie como lady Valery podrían disuadir a Edward de su terquedad de quedarse soltero para el resto de sus días. Ambas hijas de duques, se ha superado, milord.

—Que no lo escuche, Edward, milady. De lo contrario, su sobrino escapará antes de que sirvamos la cena.

Los tres rieron muy divertidos, aunque Frederick compadeció a su amigo, la tía venía con las armas cargadas, decidida a que no saliera indemne otra temporada.

Lady Agnes no tardó en aparecer detrás de lady Abbott y susurrarle a la otra:

—Ahora sí, una buena elección. Es hora de que las condesas de Cumberland vuelvan a brillar. ¿No le parece? A mí no me quedan dudas —dijo la tía abuela con lagrimillas en los ojos.

Su contraparte le sonrió en señal de que estaba completamente de acuerdo, y se tomaron de la mano y continuaron hacia adentro de la propiedad. Mientras conversaban.

—Usted me ayudó a emparejar a Frederick con la hija de un marqués —continuó lady Agnes.

—No sé si fue mi mérito, en realidad.

Ambas echaron una mirada a la pareja que más enamorada no se podía mostrar.

—No sea modesta —le dijo Agnes con un ademán—. Ahora es mi turno de ayudarle a casar a su sobrino. Veremos qué depara el

fin de semana. ¿Tendré arte de casamentera?

—A usted se le dan todas las artes, lady Agnes. Aunque su sobrino se ha superado, dos solteras… ¿Alguna ganará el solitario y esquivo corazón de Edward?

—Podría hacer buena pareja con lady Bonnie Severn —señaló lady Agnes—. Ambos destacan en los puestos que han elegido.

—Ella directora de una prestigiosa escuela. Él un abnegado médico con excelente reputación. —Se ilusionó lady Abbott.

—Ahora, me pregunto, ¿con tantas responsabilidades tendrán tiempo para procrear? —remató lady Agnes derrumbando las ilusiones de lady Abbott.

—¿Y qué tal lady Valery? Parece tan dulce.

—Una buena elección sin duda, aunque se rumorea que su padre ha perdido la dote de la jovencita tras la necesidad de saldar algunas deudas.

—No creo que sea un impedimento para Edward, es un hombre próspero.

—¿Y tener de suegros a sus excelencias, los agrios duques de Richmond, no atentaría contra la nobleza del corazón de su querido Edward?

—Oh, estimada Agnes, ya me está preocupando que su habilidad de casamentera pueda ser un fracaso.

—Le advertí, lady Abbott, por eso solicité sus servicios para casar a mi sobrino —dijo Agnes con pesar.

—No se preocupe, lo que cuenta es la intención.

Mientras ellas se alejaban muy entretenidas, Edward, Hayden, Zachary y Cailean felicitaron a Frederick por la próxima boda y por las tierras que había heredado. Pese al desenlace, nadie se alegró por los que tuvieron que partir de este mundo, pero Frederick no tenía la culpa, y tampoco iba a posponer su matrimonio por aquellos que no tuvieron condescendencia con él.

En cambio, Charlotte les comunicó a sus amigas y a su madre que Frederick y ella adoptarían a Iris y todas la felicitaron por ese noble paso que habían dado juntos. También la llenaron de enhorabuenas por las cercanas nupcias. Ya no podían esperar para verla desfilar al altar.

Tras los efusivos saludos, se retiraron a descansar a las habitaciones que les asignaron, para salir justo a la hora del té, que antecedió a un recorrido durante la tarde por la magnífica propiedad.

Esa noche cenaron entre amigos, sin seguir las reglas del encorsetado Londres, y a la mañana siguiente, ya nada pudo parar lo que sobrevendría.

La ceremonia en la capilla de Cumberland Castle la recordarían por siempre.

Casi todos los condes de Cumberland se habían casado ahí. Contaba con validez oficial para que el matrimonio no pudiese anularse, alegando algún requisito inherente a la capacidad del lugar o del párroco para ejercer como oficiante de la ceremonia.

Además, la pareja contaba con una licencia especial que Frederick había solicitado para acelerar el proceso.

Como sugirió Valery, el susurro oportuno de los duques de Norfolk en la oreja de la reina bastó para que viera con buenos ojos la ceremonia; que, además, sería discreta y colocaría al nuevo conde de Cumberland en una inmejorable posición.

Después de todo, Ettie había tenido razón. La reina aprobó que el heredero no solo asumiese sus funciones cuanto antes, sino que se pusiera a trabajar para traer al mundo a sanos y robustos descendientes para el condado.

Si supiera que esa parte del plan ya estaba en camino, se escandalizaría. Pero no necesitaba tanta información.

Todas las damas ayudaron a Charlotte a prepararse para la ceremonia: vestido blanco de encaje y seda, diamantes a juego.

En su papel de hermano mayor, Zachary la entregó lleno de orgullo en el altar.

Pero lo que menos olvidaría, Frederick, serían dos cosas que ocurrieron mientras el religioso oficiaba la ceremonia:

El asombro de Charlotte al escuchar su nombre completo y la resolución en su rostro cuando llegó su turno de contestar.

—Estamos reunidos ante Dios para unir en lazo sagrado a este hombre y esta mujer conforme a la ley divina y al honorable estado

constituido. El matrimonio es una institución sagrada y, como tal, debe respetarse y reverenciarse. Si alguno de los presentes conoce una causa justa para detener este enlace, que lo declare ahora o que calle para siempre.

Un silencio breve acrecentó las ansias de los contrayentes, el oficiante continuó:

—Frederick Anthony Thomas Alexander Banes-Ashworth, lord Cumberland, ¿acepta a lady Charlotte Moray para amarla, cuidarla, protegerla y honrarla en la prosperidad o la adversidad por el resto de sus días?

—Sí, señor, la acepto.

—Lady Charlotte Moray, ¿acepta a Frederick Anthony Thomas Alexander Banes-Ashworth, lord Cumberland, para respetarlo, honrarlo, amarlo y permanecer a su lado en la prosperidad o la adversidad por el resto de sus días?

—Sí, señor. Acepto.

Cuando firmaron las actas no podían estar más enamorados, entregados y desesperados por comenzar la nueva aventura que el destino les deparaba.

Pese a respetar las formalidades fue una boda sencilla y romántica.

Valery cantó cuando los novios abandonaron la capilla como marido y mujer.

Florence tenía obsequios no solo para los recién casados. Todos los asistentes se llevaron cestas cargadas de ungüentos reparadores: miel y aceites llenos de las bondades de la lavanda y de otras plantas con las que también comenzó a experimentar, expandiendo su negocio.

En las cestas venía incluido un pequeño lote del más fino papel de carta que Charlotte preparó ella misma, para que la correspondencia entre ellos nunca cesara.

Siguió un desayuno formidable organizado por la madre de Frederick y la tía abuela, que tuvieron el papel de perfectas anfitrionas.

Y el whisky MacAlister se usó para brindar, prescindiendo de una bebida más acorde a la hora de la celebración. Pero el lote que

Cailean les regaló a los condes de Cumberland era una exquisitez que todos querían probar, ni siquiera estaba a la venta. Alzaron sus copas y dijeron *slàinte* en honor a los escoceses de las Highlands presentes, todos lamentaron que MacKenzie no hubiese podido participar.

Entre risas y bellas palabras, lo único que importó fue celebrar el amor. Y después de un desayuno copioso y lleno de camaradería, los invitados a la ceremonia tomaron sus regalos y sus equipajes.

Familia y amigos desaparecieron como invocados por una misión. Incluso la madre y la tía abuela de Frederick se fueron también junto con Edward y lady Abbott, y se llevaron a Iris de vuelta a Londres.

Cuando únicamente ellos y los criados quedaron en la amplia escalinata de la mansión campestre, viendo la procesión de carruajes alejarse en el horizonte, Frederick tomó de la mano a su esposa y murmuró, solo para ellos dos:

—Parece que tenían prisa por dejarnos solos.

Ella se alzó de puntillas para alcanzarlo y le rodeó el cuello con los brazos. Él tuvo que inclinarse un poco, pese a que ella no era de baja estatura, pero él la superaba con creces.

—Eso parece, mi amor.

—Hagamos los honores. Hay un matrimonio que consumar.

Los criados se esfumaron a sus obligaciones, para no interrumpir a los recién casados.

—No seas descarado, Fred

Él la sorprendió alzándola en volandas, ella dio un gritito y rio a plenitud llena de dicha.

—Soy muy arraigado a la tradición. Debo desflorar a mi esposa.

—Sinvergüenza, ¿no esperarás a la noche? Hay mucho de Cumberland Castle que aún quiero descubrir. —Más risas enamoradas.

—Tendrá que ser después del festín —gruñó bajo muy sugerente.

—Pero si el banquete acaba de terminar —protestó con una sonrisa seductora en los labios.

—Lady Cumberland, usted siempre será secretamente para mí la señora Banes.

—Qué suerte, porque usted será para mí… Frederick Anthony Thomas Alexander… —Las carcajadas no la dejaron concluir—. ¿No había más nombres para añadir a la lista? Me pondré celosa, mi madre economizó al bautizarme.

Él rio mordaz.

—Frederick Banes me pareció más conciso para darme a conocer. Nadie se hace llamar por todos sus nombres.

—En especial si tiene una retahíla a cuestas.

—Créeme que no soy el único.

—No sabía que eras Banes-Ashworth…

—Solo lo usamos para trámites formales, papeleos o… Además, nunca me consideré merecedor del apellido… Más, cuando nos sacaron sin nada de delicadeza de Cumberland Castle siendo todavía un niño.

—Para mí siempre serás mi esposo, el señor Banes. —Lo miró a los ojos con una devoción insondable.

—Nunca olvidaré lo que vivimos encima de la redacción. Adoro nuestra historia de amor, Charlotte. No cambiaría nada.

—Tampoco yo, Fred.

Y lleno de dicha, pasión, ternura y deseo la condujo hacia su nueva morada, donde Charlotte reinaría, al igual que en su corazón.

Un tiempo de paz… Solos… Juntos… Amándose con libertad.

Un breve suspiro antes de volver a sus ajetreadas vidas en Londres, a Cumberland Place, a Lady Charlotte's Correspondence House y también a *The Golden Gazette*. Ya no como antes; pero, quizás, escribiría un artículo de vez en cuando para que la chispa jamás se apagara.

Todo estaba por verse.

Nota de la autora

Querida lectora o querido lector, si esta historia llenó tu corazón no olvides dejar una reseña en Amazon o Goodreads. La leeré llena de ilusión y me ayudará a que esta novela llegue a más lectores.

¿Qué te ha parecido la historia de este par? Frederick es uno de mis personajes más complejos, con sus luces y sombras, tan perfecto en lo que se propone y tan perfecto en lo que no puede dominar, como solo podemos serlo los seres humanos. Y, a la vez, su alma llena de matices me condujo a guiarlo por su intrincada historia familiar.

En cambio, Charlotte, es la otra cara de la moneda, y al mismo tiempo, la amalgama ideal para convertirse en su pareja: valiente, guerrera, peleando por hacerse escuchar desde muy niña, en un mundo donde a las mujeres se les ordenaba callar. Pero, esa misma valentía la llevó a cometer errores evitables por guiarse por su temperamento impulsivo.

Ningún otro, como Frederick, podría había haberla entendido. Ninguna otra como Charlotte podría haber puesto el mundo del periodista de cabeza y haberlo hecho aterrizar en los brazos del amor.

Juntos conformarán la familia que los dos se merecen.

Gracias, corazones, a todos, por darles la oportunidad de contarnos cómo se enamoraron y se eligieron mutuamente.

¿Qué sigue *PRÓXIMAMENTE*?

Les prometí que sería una serie, tres historias y seis personajes. ¿Quiénes quedan?

Lady Valery Belcher, la dulce cantante, hija de la nobleza, atribulada por la restrictiva familia.

Edward Raleigh, el honorable e ingenioso doctor, emparentado con la aristocracia, cuya tía política casamentera está desesperada por encontrarle esposa.

Lady Bonnie Severn, hermana de un duque, experta en modales y etiqueta; la abnegada directora de una de las escuelas más prestigiosas de Londres.

Y Broc MacKenzie, ¿qué puedo decirles de ese impetuoso y rudo highlander? Las que me conocen imaginarán lo que he preparado para él.

Gracias por acompañarme hasta aquí, y espero de corazón volver a encontrarnos muy pronto en una nueva aventura de una de las rosas inglesas. ¿Valery o Bonnie? Cuéntame en mis redes sociales cuál deseas leer primero. ¿Cómo armarías las siguientes parejas?

¿Crees que lady Abbott hará de las suyas?

No me queda más que agradecerles, de nuevo, por esperar mis libros con tanto cariño, por aguardar mis lanzamientos, por leer, compartir, reseñar y hacer publicaciones sobre mis libros tan preciosas en diversas redes sociales. Adoro verlas, y compartirlas, me alegran el día.

Antes de despedirme, agradezco a mi familia por su apoyo constante, sin ellos nada de lo que hago sería igual. He tenido la suerte de nacer en una maravillosa familia, rodeada de tíos y primos muy queridos. Y qué decir de mis abuelos, guías que me iluminan el camino hasta el día de hoy. En especial, a mi esposo, mi hijo y mi mamá.

Agradezco a mi querida Pame Díaz (mi querida Hilda), por la magnífica portada y diagramación de este libro en particular. Hicimos un cambio, pasamos de las jóvenes victorianas a parejas, hacía tiempo que no me atrevía a algo así con mis series. Y el resultado me ha encantado. Gracias por aguantar mis sesiones de creatividad poco realistas y aterrizarlas a lo verdaderamente posible en el mundo de la edición de imágenes.

Muchísimas gracias a Janette Bajuelo, Marlene Fernández, Hilda Rojas Correa y Cecilia Pérez por recibir mi manuscrito en sus primeras versiones y ofrecerme siempre una opinión sincera que me ayuda a elevar mis estándares.

Gracias a Isabel Acuña, Verónica Mengual e Hilda Rojas Correa por el bello equipo de trabajo que hemos conformado. El apoyo que

me brinda cada una es muy valioso.

Gracias, de corazón, a mis queridas Cecilia Pérez, Fanny Musa y Melissa Mitchell por apoyar mis lanzamientos con tanto cariño.

Si desean conocer más de lo que seguirá después de este libro, no duden en contactarme en mis redes sociales, en todas me encuentran como @milebluett.

Por aquí les dejo Mi Instagram para que lo tengan al alcance de un clic.

Mis libros de Romance Histórico

Serie Romances Victorianos (disponible completa en Amazon)

https://mybook.to/romancesvictorianos

Libro 1. El corazón del duque
Libro 2. La nobleza del conde
Libro 3. La pasión del marqués
Libro 4. La redención del vizconde
Libro 5. La promesa del barón
Libro 6. El destino de una rosa inglesa
Libro 7. Una oveja descarriada para Norfolk
Libro 8. El regreso del caballero

Serie Debutantes Victorianas *(disponible completa en Amazon)*

https://mybook.to/debutantesvictorianas

Libro 1. El beso del villano
Libro 2. Por una vida amándote
Libro 3. El alma de un escocés

Único *(disponible en Amazon)*

Amor Sublime.

Serie Amor Amor *(disponible completa en Amazon y otras plataformas)*

Libro 1. Una esposa para el heredero
Libro 2. Un ángel se enamora
Libro 3. Una marquesa enamorada
Libro 4. El deseo de una flor

Otros *(series de varias autoras)*

Porque manda el corazón
Cómo reformar al diablo escocés
Un laird para Navidad

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Debutantes Victorianas, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best sellers* por los que se siente más agradecida son *El corazón del duque, La pasión del marqués, Amor Sublime* y *Una oveja descarriada para Norfolk*.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon: http://relinks.me/MilePDBluett

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett